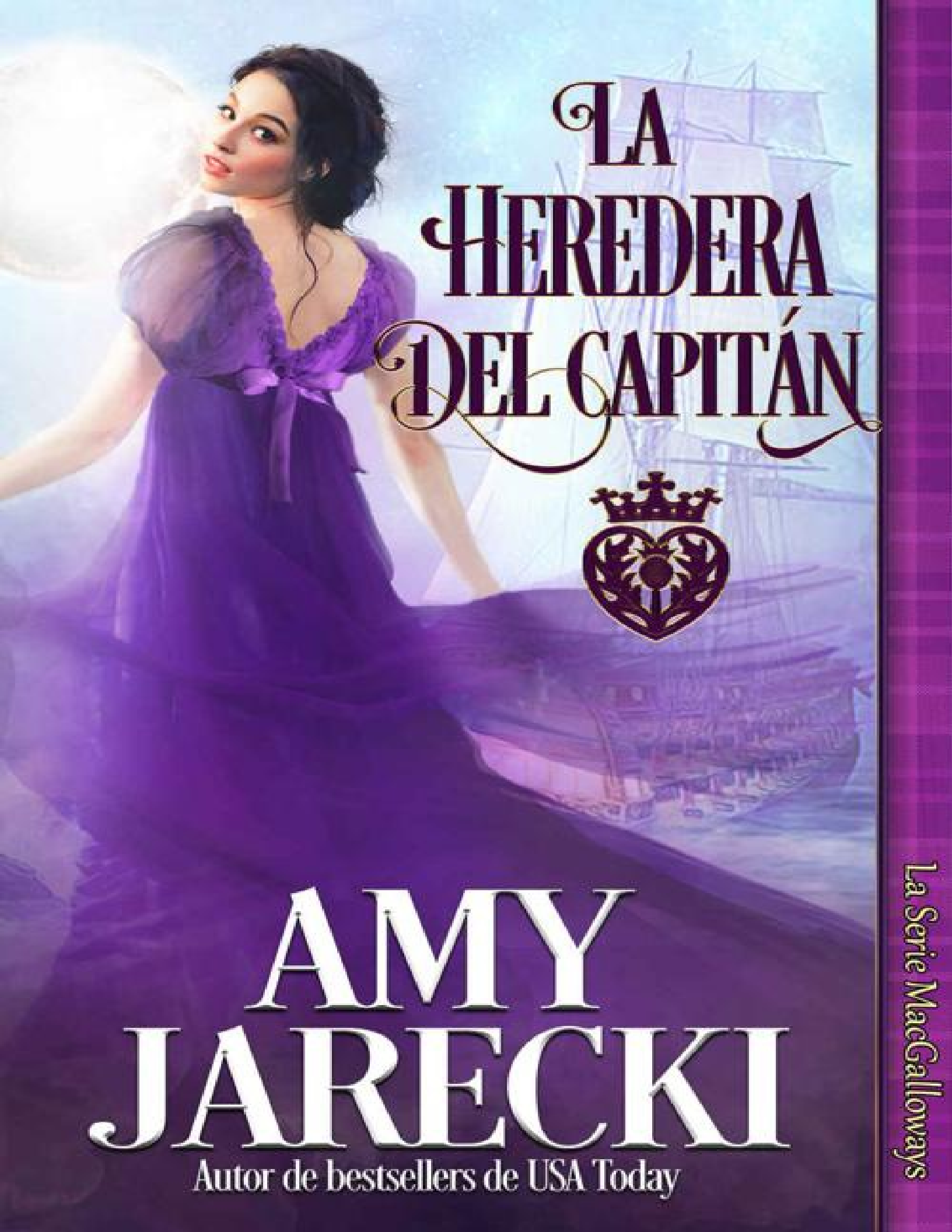


The background of the cover features a woman in a long, flowing purple gown with a ruffled neckline and a bow at the waist. She is looking back over her shoulder towards the viewer. In the background, a large sailing ship is visible on the water under a full moon.

LA HEREDERA DEL CAPITÁN



AMY
JARECKI

Autor de bestsellers de USA Today

La Serie MacGalloways

LA HEREDERA DEL CAPITÁN

por

Amy Jarecki

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Capítulo Uno</u>	
<u>Capítulo Dos</u>	
<u>Capítulo Tres</u>	
<u>Capítulo Cuatro</u>	
<u>Capítulo Cinco</u>	
<u>Capítulo Seis</u>	
<u>Capítulo Siete</u>	
<u>Capítulo Ocho</u>	
<u>Capítulo Nueve</u>	
<u>Capítulo Diez</u>	
<u>Capítulo Once</u>	
<u>Capítulo Doce</u>	
<u>Capítulo Trece</u>	
<u>Capítulo Catorce</u>	
<u>Capítulo Quince</u>	
<u>Capítulo Dieciséis</u>	
<u>Capítulo Diecisiete</u>	
<u>Capítulo Dieciocho</u>	
<u>Capítulo Diecinueve</u>	
<u>Capítulo Veinte</u>	
<u>Capítulo Veintiuno</u>	
<u>Capítulo Veintidós</u>	
<u>Capítulo Veintitrés</u>	
<u>Capítulo Veinticuatro</u>	
<u>Capítulo Veinticinco</u>	
<u>Capítulo Veintiséis</u>	
<u>Capítulo Veintisiete</u>	
<u>Capítulo Veintiocho</u>	
<u>Capítulo Veintinueve</u>	
<u>Capítulo Treinta</u>	
<u>Nota de la Autora</u>	

Capítulo Uno

A principios del verano de 1813

Mientras se esforzaba por unir los antiguos, frágiles fragmentos, un solo error podía hacer que una tableta fuese intraducible. Lo cual era la razón por la cual Isabella Harcourt había colocado su mesa de escritura en el hueco delante de la ventana y la había cubierto con una tela de lino blanco. No solo aprovechaba el uso de la luz solar, día tras día, trabajaba sola en su búsqueda intentando descubrir el relato de las tabletas que había desenterrado entre las ruinas romanas en la esquina sureste de la propiedad de su padre.

Con su lupa en la mano, se inclinó hacia delante mientras buscaba una pieza del tamaño y forma de la uña de su dedo meñique. “*Ajá, ¿te he encontrado?*”

Después de seleccionar unas pinzas de cirujano de su sitio al lado de la mesa, alzó la lupa, manteniéndola quieta mientras cuidadosamente tomaba el fragmento de la tela blanca que estaba salpicada con muchas de estas piezas pequeñas. Isabella se llevó los codos a los costados para mantener sus manos lo más quietas posible mientras movía la pieza pequeña por encima de la tableta antigua de madera y la colocó cuidadosamente en el hueco.

“No precisamente...” murmuró ella, dando golpecitos a la pieza con la punta de las pinzas hasta que la encajó en su sitio, o por lo menos eso parecía. Para comprobarlo, se inclinó más cerca con su lupa y examinó los bordes del fragmento. “Muy bien encajado, desde luego.”

Ella se echó hacia atrás y examinó la palabra en latín que la pieza pequeña había completado: *nudus*.

Aunque Isabella era una mujer muy sensata, su cara se calentó de manera considerable mientras miraba la palabra, que traducida al inglés quería decir desnudo. Además, sus palabras salieron un poco atropelladamente mientras interpretaba la frase: “*Cuando cierro los ojos, te veo desnuda antes de que me venza el sueño.*”

Isabella abrió su abanico y se refrescó las mejillas. “Cielos, señor, no ha tenido timidez en expresar la profundidad de su amor por su esposa, ¿verdad?”

Detrás de ella, un golpe suave resonó en la puerta de su dormitorio antes de que se abriera.

Poniéndose recta, desplazó un pedacito de papel por encima de la tableta, no es que hubiera nadie en la casa que le importara mucho la antigua carta de amor del romano a su mujer, pero ser descubierta traduciendo la palabra *nudus* era desconcertante de todas formas.

“Aquí estás,” dijo Papá, lo cual era algo raro. En el desayuno esta mañana, Isabella había mencionado que pensaba trabajar en la traducción de las tabletas hoy. Trabajaba en ello casi todos los días, realmente, ya que se habían convertido en una especie de obsesión.

Con cuidado, colocó sus herramientas al lado derecho de su mesa de escritura, una al lado de la otra, sus mangos perfectamente paralelos, o por lo menos lo más posible. Luego, después de empujar su silla, por encima del hombro miraba a su padre, que se había desplazado a la parte delantera de la chimenea, parado con las manos cerradas encima de su chaleco. “Pensé que te encontraría aquí, querida.”

“Sí, aunque no hacía falta adivinar mucho, ya que hemos hablado de la agenda de hoy en el desayuno.”

“Desde luego,” dijo Papá, luego se aclaró la garganta y consultó su reloj de bolsillo. “Bueno... ah... eres consciente de que siempre he querido lo mejor para tí, ¿verdad, querida

mía?”

La pista que Isabella tuvo acerca de que algo iba mal fue su mención de haberla encontrado, pero ahora que Papá se había referido a ella como querida, una palabra de cariño que rara vez usaba, sin olvidar que no la había mirado a los ojos, Isabella temió lo peor. ¿Se había muerto alguien? ¿Uno de los criados? ¿Un pariente cercano?

Ella se puso en pie y le dedicó toda su atención a su padre. Kingston Harcourt era un ex oficial del ejército y siempre le miraba a los ojos a la gente, hasta el punto en que a menudo incomodaba a recién llegados.

“Puedo concurrir en eso,” dijo ella de una manera no comprometida mientras su mente repasaba su infancia, una gran parte de la cual había pasado sola, o por lo menos sin que su padre estuviera en la casa de West Sussex, durante cuyo tiempo ella a menudo se preguntaba si él la quería. Desgraciadamente, nunca había conocido a su madre, que nació dando a luz. Aunque Isabella no estaba exactamente segura si era lo mejor para ella ser criada por nodrizas, tutores e institutrices mientras Papá estaba ejecutando sus obligaciones para con su rey y su patria, o si su crianza fuese más bien lo mejor para Gran Bretaña, argumentando que semejante punto carecía de sentido. El hecho era que su padre creía que siempre había actuado con el bienestar de ella en mente, y nunca tenía sentido debatir lo contrario.

“Bien, bien.” Papá se dio la vuelta y miró hacia arriba al retrato de la abuela paterna de Isabella por encima de la repisa, aclarándose la garganta de manera ruidosa. “He decidido que es hora de que te cases.”

Repentinamente, sin habla y con la boca seca, Isabella se quedó mirando la espalda de su padre, su piel volviéndose calenturienta y húmeda.

Ha debido de hablar mal.

¿Su padre había bebido un poco de su petaca? Era un poco temprano para beber licor, incluso para él. Cuando su padre no se giró ni aclaró más acerca de lo que había dicho, ella resopló con una risa irónica. “¿Casarme? Cielo santo, han pasado años desde que abordamos ese tema.”

De todas formas, no se había imaginado lo que él acababa de decir que *había decidido* que ella tenía que casarse. Isabella se cruzó los brazos ante el pecho y dio varios pasos hasta derrumbarse en el canapé. A la madura edad de veinticinco años, era ya una solterona de verdad. Sí, había soportado una Temporada londinense, pero no había cumplido con las expectativas de la alta sociedad de la hija de un Sir. Ella no era una bailarina particularmente grácil, era malísima coqueteando y más de una vez se había encontrado sin palabras cuando un cortesano le dirigía la palabra. Ah, y sí, había aprendido mientras asistía a un baile que no animaba los afectos de un caballero cuando se daba la media vuelta y se marchaba corriendo a la sala de descanso de las damas.

“Es hora de considerarlo de nuevo, querida.” Papá se sacó una carta de dentro de su jubón y pasó los dedos por encima del pergamino doblado. “He estado intercambiando correspondencia con un caballero en América durante algún tiempo.”

Una piedra del tamaño de una bala de cañón se alojó en el estómago de Isabella, o ¿era en su garganta? “¿Acerca de mí?”, dijo ella en una vocecita, dándose cuenta de que la bola de cañón le atragantaba y rezando porque su padre hubiera estado escribiéndole al americano acerca de la crianza de gallinas enanas o cualquier tema que no la incluyese.

“Ciertamente. Su nombre es Sr. Arent Schuyler. Ha amasado una fortuna considerable... y “

“¿Y...?”, las palmas de las manos de Isabella se pusieron húmedas. Quizás era mejor que su padre no siguiera con este tema. “¿Ha venido el Sr. Schuyler a Inglaterra?”

Papá dio toquitos con la carta a la palma de su mano. “No. Está en Georgia.”

“¿El estado de Georgia? ¿En América?” No, su parloteo no sonaba precisamente inteligente, pero su padre acababa de entrar en su dormitorio y le había dicho que había decidido que se casaría y luego había mencionado mantener correspondencia con un completo desconocido, al otro lado del océano Atlántico.

“Eso es lo que he estado intentando decir. El Sr. Schuyler es un caballero bien respetado mayor que busca una esposa de modales inglesa con la cual empezar una familia. ¿Te he dicho que es acomodado?”

“Sí, has dicho que había amasado una fortuna. ¿Cómo si puede saberse?” Si Papá mencionaba una sola palabra sobre el tráfico de esclavos, ella explotaría.

“Plata.”

“Oh.” Isabella cerró sus manos temblorosas y sudorosas. “Oh, cielos.”

“Ciertamente.” Papá finalmente la miró a los ojos. “Ha ofrecido una tarifa muy generosa por la búsqueda, una que me permitirá vivir el resto de mis días de manera acomodada.”

Esto era una novedad. Siempre habían vivido de manera acomodada, si no frugalmente, en la casa solariega, y ni una sola vez había mencionado su padre que las alcancías podían estar algo vacías. “¿Pero no tienes una pensión de tus días en el ejército?”

“La tengo... sin embargo, no basta para mantener esta propiedad. Además, tengo que agregar que cuando yo me haya ido, tu primo heredaré, y aunque es un hombre decente, sería mejor para ti casarte con el Sr. Schuyler.”

Por dios bendito, Papá está tan sobrio como una piedra y tan cuerdo como parecía a la hora del desayuno.

Isabella se tapó la boca con una mano, su mente yendo a una serie de posibles argumentos, y finalmente se paró en el más sensato. “Seguramente el caballero querrá conocerme primero. Normalmente, no se intercambian unas cuantas cartas con el padre de la mujer y decide estar enamorado.”

“El amor no tiene nada que ver. El hombre se ha quedado bastante agrado con mis descripciones de ti... incluso se quedó impresionado por tu obsesión fanática con esas tabletas ridículas.”

“¿Ridículas? Papá, tú me ayudaste a excavar el sitio, y no pensaste que eran ridículas cuando las encontramos.”

“Sí, bueno, eso era antes de que dejaras de lado cualquier otro interés y te encerraste en esta habitación. Esas tabletas se han convertido en tu ruina.”

Ella agarró un cojín con rosas bordadas y se lo subió al regazo abrazándolo. “¿De manera que el Sr. Schuyler cree que estoy arruinada?”

“Claro que no. Ha realizado una oferta de matrimonio, que yo he aceptado por ti. Además, he tenido la buena suerte de intercambiar correspondencia con el Duque de Dunscahy, como sabes, su padre era uno de mis mejores amigos.”

Incapaz de responder, Isabella asintió con la cabeza cautelosa.

“Resulta que Su Excelencia ha establecido un negocio bastante emprendedor para sus hermanos, el segundo de ellos como capitán de su propio buque.” Sin darse cuenta de la expresión de horror que Isabella tenía en la cara, Papá se inclinó hacia atrás en los talones y sonrió. “Por suerte, Lord Gibb pronto llevará un cargamento de whisky a América, y he reservado un camarote para ti en su buque, el *Prosperity*.”

Dios santo, el caballero de Georgia, no tenía intención de viajar a Inglaterra. Esto no podía ponerse peor. “¿Me mandas a América?”, dijo ella en un hilo de voz, agarrando el cojín con tanta

fuerza que las costuras se irían a romper.

“Sí. ¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? Venga, Issy, esto es un buen emparejamiento con un hombre maduro que estoy muy seguro de que te tratará bien.”

“¿Y si después de que llegue descubrimos que no somos buena pareja?”

“¿Cómo puedes estar tan negativa en un momento en el que deberías estar alegrándote? Cielo santo, querida, he invertido mucho esfuerzo en asegurar este compromiso por ti. Lo mínimo que podrías hacer es expresar tu aprecio. Además, espero que te apliques a este matrimonio con el mismo fervor que aplicaste a tus tabletas.”

Isabella miró hacia su cojín mientras una lágrima goteó encima del terciopelo negro. Esta era la noticia más desconcertante que había recibido en toda su vida. No solo había cientos de preguntas girando en su mente, estaba nauseada, y posiblemente iba a devolver su desayuno, y ¿papá quería que dejara todas sus cautelas de lado y gritar de alegría?

Estaba a punto de ser trasladada al otro lado del océano Atlántico en un buque cargado de whisky, donde, después de sufrir la travesía peligrosa, iba a conocer a un extraño que, de un plumazo, había convencido a su padre que era dueño de una mina de plata y que la trataría como a una reina.

¿Y si tiene un pozo de brea y solo afirma que es una mina de plata? ¿Voy a ir en el Prosperity? Mejor dicho el buque de la Deprivación.

Ella alzó la mirada, considerando a su padre por el rabillo del ojo. “¿Cuánto tiempo tengo antes de tener que empezar a guardar mis cosas?”

“Me alegro de que me lo preguntes, querida mía.” Papá se fue hacia la puerta. “Tomaremos el carruaje hasta la propiedad Dunscahy en Musselburgh, colinda con el Firth de Forth, donde nos encontraremos con el buque de Lord Gibb.” Descansó la mano en el pestillo de la puerta y miró por encima del hombro. “Nos marchamos al amanecer.”

“¿Amanecer?” Preguntó ella, su mirada yendo hacia sus tabletas. “Eso no es tiempo suficiente.”

La puerta se abrió y fue abierta por Maribel, la doncella de Isabella, que entró, su mirada desconsolada.

Dejando de un lado el cojín, Isabella se puso en pie. “¿Desde cuándo lo sabes?”

“Su padre informó a los criados unos momentos antes de subir aquí. Es una verdadera locura abajo. El cochero ya está preparando el carruaje y una carreta. Los lacayos vendrán con sus baúles pronto.”

Isabella se llevó una mano a la boca, las lágrimas salpicando sus mejillas mientras cerraba los ojos. “No puedo creer que Papá me hiciera esto.”

“Es una conmoción para todos nosotros, señorita.” Dijo Maribel, que había sido la compañera siempre presente de Isabella desde que eran niñas, envolviéndola en un abrazo. “Yo estaré con usted, no tema. Enfrentaremos esto juntas.”

Incapaz de contener sus sollozos, Isabella hundió la cara en el hombro de la criada. “Gracias.”

“Ea, ea. Hemos de apresurarnos.” Maribel le pasó una mano por la espalda de Isabella. “Tiene intención de llevarse sus tabletas, ¿sí?”

“Oh, a... absolutamente. Antes que ninguna otra cosa, deben ir,” Isabella logró decir entre sollozos. Recuperando su cordura, se apartó y se fue hacia su escritorio. “Mis notas, diarios y libros deben guardarse todos. Las tabletas terminadas necesitan ser guardadas con el máximo cuidado para asegurar que no se rompan los cristales, no importa cuan... cuan revueltas sean las olas.”

Ella recorrió el marco de la primera tableta que había traducido. “No vamos a dejar esto aquí.”

“Claro que no.”

Maribel apartó el marco, pero Isabella se lo arrebató de inmediato. “Yo quiero guardar las tabletas personalmente. Por favor, ocúpate de mis ropas y efectos personales.”

Capítulo Dos

“¡Soltad anclas!”, gritó el Capitán Gibb MacGalloway, contento con la elección de su punto de ataque en Firth of Forth en la costa de Musselburgh. Había acomodado su buque de tamaño considerable entre una goleta y un bergantín más grande, donde su buque no sería reconocido de inmediato.

Desplegó su catalejo y miró la escena que transcurría en el parque privado detrás de Newhailes, no el más grande, pero sí el favorito de las propiedades ducales de su hermano. Martin, el patriarca de la familia y Duque de Dunscahy, había mandado decir que Gibb entraría en el fiordo escocés después de entregar el cargamento de algodón de los aparceros americanos al molino textil de los MacGalloway y cargar decenas de barricas de whisky MacGalloway en el casco del *Prosperity*.

“Parece que hay bastante gente esperando,” dijo Archie MacLean, intendente, y mejor compañero que pudiera tener un capitán.

“Sí, una congregación de diablillos.” Todavía mirando por su catalejo, Gibb divisó a sus dos hermanas más pequeñas, Modesty y Grace. Ellas parlotaban entre una multitud de jovencitas, a quienes él evitaría sin duda. Todas las chicas llevaban el pelo sin recoger o en coletas, lo cual significaba que cada una de las hembras allí era demasiado joven para ser abordada.

Un poco más a la izquierda, Gibb también reconoció a la Srta. Hay, la institutriz de las jóvenes, que repartía pedacitos de papel, después de lo cual las chicas se dispersionaron en docenas de direcciones.

En la distancia, cantidades amplias de muselina blanca se movía entre las columnas de la Summerhouse, un puente de estilo Romanesco paladio construido encima del estanque para jugar al curling, durante el invierno, pero ahora convertido en un refugio acuático por una bandada de cisnes. Dentro del Summerhouse, Gibb pudo divisar con facilidad a su madre, el centro de un grupo de mujeres, que él supuso, eran las madres de las chicas, y otro grupo de mujeres a ser evitadas a toda costa.

Detectando un destello de blanco, él desvió el catalejo de la proa de babor, donde encontró la vista mucho más interesante.

Hmm. ¿Quién puede ser?

Aunque el rostro de la mujer estaba oculta por un bonete, a juzgar por su postura y movimientos ágiles, no era una niña. El hecho de que estaba sentada sola bajo el gran sicomoro era buen indicio de que no era una de las madres de la Summerhouse.

Quizás podría divertirse un poco antes de que Martin le agarrara. El duque estaba siempre creando nuevos negocios que esperaba que Gibb aprobara de manera instantánea y de manera entusiasmada. A menudo, dichos negocios requerían un esfuerzo monumental en reorganización y eran un dolor en el trasero para Gibb. Sin embargo, semejantes empresas normalmente llenaban sus cofres y por eso estaba eternamente agradecido.

Él plegó su catalejo y miró hacia Archie. “Baja mi barca, luego dale un día de asueto a los hombres.”

“Su barca ya está esperando y listo, Capitán. Y, daré el día libre a todos menos los vigías.”

“Excelente, y dile a los marineros que no se vayan más allá del Puerto de Fisherrow, o puede que nos vayamos sin ellos. No tengo intención de permanecer aquí más de lo necesario.”

“Sí, señor.”

Gibb hizo que los marineros llevaran la barca a la orilla en la esquina noreste de la propiedad, detrás de la línea de árboles donde no sería visto. Después de hacerles saber a los hombres que podrían encontrar una jarra de sidra caminando cinco minutos por la orilla, se fue bajo la línea de árboles que él trepaba con sus hermanos cuando era un niño, el mismo árbol que le brindaba sombra a la solitaria que, obviamente, evitaba las celebraciones.

Desde detrás del enorme tronco del árbol, él miró a la mujer durante un rato mientras pasaba las páginas de su libro y miraba hacia el mar de vez en cuando, sacudiendo la cabeza y suspirando. Pero maldita sea, no podía ver su cara. El borde de su bonete era similar al de una trompeta, y no importa en qué dirección giraba la cabeza, el maldito sombrero se negaba a dejar ver ni siquiera el color de su cabello.

El cuello de la mujer era largo, sus hombros pequeños y femeninos, y llevaba un chal rosa colgando de los codos. Bueno, la única manera de averiguar si era una belleza o no era presentarse.

Ocultado por los árboles, él se apresuró unos cuantos metros, luego salió de entre los árboles y se acercó como si nunca hubiera estado justo detrás de la joven. “O su libro es muy fascinante o es tan reacia a la gente como yo.”

La dama se sorprendió, dando un sutil respingo antes de alzar la mirada. Cabello negro con rizos enmarcaban un rostro oval. Con un poco de color en las mejillas, su rostro era un poco sencillo, pero lo suficientemente agradable como para que Gibb perdiera la tarde mientras evitaba a su hermano.

“No me gustan mucho las muchedumbres,” dijo la chica, estrechando los ojos como si estuviera intentando identificarle. “Su Excelencia ha dado una fiesta en su casa para sus hijas y sus amigas, y me temo que soy un poco mayor para búsquedas de tesoros.”

Gibb se sentó en el banco al lado de ella, sin presentarse siquiera. El mero pensamiento le hizo sonreír. Él detestaba la alta sociedad y las reglas huecas a las que se adhería casi más de lo que detestaba a Napoleón. *Casi*. Napoleón era un tirano que necesitaba ser presentado a la guillotina.

“De manera que Lady Modesty y Lady Grace están buscando un tesoro, ¿verdad?”, preguntó él.

“Sí, en los establos, de todos los lugares. Aunque me atrevo a decir que los establos de Newhailes son lo suficientemente grandes como para albergar a una docena de familias.”

Ella no se equivocaba. El duque necesitaba espacio amplio donde almacenar todos sus carruajes, además de sus caballos. Gibb rio. “Por lo menos el parque está tranquilo.” A juzgar por el número de chicas jóvenes que había visto harían el ruido de una bandada de gallinas cluecas antes de que habían sido dispersadas.

La mujer sonrió, pero con pena. “Lo es.”

Gibb titubeó un momento. Cielos, sus ojos eran oscuros, casi tanto como su cabello. ¿Y por qué diantres estaría triste una mujer cuando visitara Newhailes? Para los visitantes, la mansión y los terrenos eran como pisar un cuento de hadas. Y esa mujer ni siquiera llevaba luto.

“Oh, es un buen día para leer.” Él se inclinó hacia ella y miró la página. “¿En qué se entretiene? ¿Una historia de amor con un apuesto héroe y una tímida violeta?”

Ella le mostró la cubierta del libro. “*Historia Temprana Mítica de Italia y sus Gentes*. No hay caballeros errantes y damiselas, me temo.”

Quizás el tema de lectura era demasiado árido para la joven, o quizás no. Gibb se cruzó de piernas y se inclinó hacia atrás, su falda escocesa subiéndose un poco por su muslo. No se

molestó en bajar la prenda. Rara vez lo hacía. Una vez que dejó la Marina del Rey, se puso una falda escocesa y no se había puesto un pantalón desde entonces.

“¿Es usted una especie de anticuaria?”, preguntó él.

“Se podría decir que sí. Mi padre y yo descubrimos una villa en su propiedad en West Sussex, y me he sentido cautivada por la historia Romana desde entonces.”

“Fascinante.” Él volvió a mirar a la mujer, deseando poder tirar del lazo rosa que le ataba el bonete y retirárselo de la cabeza. Al mirarla con más detenimiento, su rostro era notable, no una belleza clásica, sino compleja, con una barbilla pequeña y mejillas lo suficientemente anchas como para alojar esos ojos enormes.

Gibb no se subía a bancos con damas y hacer conversación con ellas. De hecho, desde que se había enrolado en la marina, no había interactuado con ellas gran cosa. La mayoría de su contacto con mujeres consistía en discretos interludios, normalmente encima de una taberna no lejos de la costa. Una mujer que disfrutaba con el mundo antiguo era algo nuevo.

Él tocó el libro de ella. “Dígame algo fascinante sobre *La Historia Mítica de Italia y sus Gentes*.”

Ella alisó la tapa del libro con la mano. “Sí que creo que bromea conmigo, señor.”

“Para nada. De hecho, mientras cruzábamos la frontera con Inglaterra, mi hermano y yo una vez hicimos un pequeño rodeo y exploramos unas ruinas cerca de Haddington, decididamente romanas, lo eran.”

Unas cejas negras preciosas desaparecieron bajo el bonete, como si él hubiera encendido una chispa en alguna parte de los recovecos de la mente de esta intelectual. “¿Qué encontraron?”

“Una gran cantidad de escombros encima de muros de piedra, quemadas como si hubiera habido un fuego.”

“Qué intrigante.” La Señorita Cabello de Cuervo se inclinó hacia delante. “¿Comunicaron su hallazgo a la Sociedad de Anticuarios?”

“No, un ganadero de ovejas y su perro decidieron que estábamos entrando sin permiso,” Gibb rio ante el recuerdo. Poco sabían ellos que estaban persiguiendo a los hijos mayores del Duque de Dunscahy. Cielo santo, si el viejo granjero hubiera sido un poco más preciso con su mosquete, Gibb ni siquiera estaría aquí en ese momento, eso o él sería el duque, Dios no lo quiera.

Él señaló un par de dianas de tiro con arco solo sin una sola flecha. “Entiendo que el tiro al arco no era muy popular entre las mocitas.”

“No recuerdo que ninguna de ellas lo intentara. Aunque hubo bastante revuelo con el juego del volantín, por lo menos hasta que se anunció el juego de búsqueda del tesoro.”

Gibb divisó los carcajes de flechas y arcos al lado de los árboles. “¿Le gusta el tiro con arco?”

“Sí.” La joven de pelo negro dejó su libro a un lado y se enderezó un poco. “Le hago saber que fui campeona de la Feria de West Sussex en 1807.”

“Estoy debidamente impresionado,” dijo él. Hace seis años, esta mujer lo más probable era de la edad de su hermana Grace, o cerca. “¿Si es una campeona, qué le parece una pequeña apuesta?”

“¿Es usted un arquero, señor?”

“Más o menos. ¿He tenido lecciones de tiro con arco? Sí. Pero reconozco que no he ganado ningún premio. Eso me pone en franca desventaja,” dijo él, guiñándole un ojo. Gibb podía de manera experta disparar prácticamente cualquier arma inventada por el hombre, fuese un arco y flecha, mosquete, pistolas o tirachinas. Se puso en pie y le tendió una mano. “Venga, el día es

demasiado bonito para sentarse sin hacer nada.”

Ella colocó sus dedos enguantados en la palma de la mano de él. “¿Pero no ha dicho que es un buen día para la lectura?”

“Eso fue antes de que viera las dianas.” Él tiró de ella para que se pusiera en pie, sorprendido al ver que ella era bastante menuda en estatura, su cabeza sin llegarle hasta el hombro. “Ahora, ¿qué le parece esa apuesta?”

“¿Qué clase de apuesta?”, preguntó ella mientras se detuvieron ante los carcajes de flechas. Ella tomó un arco y lo probó para ver su tensión.

“Hmm. Debe ser algo verdaderamente valioso.” Él tamborileó los dedos en su broche MacGalloway al hombro mientras una serie de ideas surgían en su mente. Entonces fue cuando se fijó en los labios de ella; rosados, adelantados, un poco carnosos. “Ya sé. Si yo gano, usted me da un beso.”

Ella soltó la cuerda que hizo un ruido. “¿Perdón? ¿Qué clase de caballero apuesta un beso? Apenas le conozco.”

“Me conoce lo suficiente. Me gusta la historia romana y odio las muchedumbres. ¿Qué más hay?”

“Mucho más, desde luego.”

Él le entregó una flecha, luego la agarró de la muñeca mientras ella la tomaba. “¿Qué me dice, joven?”, preguntó él, mirando esos ojos enormes negros. Él era capitán marino primero, y aunque había sido criado como “hijo de repuesto,” en una casa ducal, nunca había abrazado al completo las reglas de la etiqueta, a menos que las pudiera usar para su propio beneficio. “He emitido un desafío. ¿Tiene el valor de aceptar?”

Lamiéndose los labios, la Srta. Cabello de Cuervo miró con nerviosismo la casa. “¿Un... un piquito quizás? Y que no nos vea nadie.”

“Muy bien.” A Gibb eso le parecía estupendo, ningún beso en serio debería ser dado en público. “¿Y usted, señora? ¿Qué apuesta?”

La nariz de la chica se infló mientras le miraba de los pies a la cabeza. “Si *usted* gana, yo quisiera saber su nombre, señor.”

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios. Aquí estaba esta mujer, completamente consciente de que él había dejado de lado toda convención de corrección, y, sin embargo, ella solo sabría su nombre si ganaba esta competición. ¿Quizás había un poco de picardía en el corazón de esta intelectual lectora de historia?

“¿Por qué estaba sentada a solas?”, preguntó él.

Ella cargó su arco y le miró por encima del hombro. “Tengo mucho en qué pensar.”

Gibb hizo una mueca. Seguramente tendría una hermana menor entre las buscadoras de tesoro que fuese tan traviesa como Grace o Modesty. La Srta. Cabello de Cuervo soltó su flecha. La flecha se desvió del objetivo en casi un metro. Ella se giró, ruborizándose de la manera más adorable. Ah, sí, con un poco de color, había una gran elegancia en su aspecto. “Claro, permitirá dos tiros de práctica.” Él dejó que su mirada bajara por su vestido de muselina y de vuelta arriba. “¿Inventando reglas a medida que avanzamos?”, preguntó él, dejando que su lengua se fuese hacia la comisura de su boca.

“Para nada.” Ella movió la cabeza, sin darse cuenta de la mirada apreciativa de él. “Nunca he usado este arco antes.”

“Le concede eso.” Gibb se inclinó. “Dos tiros para la dama.”

“Usted también puede tener dos.”

La segunda flecha de ella dio en el borde de la diana, pero ni de cerca al objetivo. Él se

frotó las manos, feliz de ver que su beso podría hacerse realidad.

Excepto que parecía haber un alboroto en el Summerhouse. ¿Le había visto Mamá?”

“¿Preparada?”, preguntó él, intentando apresurar a la joven.

Ella tensó la cuerda y se inclinó hacia el objetivo. “¿Mejor de tres?”

“Desde luego, pero debe disparar las tres flechas ahora.”

“¿De repente tiene prisa?”

En una palabra, sí.

“Creo que las niñas están terminando su búsqueda en los establos,” dijo él.

La mujer disparó sus tres flechas, una en el centro de la diana y las otras dos en los dos círculos anexos. Ella le ofreció el arco, sonriendo, como si estuviera contenta con su resultado. “Su turno, señor.”

Dos lacayos ahora hablaban con Mamá. Sería mejor darse prisa. “Tres flechas,” dijo él. Cargó una y le dio en el centro de la diana, luego despachó las dos siguientes deprisa, de manera muy parecida a la primera.

“Increíble.” La dama se quedó parada con los puños en las caderas. “Me temo que es usted mucho mejor arquero de lo que dio a entender.”

“No recuerdo haber dicho que fuese *inhábil*.” Pero Gibb era marinero, y no era ningún extraño de las apuestas o las ganancias. Siempre apostaba para ganar. Aceptar una apuesta con probabilidades dudosas era juego de tontos. Una sonrisa se dibujó en una comisura de su boca mientras agarraba a la Srta. Cabello de Cuervo por el codo y la guio tras unos arbustos detrás de un enorme roble. “Ojalá tuviera tiempo para entretenerme, pero parece que pronto mi atención será requerida por mi hermano, o mi madre, y muy posiblemente mis hermanas.”

Gibb colocó las palmas de las manos a cada lado de la cara de ella, piel sedosa, un cálido vibrar debajo. “Oh, es una chica linda.”

Bajando la barbilla, Gibb movió los labios hacia la boca alzada de ella. No había tiempo para prepararla con palabras dulces. Cerrando la distancia, él tomó su boca, con la intención de un besito rápido y suave. No planeaba nada más que una caricia rápida, lo suficiente para encender una chispa, pero lo suficientemente breve para no ser pillado.

Y entonces, la Srta. Cabello de Cuervo suspiró, un suspiro suave, apenas audible, tembloroso.

Santa madre, el sonido fue como una flecha clavada en su corazón. Gibb lo pilló con la boca y presionó los labios con más fuerza contra los de ella, sus labios cerrados acompañados por su postura rígida. ¿Esta mujer aborrecía los besos o es que no tenía ni idea de lo que era un beso?

Inhalando un olor de vainilla de los mares del Sur, Gibb tenía intención de averiguarlo. Desplazó los brazos en torno a ella y tiró del cuerpo menudo, delicioso de ella cerca de sí, impartiendo una cantidad de pericia en besos, barriendo la lengua por encima de esos labios preciosos, llenos, pidiendo paso mientras deslizaba los dedos hacia arriba acariciando el cabello sedoso en su nuca.

Con su siguiente suspiro, ella abrió la boca para él, no mucho, pero lo suficiente como para que su lengua entrase dentro y acariciase con profundidad, saboreando el sabor a limonada y algo más dulce, ¿quizás un pastelillo de té?

La Srta. Cabello de Cuervo se deritió contra él, encendiendo un raro chisporroteo en el pecho de Gibb, algo que él nunca había sentido antes, un sentimiento que le gustaría explorar. “¿Lord Gibb?”, gritó uno de los lacayos. Por el sonido de su voz, el hombre estaba a aproximadamente unos quince pasos.

Maldita sea, Gibb se había quedado sin tiempo. Después de enderezarse, se tomó un momento para mirar esos ojos negros y memorizarlos. Esta sería la última vez que vería a esta mujer, y no quería olvidarla. “No me siga,” gruñó con la voz baja. Era un riesgo estar a solas de esta manera, un poco de riesgo para Gibb, un grave riesgo para ella, lo cual hacía que el interludio fuese más emocionante. Suba por el borde de los árboles y no entre en el campo de visión hasta que llegue a la casa.”

Gibb salió de detrás del árbol y le sonrió al lacayo que había conocido desde la infancia. “Ay, Fergus, ¿cuánto tiempo hace que no nos vemos?”

El viejo estiró el cuello, intentando ver más allá de los arbustos. “Demasiado tiempo, milord.”

Gibb agarró a Fergus por el codo y empezó a caminar hacia la Summerhouse, consiguiendo tiempo para que la Srta. Cabello de Cuervo pudiera escapar. “Entonces, dime, ¿cómo le va a mi hermano?”

Capítulo Tres

Lo mejor de volver a casa era ser el receptor de la felicidad y el amor que se leía en el rostro de su madre. Lo peor era ser acompañado hasta la Summerhouse y una bandada de madres mientras sus hermanas venían corriendo desde la dirección contraria con sus amigas. “¡Gibb, hijo mío!” Exclamó Mamá, llevándose las manos al corazón. “No creo que me acostumbre nunca de verte llegar por mar.”

Él la rodeó con los brazos y la besó en la frente. Ella olía, como de costumbre, a lavanda, azúcar y casa. “Ay, qué bueno verte.”

“Y mejor todavía tenerte en casa.” La Duquesa Viuda de Dunscahy se volvió hacia sus amistades. “¿Habéis conocido a mi hijo, Lord Gibb MacGalloway, el capitán marino?”

Él se inclinó de manera respetuosa. “Damas, confío en que estén disfrutando de la fiesta en casa.”

“Es un almuerzo,” dijo Modesty, la más pequeña y revoltosa de la casa, tirando del codo de él y rodeándole con los brazos. “Mamá nos está preparando para cuando se nos invite a una fiesta de casa de verdad.”

Él tocó con nudillo la nariz pecosa de ella. “Dios mío, has crecido como un tallo de maíz desde la última vez que te vi. ¿Qué edad tienes ahora?”

Ella sonrió con orgullo. “Trece.”

“¿Trece? ¿Cómo diablos ha pasado eso?” Él miró hacia Grace, una belleza clásica que, para preocupación de su hermano, era cada vez más hermosa. Tiró de Grace también y las abrazó a las dos. “Y, apuesto que tú tienes quince años, ¿verdad?”

“Dieciséis, que lo sepas,” dijo ella con un poco de arrogancia. “Casi preparada para ser presentada en la corte,”

Gibb la besó en la sien. “Y serás la favorita de la alta sociedad cuando llegue el momento.”

“Sí,” dijo Mamá de acuerdo con él. “Aunque su presentación en la corte es algo que Grace espera con impaciencia, aunque yo soy feliz de permanecer aquí en Newhailes durante un tiempo.”

Giles, el mayordomo, se acercó y carraspeó. “Enhorabuena, Lord Gibb. Perdone mi intromisión, pero Su Excelencia ha pedido verle de inmediato.”

“Oh, ¿sí? Apenas he pisado tierra y ya me ha mandado buscar nuestro hermano todopoderoso.” Gibb le guiñó un ojo. “Si me disculpas, por favor, te dejaré para que vuelvas con tus invitadas.”

Mientras caminaba hacia la mansión, Modesty le siguió y se aferró a su brazo. “¿Hasta cuando te quedas esta vez?”

“Me temo que no mucho, tengo un casco lleno de whisky para llevar a América.”

“Pero, ¿cómo vas a casarte si siempre estás navegando?”

“Quizás porque no tengo ningún plan para casarme.”

“¿Por qué no?” Los dos juntos subieron las escaleras curvas que llevaban hasta las enormes puertas dobles. “La Srta. Hay dice que es la obligación de todas las damas de buena cuna casarse y darles a sus maridos con herederos. ¿Cómo he de encontrar mi pareja si todos los hombres buenos están lejos, en aventuras como tú?”

“Has de creerme, siempre habrá muchos hombres en el mercado del matrimonio. Además,

yo solo soy un segundo hijo, para nada tan buena pieza como Martin.”

“Yo creo que eres una buena pieza, mandas en tu propio barco y eres tan guapo como Martin, seguro.”

Mientras Giles abría la puerta, Gibb le tocó uno de sus tirabuzones de color rojo. “Gracias por tu voto de confianza. Si alguna vez estoy en el puerto suficiente tiempo para buscar una esposa, me aseguraré que todo el mundo sepa que soy tan apuesto como el duque.”

Ella soltó una risita y le dio un golpe juguetón en el hombro. “Por lo menos no has perdido tu sentido del humor.”

Gibb esperó que no. Dado que le habían llamado solo momentos después de que Mamá hubiera mandado un lacayo a buscarle. ¿Qué tenía Martin preparado para él ahora? Si consideraba que el duque le hacía llamar desde un lado positivo, su hermano le iba a presentar un buque nuevo más grande. ¿Quizás una flota de buques mercantes para comandar? Eso era algo de lo que estaban hechos los sueños.

Antes de que su imaginación volara, Giles abrió la puerta de la biblioteca y le hizo pasar. “Lord Gibb, Su Excelencia.”

“Ah, aquí está,” dijo Martin y le hizo un gesto a un hombre más mayor que también se puso en pie. “Hermano, seguro que recuerdas al querido amigo de nuestro padre, sir Kingston Harcourt.”

Gibb se inclinó respetuosamente. “Cómo olvidarlo, como decía Papá, usted le libró de la mordedura de una cobra en Egipto durante la Segunda Coalición.”

Sir Kingston rio. “Estoy convencido de que la serpiente fue metida de manera intencionada en la tienda de campana de su padre por los franceses.”

“Son más de las dos de la tarde,” dijo Martin desplazándose hacia el aparador. “¿Les puedo tentar con un vaso del mejor brebaje MacGalloway?”

Gibb se relamió los labios. “Querido hermano, soy marinero. Me puedes tentar con semejante oferta en cualquier hora del día o de la noche.”

“Yo tampoco voy a discutir,” dijo sir Kingston.

De manera familiar, el duque sirvió tres copas para ellos tres.

“¿Cómo está Julia y el pequeño?”, preguntó Gibb sentándose en uno de los sillones orejeros que estaban en la parte trasera de la biblioteca, la zona donde había una mesa baja con un tablero de ajedrez con piezas de marfil y ébano.

Martin sonrió, el orgullo reflejado en sus ojos. “Los dos están de buena salud y animosos.”

Gibb rio. La esposa de su hermano era una mujer briosa, sin duda. “Apuesto que sí.”

Ya que estaban acompañados por sir Kingston, Martin no mencionó más datos familiares. “Tengo un favor que pedirte.”

Claro que estas palabras no eran una sorpresa para él, aunque las peticiones del duque normalmente eran otro tema tabú cuando había invitados delante. Martin no tenía la costumbre de hablar de asuntos familiares con nadie fuera de la familia. Gibb se cruzó las piernas. “Pensé que estarías tramando algo, si no, habrías dejado que Mamá y sus amigas me entretuvieran un poco más.”

Martin alzó su vaso y examinó el líquido ambarino en el rayo de luz que entraba por la gran ventana. “Sabes que siempre he sido el que ha extendido la rama de olivo cuando es preciso.”

Gibb no podía discutir eso. Si no fuera por el duque, seguiría en la marina del Rey luchando contra Napoleón. “Te concedo eso.”

Su Excelencia miró al invitado. “Necesito que lles a la hija de sir Kingston a Georgia.”

Gibb parpadeó, a su mente vinieron varios reparos, el primero siendo el más importante.

“¿Perdón? El *Prosperity* no es un buque de pasajeros. Es un navío mercantil. La comida es corriente, tiene pocas comodidades. Y, aunque mis hombres son marineros trabajadores, muchos de ellos se criaron en las calles. Además de que no se permiten mujeres a bordo, los tipos no sabrían qué hacer con una mujer de calidad si la viesen.

“Sí, entiendo tus preocupaciones, pero solo es un pasaje... a menos que me estés diciendo que no puedes lidiar con tu tripulación.”

Sintiendo un escozor por las palabras de su hermano, Gibb se descruzó las piernas y se inclinó hacia delante. “No he dicho eso. Estoy diciendo que los hombres son unos marineros, se comportarán y hablarán como tales en todo momento.

“Isabella es una mujer muy sensata y guarda mucho las distancias en la mayoría de los casos,” dijo sir. Kingston. “Estoy bastante seguro de que apenas se dará cuenta de que está a bordo de su buque.”

Gibb removió su whisky en el vaso. Con razón el tipo estaba presente en esta discusión, tenerle allí hacía imposible discutir. Él sabría que la hembra estaba presente a buen seguro, al igual que todos los varones abordo. “No tendré más elección que la de alojarla en una de las cabinas de los oficiales.”

“Sí,” dijo Martin de acuerdo con él. “Y, está viajando con su dama de compañía.”

“Cielo santo, ¿otra hembra más?”

Sir Kingston estiró el cuello, tirando de su corbata. “¿No sería mejor dos que una, para hacerse compañía y tal?”

Gibb hizo una mueca, ahora le estaría incomodando a dos oficiales, porque no iba a colocar a una dama de compañía en una hamaca debajo de la cubierta.

“Venga, no te pido favores muy a menudo,” dijo Martin. “Y este es tan importante para el viejo amigo de Papá, un héroe de guerra condecorado. Has de prometerme que cuidarás de la joven y te encargarás de que llegue a América sana y salva.”

Ah, ¿ahora eran promesas que Gibb tenía que hacer? Respiró hondo. “Por supuesto, me ocuparé de que cuidaré de la Srta. Harcourt y veré que sea entregada a...” Gibb se bebió el resto de su whisky y se obligó a sonreír. “Disculpadme, pero la costa de Georgia es de casi cien millas de largo. ¿Dónde exactamente he de entregar a la dama? ¿Se baja ella primero, o he de descargar el whisky en Virgina antes de eso?”

“Yo creo que deberías navegar hasta Georgia primero, y luego completar el resto de tu viaje como se ha planeado. Yo le escribiré a su prometido para hacerle saber que llegará a... Martin miró a sir Kingston y desplegó las palmas de las manos.

“Savannah.”

“Ahí lo tienes. Savannah.” Martin se cepilló una brizna de su falda escocesa y miró a Gibb. “¿Cuánto crees que tardarás aproximadamente en llegar a Savannah?”

Claro, todos los presentes sabían que cruzar el Atlántico en barco no era tan predecible como conducir un carruaje de una punta de Gran Bretaña a la otra. “La media de navegación de vela es de un mes, unas semanas si los marineros tienen suerte; más si no. El viento es tan variable como el humor de una mujer.”

“Sí, creo que el Sr. Schuyler tiene habitaciones en Savannah,” dijo Sir Kingston.

Gibb se puso en pie y se sirvió otro vaso del decantador de cristal de su hermano. “Si eso es así, quizás sería mejor que descargue el cargamento de whisky primero. Eso me permitiría mandar un aviso desde Norfolk al prometido de su hija antes de nuestra llegada.”

Sir Kingston dio palmadas. “Ahora que lo pienso, creo que eso sería lo mejor. Una gran idea.”

Gibb se bebió el contenido del vaso de una vez y se secó los labios. “Bueno, entonces si ustedes me disculpan, tengo un par de cabinas que reajustar.”

“¿Te marchas sin saludar a Julia o a James?”, preguntó Martin.

“¿Están en la habitación de al lado?”, preguntó Gibb, aunque sabía que no, la habitación de al lado era la del administrador Duncsaby.

Martin señaló hacia arriba. “Lo más probable es que estén en el cuarto de los niños.”

“Muy bien, me asomaré un momento, pero no quiero correr riesgos de ser asediado por la fiesta de almuerzo de Mamá. Me iré por la puerta de atrás en diez minutos.” Gibb miró a sir Kingston. “Por favor, informe a la Srta. Harcourt que partiremos a las nueve y media de la mañana. Mandaré una barca para que busque a la dama y su acompañante.”

Martin se desplazó hacia su escritorio tomando su pluma de oca. “Va a necesitar más de una.”

“¿Perdón?”, preguntó Gibb.

El duque abrió la tapa de su tintero de plata. “La Srta. Harcourt viaja con cinco baúles.”

Por Dios, esta tarea estaba volviéndose cada vez más peliaguda. “Mi barco solo tiene una barca. Te agradeceré que uses tu barco de vela para transportar los efectos personales de ella al casco del *Prosperity*.”

Hundiendo su pluma en la tinta, Martin se despidió de él con un gesto de la cabeza. “Hecho.”

Isabella estaba sentada en la popa de la barca, apenas capaz de mirar al buque enorme que sobresalía en el agua ante ella. *Él* seguramente estaría mirando, desde la fila de ventanales de la popa del buque o desde la cubierta arriba. Seguramente el hermano del Duque de Duncsaby había disfrutado a costa de reírse de ella.

Ayer había escuchado al lacayo con toda claridad. *Lord Gibb*, es decir, Capitán Gibb, comandante del *Prosperity*, que había sido secuestrado para llevar a Isabella a su condena, un viaje que duraría semanas.

Ella, Isabella Harcourt, nunca había, en toda su vida, besado a un hombre o comportado de manera tan descarada. El bribón la había engañado para que le besara. Peor aún, ella lo había deseado. Después de todo, su padre había prometido entregarla a un minero, que resultaba tener el doble de edad que ella, nunca había estado casado y vivía en las lejanas tierras de Georgia.

Cielo santo, ¿era el Sr. Schuyler tan horrible que no podía encontrar una mujer bien criada y obediente en alguna parte del continente de América del Norte?

Para calmar la trepidación que ella sentía, Papá le había dado las cartas que el Sr. Schuyler había escrito, aunque el contenido aportaban poco sosiego. La letra del minero era algo burda, aunque su prosa lograba describir adecuadamente su mina en el río Savannah y la casa que había construido cerca. Papá, sin embargo, nunca le había dado una respuesta satisfactoria de por qué había contestado el anuncio del Sr. Schuyler en la Gaceta.

Sigo sin poder creer que mi padre le pudiera contestar al hombre. Si hubiera sabido que estaba tan deseoso de librarse de mí, habría coqueteado con el hijo del vicario en la iglesia o cualquier cosa antes de estar de acuerdo en casarme con un completo desconocido en una tierra que se dice que está llena de presidiarios y rebeldes.

Ahora estaba a punto de subirse a un buque capitaneado por un canalla, un hombre que la había engañado para que la besara. Y, cielo santo, cómo había sido ese beso. ¿Quién iba a decir que besar la consumiera a una tanto? Isabella dudaba mucho que el Sr. Schuyler la besaría así. Y ella dudaba volver a ser la receptora de un despliegue de sexualidad tan erótica.

Cuando lo pensaba de manera analítica, el encuentro en su totalidad había sido necio y absurdo.

Desde este momento y en adelante, decidió guardar la experiencia bajo llave en la parte más profunda de su mente y fingir que el beso nunca pasó. Isabella olvidaría que el capitán bribón la había rodeado con sus brazos y presionado contra su pecho extraordinariamente duro, y presionado sus labios extraordinariamente suaves contra los de ella. Ella no pensaría en su lengua traviesa con sabor a deliciosas especias mientras entraba en su boca y bailaba una cuadrilla, un baile lo suficientemente hipnótico como para hacer que todo el cuerpo de ella se convirtiese en una masa deshuesada, sin mente hecha de gelatina.

A su lado, Maribel agarraba la mano de Isabella. “Sé que todo esto es un lío terrible, pero no se preocupe. Creo en los finales felices y a veces una tiene que atravesar la oscuridad para encontrarlas. Por lo menos estaremos juntas, y apuesto que su prometido estará loco de contento cuando la vea.

Isabella le dio un codazo a la dama de compañía. “Siempre optimista, ¿verdad?”

“Bueno, ser optimista ayuda a pasar los días.”

“Te admiro por eso. Las *dos* hemos visto nuestras vidas arrancadas de cuajo. Tú tanto como yo.”

“Creo que no. Yo seguiré siendo su dama de compañía, pero usted no estará en casa de su padre o en Inglaterra, cerca de su villa romana.”

La barca chocó suavemente contra el casco del buque, y los remeros la ataron a los aparejos. Isabella estiró el cuello, mirando el entramado de cáñamo espeso y se preguntó si esperaban que ella trepara por el borde del buque. Su pregunta fue contestada cuando un marinero señaló un asiento que estaba siendo bajado desde una polea que se había descolgado por encima de la cubierta. “El capitán ha mandado la silla del contraamaestre para la comodidad de las *lassies*.”

Ella hizo todo lo posible por sonreírle al marinero, aunque su mejor esfuerzo solo era una mueca. ¿Todos los de abordaje eran escoceses? ¿La llamarían *lassie* durante todo el viaje? Los pocos tripulantes que había conocido hasta ahora hablaban con un fuerte acento, incluido el capitán escandaloso, que había sido hijo de un duque, ni más ni menos.

Tendiéndole una mano, el marinero la ayudó a acomodarse en el asiento, que no era mucho más grande que el asiento de un columpio en el nogal delante de la casa de su padre.

Él estaría allí arriba.

¿Se disculparía?

¿La perseguiría buscando besos todo el viaje?

Isabella agarró las sogas con fuerza mientras el asiento del contraamaestre empezó a ser izado, balanceándose temerariamente por encima del agua. Se atrevió a alzar la vista, lo cual solo hizo que se le revolvieran las entrañas. Cielos, el ascenso era más rápido de lo que ella se había imaginado. Había media docena de marineros haciendo funcionar el cabestrante arriba.

“¡Va estupendamente, señorita!”, le gritó Maribel sonando muy animada.

Cuando Isabella llegó casi arriba al buque, cuatro manos se estiraron para alcanzarla mientras la polea seguía subiendo las sogas.

“Ahora la balancearemos por encima de la barandilla, señorita,” dijo un hombre que no era Lord Gibb. Asintiendo en dirección de él, Isabella decidió que el hundimiento que sentía en las entrañas se debía puramente a estar suspendida por lo menos diez metros en el aire y ser balanceada por encima de la cubierta.

“Buenos días, Srta. Harcourt. Está a bordo sin percance ahora,” dijo un chaval de no más de doce años ofreciéndole una mano y ayudándola a poner los pies en el suelo. Luego dio un paso

hacia atrás, quitándose la gorra e inclinándose. “Duncan Lamont, grumete a su servicio.”

“Eso es suficiente, Duncan, gracias,” dijo una voz muy profunda, la voz exacta que le había hablado en el parque ayer. De paso, la sensación de hundimiento en su estómago se convirtió en el revuelo de mariposas, Isabella no se había vuelto inmune al sonido, no importa cuanto se intentaba convencer de ello.

Con su sombrero de dos picos acomodado en el codo, Lord Gibb salió de detrás de una fila de tripulantes. Al principio sus ojos se agrandaron, expresando un poco de sorpresa, pero en un parpadear de ojos su rostro asumió rápidamente un aire de aplomo. Destacaba entre los hombres con una mirada dominante, llena de propósito.

Alto y ancho de espaldas, el Capitán Gibb adoptó la pose de seguridad que había tenido con ella en el parque ayer, sin una introducción siquiera. No, no había sido una aparición. Sus ojos seguían siendo un color chocantemente azul oscuro, con arrugas prematuras bordeándolos, lo cual no era muy extraño. Después de todo, la cara del hombre estaba bronceada y su cabello rubio era más largo de lo que se estilaba, ondeando en el aire como una vela, como si fuese un testamento a su naturaleza arrogante.

El hombre tomó su mano, se inclinó y la besó. Cuando se enderezó, afectó una expresión ilegible tan lejana como Londres. “Bienvenida al *Prosperity*, Srta. Harcourt. Yo soy el Capitán MacGalloway.”

Ella hizo una reverencia. “Milord.”

Él agarró la mano de ella con más fuerza. “Abordo este buque, yo soy el *Capitán*, nunca se me llama lord.”

Aunque ella llevaba guantes, era como si el calor de la mano de él la hubiera abrazado a través del cuero de cabritilla. Deslizándose sus dedos de la mano de él, se las limpió en las faldas. “Como guste.”

Él se volvió hacia el grumete. “Ya ha conocido a Duncan, pero permítame presentarle a...”

Isabella alzó la palma de la mano parándole. “Un momento... ¿Le importaría esperar hasta que mi doncella haya llegado antes de realizar ninguna presentación?”

“Por supuesto,” dijo él, su sonrisa desplazada por una fina línea mientras se agarraba las manos tras las espaldas.

“El Capitán dice que se casa con un minero en América,” soltó Duncan, ganándose una aclaración de garganta del capitán.

“Yo... ah...” Isabella miró del niño a Lord Gibb, que se inclinó hacia delante como si tuviera interés en escuchar el relato de ella. “Sí. Ese es el plan.”

El chaval se asomó por la barandilla, mirando mientras los hombres empezaban a manejar el cabestrante para subir la silla del contraamaestre de nuevo. “Nunca he estado en Georgia.”

“Pero pensé que el *Prosperity* había hecho varios viajes a América.”

“Mayormente, llegamos a puertos en Virginia y Carolina del Norte,” explicó el capitán, su mirada desviándose al mar abierto. Quizás ya se le había olvidado el beso de ellos. Quizás a menudo se llevaba a mujeres confiadas tras árboles y las besaba. “A veces llevamos un cargamento de whisky a Nueva York. Todo depende de nuestras órdenes.”

“Entiendo,” dijo ella, agradecida de ver el bonete de Maribel cuando la doncella entró en su campo de visión.

Los marineros la subieron por encima de la barandilla y la depositaron en la cubierta. Duncan volvió a expresar sus modales presentándose a ella bajo la mirada vigilante del capitán. ¿Estaba Lord Gibb preparando al chico para ser un caballero o para un cargo más importante? Isabella se toqueteó la barbilla con los dedos. ¿Eran parientes él y Duncan?

El capitán se aclaró la garganta y se inclinó. “Bienvenida a bordo, Srta...”
“Hume.”

“Srta. Hume.” Se inclinó ante ella como lo haría ante cualquier dama. “Capitán Gibb MacGalloway a su servicio.” Hizo un gesto señalando a tres hombres que estaban hombro con hombro en pie, vistiendo jubones de color azul marino y faldas escocesas del mismo patrón del tartan del Capitán MacGalloway. “Permítame presentarle a mis oficiales, los hombres que supervisan todo el trabajo realizado a bordo del *Prosperity*. El Sr. Archie MacLean, nuestro intendente, el Sr. Gowan Erskine, nuestro contraamaestre y el Primer oficial, Sr. Mac Lyall.”

Isabella hizo una reverencia al igual que Maribel a su lado. “Encantada de conocerles.”

El capitán señaló de la proa a la popa. “Son bienvenidas en cubierta en todo momento, aunque les advierto que no bajen abajo donde los hombres tienen sus literas, un buque es gestionado a todas horas. Día o noche, siempre hay alguien durmiendo.”

“O al menos intentando dormir,” interrumpió el grumete.

El capitán se aclaró la garganta. “Si necesitan visitar las cocinas, manden a Duncan o cualquiera de los tripulantes. Todos han recibido instrucciones para ayudarlas en cuanto lo necesiten.”

Isabella suspiró con alivio. Por lo visto, cuando estaba a bordo de su buque, el Capitán MacGalloway era un perfecto caballero.

“¡Maldición, esto sí que pesa!”, gruñó un marinero, alzando un lado del baúl que contenía las tabletas de ella. “Vamos a necesitar unos cuantos hombres más para bajarlo a la bodega.”

“Para nada. Yo necesito ese baúl en mi camarote.” Ella se volvió hacia el capitán. “Por favor, el contenido es muy frágil.”

Él miró el baúl con una ceja arqueada. “No hay mucho espacio en los camarotes. ¿Está segura de que quiere ese baúl?”

“Sí. Es una necesidad absoluta.”

“También va a necesitar el baúl grande con el lazo rosa atado en el asa,” dijo Maribel. “Ese baúl contiene los efectos personales de la Srta. Harcourt y ropas para el viaje.”

“¿Dos baúles en el pequeño camarote de Gowan?”, preguntó Duncan.

Isabella se encogió por dentro al ver la mirada triste en la cara del contraamaestre. Tenía que haberse dado cuenta de que iba a obligar a alguien a ceder su camarote.”

“Encuentren una manera de hacer que quepan,” dijo el capitán.

“Si no caben, yo solo tengo una pequeña valija. Las ropas de la Srta. Harcourt se pueden guardar en mi camarote si hay sitio.”

“Oh, sí, debe haberlo,” contestó Duncan. “Usted estará en el camarote de al lado, en el de Mac.”

Isabella les sonrió a los caballeros cuyos camarotes iban a ser ocupados por ella y Maribel, y les ofreció una reverencia. “Muchísimas gracias por el uso de sus camarotes.”

“Basta de charla. Tenemos un buque qué atender. ¡A los aparejos!”, gritó el capitán antes de volverse hacia las mujeres. “Si las damas me acompañan, les mostraré sus camarotes.”

Mientras los hombres empezaban a trepar por la red de cabos que llevaban a las velas, el Capitán MacGalloway guio a las mujeres hacia la popa y por un pequeño pasillo. En un extremo había una puerta arqueada ricamente decorada, con el marco tallado en forma de serpiente.

El capitán se detuvo ante la primera puerta a la izquierda, la abrió con la llave. “Este es su camarote, Srta. Hume.” Depositó la llave en la palma de la mano de ella antes de seguir y abrir la segunda puerta. “El camarote del contraamaestre es solo un poco más grande. ¿Confío en que es satisfactorio para usted, Srta. Harcourt?”

Isabella pasó dentro y se encontró con que solo había una cama estrecha y un escritorio. Él no se había equivocado, si se colocaran dos baúles en este habitáculo, ella no podría apenas moverse. Él se colocó el lazo de cuerda de la llave en el dedo. “Desayunarán y almorzarán en sus camarotes. La cena se sirve en el camarote del capitán todas las noches a las siete. Srta. Hume, es usted bienvenida para cenar con nosotros.”

“Oh, no,” dijo la criada. “Yo no podría. Soy una criada y no se me debe servir.”

Isabella le dio una palmadita en el hombro a Maribel. “Esto no es la casa de mi padre. ¿Estás segura de que no te unes a nosotros?”

“Absolutamente. Tomaré mis cenas en mi camarote si es posible.”

“Muy bien, como guste.” El capitán descansó la mano en la empuñadura de su puñal, en la funda, en su cinturón. “El cocinero del barco cocina unas galletas sabrosas, pero he de reconocer que el resto de la comida es insípida y corriente.” Estoy seguro de que no hace falta decir que este no es un buque de viajes de placer. En comparación con otros buques de su clase, mi tripulación es relativamente pequeña y, aunque hagamos lo mejor posible para atender a su comodidad, no encontrarán mucho en este barco para poder entretenerse...

“No se preocupe.” Isabella empezó a tirar de la llave en su dedo, pero el cordel se quedó trabado en los nudillos de él, haciendo que las puntas de sus dedos rozasen el dorso de la mano de ella. Una chispa se encendió entre ellos. Incapaz de detener su inspiración brusca de aliento, ella soltó la llave y dio un paso hacia atrás. “T... tengo intención de ocuparme con mis tabletas.”

El capitán estrechó los ojos, se retire el cordel de los dedos y colocó la llave encima del pie de la cama. “¿El contenido de ese baúl excesivamente pesado?”

“Sí.”

“Como si fuese a propósito, se escuchó un jaleo proveniente de la cubierta. Maribel abrió la puerta exterior, dejando ver seis marineros haciendo esfuerzos por cargar el baúl dentro. “Por aquí, caballeros.”

Cuando la doncella se distrajo con la tarea a mano, el Capitán MacGalloway bajó los labios hasta la oreja de Isabella. “Por favor, acepte mis disculpas por mi pequeño desliz de ayer. Si hubiera sabido que viajaría en mi barco, nunca habría...”

“¿Actuado como un canalla y aprovechado de una dama confiada?” Ella le miró a la cara con descaro, alzando la barbilla de manera desafiante.

Una sombra pasó por esos chocantes ojos azules. “Se lo aseguro, no volverá a pasar, señora.”

Capítulo Cuatro

Gibb cerró y abrió los puños mientras se marchó del lado de la Srta. Harcourt y subió a trompicones a la cubierta. Dios mío, se suponía que la mujer era la hermana de una de las amigas de Grace y Modesty. Había supuesto que nunca la volvería a ver, no pasar una travesía entera cruzando el Atlántico mientras atendía los caprichos de la mujer.

Peor aún, la tentadora mujer estaba prometida para casarse con un americano. Gibb se preguntaba cómo había ocurrido esa unión, teniendo en cuenta la naturaleza recatada de ella. ¿Era el caballero en cuestión un viejo amigo de la familia? ¿Dónde se habían conocido? ¿Por qué no había venido el Sr. Schuyler a Inglaterra a casarse con ella allí?

“Maldición,” musitó por lo bajo. Ni una sola pregunta en su mente importaba en lo más mínimo.

¿De manera que la Srta. Harcourt le tenía por un canalla? Bueno, mejor que lo pensara porque su camarote estaba a tres pasos del camarote del capitán. Le iría mucho mejor a ella si le temía y guardara las distancias.

Y la dama no se había equivocado. Él se había comportado de manera irresponsable y aprovechado de ella. Había jugado con ella y disfrutado en su momento. Excepto ahora, cada vez que la mujer subiera a la cubierta, él tendría que ponerse ceñudo y mirar hacia otro lado. No, no debería hacerle saber cómo esos ojos negros de ella le hacían vibrar el corazón. O como cualquiera replica aguda de ella en esa lengua rosada suya, hacía que él quisiera saborearla.

Los marineros estaban cantando una cancioncilla cuando Gibb se detuvo ante la compuerta abierta, frunciendo el ceño al ver los dos baúles que quedaban por bajar. “¿Sr. Lyall?” dijo por encima de la canción, asomándose al abismo negro de la bodega.

“¿Sí, señor?”, vino la voz incorpórea del primero de abordó.

“¿Por qué no se han guardado estos baúles?”

La cara del hombre apareció desde abajo. “Unas cuantas tablas se astillaron cuando bajamos el primero. No hay de qué preocuparse, los carpinteros arreglarán los daños en breve.”

“Asegúrese de que lo hacen. Estos baúles tienen que estar asegurados antes de que lleguemos a mar abierto, si no estarán deslizándose por las cubiertas mojadas y Dios sabe los daños que pueden causar entonces.”

“Sí, señor.”

Gibb no había dado dos pasos cuando surgió el siguiente problema ante sus ojos. Un marinero haciendo equilibrios en el penol del trinquete, examinando un enorme Boquete. “Sr. Erskine, por favor, dígame que tenemos una vela de gavia de proa inferior de repuesto.”

El contraestre cruzó la cubierta deprisa. “Es solo una pequeña rasgadura. Prefiero coser la vela en lugar de cambiarla por una vela nueva cara.” Gibb sopesó las opciones de cambiar la vela dañada por una nueva y reparar la vieja para guardarla de repuesto. “¿Cómo de deprisa pueden coserla?”

“Se hará dentro de un cuarto de hora.”

“Será mejor que lo esté.” Gibb se miró el reloj de bolsillo. “Muchachos, si salimos a las diez y media. Quiero estar bordeando Berwick-upon-Tweed al atardecer.”

Archie MacLean se puso a su lado y señaló el banderín que colgaba inmóvil desde la punta del mástil. “Perdóneme, Capitán, pero no vamos a ir muy lejos a menos que se levante el viento.”

“Estará soplando una galerna una vez que lleguemos al mar abierto, os lo digo yo,” dijo Gibb rezando porque el viento ganara fuerza en el próximo cuarto de hora. No habría nada más humillante que quedarse flotando como un señuelo de pato ante la costa delante de la propiedad de su hermano. A ojos de Martin, Gibb sentía la necesidad de demostrar que era un marinero competente, el hombre responsable por la venta de barriles de whisky MacGalloway en un nuevo mercado que la familia no había conocido antes, además de traer algodón cultivado por hombres libres de vuelta a sus hermanos gemelos, Andrew y Phillip, que gestionaban una fábrica de algodón en el Río Tay.

Gibb siguió con su inspección de la cubierta superior y casi había llegado hasta el bauprés cuando se propagó un silencio inusual por las maderas. Los cánticos habían cesado, se detuvieron las discusiones y, aparte de unas cuantas gaviotas en el cielo, el buque estaba demasiado silencioso.

No tuvo que mirar por encima del hombro para saber por qué, pero se volvió de todas formas. La Srta. Harcourt y su doncella pisaron la cubierta engalanadas como dos cisnes con lazos y encajes mientras Duncan iba por delante, dándoles un recorrido evidentemente, moviendo los brazos y explicando algo que seguramente sería de lo más trivial.

Mirando hacia los cielos, Gibb rezó porque llegara el viento, una gran cantidad de viento. Con viento a favor, el *Prosperity* podría quizás cruzar el Atlántico en dos semanas. Aunque no lo había logrado todavía, se había constatado dos semanas, pero solo en viajes con condiciones ideales. Él se colocó las manos en torno a la boca y gritó al marinero, que se había inclinado tan lejos por encima del penol del trinquete que era probable que cayera. “¡Sr. Briggs, si sigue mirando, la vela nunca se reparará y estaremos anclados aquí durante una semana!”

La sacudida del hombre le hizo escurrirse, pero logró mantenerse en los aparejos. “Sí, Capitán.”

Gibb abrió su reloj de bolsillo. “¡Trece minutos, caballeros!”

“Capitán,” dijo el cocinero desde abajo, su cara asomando por la escotilla. “¿Podría venir un momento?”

Gibb asintió con la cabeza y bajó las escalerillas estrechas hasta la cocina del buque, no solo le había llamado el cocinero, sino que él aprovechaba cualquier excusa por evitar a la Srta. Harcourt en ese momento y el Cocinero había perdido tres dedos de su mano derecha en las guerras, pero era un buen marinero y conservaría su puesto en el *Prosperity* pasara lo que fuese.

“¿Tiene un problema?”

El hombre grueso se rascó la barba roja, con una actitud algo indecisa. “Supongo que no he traído suficiente harina, no me esperaba las damas, sabe.”

“Ninguno de nosotros las esperaba, pero ¿las cocinas de mi hermano no han suplementado sus suministros?”

“Sí, con avena, gallinas y coles, pero no harina.”

“Muy bien, bueno, pues la mitad de mi ración de galletas, pero no las de los hombres. Ya han tenido que hacer bastantes concesiones.” Gibb dio unas palmadas en el costado de una barrica de harina abierta. “Además, con un buen viento, espero llegar a Virginia en dos semanas, cuatro como mucho.”

“Oh, ¿sí?” Entonces rezaré porque haya viento, siempre y cuando no sea un maldito huracán.”

“Vaya, semejante palabra no se debe decir abordo en mi buque.”

“Lo siento, señor, solo se me había soltado la lengua,” dijo el Cocinero, frotándose su gran barriga. “Yo podría perder un poco de peso, también me abstendré de comer galletas.”

Gibb le dio una palmada en el hombro. “Buen hombre. Asegure esta barrica y no malgaste ni un gramo. Tenemos un buque que echar a la mar.”

Todavía no acostumbrada a los largos días de verano escoceses, Isabella se había sorprendido cuando era todavía de día claro y Maribel había entrado en su camarote para ayudarla a vestir para la cena. Claro que la idea de cenar en el camarote del Capitán MacGalloway le hacía sentir un poco nauseada desde que el buque había levado ancla.

Después de llamar a la puerta, también se quedó sorprendida al ver que el intendente la abrió, el Sr. MacLean. “Pase, señorita. Hemos estado hablando de usted.”

Ella sonrió, el capitán, llamándole la atención, poniéndose en pie e inclinándose ante ella de manera galante.

Sea como fuese la opinión que ella tuviera del hombre, su presencia era impresionante, desde su cabello revuelto, rubio, que le tapaba un ojo hasta los ojos azules fervientes que se fijaron en los de ella. “Todo bien, espero.”

El Sr. Erskine y el Sr. Lyall también estaban en pie sosteniendo vasos en las manos. “¿He llegado tarde?”, preguntó ella.

El Sr. Lyall sostuvo la silla más cercana al asiento del capitán en el cabecero de la mesa. “Para nada. Solo estábamos disfrutando de una copita antes de que sirvan la cena.”

Ella asintió con la cabeza, mirando al primero de abordó mientras se sentaba. “¿Siempre cenan juntos?”

“Oh, no,” dijo el Sr. Erskine. “Solo depende de el mar. Algunas noches no hay tiempo para sentarse, ni hablar de comer. Un hombre tiene suerte si puede agarrar una galleta mientras pelea con la tormenta.”

“Por lo menos las salpicaduras del agua en el mamparo las ablanda un poco,” agregó el Sr. Lyall, suscitando una risa de los hombres ante la mesa.

“Pronto se servirá la comida,” dijo el capitán. “¿Desea una copa de vino mientras esperamos?”

“Gracias,” contestó Isabella, tomándose un momento para mirar a su alrededor. En comparación con su camarote, la estancia era enorme, pero en comparación con su habitación en casa de su padre, era relativamente modesta. La mesa de comer era de madera de cereza tallada y estaba en el centro con cinco sillas, la sexta colocada al lado del escritorio del capitán, una elegante pieza también hecha de madera de cerezo, con un cajón cerrado con llave. A lo largo de un lateral del camarote, había una cama de tamaño considerable rodeada por cortinas rojas y hundida en una serie de estantes enormes que ocupaban toda la pared. Se veían docenas de libros encuadernados en piel, desde poesía y Shakespeare hasta diarios históricos. Había mapas enrollados y guardados en orden en una caja inferior hecha para ese cometido.

Pero lo que le llamó la atención era la fila de ventanales que daban a la popa del buque. No era difícil imaginarse al Capitán MacGalloway de pie allí, sus hombros anchos reduciéndose a caderas fuertes, su falda escocesa medio ladeada mientras sus ojos de halcón estudiaban el mar infinito.

El hombre en cuestión le deslizó un vaso de vino tinto ante ella y señaló un poco de tierra visible desde estribor. “Estamos pasando ante Dunbar ahora, donde las aguas más calientes del fiordo de Forth se unen al mar del Norte. La velas del *Prosperity* captarán los vientos y el trabajo de manejar un buque de velas se vuelve mucho más interesante.”

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando el buque se inclinó con un gran gemido, casi echando fuera el vino de la copa de Isabella.

El Sr. Lyall alzó su copa. “Está sopando ya, Capitán.”

Isabella se llevó una mano al vientre. “Vaya, eso ha sido una buena sacudida.”

“Eso solo ha sido un leve barrido,” dijo el Sr. MacLean. “Para cuando termine su pequeña travesía, apenas se fijará en ello.”

“Aquí estamos,” dijo Duncan entrando con una bandeja de comida. Le seguía un hombre enorme, sonriente.

“Cocinero, ¿le han presentado a nuestra invitada, la Srta. Harcourt?”, preguntó el capitán.

“Creo que no.” El hombretón colocó una bandeja en el centro de la mesa, luego se limpió las manos, una de las cuales le faltaban tres dedos, en su mandil y se inclinó ante ella. “Un placer, señora.”

“Encantada de conocerle,” dijo ella sintiéndose un poquito nauseada cuando el olor a cordero asado le llegó a la nariz, “Cocinero, ¿no?”

“Sí, eso es como me llaman los hombres desde que dejé de servir en la Marina del Rey y vine con el capitán abordo del *Prosperity*.”

“¿Ah sí?” Isabella miró hacia el Capitán MacGalloway y tragó con fuerza para impedir que su estómago se volcase y su cabeza marease. Quizás probar el vino había sido una mala idea. “Le siguieron muchos de sus hombres una vez que renunció a su comisión, ¿he de suponer que ha retirado una comisión, cierto?”

La pregunta pareció causarle alguna consternación al capitán. Sus cejas se juntaron y una sombra se dibujó en su rostro. Incluso se estremeció, como si en un abrir y cerrar de ojos su mente volviera a los horrores de la guerra. “Sí, a ambas preguntas,” contestó con una alegría poco convincente. “La mayoría de los hombres a bordo son Highlander que lucharon a mi lado, supervivientes de la Batalla de Lissa.”

“La misma batalla de mar que se cobró mi padre,” dijo Duncan, su mirada preocupada mientras miraba de reojo al capitán, que no miró a los ojos del niño.

“Venga, niño,” el Cocinero acompañó a Duncan a la puerta. “Hay trabajo qué hacer bajo cubierta.”

Después de que se marcharan, un silencio se apoderó de la habitación como si la Batalla de Lissa hubiera tenido lugar hace unos días. Isabella quería saber más, pero las caras sombrías de todos le hicieron repensárselo.

Sin decir ni una palabra, el Capitán MacGalloway tomó los cubiertos de trinchar y se puso a cortar la pata de cordero asada, sus cortes breves y duros, casi violentos. ¿Quizás estaba otra vez en la cubierta de un buque naval, luchando por su vida?

Pero a la vista de su estómago revuelto, Isabella se vio incapaz de contemplar el repentino humor sombrío que se había apoderado del camarote, además de los balanceos incesantes del barco. Miró hacia el cuenco de patatas asadas, aunque hacer eso solo le hizo sentir más incomodidad.

“¿Cordero, señorita?”, preguntó el capitán, colocando una rebanada en su plato.

Cuando el olor a carne asada le llegó al olfato, Isabella cerró los ojos y se llevó una mano a la boca.

“Será mejor que coma hasta hartarse,” dijo el Sr. MacLean. “La comida no será ni por asomo tan buena para cuando lleguemos a América.”

El Sr. Erskine le pasó un plato de galletas tan finas que apenas podrían tener levadura. “Si se siente algo nauseada, las galletas de buque del cocinero siempre ayudan.”

Ella tomó una y sonrió con agradecimiento al joven, los dedos de una mano todavía presionados con firmeza contra sus labios. “Gracias”, logró decir en un hilo de voz.

Todo el mundo en la mesa se paró y miró mientras ella daba un mordisco con los dientes. “Vaya, está dura.”

El Sr. MacLeann se metió un pedazo de patata en la boca. “El Cocinero siempre las hace así, es para mantener lejos a los gorgojos y los gusanos.”

Ante la mención de gusanos, el estómago de Isabella ya no pudo aguantar más. Con una arcada involuntaria se tapó la boca. “Perdón,” dijo ella apartando su silla de la mesa.

La bilis le quemaba la garganta mientras se alejaba de manera abrupta y mortificante hacia la puerta. El buque cabeceaba y se movía bajo sus pies. A medio camino hacia la puerta, Isabella perdió el equilibrio, tambaleándose y estirando los brazos, agarrando lo que fuese para impedir su caída. Cuando estuvo segura de que caería hacia atrás, un brazo fuerte se deslizó ante su cintura mientras otro la alzaba.

“Ay, lassie. A veces se tarda un día o tres para que un marinero desarrolle sus piernas de marino,” dijo el capitán con su fuerte acento escocés. “Será mejor que se tumbe un poco hasta que pase el malestar.”

Capítulo Cinco

Segura entre los brazos de Gibb, la Srta. Harcourt se curvó hacia él, su rostro bastante más pálido desde que el barco entrara en el mar del Norte. “No debe preocuparse por mí. Solo necesito un momento y estaré bien.”

Él ignore los intentos débiles de la mujer por hacer parecer que su mareo era menos de lo que parecía. Estaba bastante mal y seguramente lo estaría durante un tiempo. “¡Duncan!”, gritó él mientras abría de una patada la puerta del camarote de ella. En dos zancadas la depositó encima de la cama. “Buscaré un orinal.”

“No nece...” las palabras de la Srta. Harcourt se convirtieron en un grito de agonía y se atragantó. Lanzándose con el orinal en la mano, Gibb logró alcanzarla justo cuando la pobre mujer empezó a vomitar.

“¡Arg!”, exclamó la Srta. Harcourt, inspirando y agarrándose al orinal con ambas manos. “¿Acostumbrarse a esto es siempre tan horrible?”

Él le extendió un pañuelo. “Lo es para algunas personas.”

Ella apenas tomó el pañuelo de los dedos de él cuando reanudó las arcadas.

“¿Me llamó, Capitán?”, preguntó Duncan, llegando a la puerta, su mirada recayendo de inmediato en el orinal, haciendo que el chico arrugara la nariz.

Todavía agarrando el orinal por el asa, Gibb movió la cabeza señalando la proa. “Infórmale a la Srta. Hume que su dama está enferma.”

“Ahora mismo, señor.”

“¡Arg!”, dijo la Srta. Harcourt, doblándose de nuevo.

“Ea, ea, la vamos a tener cantándole arias a los marineros pronto,” dijo Gibb, inclinándose hacia delante y frotándole la espalda. Ella tenía una espalda bastante bonita, esbelta, con hombros cuadrados y un cuello muy largo que era más femenino todavía debido a los mechones de cabello fino que se habían soltado de su moño. Gibb podría haber admirado esta visión si la mujer no hubiera estado doblada, perdiendo su almuerzo y seguramente cualquier otra comida que hubiera comido en la última semana.

“Disculpe, Capitán,” dijo Duncan asomando la cabeza. “Me temo que la Srta. Hume no puede venir, está usando su orinal también.”

“Dios nos libre, tendremos que cuidar de las dos.” Gibb hurgó en el monedero de su traje escocés y le un gesto con la cabeza al chaval para que entrara. Sacó una argolla con llaves y eligió la llave más pequeña. “Busca la botella negra de mi botiquín y luego pídele al Cocinero que te dé dos tazas de agua de menta.”

La Srta. Harcourt se frotó la frente. “¿Está dando vueltas el barco entero?”

“No, pero el mar del Norte nos está demostrando su valía. No se preocupe. Pronto, olas como estas la estarán acunando en sus sueños.” Gibb reanudó sus frotamientos, arriba y abajo y de lado a lado, de manera muy suave. “Cuénteme el contenido del baúl al pie de su cama, debe tener algo de valor si no quería que se guardara en el casco.”

“Tabletas,” dijo ella, la palabra casi demasiado esfuerzo, porque la pobre mujer reanudó una serie de arcadas.

“¿De dónde vinieron las tabletas?”, preguntó él después de que ella lograra respirar de manera entrecortada.

“La villa.”

“Ah, sí.” Gibb sonrió, recordando la conversación que habían tenido en el parque privado de Newhailes. “Las ruinas romanas que usted y su padre descubrieron en West Sussex.”

“Mm... mm.” La Srta. Harcourt se balanceaba delante y atrás, presionando las manos contra sus sienes. “Las... las estoy traduciendo.”

“Interesante, sin duda.”

Duncan volvió a aparecer, esta vez con la botella negra y dos jarras del buque con bases anchas para impedir su volcado. “Agua de menta y la tintura que me pidió.”

“Gracias, muchacho. Déjalos encima de la mesa y luego llévate el orinal para limpiarlo si puede ser.” Gibb se ocupó en mezclar dos raciones de lo que él llamaba su poción de dormir, que solo se usaba para los hombres más enfermos y no muy a menudo, porque el frasco negro contenía láudano, algo que él no le contaba a nadie. Pero si la doncella de la Srta. Harcourt estuviera tan mala como su señora, las dos estarían mejor después de una noche de descanso ininterrumpida en lugar de una noche aferradas a sus orinales.

Cuando regresó el chico, Gibb le pasó una de las jarras. “Llévale esto a la Srta. Hume y atiende sus necesidades.”

Esa nariz pecosa se arrugó de nuevo. “¿Quiere decir que le sostenga el orinal como está haciendo con la Srta. Harcourt?”

“Sí. Y la vacías también. Quédate con ella hasta que tenga sueño y luego la ayudas a meterse en la cama.”

“Oh, ¿he de hacer todo eso? Es... es una mujer.”

“Puede que sea una mujer, pero está enferma y necesita nuestra ayuda. Si mal no recuerdo, yo te cuidé una semana entera la primera vez que pisaste el *Prosperity*. Venga vete ya.”

Mientras se cerraba la puerta del camarote, Gibb regresó con su paciente y le ofreció la jarra. “Beba.”

“No puedo.” Sacudiendo la cabeza, la Srta. Harcourt apartó la jarra con la palma de la mano. “Si bebo algo, lo voy a vomitar directamente.”

“Puede que sí, pero si logra conservar un poquito de mi tintura durante aunque solo sea un cuarto de hora, dormirá, y para cuando despierte, habrá superado lo peor del malestar.”

La Srta. Harcourt miró la taza y se estremeció.

No queriendo ser disuadido por una joven, Gibb le mostró la jarra. “Solo un sorbo y vemos cómo se queda. Eso es todo lo que le pido.”

“Gah,” logró decir ella, tomando la jarra en ambas manos, la jarra temblando mientras se la llevaba a los labios. Ella bebió un sorbito y luego balbuceó con una tos y la apartó hacia él. “No quiero más.”

“De momento” dijo él, tomando la jarra y colocándola con cuidado entre los empeines de sus pies para mantenerla fija. De todas formas, si llegaba una ola grande, la tintura podría perderse, aunque las jarras estaban hechas de barro de tornero con bases pesadas y anchas.

Gibb sopesó intentar hacerla acostarse contra la cama, pero no solo era algo muy poco apropiado, era demasiado pronto, demostrado por el hecho de que la pobre mujer se convulsionó con una serie de arcadas.

Ella se rodeó el vientre con los brazos y luchó por recuperar el aliento. “Dios mío, esto es miserable.”

Lo era. Durante toda su carrera en el mar, Gibb había visto a los hombres más duros y rudos subirse al barco y ser reducidos a pusilánimes, llorando, tumbados de lado, con las rodillas dobladas, apenas capaces de alzar las cabezas mientras vomitaban lo que tenían en las entrañas.

Y la única cosa que curaba a los bastardos era el tiempo.

Él debería obligar a la Srta. Harcourt a que bebiera la tintura y dejarla sola en su estado miserable. Excepto que Gibb había prometido cuidar de ella. Durante este viaje, la mujer estaba a su cargo. Cruzar el Atlántico en un buque no era para débiles. Los hombres sanos a menudo sucumbían por enfermedades como el escorbuto y los escalofríos. Aunque el *Prosperity* no incluía un cirujano como la mayoría de los buques de la Marina Real Británica, el Cocinero a menudo actuaba como médico. Gibb también había dedicado mucho tiempo leyendo artículos y textos sobre cómo mantener sanos a sus hombres. Por eso les hacía beber de una barrica con zumo de limón todas las mañanas y el Cocinero les servía a cada marinero una cucharada de col marinada en las cenas. Desde que empezaron con esa costumbre, no había habido un solo caso de escorbuto en el barco.

Desgraciadamente, no he encontrado un remedio para los mareos en alta mar.

Gibb miró a la Srta. Harcourt por el rabillo del ojo. Cuando la postura de ella se relajó un poquito, él le dijo, “¿Le cuento la historia de cómo acabé comandando el *Prosperity*?”

Ella se aplicó el pañuelo a la boca. “Creo que debería dejarme con mi malestar y seguir con sus tareas de capitán.”

“Ay, no hay nada que me agradaría más, pero le prometí a mi hermano y a su padre que la cuidaría hasta llevarla al otro lado del océano, y esa es mi intención.”

Ella sacudió la cabeza, su rostro todavía demasiado pálido. “Dios no quiera que muera en este viaje y causarle un inconveniente a mi padre.”

“¿Oh? ¿Su padre se beneficia de su matrimonio con el Sr. Schuyler? Mencionó que el hombre tiene alojamiento en Savannah, lo cual indica que su domicilio debe estar en algún otro lugar.”

Ella asintió con la cabeza, tragando como si acabara de controlar otra arcada. “Papá se beneficia. Aunque, ¿quién soy yo para preguntar acerca del deseo de un hombre por vivir sus años restantes con comodidades?”

Gibb era un marinero tan endurecido que nada podía hacerle tener mareos, pero sus entrañas se encogieron ante la respuesta tan devastadoramente altruista de ella. “¿Perdón? ¿Y qué de la comodidad de usted?”

“Creo que mi padre estaba pensando en mi bienestar. De alguna manera, aunque sea. Después de todo, una vez que mi padre no esté, mi primo será el heredero, no yo.”

Gibb musitó algo. Nunca había imaginado heredar nada, pero gracias a Martin, había tenido su vida resuelta de manera bastante aceptable. “¿Y su primo no es lo suficientemente generoso como para ocuparse de sus cuidados?”

“No.” Ella se presionó las manos contra las sienes. “Discúlpeme, pero no me encuentro bien para poder conversar en este momento.”

“Perdóneme. Entiendo que debe sentirse mal.” Gibb le volvió a ofrecer la jarra. “Será mejor que beba otro sorbo, joven.”

Ella agarró el asa y le miró, sus ojos llenos de dolor e indecisión. “¿He de hacerlo?”

Él movió la cabeza de manera afirmativa, usando las puntas de los dedos para acercar la jarra hacia la boca de ella. Ella abrió los labios un poco mientras él se sentó más recto y miró como, con el balanceo del barco, el líquido pasó por los labios de ella enviándole un buen trago por encima de su lengua.

Inspirando y tosiendo, ella empujó la taza contra él. “No más. Por favor.”

“Estaba a punto de hablarle del *Prosperity*,” dijo él, sabiendo perfectamente que convencer a un pasajero con mareos a que bebieran una tintura siempre llevaba tiempo y paciencia. Gibb no

tenía una naturaleza paciente, pero el mar le había hecho madurar, le había ayudado a entender que un hombre tenía que saber cuándo esperar y cuándo actuar de manera decisiva con prisa. La Srta. Harcourt suspiró. “Si tiene intención de quedarse aquí, entonces, hábleme de su barco.” Ella se llevó una mano a la boca con una arcada, solo una esta vez. “Haré lo mejor que pueda por prestar atención, aunque debe perdonarme si mancho las hebillas de sus zapatos mientras lo hago.”

Gibb dio una patada al aire, mostrando su zapato y haciendo que su falda se subiera un poco. “Ha podido evitarlo de momento.”

“No le prometo nada.”

Él rio. Parecía ser que la mujer tenía un sentido del humor, incluso estando enferma. No conocía a muchas mujeres que podían bromear estando mal, pero le gustaba que esta mujer si pudiera. “No mucho después de que muriera mi padre, Martin se reunió conmigo en el puerto del Pool de Londres. En ese momento pensé que había venido a mirar a su hermano encima del *HMS Cerberus*, pero me llevó a la taberna al otro lado de la calle y me dijo que nuestra madre no podía soportar perderme en una batalla naval tan pronto después de perder a su marido.”

“Su madre parece una mujer muy sensata.”

“Ah, lo es. Dios la bendiga, dio a luz a ocho hijos. Y he de decir que cada uno de nosotros le ha dado motivos por usar sales de olor en un momento u otro.”

“¿Especialmente usted?”

Gibb tocó con el dedo el broche del clan que tenía al hombro, como hacía a menudo. “eso parece ser.”

Cerrando los ojos, la Srta. Harcourt se frotó las sienes mientras el barco seguía cabeceando y balanceándose. “¿Qué pasó en la taberna?”

“Martin y su administrador me dijeron que estaban empezando un negocio nuevo y la pieza que les faltaba era un capitán de barco.”

“¿Lo cual le ofrecieron a usted?”

“Sí. Si dimitía de mi puesto en la marina, el duque tenía intención de comprarme un barco, dijo que era mi derecho de nacimiento.”

“¿Suyo? ¿Pero no hace lo que Su Excelencia le ha pedido?”, preguntó ella doblándose y haciendo una mueca de dolor.

“Porque así lo he elegido. El duque también estableció una fábrica de algodón en el Rio Tay para mis hermanos gemelos Andrew y Philip.”

“¿Algodón?”, preguntó ella con suspicacia, y no era difícil adivinar por qué.

Gibb alzó el orinal y lo mantuvo listo para ser usado. “Sí. Pero sepa que los MacGalloway tienen un acuerdo exclusivo con una coalición de cultivadores irlandeses, hombres libres.”

Inclinándose por encima del orinal, la Srta. Harcourt tuvo arcadas pero no produjo nada más que saliva. “¿De verdad?”, preguntó ella, haciendo lo posible por conversar a pesar de su malestar.

Gibb asintió con la cabeza, sorprendido por cómo esta mujer luchaba con su malestar. “Eran los únicos proveedores que Martin consideró, aunque he de decir que los pobres tienen sus propios problemas causados por los grandes propietarios de plantaciones en América. No es una vida fácil. Temo llegar a sus orillas un día y que no quede ni uno de ellos.”

“¿Qué piensa Martin de eso?” Ella se incorporó con una mueca. “¿No hay nada que los MacGalloway puedan hacer para protegerles?”

“¿Desde Escocia?” Gibb se encogió de hombros, dejando el orinal a un lado. “Martin ha estado hablando de mandar a Frederick para ayudar, pero solo después de que el chico se gradúe

de la Universidad de St. Andrews, y eso no será hasta dentro de un par de años. No hay que preocuparse, los irlandeses son hombres duros. Supongo que pueden cuidarse por un tiempo más.”

La Srta. Harcourt bostezó con una mano ante la boca, sus ojos entornándose un poco.

“¿Se siente como deseando poder dormir un poco?”

“Estoy demasiado mal como para tumbarme.”

“Entonces beba otro poco de mi tintura.”

A través de sus pestañas negras, ella le miró. “Es usted un diablo.”

“Sí.” Él le pasó la jarra. “Aunque supongo que me han llamado cosas peores. ¿Por qué no se lo bebe del todo esta vez?”

“¿Tengo que hacerlo?”

“Pues sí.”

Ella miró de reojo la tintura. “Solo recuerde que estaré apuntando a esas hebillas.”

“Entonces le sugiero que no olvide que es Duncan quien los estará abillantando.”

“Diablo,” gruñó ella, luego alzó la jarra y se bebió un buen trago. “¡Ah! No voy a poder volver a soportar el sabor a la menta.”

“Todo a su debido tiempo, a su debido tiempo.”

La pobre mujer se dejó llevar por las constantes cabezadas del buque y se balanceó en su sitio. Por sus párpados caídos, estaba casi lista para ceder a los efectos adormecedores del opio. Gibb le frotó la espalda un rato hasta que se derrumbó contra él, dejando caer la cabeza encima de su hombro.

Él desvió la nariz hacia el cabello de ella e inhaló, tan dulce, tan enteramente femenino. Su corazón se estremeció cuando alzó una mano y le quitó una horquilla del pelo, titubeando un momento para ver si ella objetaba. Pero no lo hizo. Con un suave suspiro, la mujer se acomodó contra él, como si su hombro le aportaba el confort que necesitaba.

“Solo voy a retirar estas horquillas,” le susurró él.

En unos pocos latidos de corazón, él le retiró cada horquilla del pelo, maravillándose al ver el cabello negro de ella caer a su alrededor en oleadas. Él hundió los dedos en el cabello, más suave que el armiño y muy espeso, sin mencionar que era extraordinariamente largo. Si ella estuviera de pie, sus cabellos le llegarían más abajo de la cintura, quizás por debajo de las nalgas.

Él retorció un mechón de pelo en torno al dedo. Si tan solo pudiera tener a esta mujer en la cama con su manto de pelo salvaje cubriéndole el pecho. Con un gemido gutural, dejó caer el mechón, haciendo todo lo posible por ignorar sus imaginaciones.

La Srta. Harcourt suspiró, no de placer, sino una especie de gemido de malestar.

“¿Sigue bastante enferma, verdad?”, preguntó él, regañándose por sus pensamientos. La única razón por la cual había entrado en su camarote era para cuidar de ella, no devorarla con la vista.

Ella asintió con la cabeza apoyada contra el hombro de él.

Maldita sea, Gibb no podía dejarla dormir sola. Considerando la dosis de láudano que le había dado, ella podría no despertar si tenía otra serie de arcadas. Las probabilidades de que podía ahogarse eran los suficientes como para preocuparse. No, lo mejor era quedarse al lado de la cama de la mujer, ella lo quisiera o no.

Él deslizó una mano por la columna de ella. “Supongo que se sentirá mejor si se afloja el corsé.”

Ella movió la cabeza contra el hombro de él, murmurando algo imperceptible.

Ignorando sus protestas, él lentamente tiró del lazo en la espalda del vestido de ella. “Eso

es. Apóyese en mí,” le susurró él, desatando los lazos de ella, aflojándolos hasta poder deslizar el vestido por encima de los hombros de ella. “¿Así qué tal? ¿Mejor?”

De nuevo, ella sacudió la cabeza, los bordes de sus ojos arrugándose. “No me encuentro bien.”

Él metió un dedo por el borde del corsé de ella y se preguntaba cómo era posible que la mujer pudiera respirar siquiera. “Se debe quitar la faja.”

“¡No!”, dijo ella, apartándole y luego derrumbándose hacia delante, con la cabeza en las manos, su respiración jadeante.

Dándole un momento de respiro, Gibb se apresuró a recoger las horquillas y guardarlas en el cajón de la mesa de ella. Cuando volvió a sentarse a su lado, la Srta. Harcourt no se había movido, pero su respiración se había profundizado y ralentizado.

“¿Está dormida, señorita?”, preguntó él con suavidad.

Cuando ella no contestó, él se afanó en desabrochar la faja de ella, algo que él había hecho cientos de veces, mayormente con mujeres fáciles en habitaciones encima de tabernas, pero nunca abordo de sub arco y jamás con una dama de buena cuna.

“Le quitaré este artilugio ahora,” dijo él mientras ella se caía hacia un lado, sus labios entreabiertos, esas pestañas oscuras desplegadas en sus mejillas de marfil. “Ay, es mejor que no luche contra mí, joven. Es suficiente estar mal, no hablemos ya de sufrir mareos mientras se lleva una de estas cosas de tortura.”

Él dejó de lado el corsé encima del baúl al pie de la cama antes de volver a prestar atención a su paciente. Ella llevaba una camisola de tela de Holanda, pero él no sería un hombre si no se hubiera fijado en el cuerpo hermoso que había debajo, pechos esculpidos, una cintura delgada, unas caderas hermosas, todo enmarcado por una maraña de pelo negro salvaje.

“Dios santo,” gruñó él, intentando pensar en algo que le distrajera de ella. No, la Srta. Harcourt no era para él, y no se permitiría mirarla. En lugar de eso, se entretuvo en quitarle el vestido y colgárselo por el respaldo de la silla. Luego le colocó las piernas encima de la cama, su garganta quedándose reseca cuando la camisola de la dama subió hasta por encima de su rodilla, dejando a la vista dos pantorrillas hermosas, y tobillos tan finos que se preguntaba si sería capaz de cerrar el dedo y el pulgar entorno a cada uno.

Semejante pregunta no tendría respuesta, *nunca tendría respuesta*. A él le hizo falta una voluntad de hierro, pero Gibb se obligó a no admirar la manera en que su cabello se desparramaba por la almohada, o la manera en que los labios levemente abiertos parecían pedir un beso. En lugar de eso, él la tapó con una manta y se desplazó hacia atrás. Sí, parecía un ángel. Incapaz de reprimirse, él la besó en la frente. “Duerme bien, mi chica de pelo de cuervo.”

Gibb no tenía derecho a tomarse tantas libertades con una mujer que era casi una extraña, pero le pareció bien en este momento en el que ella estaba incapacitada y enferma. La cuidaría esta noche, y por la mañana volverían a sus papeles de costumbre, él de capitán y ella de prometida cruzando los mares para llegar a los brazos de su amante.

Capítulo Seis

Isabella se rodó de costado, sintiendo su cabeza como si estuviera llena de lana. Peor, el cambio de postura solo le hizo sentir más agonía. Una oleada de náuseas le inundó el estómago mientras se movía de manera inquieta otra vez, rascándose los brazos. Todo le picaba y la maldita cama se negaba a dejar de moverse odiosamente.

Alguien le secaba la frente con un paño frío.

Sintiéndose como si estuviera a punto de vomitar, apartó la mano.

“¿Srta. Harcourt?”, preguntó una voz grave.

Una voz claramente masculina.

Cada músculo de su cuerpo se tensó.

¿Por qué había un *hombre* secándole la frente con un paño húmedo?

Isabella no se atrevió a respirar.

Durante un momento no pudo pensar. Pero cuando inhala profundamente, lo recordó todo. Se acordó del beso en el parque y las sonrisas diabólicas y el capitán algo frío, que la había saludado abordo del *Prosperity*. Recordó la cena en su camarote, seguido por el horrible malestar que le había sobrevenido cuando el buque se adentró en el mar del Norte.

Él la había cargado en brazos a su camarote cuando ella había estado incapaz de controlar las convulsiones de su maldito estómago.

Había sostenido el orinal para ella.

Isabella gimió, sintiéndose mortificada. Si tan solo pudiera derretirse en el colchón.

Por favor, que sea un sueño. Por favor, que por lo menos sea una aparición.

“¿Srta. Harcourt?”, preguntó él de nuevo

Claramente no estoy soñando.

Los ojos de Isabella se abrieron de golpe. Con una sacudida, se incorporó, haciendo que la manta se deslizara abajo hasta su cintura mientras su cabeza daba vueltas como un trompo.

El capitán se cernía al lado de su cama, su mirada, primero cruzándose con la de ella y luego bajando.

“¿Por qué sigue aquí?”, exigió saber ella, tirando de la manta hasta su barbilla cuando vio su vestido colgando del respaldo de la silla. Cielo santo, su corsé estaba encima de la mesa a plena vista de todos. Por lo menos, si había otra persona en el camarote, podría ver su ropa interior exhibida como si estuviera suspendida del palo mayor.

Ella miró bajo la manta y se encogió. “¿Y, cómo he acabado en este *escandaloso* estado de vestimenta?”

El Capitán MacGalloway se volvió de espaldas, metió el paño en el cuenco y lo estrujó. “La Srta. Hume también se ha visto afligida por el mareo y no ha podido asistirle.”

“¿Oh? Y, ¿por lo tanto, usted pensó que mi malestar le daba el derecho de retirar mi vestido y mi corsé?”

Él colocó el paño por encima de la varilla al lado de la palangana. “En mi opinión, necesitaba poder respirar.”

“¿En su opinión? ¿Es usted médico aparte de capitán?”

“No lo soy, pero he estudiado mucho para mantener a mis hombres libres de enfermedades y fuera de sus hamacas. La respiración de usted se hizo difícil y necesitaba soltar su corsé,

especialmente después de la tintura.”

Ella agarró la manta con más fuerza bajo su barbilla mientras una oleada de náuseas la inundó.

Afortunadamente, el malestar se fue casi tan deprisa como había sobrevenido.

¿Qué ha dicho?

Isabella se mordió el labio inferior. *Ah, sí. La tintura.*

El capitán había sido bastante insistente en que ella se lo bebiera, y finalmente lo había hecho. Y ahora no podía recordar nada después de beberse el contenido de la jarra. “¿Cuánto tiempo lleva en mi camarote?”

Él miró su reloj de bolsillo. “Cerca de doce horas.”

“¿He estado inconsciente durante doce horas?”

“Sí, y con todo lo pequeña que es, me sorprende que haya despertado tan pronto. El láudano puede tener unos efectos latentes.”

“¿Usted me dio láudano?”, gritó ella.

“Mezclado con agua de menta.”

“¡Usted es un verdadero cerdo!” Con razón su cabeza se sentía como si estuviera lleno de lana. El láudano era opio puro casi. “Podía haberme envenenado.”

“No es probable, pero reconozco que alguien tenía que estar con usted para asegurarme de darle la dosis correcta. No quería arriesgarme a crear un escándalo, así que decidí que era mejor si yo me quedaba a su lado hasta que despertara.”

Dios santo, las cosas se estaban poniendo peor. Isabella estaba a punto de casarse, aunque fuese con un hombre al que no conocía o amaba; sin embargo, un hombre que ya había demostrado que era un canalla salaz acababa de pasar una noche entera en su camarote. “Estoy arruinada.”

El Capitán MacGalloway se metió los pulgares en su cinturón y se echó hacia atrás en los talones. “Oh, lassie, estaba demasiado enferma como para preocuparse por semejante tontería.”

“Oh, y eso me da tanta seguridad. El renegado que me engañó para besarle detrás de un árbol a solo unos pasos de su casa ancestral se sienta en mi camarote toda la noche e insiste en que no estoy arruinada. Sabe tan bien como yo que su presencia aquí es *escandalosa*.”

“Ya me he disculpado por ese besito tras el árbol, y no lo voy a volver a hacer.” Se sacudió las mangas de su jubón de cuero, pareciendo volverse más alto. “Soy el capitán de este buque y vivo según un código de honor. También le hice una promesa a su padre que cuidaría de usted en todo este viaje y eso es exactamente lo que estoy haciendo.”

“¿Un código de honor, dice?”, preguntó ella con un poco de sorna. “Pero no cuando se acerca a damas inocentes en los parques.”

Esos ojos azules se volvieron más intensos y atormentados, la expresión de su cara dura. “Si mal no recuerdo, la joven que conocí en el parque era mucho más aventurera que la mujer gélida que tengo delante ahora.” Dio un paso hacia la puerta. “Fue decisión mía atender a sus cuidados personalmente en lugar de asignar a un marinero para esa tarea. Si hubiera sabido lo ofendida que se sentiría por mi presencia, habría obrado de otra manera.”

“Espere.” Isabella miró su vestido y decidió que era mejor quedarse donde estaba con la manta firmemente agarrada bajo su barbilla. ¿Qué habría hecho si se hubiera despertado con algún viejo lobo de mar mirándola? “Puede que haya reaccionado un poco demasiado.”

“Puede?”

“Sí. Yo... ah... estoy... *agradecida* de que no haya asignado a otra persona a velar por mí. Pero...”

“¿Sí?”, preguntó él.

“¿Asignó a un marinero para asistir a Maribel?”

“Sí... a Duncan.”

“¿El grumete?”

“Pensé que el chaval causaría menos revuelo bajo cubierta, dada la idea de arruinamiento y tal. Perdóneme, señorita, si no aprueba mi decisión.”

Isabella tragó ante una nueva oleada de náuseas. Quizás no estaba pensando con claridad todavía.

“No ha dormido, ¿verdad?”

“A menudo no duermo cuando estoy en alta mar.” El Capitán MacGalloway se cruzó los brazos y la miró. “Y, ¿cómo se encuentra? ¿Todavía algo mal supongo?”

“Un poco nauseada, también tengo picores.”

“Sí, eso sería de la tintura.” Él señaló la palangana y el aguamanil a un lado. “Quizás después de que se asee, podríamos dar una vuelta por la cubierta. Un poco de aire fresco la pondrá bien.”

“¿Nosotros?”, ella susurró mirando hacia el lavabo. “¿Qué pensarán los marineros?”

“¿De qué?”

“El hecho de que pasó toda la noche en mi camarote.”

“Primero de todo, nadie, aparte de Duncan, me ha visto dentro de este camarote. Segundo, todos los miembros de esta tripulación saben bien que si empiezan a largar sobre su capitán sentado al lado de la cama de una invitada en su buque, se les mandará a las sentinas durante el resto del viaje.” Él se inclinó ante ella de manera galante. “Buen día, señorita.”

Poco después de que Isabella se hubiera lavado la cara y los dientes, Maribel entró con un cambio de ropas. “Siento mucho no haber podido asistirle anoche.”

“Parece que las dos nos vimos afligidas por los mareos.” “Isabella tiró del brazo de su dama de compañía dentro, se fijó en que no había nadie en el pasillo y cerró la puerta. “Entiendo que Duncan se ocupó de ti.”

“Sí, el chico me dio una tintura. Era muy dulce.”

“¿Durmió en tu camarote?”

Un rubor profundo se marcó en el rostro de Maribel. “Es solo un niño.”

“¿De manera que se quedó?”

“Durmió en el rincón.” Maribel abrió un pequeño bolso que contenía los artículos de aseo de Isabella y sacó el cepillo. “Entiendo que el capitán personalmente la atendió.”

Esa afirmación hizo que el aire saliera de los pulmones de Isabella. “Lo hizo, pero solo porque pensaba que estaba demasiado enferma para dejarme sola y tú no podías quedarte conmigo.”

“Si, eso es lo que dijo Duncan.” Maribel cepilló el cabello largo de Isabella, reduciendo los nudos de forma milagrosa en las puntas como hacía siempre. “Fue usted...”

“Sí?”

“¿Fue él...?”

“Sabe lo que intento decirle. ¿Fue respetuoso el capitán?”

“Ciertamente, lo fue.” Isabella no le había dicho ni nunca le contaría a Maribel lo del beso en el parque. “Podría atreverme a usar la palabra heroico... o quizá valeroso.”

“¿Valeroso?”

“Sí.” Ella asintió de manera enfática. “Es el capitán de este enorme velero, y, sin embargo,

sostuvo el orinal mientras yo regurgitaba todo lo que haya podido comer en estas últimas dos semanas.” Isabella se llevó las manos a sus costillas doloridas. “Al menos así es como me sentía. No recuerdo haberme encontrado tan mal que rezaba por morir como me sentí anoche.”

“Fue horrible, ¿verdad?”

“Claramente, no fue mi mejor momento.”

“Entonces supongo que es algo bueno que se va a casar con el Sr. Schuyler y no con el Capitán MacGalloway.”

Una piedra botó en el fondo del estómago de Isabella. El capitán se había portado de manera galante y ella no había sido muy apreciativa. Pero ahora que él la había visto doblada y más enferma de lo que había estado en toda su vida, seguramente no querría besarla otra vez.

“Sí,” dijo ella, aunque la palabra sonó bastante plana y poco convincente. Para impedir más preguntas, agarró su corsé y se lo enseñó. “Ven, quiero vestirme deprisa para que *tú y yo* podamos dar una vuelta por la cubierta. El capitán dijo que un poco de aire fresco nos haría mucho bien.”

“Muy bien.” Maribel peinó el pelo de Isabella en un moño antes de lidiar con las cuerdas de su corsé. “¿Tiene hambre?”

Un poco de náuseas recorrió Isabella. “Todavía no. ¿Tú?”

“Para nada.” Las cuerdas del corsé se apretaron. “Pero he de decir que salir afuera suena muy refrescante.”

En solo unos minutos más, las dos juntas salieron por la puerta exterior a la cubierta.

“Buenos días, Srta. Harcourt, Srta. Hume,” dijo el Sr. MacLean desde su puesto al timón del barco.

Las dos contestaron con un saludo, lo cual hizo que todos los que estaban en la cubierta dejaran de hacer lo que estaban haciendo para saludarlas.

El Capitán MacGalloway bajó deprisa los escalones, su falda escocesa golpeando las partes traseras de sus piernas.

“Damas, ¿les gustaría probar a conducir el barco?”

“¿De veras?”, preguntó Maribel.

“No es tan sencillo como parece.”

“¿No?” Isabella señaló los tres mástiles llenos de velas arriba. “¿Incluso cuando tiene un viento fuerte como hoy?”

“Cuanto más fuerte el viento, más difícil es cambiar de rumbo.” Él tomó la mano de ella. “Venga, le enseño.”

Duncan se deslizó dentro al lado de Maribel y tomó su mano también. “El capitán también me deja manejar en buen tiempo.”

El intendente sonrió. “Solo cuando necesito ir a...”

“Perdón, Sr. MacLean. No es preciso entrar en detalles cuando hay damas presentes.”

“Perdonen mi impertinencia,” dijo el intendente dando un paso hacia atrás, permitiendo al Capitán MacGalloway ponerse ante la rueda de timón.

Miró a Isabella a los ojos. “Si se pone delante de mí, le dejo probar.”

“Oh, no. Sería algo boba, ¿no le parece?”

“No, señorita,” dijo Maribel. “¿Cuándo iba a tener una oportunidad de ver lo que se siente al poner las manos en la rueda de timón de un barco y mirar al mar? Y el día es prometedor.”

“Oh, sí,” dijo el Sr. MacLean. “El tiempo está ideal.”

Isabella miró al capitán. “¿Es preciso que esté tan cerca?”

Él la miró con arrogancia y descaro, pero sus pies permanecieron sólidamente plantados en

la cubierta, ambas manos agarradas a los mandos.

El Sr. MacLean soltó una risita.

“Venga, joven,” insistió el capitán.

“Oh, muy bien.” Miró hacia Maribel y resopló. “¿Qué tan difícil puede ser?”

Isabella dio un paso al frente y agarró los mandos, el roce de las mangas del capitán apenas perceptible por la tela del abrigo de ella, pero le hizo sentirse muy consciente de la presencia de él. “Muy bien, ahora lo tengo.”

“¿Se siente segura?”

Cuadrando los hombros, Isabella agarró con más fuerza. “Por supuesto.”

Pero cuando el capitán soltó la rueda, esta giró y viró fuera de las manos de Isabella. Ella trastabilló hacia un lado mientras el Sr. MacLean se abalanzó al timón y lo paró antes de que girara fuera de control.

Colocándose las manos en el corazón, ella respiró con profundidad unas cuantas veces para calmarse. “Cielos, esto no es para nada tan sencillo como parece. ¿Quiere decir que lucha contra el mar todo el día?”

“No está tan mal cuando uno se acostumbra,” dijo el intendente.

Maribel rio y señaló las velas. “Creo que tiene bastante público, señorita.”

Sentados encima de una de las botavaras de la vela mayor, tres marineros había dejado de trabajar sin hacer nada más que mirar. Las fregadoras de la cubierta se habían detenido cada una con un marinero apoyado en su palo, los ojos grandes mirando cada movimiento de ellas.

“¡Basta de entretenimiento, hombres!”, gritó el Sr. Erskine mientras el contramaestre se iba hacia la proa. “¡A trabajar!”

El capitán les tendió una mano. “¿Serían tan amables de hacerme el honor de acompañarlas por la cubierta?”

Isabella titubeó un momento, pero después de recibir un codazo en la espalda de su doncella, colocó los dedos en la palma de la mano de él. Cuando él cerró el puño en torno a sus dedos, ella sintió calor difuminarse en sus entrañas. Ella no quería dejarse seducir a sus encantos, pero todo en él era tan increíblemente tentador y tan atractivo para su alma. Y, cuando él la guio por la barandilla del barco, su ánimo voló como si estuviera flotando por encima de los mástiles.

Capítulo Siete

Aunque Gibb estaba sentado de espaldas a la puerta del camarote, supo que la Srta. Harcourt había entrado debido a que se le erizaron los vellos en la nuca. Quizás las miradas de admiración en las caras de los otros hombres en la mesa, de repente, delató su presencia también, algo que le hacía querer asignar a cada uno de ellos la tarea de bombear las sentinas o recolocar el cargamento en la bodega.

Los hombres desplazaron hacia atrás sus sillas y se pusieron en pie al unísono. Si hubieran ensayado esa acción cincuenta veces, Gibb dudó que pudieran levantarse todos con tanta precisión. ¿Quizás cada hombre tenía cuerdas conectadas a la misma asa de marioneta?

Después de ponerse en pie él también, se giró e inclinó. “Srta. Harcourt, discúlpenos por no esperar. Yo había supuesto equivocadamente que todavía estaba a base de caldo y galletas.”

Ella les brindó una sonrisa preciosa, las linternas colgantes capturaron un brillo en sus ojos oscuros. “Créanme o no, me siento con cierto apetito.”

“Esa es una buena señal,” dijo Mac Lyall, sacando una silla para la dama.

Gibb miró ceñudo al joven oficial corpulento. El hombre más grande abordo, Mac apenas tenía diecinueve años y este era su primer viaje como primer oficial. Se había ganado el puesto, claramente, pero no tenía que estar coqueteando con una invitada que estaba prometida en matrimonio.

Una vez que todos se volvieron a sentar, la Srta. Harcourt se frotó las manos. “Creo que la comida huele bastante bien.”

“Potaje de pollo esta noche,” dijo Archie. “El único ganado que llevamos es gallinas.”

“¿Oh? ¿No es eso inusual?”, preguntó ella.

“No en un barco del tamaño de este,” explicó Gibb. “Un bergantín tiene la capacidad, pero nosotros rara vez estamos en el mar durante más de dos meses, y ganado en la bodega significa que hay menos sitio para whisky y algodón.”

“Siempre tenemos cerdo en salazón y cosas similares,” dijo Gowan Erskine, ofreciéndole a ella el potaje de pollo. “La comida abordo del *Prosperity* es mejor de lo que probé en la marina, eso seguro.”

Ella se sirvió una cucharada al plato. “¿He de suponer que usted cuida bien de sus hombres, Capitán MacGalloway?”

No le gustaba alardear, y se encogió de hombros, alcanzando la botella de vino y llenando el vaso de ella. “Todos los hombres se merecen estar bien alimentados. Además, un marinero que come es más probable que trabaje bien.”

“Y si están ocupados, es más probable que se mantengan fuera de problemas,” agregó Archie.

La Srta. Harcourt bebió un sorbo de vino, el líquido, haciendo que sus labios brillasen con la luz de los quinqués que se balanceaban de manera indolente arriba. “¿Hay muchos problemas de disciplina a bordo?”

“No muchos,” dijo Gibb sirviéndose vino.

“Pero ¿siempre hemos de estar atentos, verdad, Capitán?”, preguntó Mac. “Eso es lo que me dijo.”

“Desde luego que sí, Sr. Lyall.” Gibb depositó la botella en el centro de la mesa.

“Y entonces actuamos con celeridad,” dijo Mac, como si fuese un experto disciplinando la tripulación, cosa que no era.

La Srta. Harcourt tomó una galleta y la partió. “¿Cómo es eso?”

“El castigo debe ajustarse al crimen,” dijo Gowan, que solo era dos años mayor que Mac y casi tan novato como él.

“Bueno, espero que no haya necesidad de que nadie sea castigado durante este viaje.”

Archie hizo una mueca, si había alguien abordo que supiera tanto como Gibb sobre cómo mandar en un barco, ese era Archie MacLean. “He escuchado que ocurren milagros, pero todavía no he visto ninguno.”

La puerta del camarote se abrió y Duncan asomó la cabeza. “Disculpen, pero el viento ha cambiado y Danny dice que estamos desviándonos de la ruta.”

Archie se metió un bocado de potaje en la boca y se puso en pie. “Yo me ocupo de esto.”

“Disculpen,” vino la voz de un marinero del pasillo. “El aparejo de la vela del palo mayor se ha roto.”

Gowan empujó su silla de la mesa. “Supongo que me llaman a mí también.”

El Cocinero apareció ahora. “Odio estropearles la velada, chicos, pero hay una pequeña filtración en el casco, justo encima de los alimentos. Si no se arregla de aquí a mañana, nos moriremos de hambre para cuando llegemos a América.”

Mac se puso en pie y se inclinó encima de la mano de la Srta. Harcourt, plantándole un beso sonoro en el dorso. “No hay descanso en alta mar, señorita, para ninguno de nosotros.”

Gibb se echó atrás en su silla y escuchó los pasos difuminarse, mientras que la dama sentada a su derecha miró de su plato a la puerta y de vuelta a su plato. “¿No se va con ellos?”

“Todos son oficiales capaces. Si yo les siguiera y estuviera mirando por encima de sus hombros, no sería un buen capitán, ¿verdad?”

“¿De manera que si hay un problema que ellos no pueden lidiar, entonces es cuando usted se hace cargo?”

“Sí, y créame, hay muchos.” Gibb bebió otro trago. “Cuénteme algo sobre esas tabletas tuyas. ¿Qué dicen?”

Ella sonrió, sus ojos brillando con interés. “Sepa usted, solo he logrado traducir completamente cuatro, pero creo que forman una especie de diario.”

“¿Solo cuatro? Debe ser una tarea lenta.”

“Sí.” Ella tomó un bocado de potaje con su cuchara. “La mayoría están hechas pedazos, y se tarda hora tras hora de doloroso trabajo, averiguar como encajan todas las piezas.”

“Fascinante. ¿Ha recibido ayuda de la Sociedad de Anticuarios?”

Un precioso rubor inundó las mejillas de la mujer mientras sacudía la cabeza. “Después de que se abrogaran todo el mérito por encontrar la villa y mandasen a su propio equipo de hombres, apartándome, decidí guardarme el descubrimiento de las tabletas para mí misma, al menos hasta que las haya encajado todas.”

A Gibb le gustaba eso, le gustaba que ella tuviera el valor de ir en contra del “statu quo”, que a menudo estropeaba todo. Sonrió por encima de su vaso. “¿Tiene alguna idea de quién las escribió?”

“No estoy segura. Son pequeñas, pero la persona, un hombre, estoy adivinando, ha mencionado en cada una lo mucho que echa de menos a la persona a la que se dirige en cada entrada. “*Te desidero*,” Gibb musitó, usando las palabras en latín de “Te echo de menos.”

“Eso es. ¿Habla latín?”

“Sí, es un requisito para el hijo de un duque, aunque solo sea el hijo de un duque escocés.”

“Lo dice como si un ducado escocés fuese menos importante que uno inglés.”

Gibb alzó su vaso y miró moverse el líquido con el vaivén del buque. “Eso es porque los ingleses erróneamente creen que eso es verdad.”

La Srta. Harcourt tomó un poco de potaje. “Yo no sabría qué decirle a eso.”

“¿Oh? Los pares escoceses son rara vez tan solicitados como los que nacieron al sur de la frontera. ¿No ha tenido una Temporada?”

La joven alzó un hombro, casi llegando a su oreja. “Supongo que he asistido a algún baile y cosas así, pero no soy buena bailarina y se me da peor coquetear.”

“Hmm, estoy en desacuerdo con eso último. En mi opinión, usted tiene un don natural para el coqueteo.”

“Señor, le aseguro que no coqueteo.”

“Tendré que estar en desacuerdo con eso. Después de todo, en el parque logró coquetear conmigo de la manera más convincente.” Él descansó su vaso y le ofreció una mano. “En cuanto a su primera afirmación de desprecio propio, el jurado sigue indeciso.”

“¿Jurado?”

“En el mar, mi mando es absoluto. Yo soy el capitán, juez y jurado de damiselas que bailan prometidas a un... un americano de Georgia.”

Ella colocó los dedos en la palma de su mano, haciendo que las chispas subieran por su brazo. Moviendo la cabeza, se puso en pie. “El Sr. Schuyler.”

Él tiró de ella apartándola de la mesa y llevándola hacia el espacio despejado delante de la fila de ventanas. “Confío en que ha conocido al hombre. ¿Vino a West Sussex y la deslumbró?” preguntó Gibb, colocando una mano en la cintura de ella, preparándose para el vals.

“No,” susurró ella, siguiendo los pasos de él. “Nunca le he conocido.”

Él quería pedirle una aclaración, pero la había escuchado claramente. ¿Cómo es que una preciosa hija de un caballero inglés con iniciativa acabara liada en un matrimonio de conveniencia? Si Gibb hubiera sabido esto cuando se reunió con el padre de ella en Newhailes, le habría exigido una explicación. ¿Lo había sabido Martin?

Seguro que no.

Gibb la guio en una serie de giros lentos de vals mientras su corazón ardía. Dios mío, ¿cómo podía ella recoger sus cosas y marcharse a ciegas a un país que era rudo, salvaje y sin cultura, sin siquiera una introducción? Más aún, ¿cómo había podido su padre permitir que lo hiciera? “¿Considera que es su obligación casarse con un perfecto desconocido?”

La Srta. Harcourt no le miró a los ojos, sus pestañas oscuras bajadas en dos medias lunas contra sus mejillas marfileñas. “Hmm...”

Una pena. En lugar de decir esa palabra, tarareó el *Sussex Waltz* y miró cómo la chica de cabello azabache se movía sin esfuerzo según cada movimiento de él. Ella era preciosa y grácil y...

Triste.

Solitaria.

Temerosa.

De repente, Gibb no podía recordar el resto de la melodía.

Cuando se paró, ella se retiró hacia atrás y se llevó los dedos a la boca. “Le advertí de que no soy una buena bailarina.”

“Me ha de disculpar, pero estoy convencido de que se equivoca. En mi opinión tiene un don para el coqueteo y el baile.”

Ella le hizo una reverencia. “Entonces, me temo que tendremos que estar en desacuerdo,

milord.”

Cuando ella se dirigió hacia la puerta, Gibb tomó el brazo de la Srta. Harcourt. Ella alzó la cara hacia él, esos ojos negros llenos de vida y deseo, sus labios rosados abiertos. Un mechón de cabello recto negro se había soltado y le cruzaba la garganta. Dios, era hermosa, una damisela solitaria y vulnerable, que hacía que la sangre de él vibrara de deseo. Al siguiente momento podría ser fulminado por Dios, pero no podía negar que nunca había querido besar a una mujer tanto como quería besar a Isabella Harcourt en este momento.

Pero ella no era suya para cortejar. Ni siquiera sus pies eran suyos para besar. Inclinandose, se conformó con un besito ligero en la mano de la dama y la acompañó hasta la puerta. “Que tenga un buen descanso.”

Mientras navegaban hacia el sur, los días se volvieron más templados. Isabella no solo había abierto la ventana de su camarote, sino que había apoyado algo contra la puerta para que se quedara abierta, permitiendo una suave brisa para aportar alivio mientras trabajaba. Hojeando su diccionario de latín encontró la palabra que había estado buscando: “*succid* – tajar.” Ella registró la traducción en su diario, pero una vez que leyó la frase, algo no encajaba bien.

“¿Afanada en el trabajo?”, preguntó un hombre desde detrás, esa misma voz profunda que le hacía sentir un hormigueo en la piel.

Ella se giró para encontrar al Capitán MacGalloway apoyado en el quicio de la puerta. Cielos, el hombre tenía toda la apostura de un pirata, un tobillo cruzado por delante del otro. Como siempre, llevaba su jubón viejo de cuero, su falda escocesa fijada con un cinturón bajo por las caderas con un “sporran” cubriéndole las ingles, un puñal y *sgian dubh* en sus fundas a cada lado. El cómo lograba removerle la sangre a ella cada vez que estaba en presencia de él, era algo que ella no alcanzaba a entender. Dios sabe que ella se había recriminado a sí misma por semejante adoración no solicitada.

Ella esbozó una sonrisa, algo distante, ocultando el puro placer que sentía vibrando en su sangre, solo de ver al diablo de ojos azules. “He estado buscando los fragmentos para completar esta tableta durante días, pero no tiene sentido.”

Él entró. “¿Le importa si echo un vistazo?”

Ella se echó hacia atrás y señaló con sus pinzas, cuidando de no tocar la pieza que acababa de encajar. Luego se refirió a su diario. “He traducido este pasaje como: *Antes de la batalla, el teniente prometió su cabeza a los dioses a cambio de la victoria. Pero cuando calló el último sable, parece que me iban a tajar.*” Isabella señaló la tableta. “Ha usado la palabra *succid* aquí, pero la traducción no fluye. Quizás sea ‘*Me fuesen a cortar.*’”

El capitán se inclinó hacia ella, el olor de especias y el mar, barriéndola igual que había hecho cuando él colocó su mano en la cintura de ella anoche y empezaron a bailar el vals.

Estar cerca de él era peligroso e hipnótico, sin embargo, algo muy dentro de ella anhelaba la cercanía, desafiando toda sensatez.

“Fíjese en esto,” dijo él, tomando las pinzas de su mano, su ligero tacto haciéndola estremecerse. Menos mal que era un estremecimiento silencioso. Al menos el capitán fingió no darse cuenta. Él señaló la *d* al final de *succid*. “Hay un poco de tinta. Creo que la palabra no está completa.”

Isabella volvió a consultar su diccionario. “¿Podría ser *succidaneus*?”

“Creo que puede que tenga razón. No era raro que un soldado prometiera su vida a los dioses de los muertos a cambio de la victoria. Quizás su hombre estaba diciendo que usó un sustituto de víctima de sacrificio.” El Capitán MacGalloway se inclinó por encima de la caja de

fragmentos de ella. “¿Qué más tiene aquí que pudiera darnos la razón?”

“Bueno, no estoy segura de que encaje, pero hay un pasaje que menciona que el *legatus* u una banda de *legionnaires* todos prestaron juramento al *generalis*...” Ella le apartó un poco, encontró la sección al que se refería y señaló. “Ahí.”

Mordiéndose el borde de la boca, el capitán cuidadosamente intentó sacar la pieza con las pinzas, pero se detuvo en cuanto se astilló un poco. “Estas solo sirven para piezas muy pequeñas,” dijo él soltando la herramienta en la mesa de ella.

Desenvainó su *sgiann dubh* afilado como una cuchilla de la funda de su cinturón. Antes de que pudiera dañar nada, Isabella le agarró la muñeca parando su mano. “Nunca he usado un cuchillo en las tabletas.”

Completamente inmóviles, los dos se miraron, el pulso de él vibrando bajo los dedos de ella, la boca de ella seca. Sus miradas se mantuvieron como si estuvieran unidas por una corriente cargada hasta que un lado de los labios de él se curvó hacia arriba.

“No se preocupe,” dijo él con su fuerte acento escocés, como si esas tres palabras la dejarían a ella sin posibilidad de discutir. “Solo lo usaré para deslizarlo bajo la pieza. Se debe mantener intacta así.”

Ella asintió con la cabeza, pero se mordió el labio inferior mientras él movía la pieza con cuidado colocándola en el hueco. Isabella la empujó un poquito con la pinza. “Esto es. Lo ve, los bordes del lado derecho encajan a la perfección.” Aunque había un hueco donde faltaba el *aneus* de *succidaneus*, estaba claro que el romano que había escrito los textos había sufrido un grave percance.

“Ahora tenemos que encontrar cuáles eran los juramentos que los hombres juraron al general.”

El capitán buscó una silla de su camarote y los dos juntos trabajaron, sus hombros tocándose, sus rodillas rozándose, sus alientos conteniéndose a menudo y sus miradas cruzándose y manteniéndose un rato antes de desviarse al trabajo. De manera incansable, se quedaron sentados el uno al lado de la otra durante horas, hasta que la tableta estaba casi completa.

Isabella registró la traducción completa en su diario y la leyó en voz alta mientras el capitán se inclinó hacia ella, su aliento, rozándole el dorso de la mano de ella. Intercambiaron una sonrisa expectante antes de que ella leyera en voz alta:

“Antes de la batalla, el teniente prometió su cabeza a los dioses de los muertos a cambio de la victoria. Pero cuando el último sable calló, parece que yo iba a ser su víctima. El teniente y una banda de legionarios juraron un juramento de sangre al general de que yo había traicionado la ubicación de la cohorte y había informado a los aquitanos de nuestra debilidad. Y ahora todo lo que amo me ha sido robado. Encadenado, me han traído a esta tierra frígida, luchando por el aire que respiro. Lo único que me mantiene vivo es tu recuerdo, Flavia. Besa a nuestro hijo por mí.”

“Sorprendente.” El capitán tocó con el dedo por debajo de la tableta recién encajada. “De esto se puede deducir bastante. Nuestro hombre estaba casado y tenía un hijo. Fue traicionado por un teniente y no está en Gran Bretaña por su propia voluntad.”

“De acuerdo.” Isabella asintió. “Me temo que este romano es un esclavo.”

“Sí.” Leyendo las anotaciones que ella acababa de hacer en su diario, el capitán se inclinó más hacia ella. “Dijo que había traducido otras cuatro, ¿qué decían?”

Isabella miró hacia su baúl. Una de las tabletas era bastante salaz y no era algo que ella pudiera leer en voz alta, especialmente no delante de este hombre. “Habla mucho de cómo echa

de menos a su esposa.”

“Flavia.”

“Sí.”

“Capitán,” dijo Duncan desde la puerta. “El Cocinero ya ha preparado la cena, y el Sr. MacLean está preguntando si desea inspeccionar la proa antes de sentarse a comer.”

El capitán miró su reloj de bolsillo. “¿Ya son más de las siete? ¿Como diablos ha pasado eso?”

Capítulo Ocho

Después de dos días de lluvias y mar revuelto, el tiempo se volvió templado, como a menudo sucedía en pleno verano. Gibb y sus oficiales habían disfrutado de una cena de pollo asado y una botella de un vino particularmente delicioso. Claro que la Srta. Harcourt se había unido a ellos, coqueteando de manera experta con todos los hombres a la mesa. Era curioso que la mujer no se consideraba hábil coqueteando. En opinión de Gibb no le hacía falta intentarlo siquiera. Una mujer provista con semejante ingenio y poseyendo ojos negros, tan misteriosos, con pestañas tan largas, podía hacer que el corazón de un hombre tartamudease con un mero parpadeo. Cada noche cenaba mientras les entretenía con conversación divertida antes de irse tras la puerta de su camarote.

Como siempre, Gibb se dio una vuelta por la cubierta mucho después de que los hombres se hubieran ido a sus hamacas, dejando solo los vigías de la noche despiertos, unos cuantos marineros que habían pasado sus vidas en el mar, en su mayoría almas inquietas como Gibb.

Después de llegar hasta la proa del barco, se subió a los aparejos que soportaban las velas cangrejas por delante de la proa. Las cuerdas de cáñamo tenían el ancho justo para él y se balanceó allí, desafiando a los dioses del mar. Una sensación indescriptible de excitación le vino al alma cuando se balanceó por encima del agua en lo más profundo de la noche, el viento revolviendo su cabello, las sogas quemándole las palmas de las manos. Las alas desplegadas como un ave marino, cantó una canción de las Tierras Altas al ritmo de las velas que ondeaban arriba y el susurro de la estela del barco.

“Lejos he navegado y mucho he visto,

“pero no hay nada tan hermoso como las aguas azules de Escocia,

“Sean las playas de Orkney o las aguas profundas del fiordo,

“Navego los mares de Escocia en mis sueños...”

Una suave pisada le frenó. Una pisada que no debería estar en cubierta a estas horas de la noche.

“Por favor, no pare por mí,” dijo la Srta. Harcourt. “No tenía idea de que tuviera una voz de bajo tan fascinante.”

Ahora Gibb volaba de verdad. Por lo menos en su corazón habían surgido un par de alas. Miró por encima del hombro y saltó abajo, aterrizando al lado de ella. “No debería estar aquí afuera tan tarde por la noche.”

“¿Oh?”, preguntó ella, alzando esa barbilla delicada. “¿Pero esas reglas no valen para usted?”

“No duermo más que unas pocas horas cada noche. Además, me gusta el mar silencioso de la noche.”

“Es distinto aquí afuera por la noche,” dijo ella, jugueteando con un botón de su pelliza. Su cabello estaba atado con un lazo, pero un mechón se había soltado y se había pegado a su frente húmeda.

“¿Cómo es eso?”, preguntó él, retirándole el cabello y remetiéndoselo tras la oreja.

“No hay nada que nos frene como en la tierra, no hay verjas, ni árboles que rodear. Nunca he cruzado un océano, me sorprende no ver aves de mar.” Ella alzó los brazos, estirando los dedos hacia arriba. “Por encima de nosotros, el cielo de la noche está llena de innumerables

estrellas. Parece ser algo infinito. Es casi como si...”

“¿Como si?”, preguntó él.

“... fuésemos las dos únicas personas en el mundo.”

“Sí que lo parece. Aparte de Danny al timón y Rupert en el nido de cuervo, estamos a solas, señorita.” Él la tomó de la mano. “¿Es usted una estudiosa de las estrellas?”

“No puedo decir que lo sea.”

Gibb la llevó hacia la banda de estribor y señaló. “Todos conocemos la luna.”

“Hmm. Eso es una luna creciente, ¿verdad?”

“Sí.” Él desplazó el dedo hacia abajo. “Ese punto brillante abajo y hacia la derecha un poco es Marte.”

“Oh, cielos. Parece tan vívido. No tenía idea de que se podía ver a Marte sin un telescopio.”

“Solo en ciertos momentos, pero los planetas y las constelaciones son mucho más vívidos en el mar que en cualquier otro lugar.”

“Fascinante.”

Gibb colocó la mano en la espalda de ella y movió el dedo. “¿Ve ese punto brillante a la izquierda, casi tocando el horizonte?”

Ella se inclinó hacia él levemente, pero lo justo como para hacer que el corazón de él diera un vuelco. “¿Ese borroso?”

“Ese es,” le susurró al oído. “Ese es Saturno.”

“¿De verdad? Pero hay tantos puntos brillantes por todas partes, no puedo creer que pueda elegir dos planetas con tanta facilidad.”

“Puede que sea fácil ahora, pero solo después de años de preparación y aprendiendo a navegar en la marina.” Él movió la mano, dándose cuenta de que todavía la tenía presionando la espalda de la Srta. Harcourt, que se había humedecido un poco con su sudor. Gibb le toqueteó la manga. “¿Qué lleva puesto?”

“Con el calor me sentí algo inquieta y no estaba lista para dormir. En lugar de despertar a Maribel, me puse una pelliza.”

“Pero esto es lana.”

“Sí.”

“Se debe estar asando.”

“Un poco, aunque la brisa aquí afuera, es un placer en mi cara.”

Él tiró de ella hacia la proa, no arriba en las cuerdas donde había estado él, sino a la punta de la proa. “Si es viento lo que busca, mire aquí al mar y déjela hablarle al alma,” le susurró él, instándola a quedarse parada delante de él y de manera muy sutil, deslizándole el lazo de los cabellos. “Deje que lo salvaje de la brisa, le peine y le inspire su vida en su ser.”

“Siento...”

“¿Hmm? Preguntó él mientras el cabello de ella barría en torno a él.

“Tan libre.”

“Pero no estaba tan libre, no con las manos aferradas a la barandilla y sus pies contra la cubierta firmemente. Gibb cerró las manos en torno a su cintura. “Abra los brazos, joven,” dijo él, alzándola por encima de su cabeza. “¡Ahora vuela!”

Las faldas de ella le golpeaban la cara, pero su estremecimiento de emoción hizo que el esfuerzo valiera la pena. “¡Me siento sin peso alguno!”

“¿Tiene los ojos abiertos?”, preguntó él, sacando la cara de entre las telas de su vestido.

Ella se arcó hacia las palmas de las manos de él, como si esperara que él la bajara. “Tengo miedo de caerme.”

“Yo la tengo, ¡ahora abra esos lindos ojos y cabalgue las olas!”

“¡Oh! ¡Oh, cielos!” Exclamó la Srta. Harcourt. “Con razón le gusta estar aquí arriba. La vista es sorprendente.”

Riendo, la bajó. “No me cabe duda que tiene el espíritu de un aventurero.”

“Me temo que puede tener razón, aunque aparte de mi viaje reciente a Escocia para llegar a su barco, nunca he salido del sur de Inglaterra.”

“Y ahora está haciendo un viaje potencialmente peligroso para unirse en sagrado matrimonio con un desconocido.”

A tenor del peso del silencio en el aire, las palabras de él habían cambiado el tono del encuentro fortuito de ellos dos. Él también sabía que eso era necesario antes de que hiciera una tontería como estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que ella le prometiera quedarse a bordo del *Prosperity* durante el resto de sus días... lo cual sería un gran error.

A Gibb le gustaban las mujeres tanto como a cualquiera, pero había prometido su vida al mar. No estaba hecho para casarse o atarse a cualquier mujer. Había conocido a otros marineros que se habían casado y nunca salía bien. Alguien acababa normalmente siendo infiel o muy infeliz. Los niños se criaban sin sus padres, algo que le molestaba a Gibb hasta el tuétano. Si él impregnara a una esposa, no podía imaginarse sin ser parte de la vida de su hijo. Ver la primera sonrisa de su hijo, o experimentar los primeros pasos de una hija, eran maravillas que no había que perderse.

Pero Gibb no iba a tener nada de eso. Sus sueños eran de viajes, peleas con el mar y ver nuevas orillas en lugares lejanos. Era un segundo hijo, y ahora que la esposa de Martin había tenido a James, Gibb ya no era el siguiente en sucesión del ducado. Era libre para dejar su huella en el mundo, y él había elegido el mar.

La Srta. Harcourt se miró los dedos de los pies, que estaban desnudos. “Sí, supongo que estoy en una especie de Aventura. Solo espero que el destino venga con un final feliz.”

“¿Tiene alguna razón por la que creer que no sea así?”, preguntó él, tensando las entrañas.

“Papá me dio las cartas del Sr. Schuyler. Por lo que veo en ellas, mi prometido parece una buena persona.”

Buena persona no era ni la mitad de lo que se merecía esta mujer. En el breve plazo de tiempo en que Gibb la había conocido, se había quedado fascinado con su intelecto, con la emoción que desprendía cuando hablaba de sus tabletas. Como él, ella había hecho esfuerzos por educarse en asuntos que consideraba importantes. Y, lo creyese o no, era una bailarina grácil. ¿Qué otros talentos se ocultaban bajo el exterior sereno de Isabella Harcourt? Si solo tuviera más tiempo para conocerla mejor.

“¿Pero no increíblemente agradable?”, preguntó él. “¿O, increíblemente romántico?”

“Oh, no. Sus cartas son todas muy formales y sinceras, principalmente acerca de la transacción que nos ocupa y un poco sobre su trabajo y su casa.”

“Es curioso que usted se refiera a sus nupcias inminentes como una transacción.”

“¿Pero no es eso un matrimonio de conveniencia? ¿No es eso lo que le sucede a la mayoría de las jóvenes casaderas?”

“Quizás, pero no suelen casarse con un perfecto desconocido al otro lado del mundo.”

Ella se quedó cabizbaja con un leve gemido. “No.”

“Ha mencionado su trabajo. ¿Cuál es su profesión?”

“Es dueño de una mina de plata.”

“Entiendo.” Gibb había pasado suficiente tiempo en América como para saber que había muchas minas. Que tuvieran beneficios era algo que habría que verse. “Su padre mencionó que

el Sr. Schuyler tiene habitaciones en Savannah. ¿Adivino que su casa no está en la ciudad?”

La Srta. Harcourt sacudió la cabeza. “Su casa está cerca de la mina. Una de sus cartas menciona que está cerca de una ciudad llamada Lockhart.”

Gibb también sabía un poco acerca de ciudades sureñas. La mayoría consistía en una barraca que llamaban tienda general, y las personas del lugar tenían suerte si había una iglesia a veinte millas a la redonda. “¿Se casará de inmediato?”

“Papá dijo que el Sr. Schuyler es un caballero mayor que está muy deseoso de...”

“¿Hmm?”

La joven se tapó la cara con las manos. “Está ansioso por empezar una familia.”

Dios mío, eso era lo último que Gibb quería escuchar parado en la cubierta en la noche con una mujer de pelo azabache ondeando por sus caderas como si fuese la última mujer del mundo. Carraspeó y se pasó una mano por los ojos. Había estado viendo demasiadas estrellas esta noche. Sería mejor cambiar la conversación hacia algo más Terrestre. “Me gustaría ver las tabletas que ya ha traducido.”

La cara de ella se iluminó con su sonrisa. “¿De verdad me dice?”

“Por lo que he visto de momento, creo que son ejemplos extraordinarios acerca de la existencia de un antiguo romano y deben ser preservadas para que las puedan ver generaciones venideras.”

“Estoy de acuerdo, y por eso sigo las recomendaciones de la Sociedad de Anticuarios para la conservación de textos y tabletas de este tipo. Una vez que he reunido las piezas de una tableta, construyo un armazón en torno a la obra y la aseguro bajo vidrio.”

“Ajá, ¿Y es eso la razón por la cual su baúl es tan increíblemente pesado?”

“Sí,” dijo ella mientras el viento levantaba el manto de pelo de ella y lo sopló por delante de la proa. “El vidrio y la caja de piedra donde encontré las tabletas también es bastante pesada.”

Gibb capturó un mechón de cabellos sedosos y se lo llevó a la nariz. El olor de la mujer casi le pone de rodillas, tan dulce, tan femenino, tan atractivo. “¿Puedo verlas?”

“Quizás mañana cuando...”

“No mañana.” Él besó el mechón de pelo y dejó que los cabellos cayeran en una lenta cascada de las puntas de sus dedos. “Ahora.”

El capitán se detuvo para hablar con el timonel mientras Isabella se metió en su camarote. Arriba, la lámpara de aceite chirriaba en armonía con el vaivén del barco. Ella miró hacia arriba mientras abría su baúl. “Soy muy consciente,” le dijo al ruido como si fuera su conciencia. “Tenía que haberle dicho que no.”

Pero no lo había hecho. Las palabras de él no habían sido una petición. No, no, el Capitán MacGalloway había emitido una orden, una orden dada por un hombre acostumbrado a mandar a la gente y que se doblegaran ante todos sus caprichos.

Incluida yo, maldita sea.

Y ahora Isabella estaba trabajando como uno de los marineros de Lord Gibb. Claro que quería enseñarle las tabletas, especialmente después de que mostrara tanto interés cuando la ayudó a identificar la palabra *succidaneus*. El padre de Isabella era un hombre instruido y al principio había mostrado interés en las ruinas cuando las desenterraron. Pero Papá no había considerado mucho las tabletas. Quizás le preocupaba más el dinero que podría ganar cuando los anticuarios empezaran a cobrar a los visitantes por ver el lugar.

Qué curioso que antes de vender mi mano para matrimonio, nunca le consideré un buscador de fortunas.

Ella abrió el baúl y retiró la colcha que había usado para tapar dos de las tabletas traducidas y enmarcadas, guardadas a buen recaudo en la bandeja superior de madera. Con cuidado, la alzó y la colocó encima de la cama. Había dos marcos descansando encima de otra colcha y asegurados con relleno de lana en sus cuatro lados.

Ella miró la primera tableta que había traducido, la que tenía un contenido algo picante. La verdad era que Isabella nunca había pensado que fuese terriblemente procaz, aunque se tenía que sentir mortificada por la traducción. De todas formas, era una pieza de la antigüedad, un artículo que reflejaba la historia de su tiempo. Después de todo, los romanos eran lujuriosos en sus deportes de gladiadores y eran amantes renombrados. ¿Por qué este esclavo no sería similar a sus contemporáneos?

Mirando hacia abajo, Isabella consideró ocultar la pieza bajo la colcha.

“¿Necesita ayuda, señorita?”, preguntó el capitán apareciendo en el umbral de la puerta.

Demasiado tarde.

Ella se enderezó y se obligó a sonreír. De ninguna manera, Isabella le enseñaría la página en su diario con su traducción de esa pieza en concreto. Él tendría que averiguar el contenido él mismo, y ella dudaba que él tuviera una habilidad fantástica para traducir Latín sin usar un diccionario por muy hijo de un duque que fuese.

“La primera que encontré es bastante breve,” dijo ella con la voz demasiado atiplada. Aclaró la garganta y siguió diciéndole, “pero la segunda habla de cuando nuestro hombre navegaba cruzando el mar.”

La mirada del capitán se fue hacia la primera tableta, claro. El hombre era un canalla natural.

Él estiró la mano para agarrarla, pero Isabella le detuvo alzando una mano. “Por favor, prefiero que sigan en la bandeja.”

“Muy bien,” dijo él, inclinándose por encima con las manos tras la espalda.

Isabella se mordió el labio mientras le veía leer, su nuca volviéndose roja.

“¿Ha dicho que ha traducido esta tableta?”, preguntó él, enderezándose y mirándola directamente a los ojos.

Incapaz de sostener la mirada de él debido a las mariposas revoloteando en su estómago, ella miró al suelo, su cara calentándose de manera considerable. “Sí.”

“¿Y la traducción está en su diario?”, preguntó él, desplazándose hacia el escritorio de ella y colocando la mano encima del volumen de portada de cuero gastado con el apodo que su padre le había dado: Issy. “¿Me permite?”

Ella suspiró. “¿Es necesario?”

Él le entregó el diario. “Si no lo desea, entonces sigo su deseo. Obviamente, es consciente de que había escrito acerca de...”

Ella dio un pisotón. “Sí, soy perfectamente consciente de lo que escribí, y a pesar de su naturaleza salaz, creo firmemente que las escrituras de este tipo nos aportan una ventana importante acerca de la vida de un hombre durante la época romana.”

“Eso es muy... vanguardista por su parte.”

Isabella no se atrevía a tanto. Sí, podía ser un poco vanguardista en su pensamiento y algo atrevida, pero no radicalmente atrevida. “Es muy *práctico* por mi parte, ha de saber.”

“Sí, puede que sea práctico, pero también demuestra que no es una chica arrogante. Con razón siente aversión por la alta sociedad. Su aversión no ha sido debida a su pericia bailando o... de coqueteo.”

“¡Oh, vaya!” Ella barrió el aire con la mano. “Quizás mi baile con usted era aceptable

porque estábamos a solas y no había docenas de personas mirando y juzgando cada paso que daba.”

Una sonrisa torcida se dibujó en su boca sensual, haciendo que devolvérsela fuese irresistible. “¿Un poco tímida, no?” Sabe que no hay necesidad de ello. Supongo que las jóvenes se pondrían verdes de envidia mirando cada paso que diese.” Él le entregó el diario. ¿Me concede el honor de leer su traducción de la segunda tableta? Mi repaso por encima sugiere que no contiene nada incorrecto.”

Isabella abrió el diario en la página que había transcrito y deslizó el dedo índice hasta la primera palabra traducida.

“Mi querida Flavia, he viajado a Britania en barco, la pierna atada a un banco y un brazo atado a un remo. El tambor sonó continuamente, los tamborileros trabajando en turnos. Pero no había turnos concedidos a las almas miserables por debajo de cubierta, sentados en sus propios orines, mientras un tirano nos desgarraba la piel a latigazos. En más de una ocasión pensé que llegaba mi fin y presenté mi alma miserable a los dioses de los muertos. Pero mi ira me dio fuerzas. Me fijé en tramar mi venganza. Sin embargo, cuando el buque llegó a Britania y yo estaba en el podio de los esclavos donde me vendieron por solo diez denarios, no era la venganza lo que me mantenía con vida. Fue amor. Amor por ti, Flavia, y la promesa que hice de volver a tus brazos algún día. No, no se me ha olvidado ni se me olvidará.”

El capitán MacGalloway se quedó parado sin decir ni una palabra durante un momento antes de limpiarse la boca con una mano. “Le volvió a escribir a Flavia.”

“Sí, su esposa. Si recuerda la tableta que me ayudó a traducir, le pide que bese a su hijo de su parte.”

El capitán se frotó la nuca. “Pobre bastardo.”

Isabella cerró su diario y lo colocó encima de la mesa. “No se me ocurre nada peor que ser condenada por un crimen que no cometí.”

“Condenado y vendido como esclavo. Prefiero que me ahorquen y terminar con mi miseria...”

“Quizás nuestro romano demuestra su inocencia con el tiempo.”

“Ahora sé que cree en cuentos de hadas. Es más que probable que muriera de fiebres y no encontrar a su esposa e hijo, y quién sabe lo que les pasaría a ellos. La vida no era fácil, para las familias de soldados que eran traidores sentenciados.”

“Isabella depositó la bandeja con las tabletas en su baúl. “No, pero quizás alguien acogió a Flavia.”

“Esperemos que sí,” dijo el capitán, dando un paso hacia ella.

Mientras ella se enderezaba, los cabellos en su nuca hormigueaban con el roce de los dedos de él. Por el rabillo del ojo, Isabella le miró dejar que los cabellos de ella se deslizaran de manera indolente por la palma de la mano de él, cayendo en una cascada de negrura. Antes de haber salido, ella se había atado la melena con un lazo, pero su pelo era tan fino que era muy difícil mantenerlo recogido, especialmente cuando hacía viento.

“Su cabello es como la seda,” susurró él, su aliento rozándole la oreja a ella.

Las palmas de las manos de Isabella se humedecieron. ¿La besaría? Dios sabe cuánto deseaba desesperadamente que él la besara otra vez. Ella cerró los ojos y se llevó un dedo a los labios, recordando su beso único y veloz tras el árbol. Y ahora ellos nunca más debían besarse. Ella era la prometida de otro. Incluso pensar en besar al capitán era pecaminoso.

“¿Puedo hacerle una pregunta?”, dijo ella mientras su cabello caía por su espalda.

“Sí.”

Ella se volvió para mirarle de frente. Él conocía el contenido de la primera tableta y, sin embargo, no la había juzgado. Quizás había muchas facetas del Capitán MacGalloway que ella todavía no comprendía. “¿Por qué me besó en el parque?”

A la vez que sus ojos azules se tornaron más oscuros, una sonrisa apareció lentamente en sus labios. “Creí que me había disculpado por ese error.”

Esa no era la respuesta que ella buscaba. ¿Era completamente difícil explicar el razonamiento de él? “Entonces, ¿cree que fue un error besarme?”

Él se encogió, mirando el suelo. “Bueeenoo...”

Ella resopló, desplazando las manos a sus caderas. Quizás fuese un desalmado, por lo menos muy dentro de él existía un pequeño ser desalmado en su carácter. “Creyó que yo era una mujer fácil?”

“Ay, no, para nada. Pensé que era...” Se peinó los dedos en su cabello besado por el sol, lo cual le hacía parecer más desalmado todavía, además de cautivador, posiblemente encantador, y muy difícil de ignorar desde luego.

Pero Isabella deseaba desesperadamente que él contestara la pregunta que la había mantenido despierta por las noches. “¿Hmm? Le ruego que continúe. Verdaderamente, deseo saber lo que le llevó a cometer, como dice usted, semejante *error*.”

Él alzó las manos. “La verdad sea dicha, supuse que asistía al almuerzo de mi madre y se había buscado un hueco para estar sola.”

Ah, sí. Siempre había sido un patito feo consumado. Esta vez podía haber podido parecer una flor de jardín o una ninfa de jardín. Pero Isabella no estaba satisfecha con la respuesta de él. “Aparte de haberme confundido con una de las invitadas de la duquesa viuda, he de reconocer que estaba muy deseosa de disfrutar de un rato a solas. Pero eso no explica el porqué me besó. Por favor. ¿Qué le llevó a hacerlo?”

De nuevo, esos dedos se hundieron en sus cabellos, pero esta vez siguieron hacia atrás hasta que él se agarró la nuca. “Si no recuerdo mal, el besito fue el pago de nuestra apuesta.”

“Quizás lo fuera, pero usted no ofreció una alternativa. Fue bastante enfático al recibir un beso. ¿Dígame, Capitán, siente predilección por mujeres instruidas? ¿Por patitos feos, no muy agradecidas y aficionadas a los libros?”

Gimiendo, él bajó las manos a sus costados. “Primero de todo, no hay nada de patito feo en usted. Aunque reconozco que se me pasó por la mente divertirme con una joven tímida.”

“¿Joven? Para nada.” Con veinticinco años cumplidos, ella ya era una solterona y se habría sentido bien permanecer soltera, si su padre no hubiera intervenido. “Le vuelvo a preguntar, ¿pensó que yo era una mujer fácil?”

“Oh, para nada. Muy al contrario. La verdad es que pensé que me mandaría a darme un remojón en el agua fría del Fiordo del Norte”

Ella resopló. “Seguramente debía haberlo hecho.”

“¿Entonces, por qué no lo hizo?”

¿Por qué? Isabella se mordió la cara interna de la mejilla. En ese momento apenas había podido pensar, ni hablar de discutir con un hombre tan hábil en el coqueteo como Lord Gibb MacGalloway. “Dígame, capitán, ¿qué habría hecho si fuese yo, una mujer que nunca ha sido cortejada, que nunca ha sido besada, una mujer que había sido vendida por su padre a un extraño, el doble de su edad en una tierra lejana? ¿Qué habría hecho cuando un apuesto hombre escocés de ojos azules, vistiendo traje regional, la desafiara a un concurso de tiro al arco con la apuesta siendo un beso?”

Una esquina de la boca de él se alzó mientras se metía los pulgares en el cinturón.

“Apuesto, ¿ha dicho?”

Isabella se cruzó los brazos y empezó a examinar las hebillas de los zapatos de él, cualquier cosa por no mirar a esos ojos penetrantes que de manera tan obvia podían ver hasta su alma. “Diabólicamente apuesto.” Cielo santo, ¿había dicho esas dos palabras en voz alta?

Él toqueteó el cuello de la pelliza de ella. “¿Disparó mal a propósito?”

Bajando los brazos, ella tosió en una carcajada. “Nunca. Soy muy buena tirando, le he de decir. Lo que ocurre es que usted es un tirador sorprendente.”

“Supongo que no fui claro en eso. Creciendo a la sombra de Martin, hice todo lo posible por superar a mi hermano mayor, sea tiro al arco o tiro al blanco. Incluso cuando era niño perfeccioné durante años el arte del disparo con tirachinas.”

“Eso sí que me lo creo.” Isabella le dio un palmetazo en el codo. “Sabía que había ganado su apuesta antes de que yo disparara la primera flecha.”

“Digamos solo que confiaba en el resultado.” El capitán tomó la mejilla de ella, las yemas de sus dedos rugosas contra la piel de ella. “Sabe que si no estuviera prometida en matrimonio, ahora estaría rogándole uno de sus besos.”

Isabella se inclinó hacia él, sus labios dispuestos, el corazón acelerado.

Él hundió el mentón, pero en lugar de darle el tipo de beso arrebatador que ella quería, el desalmado presionó sus labios calientes contra la frente de ella, luego dejó caer el lazo de su cabello en la palma de su mano. “Buenas noches, Srta. Harcourt. Que descanse.”

Capítulo Nueve

Durante los días de calor, Isabella adoptó una rutina de vestirse por las mañanas y desayunar con una taza de té y un cuenco de gachas con Maribel y Duncan en la cubierta. El chico había encontrado un par de barricas donde se podían sentar mientras disfrutaban mirando el mar. Con un poco brisa, era mucho más cómodo permanecer en la cubierta, pero no era un buen lugar para trabajar en las tabletas.

Después de desayunar, ella normalmente regresaba a su camarote y aguantaba el calor mientras Maribel atendía sus obligaciones. Hoy, sin embargo, Maribel se quedó mientras Duncan hacía una visita.

“El capitán me ha enseñado una canción y un baile.”

“¿Ah sí?”, preguntó Isabella. “¿Cantas y bailas al mismo tiempo?”

El chico se dio un golpe en el pecho. “Sí, no es tan difícil.”

“Perdón, tenía que darme cuenta.” Isabella señaló el suelo. “Bueno, creo que necesitamos verlo. ¿Qué dices tú, Maribel?”

La doncella se agarró de las manos. “Oh, sí, me gustaría ver tu demostración.”

Isabella dio palmaditas en la cama, indicándole a Maribel para que se uniera con ella mientras Duncan se quitaba el gorro inclinándose ante ellas. “Para su disfrute particular, `Whisky-O’”

Las dos mujeres aplaudieron mientras el niño se cruzó los brazos y levantó los talones. “*Whisky-O, Johnny-O, que la alcen desde abajo.*”

Isabella dio golpecitos rítmicos en la cama mientras Duncan demostró unos pasos bastante elaborados.

“*¡Un trago de whisky me ha partido la nariz y el whisky me ha hecho vender mi traje.*”

Dándose palmaditas en el pecho, Isabella le dio un codazo a Maribel. “Vaya tema para un niño.”

“No lo dude, está expuesto a una variedad de conversación de adultos bajo cubierta,” susurró Maribel tras su mano.

Isabella se quedó mirándola. ¿Cómo sabía la dama de compañía lo que el niño escuchaba bajo cubierta?”

Duncan dio un brinco mientras saltaba de un pie al otro. “*Ahora el whisky es la vida de un hombre, whisky de esa vieja jarra de lata.*”

El chico dio pisotones y se tocó los talones, y a tenor del jaleo que provenía de la puerta principal, todos los marineros hacían lo mismo. Isabella se puso en pie de golpe. “¿Qué sucede allí afuera?”

El chaval se detuvo y se llevó los puños a las caderas. “Supongo que todos me han escuchado y están bailando el baile escocés.”

Afuera, se escuchaban voces airadas con muchos gritos. “No, algo ha pasado,” dijo Isabella dando un paso hacia la puerta.

“No, el Capitán MacGalloway me ha mandado para entretenerlas.” Duncan tiró del brazo de ella instándola a volver a sentarse. “Creo que es mejor ignorar lo que...”

Negándose a escuchar ni una palabra más, Isabella se zafó de la mano del niño y se apresuró a salir afuera.

La cubierta estaba llena de marineros gritando y alzando los puños en el aire.

Duncan tiró de la mano de Isabella. “Es mejor que vuelva dentro, señorita.”

Ella se puso de puntillas, moviendo la cabeza de un lado a otro. “¿Qué está pasando?”

Un repentino silencio surgió en la cubierta, seguido por el sonido de un látigo silbando en el aire. Un ruido de dolor le hizo dar un respingo como si le hubieran dado a ella.

Los hombres rugían como una turba de asistentes en un coliseo romano.

Isabella se abrió paso entre la gente, encontrando un hombre atado al mástil con rayas de sangre por la espalda y el capitán con un látigo. El brazo del Capitán MacGalloway basculó hacia atrás dispuesto a golpear de nuevo.

Ella marchó hacia delante. “¡Detenga esta locura de inmediato!”

El Sr. MacLean se interpuso en el camino de ella, los brazos cruzados ante el pecho, su rostro serio. “Será mejor que regrese a su camarote, señorita.”

“¿Regresar a mi camarote y permitir que siga esta salvajada? No puedo creer lo que mis ojos han visto, y usted,” ella señaló al capitán con un dedo, “mandó a un niño para hacer que las mujeres sensatas no salieran aquí para ser testigos de esta atrocidad.”

La mirada helada del Capitán MacGalloway se fue hacia ella mientras se llevaba el látigo entre los dedos del puño. “Mujer, usted puede que sea una invitada a bordo de mi buque, pero no el lord magistrado, y no le incumbe para nada meter las narices donde no le importa.”

“¡Pasad al bastardo por la quilla!”, gritó un marinero.

“¡Quién sabe qué más ha robado! ¡Chicos, cuidad vuestros monederos!”

“El mío me protege las ingles por una razón!”

El capitán recorrió con la mano el látigo de nuevo. “Le aconsejo que no cuestione mi autoridad absoluta en este buque y le sugiero que usted y su dama de compañía regresen a sus camarotes.” Le hizo una seña con la cabeza al Sr. Erskine. “Llévese a las damas a popa y asegúrese de que permanecen en sus camarotes.”

Isabella cerró los puños delante de su estómago mientras los hombres se apartaban, dejándole vía libre para irse. Cuando el látigo golpeó a sus espaldas, ella dio un respingo, incluso antes de que el pobre desgraciado atado al mástil gritara.

“No tenía que haber salido allí, señorita,” susurró el Sr. Erskine. “Usted también, Maribel.”

La dama de compañía se detuvo en el pasillo y agarró las manos del contramaestre. “Pensé que tenía que haber una razón por la cual Duncan estaba tan desesperadamente intentando distraernos.”

Isabella estaba que echaba humo. “¿Cómo se atreve el Capitán MacGalloway a hablarme como si fuera una idiota?”

“No haga caso del capitán, señorita. Él le da voces a todo el mundo, especialmente cuando alguien ha estado robando.”

Isabella se retorció las manos. ¿Qué podía hacer para ayudarlo? ¿Ese pobre hombre. ¿Qué robó? ¿Una galleta?”

“Le pillaron con los dedos en las cosas del Cocinero, se llevó dos monedas de oro.”

“¿Quién le robaría al Cocinero?”, preguntó ella todavía afectada por lo que acababa de ver.

“Clyde Briggs, ese es. Este es su primer viaje con nosotros.”

“Y su último, he de suponer,” dijo Maribel.

Isabella daba pasos en el pasillo. “Pero azotar a un hombre es tan salvaje. ¿Por qué no meterle en la celda del buque, por el amor de Dios?”

“Ay, pasará el resto del viaje en la celda, eso es seguro.” El Sr. Erskine le guiñó un ojo a Maribel antes de girarse para mirar a Isabella. “Le digo la verdad, si el capitán no mandase unos

cuantos latigazos, los hombres estarían queriendo vengarse. Siempre es mejor disciplinar a los ladrones y similares pronto para que los hombres no lo hagan ellos mismos.”

Parándose, Isabella se estremeció al oír otra ronda de gritos desde la cubierta. “¿Me dice que el castigo sería peor si fuese a manos de los hombres?”

“No se equivoca. Clyde seguramente no habría sobrevivido si los hombres se salieran con la suya.” El contraamaestre se inclinó ante Isabella, luego tomó la mano de Maribel y se la besó. “Si ustedes me lo permiten, volveré a mi puesto.”

Maribel se llevó los dedos al corazón y sonrió con un enorme suspiro. “Gracias por la explicación, Gowan. Le estamos muy agradecidas.”

Cuando el contraamaestre se alejó, Isabella tiró del brazo de su dama de compañía haciéndola entrar en su camarote. “Sientes cariño hacia el Sr. Erskine.”

Maribel se puso roja como un tomate. “Oh, cielos, ¿se nota?”

“¿Notarse?” Isabella abrió su abanico y se refrescó la cara. “Casi te desmayas en sus brazos.”

“He de decir que no me importaría mucho desmayarme en sus brazos.”

“Cielos.” Isabella abanicó la cara de su doncella. Obviamente, Maribel necesitaba aire fresco. “También me he fijado en que le tuteas. ¿Cuántas veces te has cruzado en el camino del contraamaestre?”

“No sé.” Maribel soltó una risita. “Unas cuantas veces. Lo suficiente como para darle permiso para que me llame Maribel.”

“¿No estarás bajando a la zona bajo cubierta, verdad?”

“Oh, no. Solo...”

Isabella metió a la doncella en su camarote y cerró la puerta. “Cuéntamelo.”

“No es nada, de verdad. Cuando usted entra para trabajar en sus tabletas, él a veces me acompaña de paseo por la cubierta. Hace tanto calor estar aquí metida todo el rato.”

Bueno, un paseo por cubierta no era nada malo. Isabella había paseado bastante con el capitán y a nadie le pareció algo fuera de lo común. “Siempre y cuando el Sr. Erskine se esté portando como un caballero, no veo nada malo en ser su amiga.”

“¡Oh, gracias! ¡Gracias!” Maribel se llevó los dedos de Isabella a sus labios y se los besó. “Es tan bondadoso y adoro escuchar su acento escocés.”

Mientras el corazón de ella aleteaba, Isabella pensó en el capitán alto que también la había serenado con su acento encantador. “Los escoceses tienen un encanto particular cuando hablan, ¿cierto?”

Gibb empujó la puerta exterior y se fue hacia su camarote. Tres zancadas más adentro, se detuvo ante la puerta de la Srta. Harcourt y cerró el puño en torno a la empuñadura del látigo. La maldita mujer de corazón blando casi había incitado un motín. Eso o casi había logrado que la echasen por la borda, seguramente por el Cocinero, que rara vez levantaba la mano contra nadie.

La mujer era demasiado blanda, claramente no estaba hecha para la vida en el mar. Si él hubiera dejado que Clyde Briggs se librara sin un buen azote, los hombres se habrían alzado en armas, seguro. No había nadie en el *Prosperity* que tolerasen a un compañero de dedos hábiles, y si Gibb no hubiera encerrado al ladrón en la celda, Briggs habría sido apuñalado en la espalda antes del amanecer.

Se quedó parado un momento, demasiado enojado para enfrentarse a la Srta. Harcourt. Gruñendo en voz baja, se fue a su camarote, guardó su látigo y se sirvió una copita de whisky. Después de un trago vivificante, Gibb se fue hacia las ventanas y miró la estela del barco, el

ondular suave de la espuma de mar enfriando el fuego en su pecho.

De todas las obligaciones a las que se enfrentaba un capitán, él detestaba más que nada realizar castigos. Nunca aceptaba a un marinero sin una recomendación. La mayoría de los hombres abordo habían servido con él en la marina. El Sr. Briggs había llegado con una carta de recomendación de un capitán que Gibb había conocido en Edimburgo.

Gibb no se esperaba que otro capitán le engañara, especialmente un escocés. Pero, por otro lado, Gibb no conocía la firma del hombre. Quizás la carta había sido falsificada.

Se bebió el trago y se sirvió otro. Puede que le criaran en un mundo de fantasía conocido solo por la aristocracia, pero no era ningún tonto. Sí, su infancia había pasado en un enorme castillo en la punta del norte de Escocia. Cada primavera de su juventud había cazado con sus hermanos en el pabellón de caza de las montañas de Dunscahy, un castillo con su propio lago alimentado por la nieve de las montañas. Había pasado horas innumerables en Newhailes, llamada “la casita” por su padre, donde había aprendido a ser un caballero. Había pasado unos cuantos años en la Universidad de St. Andrews antes de conseguir su comisión naval. Pero allí es donde su vida fantástica de noble había terminado.

La guerra era algo que endurecía a los hombres, privándoles de sueño durante el resto de sus días, además. Gibb había luchado en batallas navales, y resultó ser algo bueno que fuese un as con un arco y un mosquete, además de muy preciso con una pistola. Si le daban una espada lucharía como un poseso. Aunque no había sido capaz de salvar al padre de Duncan.

Ese error era algo que le atosigaba con noches de terror el resto de sus días. Cuando Gibb cerraba los ojos, veía el sable atestar el golpe mortal como si hubiera sido ayer mismo. Por lo menos se había asegurado de que el bastardo francés, que se había cobrado la vida de Farley Lamont, no volviera a respirar.

Pero eso no compensaba la pérdida de un hombre bueno. Un hombre mejor que Gibb mismo, un padre, que tan solo un mes antes había perdido a su esposa víctima de la tisis, dejando al pequeño Duncan huérfano.

Sonó un golpe en la puerta.

“Pasa,” dijo él dando una voz, sin molestarse en dar la media vuelta. Seguramente era Archie viniendo a decirle que Clyde había sido encerrado a buen recaudo en la celda.

La puerta se abrió muy lentamente para ser Archie. “He venido a disculparme.”

Gibb tragó. No había esperado que la Srta. Harcourt le hiciera una visita. Había sido severo con la joven y no quería verla ahora, no cuando sus entrañas estaban retorcidas en nudos. Sin volverse, se quedó parado donde estaba en pie, mirando la estela. No se escucharon pisadas, aproximarse. El pestillo no se cerró.

“No debió haber intervenido,” dijo él, y luego tomó un sorbo, el líquido, abriéndose paso en su garganta, ardiendo y caldeándole hasta las plantas de los pies.

“El Sr. Erskine nos explicó amablemente lo que pasó y por qué.”

“¿Pero usted no está de acuerdo?”, preguntó Gibb, su tono tan ardiente como su trago de whisky.

“Creo que cualquier tipo de castigo corporal es una forma de barbarie.”

Gibb aferró el vaso en la mano. Si ella le tenía por un canalla, que así sea. “Quizás lo es, pero cuando levamos ancla y nos alejamos de la sociedad civil, la brutalidad de una vida en el mar convierte a algunos en ladrones, como ha pasado hoy. Hay mucho que un marinero tiene que soportar, alejado de todas las comodidades de su casa durante meses. Viven en espacios pequeños y a diario se enfrentan a los peligros del mar, no solo el clima, sino que es peligroso pisar la cubierta cuando las velas cambian. He visto un cabo romperse y matar a un hombre. He

visto a hombres caer desde los aparejos y matarse.

Gibb se giró y miró a la mujer parada en el umbral de la puerta como una reina, escuchando su explicación, aunque no tenía por qué dársela. “Los marineros son bribones. Pero yo apoyo a mis hombres en cualquier día y a cualquier hora. Los marineros abordo de este buque trabajan de manera incansable, en el frío y en la humedad. Luchan contra el tiempo solo para mantenerse vivos y caen a sus hamacas exhaustos. La mayoría han salido de las alcantarillas de nuestras ciudades desconociendo nuestra sociedad amable, de nuestros carruajes cómodos, sillones rococó y modales correctos.”

La Srta. Harcourt alzó el mentón. “Pero aprecian la justicia.”

“A su propia manera. Entienden que yo no tolero ninguna subversión y trataré a cada hombre de manera justa siempre que me dé una jornada de trabajo honesto y que haga todo en su mano por demostrar su lealtad.”

“Y para eso, usted es su amo y comandante.”

Gibb alzó el mentón. ¿Le estaba juzgando? A él no le importaba eso, porque la opinión de ella era hueca en este asunto. “Lo soy,” dijo él sin una pizca de remordimiento, porque si alguna vez dudara de sí mismo, su tripulación haría lo mismo.

La mujer se quedó inmóvil un momento, sus labios temblando como si tuviera mucho que decir pero sin saber cómo ponerlo en palabras. Después de inspirar fuertemente, ella le dijo, “Desde que cesó en su comisión naval, ¿ha estado en alguna batalla?”

“Contra piratas, sí. Por eso navego con doce cañones. Créame, prefiero tener barricas de whisky MacGalloway en lugar de ellos, no hay otra divisa mejor en toda la cristiandad.”

Ella hizo una reverencia. “Perdone mi intromisión. Les dejaré a sus obligaciones.”

Él se quedó como un idiota mientras ella se marchaba, cerrando la puerta silenciosamente. Maldita sea, Gibb ni siquiera había aceptado su disculpa. Le había contado toda una retahíla sobre todas las razones por las cuales era necesario mantener el orden en su maldito barco.

Maldita sea la mujer de todas formas. Ella no era suya para cuidarla, aparte de su promesa de llevarla sana y salva de un lado al otro del Atlántico. Una vez que entregara a la Srta. Harcourt a su prometido, Gibb tenía intención de olvidar que ella hubiera pisado el *Prosperity*. Por el amor de Dios, Gibb se había jurado a sí mismo nunca perder su corazón y se mantenía fiel a su palabra, especialmente cuando se trataba de mujeres prometidas en matrimonio.

Capítulo Diez

Habían pasado varios días desde el incidente del marinero que había sido pillado robando, y desde entonces, el Capitán MacGalloway apenas había mirado hacia Isabella. Por supuesto, había sido cordial. Después de todo, ella cenaba en el camarote del hombre cada noche, pero el escocés descarado que había capturado su cabello y llevado a sus labios ya no estaba. Tampoco veía al hombre que había besado su frente cuando ella secretamente había deseado más. Y en ninguna parte en este barco estaba el lord arrogante que la había engañado para apostar un beso.

Y ella desesperadamente deseaba volver a ver a ese tipo.

Excepto que no debía.

Se debería sentir contenta con el hecho de que se había vuelto distante y parecía nunca estar en la cubierta cuando ella daba un paseo al aire libre. Isabella hizo lo mejor posible por prestar atención durante las comidas de la cena cuando los hombres comentaban las reparaciones que se necesitaban la próxima vez que estuvieran en el puerto, o que los carpinteros que se necesitaban abordó, o el hecho de que Duncan había hecho un nudo pulgar en lugar de un lazo doble Carrick cuando ató la vela de abanico, que se había soltado y causado un revuelo importante entre la tripulación, sin olvidar un retraso.

Sí, ella había prestado atención, pero eso es todo lo que podía hacer, dado que Duncan sabía obviamente mucho más sobre atar cabos de lo que ella podría saber nunca. Isabella había seguido cada conversación mientras le robaba miradas por el rabillo del ojo al apuesto capitán. Para su pesar, él no miró hacia ella ni una sola vez. Bueno, la saludaba cuando entraba y le deseaba buenas noches cuando salía, al igual que hacía con todas las otras personas que entraban o salían de su camarote.

¿Pero así es como deben ser las cosas, no?

Ella emitió un gemido mientras Maribel tiraba de los lazos en el vestido que Isabella iba a llevar para la cena.

“Lo siento, señorita. El vaivén del barco me ha sacudido.”

Había llovido bastante hoy, y los mares tenían crestas blancas y estaban bravíos. “No te preocupes,” contestó Isabella, bastante contenta de que Maribel no tenía ni idea de lo que le había hecho gemir en primer lugar. “¿Has estado pasando el rato con el Sr. Erskine?”

Los cordones se apretaron más, esta vez haciendo que ella soltara un suspiro deseado. “Normalmente, nos vemos para la comida del mediodía.”

“Qué bien.” Isabella estiró los hombros para permitirse inspirar hondo.

“¿Te estás encariñando con él?”

“Me temo que sí,” contestó la joven con una pizca de pena en su tono de voz.

“¿No estarás pensando en dejarme sola con el Sr. Schuyler, verdad?”

Suspirando, Maribel remetiéndose los cordones. “Oh, cielos, claro que no. Nunca haría nada así.”

Dándose la vuelta, Isabella agarró a su criada por los hombros mirándola a los ojos. “Bueno, si decides seguir los dictados de tu corazón, por favor que sepas que yo nunca me interpondría en tu camino.”

“¿De verdad?” La criada dio un paso hacia atrás sacudiendo la cabeza. “Estoy de servicio. Mi madre y la suya antes que yo estuvieron de servicio, y usted siempre ha sido tan bondadosa conmigo. Nunca podría darle la espalda, especialmente en un momento en que...”

La bala de cañón se hundió, la misma que había estado alojada en el estómago de Isabella desde el anuncio de su padre. “¿Hmm?”

“Estará sola en una tierra desconocida. Supongo que me necesitará más que nunca.”

“Quizás tienes razón.” Isabella se presionó los dedos contra el dolor. “Pero sí que creo que el Sr. Erskine volverá a América en algún momento. El *Prosperity* va y viene, trayendo whisky MacGalloway desde Escocia y regresando a casa con algodón americano. Vuestros caminos se pueden volver a cruzar.”

“Cierto. Sería agradable volver a ver a la tripulación además del Sr. Erskine. Quizás no nos olviden.”

“Esperemos que el Sr. Erskine no te olvide a *ti*. Un día puede que tenga su fortuna hecha y se despida del mar.”

“Y usted nació con estrellas en los ojos. Es tan probable que gane una fortuna él como yo.”

“No estoy tan segura. El Capitán MacGalloway puede encontrar un tesoro y repartirlo entre sus hombres.”

“Muy bien, añadiré el descubrimiento de un tesoro para la tripulación del *Prosperity* a mis oraciones de cada noche.”

Llegando al camarote del capitán, Isabella rio un poco. Como siempre, llamó con los nudillos con suavidad, aunque el Lord nunca abría la puerta.

Excepto esta noche.

En cuanto esos ojos azules insondables se cruzaron con los de ella, no pudo contener su inspiración de aire. El Capitán MacGalloway se quedó inmóvil durante un momento, mirándola fijamente con intensidad de lo más inquietante. “Buenas noches, Srta. Harcourt.” Como si no hubiera estado mirándola, se inclinó ante ella como un hombre que había sido preparado para exhibir unos modales impecables, lo cual, por supuesto, había sido como hijo de un duque que era. “¿El mar revuelto le ha hecho sentir malestar en el estómago?”

Ella se dio palmaditas en el estómago. “En realidad, he estado tan absorta en mis traducciones hoy, que apenas lo he notado, aparte del inconveniente de tener que guardarlo todo en una caja para asegurarme de que no cayera al suelo de la mesa.”

Él dio un paso al lado y señaló la entrada. “Duncan subirá la comida pronto. Me temo que esta noche será comida fría, galletas de barco como siempre, pero servidas con mantequilla y mermelada de ciruela. Creo que también habrá un poco de pollo frío. Es demasiado peligroso encender la hornilla cuando los mares están tan revueltos.”

Ella se abrió camino hasta su sitio en la mesa, dándose cuenta de que era la primera en llegar. “¿Dónde están los otros oficiales?”

“Atendiendo sus obligaciones, como debo hacer yo también.”

“¿Usted debe?”

“En cuanto hayamos comido, saldré a inspeccionar la cubierta. Mandarán a alguien que venga a buscarme si me necesitan antes.” Él sostuvo la silla de ella, algo que hacía normalmente el Sr. Lyall. “Por favor, siéntese. ¿Le puedo servir un tazón de vino?”

“¿Tazón?”, preguntó ella.

“No permito vasos en mar revuelto, joven.”

“Entonces, sí. Un poco de vino sería agradable, gracias.” Ella miró por encima de su hombro, dándose cuenta de que nunca había estado a solas con el capitán en su camarote antes, por lo menos no con la puerta cerrada. “¿Ha dicho que Duncan traería la comida pronto?”

Él retiró el corcho de la botella y llenó el tazón de ella. “Sí.” Luego se sirvió un poco para él, mirándola brevemente, un poco de chispa en los ojos, ¿o es que la luz del candil

balanceándose del techo había capturado ese destello precisamente? “¿Prefiere tomar su cena en otro lugar?”

Ella sorbió el vino mientras la lluvia arreciaba contra las ventanas. “No particularmente.” Después de todo, ellos dos habían estado *en su* camarote a solas con la puerta cerrada y no habían causado un escándalo. Seguramente su marido futuro entendería que los invitados a bordo de este buque comían con el capitán y sus oficiales, puede que no siempre estarían presentes, no es que ella de su propia voluntad le contaras semejante cosa al Sr. Schuyler.

El buque se inclinó tanto a estribor que ella se vio obligada a cerrar ambas manos en torno a su tazón, mientras que el líquido se revolvió y la silla a su lado se cayó hacia atrás. “Oh, cielos,” dijo ella empezando a levantarse, pero el capitán colocó su mano grande en el hombro de ella.

“Yo me ocupo. Beba su vino antes de que se derrame.”

Isabella bebió un buen trago. “¿Cree que hemos superado lo peor de la tormenta?”

Él colocó la silla del Sr. Lyall en su sitio, luego se deslizó a su propia silla. “Espero que sí, pero los cielos están muy oscuros. Al menos espero que no se ponga mucho peor... a menos que tengamos la mala suerte de navegar en el ojo de un huracán.”

“¿Un huracán?”, preguntó ella, llevándose una mano al pecho. Todo el mundo sabía que un huracán era una de las peores calamidades que le podían suceder a un buque.

El capitán se estremeció. “Esa palabra es peor que una maldición. Y esto es solo una tormenta de verano feroz. Se lo digo yo.”

“Espero verdaderamente que tenga razón.”

La puerta se abrió y Duncan entró dando tumbos con una bandeja. “Aquí está, mermelada, galletas y un poco de pollo frío, saludos del Cocinero.”

El Lord dio un golpecito con los dedos en el centro de la mesa. “Colócala aquí, hijo.”

Mientras Duncan hacía lo que le decían, el Capitán MacGalloway le dio una palmadita en el hombro al niño. No era un golpe como normalmente se vería a un hombre darle a un grumete, pero su tacto daba una sensación profunda de cariño. “¿Has terminado tus tareas, muchachito?”

“Sí, todo menos limpiar los platos.”

“Bueno, haz lo que tengas que hacer, luego vete a tu hamaca. No te quiero en cubierta cuando el viento está soplando una galerna y cae la lluvia a mantas.”

“Pero me necesitan para el palo del trinquete.”

“Se te necesita para mucho más que atender las velas, chico. Ahora ve y haz lo que te digo.”

Duncan miró a Isabella pasmado y entornó los ojos. “Sí señor, capitán.”

El hombre tomó su tazón y sonrió mientras el niño se marchaba.

“Creo que le ha tomado bastante cariño a ese niño,” dijo Isabella.

“¿Duncan?”

Un pliegue profundo se formó entre las cejas del capitán. “Supongo que es natural que lo haga. Después de todo, es un huérfano.”

“Pobre chico, crecer en un buque no es una infancia.”

El Capitán MacGalloway miró en dirección a ella mientras en su rostro apareció una sombra oscura. Algo que ella le había dicho le había molestado profundamente; sin embargo, a juzgar por las líneas blancas que se formaron en torno a sus labios, Isabella no se sintió cómoda hablando más sobre ese asunto.

Comieron en silencio durante un rato, la cara del capitán, volviéndose menos sombría poco a poco.

Con menos tensión en el aire, él se echó hacia atrás en su asiento y se frotó la panza. “Mencionó que ha estado trabajando mucho rato en sus tabletas. Cuénteme, ¿qué ha

encontrado?”

Ella sonrió, siempre cómoda cuando hablaba de sus tabletas. “Bueno, creo que he encontrado las piezas de otra, el hijo de nuestro hombre y Flavia se llama Titus.”

“Qué fabuloso. ¿Es eso lo que ha restaurado, o hay más?”

“Un poco más, nuestro hombre desearía estar en casa para poder enseñar a su hijo a montar en un poni y usar una espada.” Isabella se secó el borde de la boca con su servilleta y la dobló ordenadamente. “Oh, y le dice a Flavia que no deje que Titus se haga soldado. El romano quiere que su hijo se convierta en un hombre de sabiduría, de libros y rollos.”

“Pienso que si tuviera un hijo, le diría lo mismo. La guerra es brutal, y deja a los hombres con cicatrices que nadie puede ver.” Gibb movió sus cejas rubias. “Me pregunto cuál es el hombre de *su* romano.”

Ah, él había pillado la referencia de ella como “su romano,” como había empezado ella a considerar el hombre que parecía haber sido esclavizado sin razón. “Como hago.” Isabella se metió el último pedazo de galleta en la boca. “Oh, y esta tableta menciona que ha estado ausente durante cinco años.”

“Dios santo, es mucho tiempo para sufrir.”

“Y podría haberlo hecho durante mucho tiempo más, el pobre hom...” cuando ella habló, el buque se inclinó tanto a babor que las patas traseras de su silla se levantaron del suelo. Gritando, ella plantó las manos encima de la mesa, intentando mantenerse firme mientras los platos fueron lanzados al suelo, estrellándose en mil pedazos.

El buque se balanceó de manera violenta a estribor, haciendo que Isabella perdiera el control. Llevándose las manos a la cabeza para protegerse de una caída, gritó de nuevo mientras su silla se echaba hacia atrás. Su trasero perdió el contacto con la silla. Ella apretó los ojos cerrados, preparándose para el impacto.

Pero milagrosamente, los brazos fuertes del capitán la rodearon, arrimándola a su cuerpo. La conservó segura contra su pecho un momento, firme como si el buque no se estuviera balanceando de babor a estribor. Esos ojos insondables azules miraron a los de ella, albergando mil secretos y deseos indecibles.

“En el mar revuelto, no olvide siempre doblar las rodillas y cabalgar las olas,” gruñó con suavidad en la oreja de ella.

Si su silla no se hubiera casi volcado y ella partirse la cabeza en el suelo, Isabella estaba segura de que se habría desvanecido. En lugar de eso, hizo intentos por recuperar el aliento, curvándose en el calor de él, dando respingos ante los golpes y ruidos que sonaban alrededor de ellos. Ella miró hacia el suelo. Si tan solo el Capitán MacGalloway la pudiera tener en sus brazos para siempre. “Una vez que me baje, lo intentaré.”

Él se obligó a hacerlo, dejándola en el suelo, pero no se alejó de ella. En lugar de eso, mantuvo el codo de ella en su mano firme. “Tranquila, chica, debe moverse con la tempestad y no dejar que la domine,” dijo él como si todo el estante de libros no se hubiera caído con un estrépito al suelo.

Temblando, ella cerró los ojos e intentó desbloquear sus rodillas. “¿A... Así?”

“Sí. Ahora inspire.”

Ella intentó respirar hondo, pero solo logró una brusca inhalación. Maldita sea, Maribel había atado su corsé demasiado.

“Y eche el aire para fuera, dijo él. “Pensar en su respiración le calmará los nervios.”

Pero con el gemir de las tablas bajo sus pies, Isabella se sentía cualquier cosa menos tranquila, independientemente de cuantas respiraciones hacía. “¿Vamos a morir?”

“No creo.”

“¿Naufragar entonces?”, preguntó ella, su voz increíblemente temblorosa.

“No. El *Prosperity* ha pasado por cosas peores que esto.”

Ella gimoteó mientras él se inclinaba y la abrazaba de nuevo. “He de ir al timón de inmediato,” dijo él, cargando con ella hasta su camarote. “Le aconsejo que se meta en la cama y se tape la cabeza con las ropas de cama y se quede en su sitio hasta que haya pasado la tormenta.”

“Quizás debería buscar a Maribel.”

“Eso sería una idea muy buena.” Él se llevó los labios a su frente. “¿Qué es lo que debe recordar?”

“¿Buscar a Maribel?”

“Doblar sus lindas rodillas, y su dama de compañía debe hacer lo mismo.”

“Sí, doblaré las rodillas.” La verdad es que ella había averiguado esa regla de navegación el primer día, pero era bastante difícil de hacer cuando se estaba lanzando de un lado para otro en el camarote como un muñeco.

“Agárrese al pomo.”

“¿Qué?”

“Antes de que la baje, usted debe primero agarrar el pomo de su puerta. Hacer eso le ayudará a guardar el equilibrio.”

Ella estiró la mano para agarrarlo, y sus pies descendieron lentamente.

“Estará segura aquí, sabe, ¿verdad?”

Mientras ella llegaba al suelo de espaldas a él, asintió con la cabeza, deseando que él se quedara, pero sabiendo que no tenía derecho a pedírselo.

Él presionó sus labios al cuello de ella y se quedó un momento. Suspirando, Isabella echó la cabeza hacia atrás contra su poderoso pecho, sacando fuerzas de él, su calor.

“No salga de la seguridad de sus camarotes. Si la tormenta empeorase, yo vendré a buscarla. ¿De acuerdo?”

“Sí,” susurró ella, obligándose a no darse la vuelta y rodearle con sus brazos.

Y luego él se fue, ese cuerpo celestial, caliente, ya no estaba presionado contra la espalda de ella. Fría y temblando, Isabella se aferró al pomo de la puerta y miró hacia la puerta de Maribel.

Solo unos pasos.

El barco se zarandeaba locamente de babor a estribor mientras ella se apresuraba hasta allí, balanceándose, colocando las manos contra las paredes. “¡Maribel!”, gritó ella por encima del rugido de la tempestad, aporreando la puerta. “¿Estás ahí dentro?”

Cuando no obtuvo respuesta, Isabella temió lo peor y la abrió de golpe. . “¡Maribel! ¿Dónde estás?”

Ella perdió su agarre del pomo y la embestida del barco la mandó contra la pared. Isabella apenas tuvo tiempo para serenarse antes de escuchar un golpe tremendo y el sonido de cristal estallándose proveniente de su camarote.

“¡Dios mío, no!”

Capítulo Once

Después de luchar contra la tormenta durante horas, exhausto con todos los músculos en su cuerpo doloridos, Gibb vió un claro en las nubes al fin hacia el sur “¡Preparen desplazar todas las botavaras hacia la proa de estribor!”, gritó él, seguro de que el *Prosperity* podría resistir cualquier cosa que la tormenta les pudiera echar.

“¡Sí, Capitán!”, gritó Gowan antes de comunicárselo a los marineros.

“La contracorriente ya está cesando,” dijo Archie, capaz de mantenerse en pie porque estaba agarrado al timón, pero el hombre estaba extenuado como todos los demás. Durante la noche dura, Gibb había relevado al contramaestre varias veces; en lo peor de la tormenta, no tuvo más opción que la de mantener el barco con rumbo fijo al lado del hombre durante unas tres horas, quizás más.

“No te equivocas.” Gibb señaló los cielos más claros justo por encima de la proa. “Lo peor ya pasó.”

Archie miró hacia los cielos. “Dios lo quiera.”

“Sí, y será mejor que reces porque el Señor lo quiera, si no que ya no quedará nadie con fuerzas para seguir luchando.”

Bajo cubierta, la Srta. Harcourt salió de la bodega del camarote y se agarró a un pasador de aseguramiento para no perder el equilibrio.

“¿Qué diablos hace?”, preguntó el contramaestre.

“Voy a ir a enterarme.” Gibb marchó escaleras abajo, rechinando los dientes. Aunque había cielos azules por delante, la tormenta todavía era demasiado salvaje para que ella estuviera en cubierta. ¿Qué les pasaba a las mujeres y su incapacidad de obedecer órdenes? “Srta. Harcourt, ¿no le di instrucciones para que se quedara en su camarote?”

Ella se había desplazado hacia un barril de agua, quitó la tapa y hundió una tela. “Perdóneme, pero yo...”

Cielo santo, la mujer venía con una mancha de sangre por la cubierta. “Dios mío, ¿qué ha pasado?” Riachuelos de sangre manaban de sus manos y su vestido estaba mojado. Le bastaron dos zancadas para estrecharla entre sus brazos. “¿Qué ha hecho?”

“Mi baúl se volteó.” Ella se acurrucó contra él mientras un sollozo le sacudía el cuerpo. “Ha... había cristal por todas partes.”

Él no esperó que ella contara más. “Sr. MacLean tiene el timón. ¡Llévenos a cielos despejados!”

“Sí, Capitán.”

Cien preguntas se atropellaban en la mente de Gibb mientras miraba a través de la puerta abierta del camarote de ella. Cielo santo, parecía un campo de batalla. “¿Dónde está la Srta. Hatch?”

La Srta. Harcourt sacudió la cabeza. “No tengo ni idea. No ha estado en su camarote en toda la noche.”

“Maldita sea, la dama de compañía es una empleada para atenderla. No es como que le pidieran estar en *cualquier* otra parte.”

Todavía acurrucada con sus puños contra la frente, Isabella gimoteó. “Debe de haber ido abajo.”

Un párpado de Gibb se movió en un tic. Le había dicho a las dos mujeres que no bajaran abajo. Hablaría con la doncella, pero no antes de atender las heridas de la Srta. Harcourt. Abrió la puerta de su camarote de una patada, marchó por encima del suelo lleno de cosas tiradas y la descansó encima de su cama. Diantres, su habitación estaba casi tan destruida como la de la dama, lleno de platos rotos y libros tirados por todas partes.

“No,” dijo ella, intentando ponerse en pie. “Voy a llenar de sangre todas sus ropas de cama.”

“Al infierno con mis sábanas, gruñó él. “¿Qué hizo allí dentro? No intentaría encender su farol.

“No, estaba a oscuras, casi completamente. Intenté recoger el cristal y colocar todo en su sitio, pero me temo que estoy hecha un desastre.”

Él abrió la barrica de agua que conservaba para su uso propio y sumergió un paño, luego regresó y se arrodilló al lado de ella. “¿Qué es lo que más le duele? ¿Sabe si le quedan pedazos de cristal clavados?”

“No lo sé. Todo me duele. Se me cayeron los zapatos mientras intentaba doblar las rodillas con las olas, y me corté los pies.” Ella alzó las palmas de las manos. “Mis manos están hechas un desastre. Especialmente los dedos.”

“¿Y su cabeza? ¿Se cayó?”

“No.”

Gracias a Dios.

Permitiéndose respirar, Gibb agarró la mano derecha de ella y empezó a limpiar de sangre los dedos de ella, cuidadosamente buscando fragmentos de vidrio. “Por la sangre en su cara, me temí que había sufrido una lesión en la cabeza.”

“No, mi cabeza está perfectamente, aunque la debería examinar un médico por permitirme ceder a los caprichos de mi padre y embarcarme en este maldito viaje.” Ella levantó una pierna. “Me temo que serán varios días hasta que se curen mis pies antes de que pueda dar un paseo en cubierta.”

Él extrajo una astilla de vidrio del pulgar de ella y luego presionó la tela con firmeza encima. “Si no puede caminar, yo la llevaré en brazos.”

“¡Vaya!” Ella dio una patada en el aire con el otro pie. “Está demasiado ocupado como para preocuparse por alguien como yo.”

“Yo puedo sacar tiempo.” Terminando con la mano derecha, tomó su mano izquierda. “Supongo que tiene bastante tarea en volver a ensamblar sus tabletas.”

“Uff,” gimió ella. “No me lo recuerde. Estoy físicamente enferma de ver todo mi trabajo lanzado por los aires por esa horrible tormenta.”

“Entonces yo le ayudaré a repararlas.”

La Srta. Harcourt emitió una inspiración pequeña, y durante un momento, Gibb pensó que le había hecho daño. “¿Haría eso por mí?”, preguntó ella su voz suave y totalmente vulnerable.

“Si ella solo viera lo mucho que él quería hacer por ella. Si no estuviera ya prometida y si él no fuese un capitán de buque, se sentiría feliz de pasar sus días al lado de ella traduciendo sus tabletas, ayudándola a descubrir más sobre el hombre que las había escrito.

Pero en lugar de reconocer cómo esos ojos negros brillaron, Gibb se desplazó hacia los pies de ella y se los lavó. “Unos cuantos cortes son profundos. Van a necesitar vendas, si no sangrará por todo mi barco,” dijo él, guiñándole un ojo.

Ella le brindó una sonrisa preciosa, su cabello negro alborotado tapándole un ojo, su cara todavía llena de sangre. Pero no importaba. Ella era la mujer más bonita que él había visto en

toda su vida, y aunque sus pies y sus manos estaban llenos de cortes, acababa de hacer que su corazón volara con su pequeña sonrisa. “Dios no quiera que derrame una gota de sangre encima de sus maderos limpios, milord.”

Su mano se detuvo un momento. No le había molestado que ella se había referido a él como lord, no realmente. Él había sido “milord” casi toda su vida. Sin embargo, abordo del *Prosperity* no quería que le considerasen un lord, no por parte de nadie. “Capitán, nunca *milord* cuando estamos en el mar.”

“Perdóneme. Hablé mal.”

“No la colgaré de la horca hoy. Mañana, quizás, pero no hoy.”

“Es usted terrible.”

“Y usted, tenaz.”

“Lo soy, verdaderamente, ¿no?” Ella flexionó los dedos de sus pies. “Es mi maldición.”

“No diría tanto. Su persistencia es una cualidad admirable. Si tuviera una docena de hombres tan tenaces como usted, mis maderos estarían incluso más impolutos.”

Ella echó la cabeza atrás y rio. “Quieto mi corazón repiqueteante.”

Gibb rio con ella, admirando sus ojos. Dios le guarde, pero esa mujer que había estado asolando su mente durante estas semanas pasadas estaba postrada en su cama y no había nada que él pudiera hacer al respecto.

“Perdón mi capitán,” dijo Archie desde el umbral de la puerta, sus hombros bajados, su rostro cansado. “La tormenta nos ha dejado. Tenemos un penol dañado. También tenemos metros de aparejos liados. Además, casi todas las velas necesitan reparaciones.

“¿Y el cargamento?”, preguntó Gibb.

“Mac dice que se han perdido dos barriles de whisky.”

“¿Es eso todo?”

Archie se rascó la cabeza, haciendo que sus pelos se pusieran de punta. “De momento.”

“Muy bien. Mándame a Duncan y vete a dormir. Haremos las reparaciones y rezaremos por no habernos desviado demasiado de la ruta.”

“Sí, Capitán.” Archie giró el hombro, se detuvo y miró hacia atrás. “Perdone, Srta. Harcourt. ¿Está bien?”

“Solo unos cortes y moratones, eso es todo,” dijo ella. “Gracias, Sr. MacLean. El Capitán MacGalloway me dijo que no habríamos salido de la tormenta sin su ayuda.”

Cuando se cerró la puerta, Gibb miró a Isabella, su nombre pila después de todo, aunque él se había obligado a propósito pensar en ella como Srta. Harcourt, prometida de un minero americano. “No le conté eso.”

Ella rozó la mejilla sin afeitar de él con los dedos, y aunque hizo todo lo posible por no gemir, un sonido de anhelo salió de su garganta. “No le hizo falta hacerlo. En estas semanas pasadas, he visto cómo ha depositado su confianza en el Sr. MacLean. Le hace mucho más caso a él que a los otros hombres.

“Sí, es un navegante brillante, me ha enseñado casi todo lo que sé del mar.”

“¿Estuvieron en la marina juntos?”

“Yo entré con una comisión de oficial, pero él tuvo que luchar abriéndose camino desde abajo. Y no pasa ni un solo día en que no le doy gracias a Dios que ese hombre me haya acogido bajo su ala.”

Los dedos de ella rozaron el vello en el otro lado de su mandíbula. “Fue bondadoso con usted.”

“No al principio, pero después de que lucháramos juntos en unas cuantas batallas, él decidió

que yo no era uno de esos pusilánimes que malgastan en tiempo en clubes de caballeros londinenses fumando en pipa y bebiendo coñac.”

“¿Le impresionó con su habilidad con el tiro al arco?”

“Para nada. La Marina del Rey reparte mosquetes y sables este siglo, cañones también.”

Duncan llegó con su pelo revuelto y ojeras. “¿Pidió verme, Capitán?”

Gibb se puso en pie. “Ay, muchacho, parece que has estado en la guerra. ¿No te quedaste bajo cubierta como yo ordené?”

“Lo intenté, señor.” Pero me caí de mi hamaca y me golpeé la cabeza.” El chaval se frotó la sien. “Me he dado un golpe del tamaño de una nuez.”

“Bueno, será mejor que no te esfuerces demasiado hoy. Quédate aquí con la Srta. Harcourt y limpia este desastre mientras yo inspecciono el barco, y me entere donde diablos está escondida la Srta. Hatch.”

Duncan se llevó un pulgar por encima del hombro. “Ahora está en su camarote, pero Gowan pensó que estaría más a salvo si se quedaba en la habitación pequeña detrás de la cocina.”

Gibb se quedó bizqueando mirando al niño. Cielo santo, ¿se había enamorado su contramaestre de la doncella?”

“Yo hablaré con ella,” dijo la Srta. Harcourt. “Usted tiene demasiado en qué ocuparse. Además, Maribel es mi responsabilidad.”

Después de que el capitán vendara los pies de Isabella y le dijera que se quedara en su sitio, ella se quedó mirando mientras Duncan metódicamente recogía los libros que se habían desperdigado por el suelo durante la tempestad. Curiosamente, el chaval los colocó todos donde les correspondía, primero por tema y luego en orden alfabético.

“Sabes leer,” dijo ella.

El niño miró hacia ella, pasando una mano por encima de la tapa de un libro. “Sí, señorita.”

“¿Cómo has aprendido?”

Uno de los hombros huesudos de Duncan se movió en un tic mientras él colocaba el volumen en su sitio. “El capitán me hace recibir dos horas de lecciones después de las tareas de por la mañana todos los días, excepto los domingos. Cree que solo tengo que hacer mis tareas en el día del Señor.”

Isabella encontró conmovedor que el capitán bravucón se asegurara de que el niño recibiera una educación. “Cielos, debes estar muy agradecido por darte una educación. Los hombres que saben sus letras además de matemáticas e idiomas, siempre pueden encontrar un puesto de trabajo en Gran Bretaña.”

“Sí, eso es lo que dice el Capitán, aunque mi padre no sabía mucho sobre leer y escribir. Estuvo en la marina, un hombre alistado, sabe usted.”

“¿Ah sí?” Isabella se incorporó y descolgó los pies al suelo. “Te lo ruego ¿qué pasó con tus padres?”

“Los dos están muertos.”

Aunque ella sabía que Duncan era huérfano, pensó que él podría haber contestado con un poco más de información. “Oh cielos, pobre chico, qué terrible para ti.” Cuando Duncan no contestó, ella decidió seguir con otra pregunta. “Cielos, tu historia debe ser sorprendente. Cuéntame, ¿cómo es que acabaste abordo del *Prosperity*?”

El chico abrió un armario y sacó una escoba y recogedor. “Una vez que el Capitán MacGalloway renunció a su comisión en la marina, vino a buscarme en el internado.”

Isabella sacudió la cabeza. Parecía que faltaban varios datos. ¿Cómo logró un niño huérfano

ser “buscado” por el Lord? “Un momento, no entiendo bien. ¿Cómo, exactamente, llegaste a conocer al Capitán?”

“Ah, él conocía a mi padre. Mi padre era un suboficial abordo del *HMS Cerberus*, y el capitán era un comandante. Lucharon codo a codo evitando a los franceses en la Batalla de Lissa. El capitán dijo que mi padre luchó como un espartano hasta el final.”

Mientras ella respiró hondo, parpadeó para evitar derramar lágrimas. “Aunque estoy segura de que perder tu padre debe haber sido horrible, es bueno saber que murió de manera valiente.”

Duncan barrió los restos de la vajilla en un montón. “El capitán dijo que nunca había conocido a ningún hombre más valiente que Farley Lamont.”

“Entonces tu padre debió ser un verdadero héroe. ¿Estaba de servicio cuando perdiste a tu madre?”

“Sí, ella murió de tisis un mes antes que mi padre. Eso fue horrible, la verdad.” El chico empujó el montón en el recogedor. “No sabía qué hacer, y luego el juez me llevó al orfanato. Pensé que acabaría allí, hasta que el Capitán MacGalloway habló con la señorita encargada del orfanato.”

“¿Eso hizo?” Isabella intentó apoyar los pies, probando las heridas.

“Parece sorprendida,” dijo Duncan, soltando el recogedor dentro del cubo de la basura.

“Lo estoy un poco. Después de todo, no es corriente que un oficial visite el orfanato del hijo de un hombre caído, ¿verdad?”

“No creo que sea nada raro. Mi padre le pidió al Capitán MacGalloway que cuidara de mí, esas fueron sus últimas palabras.”

Isabella se puso en pie sin mucho dolor, aunque ponerse unos zapatos podría ser difícil. “Luego después de visitarte al orfanato, ¿te trajo al *Prosperity*?”

“Oh, no. Al principio me llevó a un internado que no era mucho mejor que el orfanato, aparte de todos los libros y aprender a leer y escribir.”

Ella rio. “A mí me educaron tutores, pero por lo que he podido saber, los internados pueden ser severos; sin embargo, una buena educación es lo mejor a la larga. Todavía tienes edad de estar en el colegio. ¿Te quejaste al Capitán porque te maltrataron? ¿Por qué estás a bordo del buque y no allí?”

Duncan guardó la escoba en el armario. “Cuando el capitán vino a verme me preguntó si yo quería ser grumete abordo de su nuevo barco. Y dije que sí. Luego me dijo que podría ser parte de la tripulación siempre y cuando siguiera con mis estudios, dos horas al día, sepa usted.”

Estirando las manos para alcanzar el respaldo de una silla, Isabella dio un par de pasos mientras intentó pensar en las veces que había estado en la cubierta a media mañana. A esa hora del día, el capitán normalmente estaba cerca del timón. Y ella nunca se había fijado en que el niño estuviera estudiando en su camarote. “¿Él te enseña?”

“No. Yo le leo y así. Pero Thane, el marinero más veterano del barco se encarga de mis clases, ya que había sido maestro en las Tierras Altas. Después de los desalojos, todos los niños habían desaparecido y la única manera en que Thane se podía ganar la vida fue enlistarse en la marina.”

“Déjame adivinar, él estaba a bordo del *HMS Cerberus* con el Lord también?”

“Capitán, sepa usted.”

“Lo sé, pero no era capitán entonces, ¿verdad?”

Duncan abrió la puerta y la mantuvo abierta mientras ella pasaba con cuidado. “Supongo que no lo era.”

No le debería haber sorprendido a Isabella encontrarse con el Sr. Erskine en el pasillo

hablando con Maribel, pero la sorprendió. Ella esperó hasta que Duncan se marchara antes de dirigirse a la pareja. Luego cuadró los hombros, haciendo todo lo posible por dar la impresión de mandar mientras avanzaba hacia ellos. “Me alegro de que los dos estén aquí, porque creo que cada uno de ustedes necesita oír lo que tengo que decir.”

Con el sombrero en la mano, Gowan se inclinó ante ella. “Disculpe, señorita, pero el capitán ya ha hablado conmigo, palabras serias, sepa usted, palabras no para oídos de una dama.”

“¿Ah, sí?” Isabella no estaba dispuesta a permitir que el contraмаestre le hiciera sentir menos seguridad. “Pues he de añadir que me sorprendió...”

“Lo siento muchísimo, señorita,” dijo Maribel. “No era mi intención permanecer bajo cubierta, pero cuando empezó la tormenta...”

“Fue culpa mía,” agregó Gowan. “Durante un rato parecía que la tormenta amainaba un poco, de manera que le pedí a Maribel que bajara conmigo para comer algo.”

La doncella asintió con énfasis. “Pero la tormenta empeoró y...”

“Le dije a Maribel que ella estaría mucho más segura quedándose allí en lugar de intentar llegar a su camarote.”

Isabella suspiró, cediendo en su enojo. “Lo cual es el camarote del Sr. Lyle y yo estoy ocupando el de usted, ¿cierto, Sr. Erskine?”

El contraмаestre tomó las manos de Maribel. “Oh, no. Los camarotes son de ustedes mientras estén abordo del *Prosperity*.”

La doncella se ruborizó. “Gracias, señor.”

Aunque la muestra de afecto era enternecedora, Isabella tenía que tomar las riendas del asunto antes de que el chico hincara una rodilla y le pidiera matrimonio a Maribel. No es que a Isabella le importara mucho, pero el pasillo en el buque no era el lugar adecuado para ello. Ella se aclaró la garganta. “Acordamos que fue mejor para Maribel resguardarse bajo cubierta anoche. Sin embargo, hay dos cosas qué deseo señalar. Primero de todo, dada la tormenta, habría sido correcto que me informaras que ibas a cenar con el Sr. Erskine antes de seguirle abajo. Segundo, cuando subimos a este buque, se nos indicó de la manera más enfática que en ningún momento teníamos que aventurarnos bajo la cubierta. Maribel, has infringido la única regla que nos dio el Capitán MacGalloway, y eso es inaceptable.”

Sonrojándose aún más, Maribel se agarró las manos ante el vientre y bajó la mirada. “Lo siento tantísimo.”

“Pero eso también fue culpa mía,” explicó el Sr. Erskine. “Le dije a ella que era posible bajar abajo siempre y cuando se mantuviera cerca de la cocina y lejos de la zona de dormir.”

Isabella miró al hombre directamente a los ojos. “Eso bien, puede ser, pero como oficial abordo de este buque, tengo que pensar que usted debía considerar mejor las órdenes de su capitán. Después de todo, los hombres se fijan en usted para ser guiados. Si usted de manera voluntaria pasa por alto las órdenes del Capitán MacGalloway, ¿qué pueden pensar los marineros?”

Ahora las caras de los dos se habían puesto color carmesí. El Sr. Erskine se inclinó ante Isabella. “Perdóneme, señorita. Tiene mi palabra de que no volverá a pasar.”

“Gracias.” Isabella le brindó una reverencia breve antes de volverse hacia Maribel. “Tenemos una gran cantidad de limpieza qué hacer.”

Capítulo Doce

Afortunadamente, el clima colaboró en los días siguientes, dándole tiempo a la tripulación para realizar reparaciones. Ya habían rebasado las dos semanas y era probable que no harían la travesía del Atlántico en menos de un mes, pero Gibb ya no tenía prisa. Estaba deseoso de tener la oportunidad de ayudar a la Srta. Harcourt reparar sus tabletas dañadas.

También era una suerte que aunque se había roto el vidrio en tres de las tabletas que ya había traducido, las piezas seguían razonablemente intactas. El Cocinero le había dado a Isabella una bandeja plana de hornear de la cocina que ella usó para deslizar bajo los fragmentos antes de darles la vuelta.

Sin embargo, cada noche después de la cena, Gibb la visitaba en su camarote, dejando la puerta abierta, claro. La mayoría del tiempo la Srta. Hatch permanecía como acompañante, sentada en la cama y atendiendo a la costura de las prendas de la tripulación (el castigo que Gibb le había asignado después de la tormenta, mientras que Gowan había pasado la mayor parte de una semana limpiando la sentina).

Pero esta noche hacía calor y la Srta. Hatch había pedido permiso para dar un paseo por la cubierta durante un rato. Gibb le dio permiso, sabiendo que su contraamaestre encontraría a la joven en un abrir y cerrar de ojos.

Se quedaron sentados uno al lado de la otra ante el pequeño escritorio de Isabella, cada uno con una pinza en la mano, las cabezas inclinadas encima de la caja de fragmentos. Una caja de piezas más grandes descansaba detrás, empujada contra la pared donde apenas cabía en el espacio.

Con sus pinzas, Gibb unió dos fragmentos que encajaron perfectamente. “Fíjese en esto... aquí está el nombre de *Adrian*.”

Ella se inclinó hacia delante, sus tirabuzones suaves rozando la mejilla de él. “¡Oh, cielos! Ese nombre nos debería ayudar a fechar las tablets. Al menos ahora sabemos que esto no podría haberse escrito *antes* del reinado de Adriano. Tenemos que encontrar el resto del texto absolutamente.”

Gibb estiró el cuello y miró las piezas más grandes. A la mitad de su repaso, detectó tres palabras. “Creo que esto es: *in nomine Imperatoris*.” Con mucho cuidado tomó el nombre de *Adriano* y lo colocó al lado de la segunda pieza, soltando una respiración. “Mire esto. Traducido quiere decir, “en el nombre del Emperador Adriano.”

Isabella examinó la labor de él, su rodilla ligeramente tocando la de él mientras se inclinaba hacia delante. “¡Qué emocionante!” Su pierna no se desplazó mientras alcanzaba su cuaderno. “He de registrar esto de inmediato.”

¿Se daba cuenta de que sus piernas estaban en contacto? Y si se dio cuenta, ¿por qué no se había alejado? Con mucho cuidado de no desplazar su rodilla ni un pelo, Gibb la miró trabajar realizando la anotación. Cielo santo, esta mujer tenía el cuello más largo que él había visto jamás. Su piel era increíblemente pálida, más aún cuando se contrastaba con su cabello negro. Sin pensar, él trazó un dedo por el arco de su cuello.

La pluma de oca de la Srta. Harcourt se quedó quieta. De hecho, ella pareció haberse quedado helada en el sitio. “¿Por qué ha hecho eso?”, susurró ella mientras una mancha de tinta goteó encima del papel.

Gibb retiró la mano bruscamente. “Discúlpeme. No debí tocarla.”

La pluma reanudó su escritura y ella terminó con la anotación. Cuando se echó hacia atrás lentamente en su silla, la mirada ardiente de Isabella se cruzó con la de él. La lengua delicada de la dama humedeció sus labios, haciéndolos brillar en la luz de color ámbar.

Dios mío, era tan tentadora como un bollo caliente untado de crema y mermelada de ciruela.

“No me lo va a decir, ¿verdad?”, preguntó ella.

“¿Qué?”, preguntó él, intentando sonar como si no tuviera ni idea de a qué se refería ella.

“Parece que está evitando mi pregunta y no tiene deseo de decirme por qué ha tocado mi cuello.”

Él se movió en su asiento y se frotó la barbilla. Aunque se había afeitado esa mañana, ahora le vendría bien otro afeitado. “Es... ah... estaba ahí.”

Una esquina de su boca se curvó hacia arriba. “Su cuello... estaba allí...”

Ella se alisó los dedos ágiles en torno a su nuca, como si tuviera que verificar la explicación inaudita de él. “Sí, ha estado allí durante bastante tiempo. Está unida a mi cabeza.”

“Sí. Pero como describió la unión con palabras tan poco decoradas y corrientes, permítame elaborar.” Maldita sea, debería ser abatido por un rayo divino por decir más cosas, pero la mujer no tenía ni idea de lo atractiva que era. Y era hora de que alguien se lo dijera. “Su cuello no solo es largo, tiene un atractivo arco que me recuerda la cintura de una mujer. En la parte trasera, su cabello enmarca tanta preciosidad con rizos femeninos, resaltando el alabastro cremoso de su piel, y la tersura sedosa que solo puede ser de una mujer.”

Gibb se inclinó para soplar en el objeto de su deseo y fue recompensado por una piel de gallina de ella.

La Srta. Harcourt tragó aire de manera repentina. “Yo... ah... pensé que estaba aquí para ayudarme con las traducciones.”

“Sería correcto decir eso, señora. Estoy disfrutando solucionando estos rompecabezas suyos.” Él sopló en el cuello de ella una vez más. “Pero mentiría si dijera que las tabletas son las únicas cosas de las cuales obtengo placer.”

Ella se cruzó los brazos y se echó hacia un lado para evitarle, aunque no había mucho espacio para moverse de un lado a otro. “Oh, por favor, Capitán. Soy muy consciente de que no soy la clase de mujer nacida para adornar salas de baile.”

Incapaz de evitarlo, Gibb rozó con la yema del dedo índice la piel suave y aterciopelada del lóbulo de la oreja de ella. “¿Se refiere a las cabezas huecas que son las favoritas de la alta sociedad?”

“Mm-hmm,” gimoteó ella.

Oh, sí, si Gibb estuviera realizando una apuesta, apostaría un cofre lleno de guineas de que ella deseaba besarle tanto como él quería devorarla a ella. “He de reconocer que no soy muy dado en perder el tiempo en salas de baile ni en Londres siquiera. Pero creo que si estuviera asistiendo un gran baile, la única mujer en toda la sala que podría, y recalco, podría llamar mi atención, está sentada a mi lado ahora mismo.”

Los bordes de los labios de la Srta. Harcourt se curvaron hacia arriba mientras volvía a prestar atención a la tableta que de manera tan laboriosa intentaban recomponer los dos. “He de entender de su incapacidad de reconocer que alguien le llame la atención, que es totalmente renuente a bailar.”

“¿Incapacidad de reconocer?”, preguntó él, soltando una risa forzada. “¿Yo?”

“Sí, parece ser así.” Usando sus pinzas, Isabella alineó un par de piezas. “¿Por qué?”

Gibb se agarró los lados de su silla para impedir tocarla de nuevo. Ella no se equivocaba.

Aun en el caso de que encontrara una mujer en un baile que le hiciera sentirse excitado por ella, no era probable que le pidiera una introducción. Damas de la categoría de ella estaban fuera de su alcance desde que llegó a la mayoría de edad.

La Srta. Harcourt le miró por encima del hombro. “¿Sí?”

“Soy un marinero, siempre en alta mar. Sabe lo mismo que yo que bailes elegantes solo tienen una razón de ser.”

“Estoy suponiendo que la respuesta a esa supuesta razón de ser no es bailar y divertirse.”

“Absolutamente no, disfruto bailando igual que cualquier otro hombre. Pero creo firmemente que la única razón por la cual las mujeres inventaron los bailes era atrapar a los hombres para el matrimonio.”

Ella dio dos golpecitos a la pieza en la que estaba trabajando, luego agarró las pinzas en su puño, enarbolándolas bajo las narices de él. “Correcto, ¿de manera que los hombres no tienen nada que ver con este indeseado ritual de emparejamiento?”

“Sí, porque si una mujer no se casa, normalmente se convierte en una carga para su familia el resto de sus días. Además, si mi madre estuviera en el comité que se reunía y decidía que los bailes eran una buena idea, yo diría claramente que las mujeres tenían la sartén por el mango.”

La Srta. Harcourt rió, una risa clara y genuina, el sonido barriendo la piel de Gibb como agua tibia, o mejor dicho, crema tibia. “Tuve el placer de pasar un poco de tiempo con su madre antes de que el *Prosperity* llegara para llevarme a mi condena. Es verdaderamente una mujer de armas tomar.”

“Ella era una duquesa fabulosa.”

“Todavía lo es.”

“Duquesa viuda.”

“Quizás, pero sigue siendo Su Excelencia, y una mujer de genio, como dije. No me gustaría contrariarla nunca.”

Gibb aflojó las manos agarradas a su silla y tamborileó los dedos. Al menos la conversación se había revertido a algo que tenía un efecto de alivio en su verga. Él amaba mucho a su madre, pero nunca le había permitido ni le dejaría meter las narices en su persecución de mujeres. Sin embargo, mientras miraba a la Srta. Harcourt volver a su trabajo, algo que ella había dicho le martilleaba la cabeza. “¿La estoy llevando a su condena?”

Las mejillas de ella se pusieron carmesí mientras ella colocaba otras dos piezas en su fila de palabras. “¿Cómo puedo saberlo? Mi padre ha realizado una transacción por mi mano como la que podría hacer un hombre vendiendo un mueble. No tengo ni idea de a qué me enfrentaré cuando baje de este buque. ‘Condena’ me parece una palabra tan buena como cualquier otra.”

Gibb se movió para ponerle una mano en el hombro, pero la espalda de la Srta. Harcourt se puso recta. “No puedo creer esto.” Ella tocó el escritorio. “Nunca he podido unir una fila de palabras de manera tan rápida.”

Después de meterse la mano errante en el jubón y leer el latín, Gibb tradujo:

“En cierto tiempo yo era un orgulloso centurión bajo el General Quintus Pompeius Lusius. Pero cuando encabecé mi legión en Aquitania en nombre del Emperador Adriano, fui traicionado...”

“Oh, esto es un hallazgo que no podemos ignorar,” dijo el capitán mientras estudiaba los fragmentos. “Ahora tenemos que encontrar el resto del texto antes de irnos a dormir.”

El corazón de Isabella cobró vuelo. Ella adoraba tener a Gibb MacGalloway trabajando a su lado. Era listo y brillante. Claro que también era increíblemente hermoso, masculino, atractivo y

demasiado peligroso para ella. Y ahora que Maribel había salido para dar una vuelta, él se había vuelto casi imposible de resistir.

Antes de esta noche, los dos se habían comportado con gran propiedad. Ciertamente, una conducta recatada no era difícil en el caso de Isabella, pero ella tenía que recordarse constantemente que antes de que fuesen presentados el uno a la otra, él había demostrado ser un ligón. Y, aunque ella había vivido aislada en West Sussex durante la mayor parte de su vida, sí que leía las noticias sobre las travesuras en las que se involucraban señores de la nobleza solteros. Era muy corriente que los jóvenes fueran unos libertinos antes de casarse. La verdad era que muchos de ellos continuaban con semejante conducta después de casarse.

Pero este hombre era mucho más de lo que ella hubiera soñado, ejemplificado por su atención para con el grumete. “Duncan me habló de su padre.”

“¿Oh?” una arruga profunda se formó entre las cejas del capitán. “Era un buen hombre.”

“Parece que su hijo sigue sus pasos.”

Él tomó un fragmento y lo colocó al lado de otro. “Sí, el chico promete bastante. Si tan solo pudiera hacer que tuviera más interés en la lectura.”

“Parece saber leer bien. Por lo menos hizo una buena tarea colocando sus libros en orden alfabético.”

“Los conoce, es solo que no quiere leer.” El capitán volvió a estudiar la caja de fragmentos. “Prefiere estar arriba fregando la cubierta. No tiene sentido.”

Isabella descansó sus pinzas en paralelo a la caja como hacía siempre. “¿Le ha dado al chaval libros de cuentos?”

“No estoy seguro. He dejado que Thane se encargue de eso. Después de todo, fue maestro.”

“Hmm. Me pregunto si a Duncan le pudiera interesar un libro de aventuras. Quizás algo como *Robinson Crusoe*.”

“Eso podría ser una idea.”

Ella se enderezó un poco. Quizás él le haría caso en su sugerencia. “Apuesto que le gustaría.”

El capitán alzó la visa de su trabajo, sus ojos de halcón fijándose en ella. “¿Le importaría apostar algo, señorita?”

Ignorando los aleteos de su corazón, Isabella se quedó mirándole. “Si mal no recuerdo, la última vez que aposté algo con usted, casi causó mi ruina.”

La mirada de él se desplazó hacia los labios de ella. “No se preocupe. Estoy de acuerdo con usted. A Duncan le debería gustar *Crusoe*. Quizás pueda encontrar un ejemplar la próxima vez que arribemos a tierra.”

Antes de hacer una verdadera locura, como inclinarse hacia él y robarle un beso, tomó sus pinzas y volvió a prestar atención a la tableta parcialmente traducida. “¿Es consciente de que el chico le admira, verdad?”

“No sé nada de eso. Abordo del buque no le queda más remedio que admirarme.”

“No estoy de acuerdo. Su cariño por usted es mucho más profundo. Y usted también siente cariño por Duncan.”

“Vaya. No sabe de lo que habla.”

Isabella le sacudió las pinzas ante la nariz. “Tengo dos ojos.”

“Basta.” Gibb la miró con líneas blancas formándose en torno a sus labios. “Su padre murió por mi culpa.” El valor de ella menguó. “Duncan dijo que su padre perdió la vida en una batalla. ¿No es eso correcto?”

El capitán titubeó un momento, cerrando los puños. “Sí, pero no pude salvarle. Le di la

espalda durante un segundo, detuve a uno de los gañanes de Napoleón para que no atravesaran al capitán, y cuando me giré de nuevo, Farley Lamont estaba abatido, su sangre desparramándose como un mar rojo en cubierta.”

“Pero no fue...”

“No lo diga. No piense ni por un minuto que yo no tuve la culpa. El hombre no solo tenía un hijo al que cuidar, sino que el pobre había perdido a su esposa en fecha reciente. Maldita sea, juré que le protegería.” El capitán se puso en pie y dejó las pinzas encima de la mesa. “Creo que hemos hecho bastante por esta noche.”

Isabella dio un respingo cuando él se marchó dando un portazo. Parpadeando para no dejar caer lágrimas, se secó los ojos. Con razón, el Capitán MacGalloway tenía dificultades en conciliar el sueño. Cargaba con la culpa de la muerte del padre de Duncan como si fuera un yunque atado a su cuello.

Debido a la experiencia que ella tenía de su propio padre, era consciente de que la guerra tenía un efecto infernal en los hombres. En sus sueños, ellos volvían a vivir los horrores que habían presenciado, sin resolverlos.

Se quedó sentada un rato, mirando la pared. El hecho de que Gibb se hubiera ido era lo mejor. Si se hubiera quedado, ella podría haber hecho algo completamente ridículo, como pedirle que la besara de nuevo. Dios sabe que ese pensamiento se le había pasado por la mente una docena de veces. ¿Cómo podía una mujer camino a conocer a su futuro esposo pedirle al capitán del barco que la besara?

Algo así era algo que no se hacía. No importa cuantos escenarios diferentes se imaginaba en su mente, Isabella no había dado con nada adecuado. Ninguna petición de un beso parecería algo inocente, no intencionado o incluso espontáneo. Ella sabía que no era espontáneo y eso la haría parecer una prostituta.

Y yo no soy ninguna buscona.

Quizás la muestra de ira de él era una advertencia para que ella guardara las distancias. Pero el hombre era tan confuso. Cada vez que pinchaba en un nervio de Gibb, él se quejaba de ella. No debería soportarlo. Él tenía que saber que aunque fuese el capitán de este buque, no mandaba en ella.

Ella miró los fragmentos que el Capitán MacGalloway había alineado y los tradujo.

“Cielo santo,” musitó ella, su corazón latiendo aprisa. “Su nombre es Marcus Antonius.”

Ella alineó los renglones ante la frase, colocando los pocos renglones que ella había encontrado al final. Hasta el amanecer, Isabella trabajó de manera incansable en la tableta, hasta que la pieza entera se había completado y tradujo el texto en su diario:

Esto es el diario de Marcus Antonius, marido de Flavia, padre de Titus. En un tiempo fui un orgulloso centurión bajo el mando del General Quintus Pompeius Lusius. Pero cuando guie mi legión en Aquitania en nombre del Emperador Adriano, fui traicionado por un oficial más joven que tenía intención de arruinarme y ocupar mi lugar. Todas las cosas por las cuales he luchado me han sido arrebatadas y estoy hundido en la porquería de este ludus.

Isabella recordó la excavación de la villa. El anticuario había dicho que era una villa, pero si había sido un *ludus*, era mucho más que eso. Y, aunque Marcus Antonius fuese un esclavo, había sido puesto a servir como gladiador, lo cual significaba que había un anfiteatro cerca.

Capítulo Trece

Gibb se pasó los dos días siguientes en cubierta, gritando órdenes como un energúmeno. Incluso Duncan huyó buscando refugio en el nido de cuervo. Aunque Gibb le había mandado allí arriba, el chaval se debió haber llenado los bolsillos de galletas, porque no bajó de allí durante horas.

No estaba enojado con Duncan, ni se había enojado con la Srta. Harcourt, pero el hecho de que ella no había aparecido para cenar durante las dos últimas cenas, le enfureció más todavía. Sí, le había hablado mal a ella, pero ella había hablado de cosas que desconocía. De todas formas, tuviera él razón o que ella se equivocaba, no le hacía sentirse mejor. Nunca lo reconocería a nadie, pero cuando le gritaba a alguien se sentía como un maldito necio, más aún cuando se trataba de mostrar su lado irritable a una mujer.

Y ahora el remordimiento le atenazaba las entrañas con la fuerza de un tornillo de banco de hierro.

No importaba cómo lo racionalizaba cualquiera, Gibb nunca se perdonaría por la muerte de Farley Lamont, punto. Antes de que empezara la batalla, había encontrado al suboficial con la cabeza en las manos. Cuando Gibb le insistió para que le explicara lo que le pasaba, Farley dejó su alma al descubierto y reconoció la reciente pérdida de su mujer y la preocupación que sentía por el hijo que había dejado atrás en Edimburgo. Entonces fue cuando Gibb se juró a sí mismo mantener a Farley fuera de peligro, incluso había llegado al punto de encerrarle en su camarote. Por lo menos eso es lo que Gibb pensó que había hecho, pero el maldito marinero encontró la llave de repuesto en el escritorio de Gibb y logró abrir la puerta.

Tenía que haberme llevado las dos llaves.

Pero Farley se había ido, y lo único que Gibb podía hacer era asegurarse de que Duncan recibía una educación y que se pudiera establecer. Si el chico quería asistir a la Universidad, Gibb se aseguraría de que pudiera. Una vez que Duncan llegara a la mayoría de edad, no importa lo que decidía hacer con su vida, Gibb le ayudaría. Pero de momento, estaba criando al niño en el barco, excepto no una vida en la marina. Duncan podría decidir ser un hombre de mar, pero le iría mucho mejor y permanecía en un barco mercante, quizás un día sería capitán de un buque de a flota MacGalloway. Se merecía eso.

Archie le dio un codazo a Gibb apartándole del timón del cual se apoderó. “Ay, has estado en cubierta con la cara larga demasiado tiempo ya. Creo que es hora de que vayas y te disculpes.”

Después de horas agarradas a la rueda del timón, Gibb se frotó la rigidez en las manos mientras miraba al intendente con una mueca. “¿Perdón? ¿De qué diablos hablas?”

“Sé que estaba ayudando a la Srta. Harcourt con sus tabletas romanas. La Srta. Hume le contó a Gowan que vosotros dos trabajaban juntos como un par de abejas y luego todo se paró hace unas pocas noches... aproximadamente al mismo tiempo en que te convertiste en un ogro.” Archie miró el horizonte. “Y ahora la Srta. Harcourt se ha vuelto casi invisible. No ha venido a cenar siquiera, y todo el tiempo has estado quejándote como un toro.”

Gibb hizo una mueca. “Ten cuidado con lo que dices.”

“¿Sí? Alguien te tiene que dar una patada en el trasero, y la única persona a la que le haces caso abordo es a mí, aunque a veces lo dudo.”

“¿Qué sabes tú de los detalles de nuestra pequeña desavenencia? Apuesto que supones que toda la culpa es mía, ¿verdad?”

“Sí. ¿No lo es siempre? Igual que cuando salvaste al capitán y te diste la vuelta para encontrarte a Farley abatido por uno de los bastardos de Napoleón. Te echas la culpa a ti mismo.”

Gibb cerró los puños. “La muerte de Farley es por mi maldita culpa.”

Las ventanas de la nariz de Archie se ensancharon. “Claro que lo es, como que tú eres Dios.”

Con un gruñido, Gibb se quitó el bicornio y se llevó los dedos al cabello. Si no se recuperara el dominio de la conversación, era probable que llegaran los dos a los puños. “Casi hemos llegado a Virginia. Nos despediremos de las mujeres pronto.”

Archie sonrió, sus dientes torcidos y amarillentos. “Razón de más por pedirle perdón.”

“¿A tí qué te importa?”

“Es una buena mujer y se merece recordarnos con cariño.”

“Sí, mientras se aleja con su novio,” gruñó Gibb, colocándose el sombrero en la cabeza

“Con su *viejo* novio. ¿Sabías que casi le dobla en la edad?”

Gibb asintió con la cabeza. En algún momento durante el trabajo en las tabletas, la Srta. Harcourt había mencionado algo acerca de que el Sr. Schuyler era mayor, pero nunca dijo cuánto mayor era. “¿Te lo contó?”

“Me lo dijo Gowan.”

No era ningún secreto que la dama de compañía había estado acompañando al contramaestre, y Maribel sabía todo lo importante acerca de la Srta. Harcourt. “Ese chico va a lamentar despedirse de la Srta. Hume de manera terrible.”

“Lo superará. Siempre lo hace.”

Gibb hizo una mueca. Gowan, al igual que la mayoría de los jóvenes marineros, se enamoraba lo más a menudo que podía, luego se sentía fatal deseándola hasta que encontraba una nueva mujer en el siguiente puerto. “Bueno, ya que estás al timón, quizás sea bueno ir a hablar con el Cocinero, asegurarme de que nos prepara algo sabroso esta noche.”

Archie asintió con la cabeza. “¿Entonces, también le pedirás a la Srta. Harcourt a que se una con nosotros?”

“Puede ser.” Gibb dio un golpecito con los nudillos a la rueda. “Ah, ¿te has encariñado de la joven tú también?”

“Sí, al igual que todos los hombres, abordo de este barco, especialmente, tú.”

Gibb ya había escuchado suficiente. Mientras caminaba hacia la proa, por encima del hombro le hizo un gesto al intendente con un dedo indecente, el que los romanos describían como *digitus impudicus*. Aunque Archie era el único hombre abordo del *Prosperity* que podía meterse con él sin temor a un castigo, al bastardo le faltaba poco para cruzar la raya.

Mientras Gibb recorría la cubierta, el viento parecía haberse apoderado de su malhumor y lanzarlo al mar. Quizás el cambio en su humor era debido a que hoy no hacía tanto calor. Quizás otra cosa había aflojado una válvula en su pecho.

A Gibb no le importó. Solo se alegraba de que la ira y la tristeza en él se habían aplacado de momento. “¡Cocinero!”, gritó él, bajando las escaleras empinadas.

El tipo grande asomó la cabeza por la puerta de la cocina, limpiándose la mano con dos dedos en el mandil.

“¿Tiene un par de pollos asados para la cena de esta noche?”

El cocinero miró la olla de guiso que hervía en el fuego. “Supongo que hay tiempo

suficiente para preparar un par de pollos si se le antoja eso. Podrían ser que cenaran algo tarde.”

“Muy bien. ¿Qué hay de postre? ¿Tiene alguna cosa guardada en la alacena?”

“¿Quiere decir algo para apaciguar a una dama triste?”

“Dios santo, ¿sabe todo el mundo en este barco que he tenido una pequeña disputa con la Srta. Harcourt?”

“Sí.” El Cocinero sacó la cuerda de la llave de la alacena de debajo de su camisa. “Excepto que la historia es que no se trataba de una disputa sino de una regañina.”

“Cállese.” Gibb alzó la palma de la mano señalando la puerta de la alacena. “¿Tiene alguna Delicia, sí o no?”

“Tengo una lata de budín de Navidad que he estado guardando, está lleno de ron. Le añadí pasas de Corinto, dátiles y nueces también.”

“¿Tiene mucho azúcar?”

“Sí, bastante... Justo la cosa que se necesita para una disculpa.”

Gibb resopló. Apostaría que ni uno solo de los hombres abordo sabía de qué habían discutido la Srta. Harcourt y él, pero todos parecían creer que él era el culpable. De todas formas, él había pedido el maldito postre, y era, desde luego, una intención de pedir perdón. Ya que su humor estaba mejorando de manera decisiva, no hizo caso del comentario del Cocinero. “Si es muy dulce, supongo que su budín de Navidad sería una buena cosa, pero lo llamaremos budín de vacaciones, ya que estamos en agosto.”

“¿Está seguro de que no lo quiere guardar para la última noche de la señorita?”

“No. Ya sabe que vamos a fondear en Norfolk antes de llegar a Savannah. Renueve sus suministros y prepare algo sabroso y dulce para toda la tripulación.”

Con ese asunto terminado, Gibb tomó un camino donde Archie no se regodearía, y cruzó la cubierta de mesana y subió a los camarotes. La puerta de la Srta. Harcourt estaba parcialmente abierta, aunque no abierta de par en par como normalmente la tenía antes del desencuentro de ellos dos.

Él se quedó inmóvil durante un momento, mirándola trabajar. La mujer era tan increíblemente femenina, cada movimiento grácil. Cómo había pensado que era corriente cuando la vio por primera vez en el parque, era algo que no entendía. Desde los suaves rizos en su cabeza, a sus hombros esbeltos, que bajaban hasta una cintura exquisita, todo en ella era femenino y atractivo.

Ella sostenía sus pinzas en una mano, mirando de una caja de fragmentos a otra, sacando algo, sacudiendo la cabeza y recolocándolo en la caja.

“¿Cómo van las traducciones?”, preguntó él, cruzando los tobillos y apoyándose contra el marco de la puerta.

Las pinzas se cayeron de los dedos de Isabella con un sonoro ruido al suelo. “¿Capitán?” Ella se giró en su asiento.

Antes de que la dama pudiera inclinarse hacia delante, Gibb se apresuró a entrar y agarrar las pinzas del suelo. Se inclinó y se las entregó. “Creo que se le ha caído esto, señorita.”

Ella deslizó la herramienta de los dedos de él, dedos suaves, rozando los suyos ligeramente, pero el tacto era lo suficiente para hacer que le temblaran las rodillas. “Gracias,” dijo ella de manera un poco brusca y sin sonreír.

Recordando sus modales, Gibb se quitó el sombrero metiéndoselo bajo el brazo, resistiendo el deseo de peinarse el pelo con los dedos como hacía normalmente. “¿Cómo van las traducciones?”, preguntó de nuevo.

La Srta. Harcourt volvió a prestar atención a las tabletas. “Bien.”

Ante la contestación de una sola palabra de ella, él miró hacia las vigas del techo. Ella no le iba a hacer fácil esto. Cielos, él puede que había sido maleducado con ella, pero él sentía intensamente todo lo que había dicho. Gibb sí que se culpaba por la muerte de Farley, y no importa quién le intentara convencer de lo contrario, daba igual en su maldito corazón. “Yo... ah... he venido a decir... ah... algo.”

“¿Ah sí?”, replicó ella, su tono bastante sarcástico.

Él suspiró. Seguramente se merecía la ira de ella. “La otra noche, no tenía intención de herirla. Como puede suponer, la Batalla de Lissa es un tema muy doloroso conmigo, algo de lo que no me gusta hablar demasiado.”

La Srta. Harcourt tomó un fragmento y lo colocó al lado de la tableta que estaba reconstruyendo. “Mi padre también luchó en las guerras, y él también es incapaz de hablar de ello. Aunque no creo...”

Gibb no le pidió que terminara la frase. Sabía lo que ella le iba a decir, o casi, y escucharlo podría amargarle de nuevo, y eso era algo de lo que podría prescindir sin duda alguna. “Ay, estoy liando las cosas.” Tomó la mano de ella entre sus dos palmas. “Siento ser un bruto recalcitrante. Ha sido imperdonable por mi parte perder los estribos con una mujer que es una invitada abordo de mi buque, y estoy verdaderamente avergonzado por mi conducta. Espero que pueda perdonarme.”

Por primera vez desde que entró en el camarote de la dama, esos ojos negros se movieron hasta toparse con los ojos de él. En un latido de su corazón, la emoción de anhelarla recorrió su sangre. Isabella sacó su mano de entre las suyas mientras las comisuras de su boca se curvaron levemente. “Gracias. Apuesto que no le ha sido fácil hacer esa disculpa.”

“No, pero era necesario.” Movié los hombros con una profunda inspiración de aire para calmar su deseo involuntario, luego señaló la silla vacía. “¿Le importa que la acompañe?”

“Desde luego que no.” Ella señaló una tableta enmarcada que no había estado antes. “¿Se dio cuenta de que *usted* había encontrado el nombre de nuestro autor antes de irse?”

Gibb tomó nota del nombre, sacudió la cabeza y parpadeó. “¿Sí?”, preguntó él. Mientras habían estado hablando de Duncan y la batalla, él había encontrado una serie de fragmentos que encajaban perfectamente, pero no se había molestado en dejar de discutir y tomarse el tiempo para traducir.

Ella le tocó un brazo, haciendo que él tragara aire mientras sentía un hormigueo en todo el cuerpo. “Después de que se marchara, todo encajó como si fuese magia. Lea el texto entero.”

La habitación se quedó en silencio mientras Gibb se inclinaba encima de la tableta. “Dios santo, Marcus era un centurión.”

“Hmm, luego fue traicionado y enviado a Britania, donde fue vendido como esclavo.”

“Y acabó en un *ludus*. ¿Es un gladiador?”

“Sí, creo que sí.” Ella tomó un fragmento y lo alineó con su trabajo actual. “He de decir que se está haciendo más fácil encontrar piezas que encajan. Casi he terminado con esta también. El último trozo es de un par de piezas más grandes, aunque me temo que la tinta está bastante borrosa.”

Gibb se inclinó hacia ella, inhalando el olor a lavanda y algo dulce que no podía identificar. ¿Miel quizás? “¿Qué dice?”

“Al igual que muchas, empieza con un saludo a su querida Flavia.” Isabella leyó en su diario.

“Solo hay día tras día de miseria en este ludus. Durante la representación de la batalla de Silva Arsia, los únicos dos hombres de los que me fiaba en este vil lugar fueron enviados al

submundo. Me temo que mi hora se aproxima, porque mi espada me pesa y mi armadura está gastada. Como anheló tenerte entre mis brazos una vez más antes de que...

La Srta. Harcourt se detuvo y señaló. “Este es el sitio donde ya no puedo descifrar la letra. Estoy segura de que tengo las piezas en su sitio, pero la tinta es demasiado pálida. El resto dice cómo sigue: *Deseo esperarte al lado de la estatua de Marte. Anheló ver tu sonrisa mientras te tengo en mis brazos.*”

Gibb se inclinó e intentó leer la letra difuminada. “No puedo descifrarlo tampoco, pero dado que Marcus ha dicho que cree que le queda poco tiempo, creo que podemos suponer que está diciéndome que desea abrazarla una vez más antes de morir.”

“Yo también he supuesto eso, aunque hay demasiado espacio en el texto para una sola palabra como *moritur.*”

“Sí, aunque podría poner, *occurrit mihi finis.* ‘Ocurrir mi final’ que encajaría, supongo.”

Asintiendo con la cabeza, ella se mordió el labio. “Quizás tenga razón.”

“Bueno, ¿por qué no suponerlo, al menos hasta que tenga una oportunidad de consultar con un anticuario especializado en textos romanos?”

“Después de los intercambios desagradables que tuve con el tipo de West Sussex, creo que prefiero encontrar un lingüista que pueda verificar mis traducciones.”

“Eso es muy inteligente por su parte.” Gibb tomó sus pinzas, dándose cuenta de que ella no las había movido. Tampoco había movido la silla que él había estado usando. “Me pregunto dónde fue criado Marcus. Debió provenir de una familia de alto rango si era centurión.”

“Me alegro de que lo pregunte.” Ella le brindó una sonrisa amplia que hizo que el corazón de él volara. “Creo que he reunido las piezas al comienzo de otra tableta en la que dice que sueña con volver a ver las orillas de *Valentia* de nuevo. Yo creo que esto es una pista buena de que su hogar debió ser un sitio costero. Además, también he encontrado las palabras *Platja de la Garrofera.*”

“*Platja* quiere decir playa... Es catalán,” dijo él.

“Sí, soy muy consciente de ello.”

Gibb agarró la mano de la Srta. Harcourt. “Tenemos dos pistas muy buenas, y tengo rollos de mapas en mi camarote. Creo que podríamos ubicar los orígenes de Marcus.”

En un esfuerzo por contener su emoción, Isabella se agarró las manos y miró mientras el Capitán MacGalloway miraba entre sus mapas como un chaval en la mañana de Navidad. Su exuberancia hacía que ella quisiera bailar, pero se apretó los dedos e hizo todo lo posible por no dar la impresión de estar demasiado feliz. Después de todo, ella no tendría que olvidar que él había mostrado su genio cuando ella le preguntó por el padre de Duncan.

Menos mal que se había disculpado. Durante los últimos días, ella se había estado devanando los sesos, intentando dar con una manera de acercarse a él sin dar la impresión de ceder. Ella se había mantenido en sus trece porque no le gustaba que le gritaran cuando solo había intentado ser cordial. Con suerte, él entendería que ella no iba a tolerar semejante necesidad en el futuro.

Excepto que ellos no tenían un futuro. Ella se presionó las manos contra el estómago al sentir un repentino hundimiento en el vientre.

“Aquí está,” dijo él, desenrollando un mapa encima de su escritorio. “Esto es la parte suroeste de Europa.”

Los dos se inclinaron y estudiaron el mapa. “¿Ha oído hablar de una ciudad llamada *Valentia*?”, preguntó ella, su mente abrumada por la cantidad de pueblos costeros que eran parte

del imperio romano durante el reinado de Adriano.

“No, pero estamos hablando de la Roma antigua. El nombre podría muy bien ser algo distinto ahora.”

“Oh, eso nos facilita la tarea,” dijo ella con sarcasmo, mientras leía los nombres italianos de las ciudades costeras.

“Considere las tabletas que ya ha traducido. ¿Qué es lo que sabe hasta ahora?”

“Bueno...” Ella tamborileó los dedos encima del mapa. Sabemos que mencionó *Platja de la Garrofera*. También luchó contra los *Aquitaniens*, que yo creo que sería parte de Francia ahora, de manera que es poco probable que fuese de los territorios romanos del norte, especialmente dado el elemento costero.”

“Un momento.” El capitán se desplazó hacia su estante de libros y pasó un dedo por los lomos de los libros. “Aquí está. Casi se me había olvidado este viejo texto.”

Sacó un enorme libro encuadernado en piel de la estantería y lo abrió encima del mapa. “Mi padre tenía a su servicio un tal Sr. Ramsey como mi tutor de idiomas. Cuando yo demostré tener aptitud para el latín, él me regaló esto. Es una historia del Imperio Romano.” Él pasó páginas. “Si mal no recuerdo, hay unos cuantos mapas que muestran las fronteras del imperio a lo largo de los siglos.”

Él se detuvo en el primero, dándole a ella una oportunidad para inclinarse y tomar nota de la fecha. “No, este es del año 555 a. C., demasiado antiguo.”

“Supongo que encontraremos un mapa de *Anno Domini* al final. Después de todo, el Imperio Romano cayó dos o tres siglos después del reinado de Adriano.”

Isabella le miró ansiosa mientras él iba pasando páginas. “Creo que para cuando Adriano fue emperador, los romanos no estaban tan decididos a conquistar terrenos tanto como conservar los que ya tenían. Después de todo, Adriano construyó el muro para mantener fuera a los bárbaros, no para permitir que entraran más.”

“Ay, esos bárbaros a los que usted se refiere, serían mis antepasados, sepa usted.”

“Sí, y eran famosos por ser los luchadores más feroces de todas las tierras, inconquistables. Debería sentirse orgulloso de eso.”

“Lo estoy, y por eso contrato bravos escoceses para manejar mi barco.” Pasó la última página y apuntó el dedo en el libro. “Este mapa parece más acertado. Es del año 117 a.D.”

“Ese es el año en que Trajano murió.”

“¿Ah sí?”, preguntó él.

Lo primero que vio Isabella era el Atlántico. “Cielos, nunca me había fijado en ello, pero los romanos llamaron a este mismo océano *Oceanus Atlanticus*.”

“Algunas cosas no cambian nunca.” El capitán se inclinó sobre el mapa. “Fíjse en esto: *Valentia* está en la costa este de *Hispania* entre *Saguntum* y *Danium Ebusus*.”

“Le garantizo que no vamos a encontrar *Danium Ebusus* en un mapa del siglo XIX.”

“Apuesto que tiene razón. Pero ahora sabemos dónde está *Valentia*.” Desplazó el libro a un lado, ofreciéndoles una visión clara de la zona este de España.

El capitán colocó el dedo en el promontorio de territorio inconfundible llamada *Danium Ebusus* en el mapa antiguo. “Ajá. Ahora es *Xàbia*.”

“Sí, pero fíjese allí arriba.” Isabella usó el extremo de pluma de su pluma de escribir para señalar. “Esta es la ciudad a la que se refiere Marcus: Valencia, solo una pequeña variación en su ortografía. Y, *Platja de la Garrofera* está justo al sur.”

“Por lo menos el nombre de la playa no ha cambiado. Y, fíjese allí, al norte está el Puerto de Sagunto. Es demasiado parecido para no haber sido una adaptación de la ciudad romana de

Saguntum.”

Isabella se llevó las manos a la boca y se desplazó hacia las ventanas. “Oh, si tan solo estuviéramos navegando por el Mar Mediterráneo y no cruzando el Atlántico. ¿Tiene alguna idea de la cantidad de veces en que he soñado con Marcus y Flavia? Si tan solo pudiera ir a Platja de la Garrofera y ver si quedan ruinas de su granja, de su villa, de la estatua de Marte.”

El capitán se colocó detrás de ella. “Sería la aventura de una vida, seguro,” dijo él, su aliento rozando el dorso del cuello de ella.

Cerrando los ojos, Isabella disfrutó de la cercanía de él, deseando que él la tocara. “Pero no sé si volveré a ver West Sussex o Gran Bretaña de nuevo, ni hablar viajar a España.”

Un suspiro se escapó de los labios de ella mientras él desplazaba las manos a la cintura de ella, sus dedos encajando como si les perteneciera estar ahí. “Ninguno de nosotros puede saber dónde estaremos mañana, o dentro de un año, o diez. Pero eso no significa que no podamos soñar. Si verdaderamente desea buscar la *Valentia* de Marcus, entonces deséelo, *mo leannan.*”

Cuando Isabella abrió los ojos, miró la espuma de la estela tras el *Prosperity* e hizo su deseo justo cuando Gibb le besó en el arco de su cuello. Ella casi se desmaya cuando la caricia íntima comunicaba mucho más que un beso. ¿Cómo era posible que un hombre pudiera comunicar tanta emoción besando el cuello de una mujer? Incapaz de evitarlo, ella bajó la cabeza contra el pecho de él mientras él repartía esos besos por su hombro.

“*Mo leannan* ¿eso es gaélico no?”, susurró ella.

“Sí,” dijo él, sus besos regresando a la nuca de ella, dejándola incapaz de huir.

“¿Qué significa?”, preguntó ella, sin aliento.

Detrás de ella, Isabella sintió que el capitán se ponía rígido. “No debí decirlo.”

“Las palabras sonaban hermosas.”

“Se lo agradezco.” Él colocó las manos en los hombros de ella y la instó darse la media vuelta y mirarle. “¿Por favor, asistiría a la cena con nosotros hoy? El Cocinero tiene un postre sorpresa para usted.”

“El Cocinero?”, preguntó ella con algo de decepción.

“Bueno, si ha de saberlo, le pregunté si tenía algo que pudiera animarla, y tenía justamente lo necesario oculto en su alacena.”

De alguna manera, saber que el capitán había preguntado por parte de ella le hacía sentirse flotando en una burbuja. “Entonces estaré encantada de cenar con ustedes.”

“Excelente.” Los dos caminaron hacia la puerta. “Mañana estaremos llegando a Virginia.”

Podía haber dicho cualquier otra cosa sin destruir el momento, pero recordarle a Isabella que su viaje estaba a punto de terminar hizo explotar su burbuja de manera violenta. “Oh, cielos.”

“¿Está nerviosa por la llegada a América?”

Encogiéndose, la mirada de ella se desplazó lentamente hacia arriba hasta toparse con los preciosos ojos azules de él. “Estoy aterrorizada.”

Capítulo Catorce

El Capitán MacGalloway no se había equivocado cuando dijo que el Cocinero iba a preparar una sorpresa. No era que el postre fuera delicioso, solamente, toda la comida fue espectacular, con tres platos, un sabroso consomé, pollo asado perfecto servido con col y una barra de pan auténtico en lugar de galletas, y un budín de fiesta tan dulce que hacía que la boca de Isabella se hiciera agua.

El capitán estiró una mano para agarrar la botella de vino rellenando el vaso de ella. “Ojalá tuviéremos una bodega de vino abordo. Creo que una copita de Oporto complementaría el budín a la perfección.”

“Este vino añejo es agradable, aunque es probable que haya bebido demasiado vino en una noche,” dijo Isabella aunque estiró una mano para alcanzar el vaso.

“Me gusta mucho el whisky Islay.” El Sr. MacLean apartó su silla de la mesa y miró a los otros oficiales. “La comida ha estado deliciosa, pero es momento de que hagamos nuestras rondas, caballeros.”

El Sr. Lyall se puso en pie y se inclinó. “Como siempre, ha sido un placer cenar con usted, Srta. Harcourt.”

“Oh, sí,” dijo el Sr. Erskine de acuerdo con él. “Se la ha echado de menos.”

Ella alzó su vaso e inclinó la cabeza. “Gracias, caballeros. He disfrutado sobremanera con nuestras comidas durante este viaje.”

“Todavía quedan varias cenas por servirse antes de que lleguemos a Savannah.” El capitán se puso en pie, también ofreciéndole una mano. “¿Le gustaría acompañarme en un paseo por cubierta?”

Ella colocó los dedos en la palma de la mano firme de él. “Me gustaría mucho.”

Una vez que estuvieron fuera, les recibió una suave brisa, alejando el calor de horas previas de ese día. Isabella volteó la cara hacia el viento, contenta de no haberse molestado en ponerse un bonete. “Me atrevo a decir que la temperatura es absolutamente perfecta en este momento.”

El capitán se retiró un mechón de pelo rebelde de la cara, pero se deslizó a su sitio de inmediato, casi tapándole un ojo. “Supongo que son noches como esta que hacen que los hombres sigan navegando.”

“¿Ah sí?”, preguntó ella mientras caminaban hacia la barandilla del barco. “Pensé que los marineros se embarcaban por la promesa de sueldos y la tentación de tesoros.”

“Algunos lo hacen.”

Ella resistió el deseo de retorcer ese mechón de pelo rebelde en torno a su dedo, preocupándose por recorrer la barandilla de nogal americano en vez de hacerlo. “¿Pero usted no?”

Él la siguió, caminando a su lado, mientras las velas aleteaban arriba. “Llevo el mar en la sangre.”

“Y también lo es la nobleza, duques, duquesas y todo lo que rodea la aristocracia y la sociedad amable.”

Él le brindó una mirada discordante. “Dejé ese mundo atrás cuando acepté mi comisión con la marina, no he mirado atrás desde entonces, especialmente desde que nació el heredero de mi hermano.”

“Hmm,” musitó ella. “¿Ya no es el siguiente en la línea de sucesión?”

Él recogió un corcho que se debió caer de una barrica de agua y se la metió en su sporran. “Afortunadamente.”

“¿Por qué aborrece la idea de heredar un título? Su familia parece quererle mucho.”

“Mi familia es la mejor cosa de la nobleza.”

Isabella le miró mientras iba caminando por delante, su cuerpo alto y sólido como el de un hombre capaz de llevar a cabo un trabajo pesado. Su falda escocesa, siempre baja en sus caderas, acentuaba unas pantorrillas ponderosas. Se volvió hacia el mar, llevándose las manos a las caderas, su porte, haciéndole parecer como si estuviera comandando el mundo entero.

“Dicho sencillamente, puede que haya nacido en un ducado, pero ser un señor con título de cortesía nunca fue mi deseo. Tengo un espíritu demasiado aventurero en mi sangre.”

Isabella se dio palmaditas en la mano colocada encima del corazón, intentando convencerse de que solo admiraba el físico del capitán, intentando convencerse de que había desarrollado un cariño por él solo porque estaba en un tenue estado de incertidumbre. Es más, se insistía a sí misma que una vez que ella llegara a Georgia el recuerdo de él se difuminaría, reemplazada por la imagen apuesta del Sr. Schuyler con el pelo canoso en las sienes. “Por lo tanto, unirse a la marina y arriesgar la vida por su rey y su patria.”

El Capitán MacGalloway la miró de frente, sus ojos encendidos como si ella hubiera dado en un nervio. “Sí, y lo volvería a hacer cien veces. La marina me convirtió en un hombre, me mostró una vida mucho más agreste que cualquier cosa que hubiera imaginado creciendo en la habitación de un niño y salones de las diversas casas y castillos propiedad del ducado.”

Claramente, fuese lo que hubiera contribuido a componer la suma del carácter de este hombre, ciertamente le había convertido en una fuerza a tener en cuenta, fuese a bordo de un buque o divirtiéndose con la alta sociedad londinense. “Sin embargo, era, es, todavía, un hombre que puede mandar en cualquier salón, apuesto y lo suficientemente altivo para casarse con quien quiera.”

Él hizo una mueca. “Nunca me casaré.”

“¿No?” *Qué pena.* “¿Por qué no?”, preguntó ella, sus ojos bajando al pecho de él.

Ofreciéndole un codo, el capitán echó a andar de nuevo. “He conocido muchos marineros casados, y ni uno era feliz. Y no estoy por convertirme en un canalla que le hace la corte a su mujer y la deja sola para tener hijos, mientras yo estoy acarreando whisky a las Américas y trayendo algodón al molino de mis hermanos en el Río Tay.”

“Pero seguro que si se enamora de la mujer correcta, puede que quiera despedirse del mar.”

“Yo no. Estoy casado con mi buque. No puedo imaginarme decirle adiós. Ninguna aventura nueva, ninguna tempestad contra la que luchar, no ver el amanecer a solas con el mar en calma, sin nada más que agua hasta el horizonte. Supongo que me volvería loco.”

Mientras se aproximaban al centro de la cubierta empezó a oírse música de un grupo de marineros llamándole la atención a Isabella.

Ellos se habían acomodado, sentados entre cabos enrollados y barricas de agua. “Buenas noches, caballeros,” dijo ella.

“Buenas noches, Srta. Harcourt. ¡Usted es justo la persona que yo quería ver!” Duncan se puso de pie en un brinco, agarró las manos de ella y tiró de ella al centro del círculo. “¡Tócanos una chirimía, Thane!”

“Será mejor que sea un baile celta,” advirtió el capitán mientras los hombres se movían para dejarle sitio para unirse a ellos. Cielos, él era una cabeza más alta que la mayoría de ellos.

Thane, el antiguo maestro, tenía que ser un hombre de muchas habilidades porque alzó un

violín al mentón y empezó a tocar un baile celta, mientras otro marinero golpeaba con los gavilanes de su puñal en una barrica para llevar el ritmo y otro tocaba las cucharas de manera experta.

Isabella hizo lo mejor que pudo para seguirle mientras Duncan alzaba los talones como un marinero brioso, su baile celta parecía casi idéntico a la chirimía que había demostrado para ella durante el incidente del Sr. Brigg. Pero el entusiasmo del chico era infeccioso.

Riendo a carcajadas, ella dejó que Duncan la girase en círculo tras círculo hasta que su cabeza daba vueltas. “¡Para!”, exclamó ella, y él la soltó y ella se fue dando trompicones hasta caer directamente contra el pecho del capitán.

Esos brazos fuertes la rodearon y él la sostuvo. “Tranquila, chica,” le susurró al oído.

Ella casi se desmayó. “Quizás sí que bebí demasiado vino.”

El capitán no la soltó, su risa retumbando en el cuerpo de Isabella, haciendo que sintiera un hormigueo por todo el cuerpo. “No creo que sea tanto el vino como la experiencia de su pareja de baile.”

“Oh, ¿sí?” Duncan se plegó los brazos por encima de su pecho infantil. “¡Puedo dar brincos más alto que nadie en este buque!”

“Eso puede ser, chaval, pero las damas prefieren un vals a una chirimía o un baile celta.” El Capitán MacGalloway le hizo un gesto con la cabeza a Thane. “Permítame demostrarlo.”

La boca de Isabella se volvió seca cuando el escocés corpulento le colocó una mano en la cintura tomando su mano derecha en preparación para un lento vals francés. Con descaro, ella miró hacia arriba hasta toparse con esos ojos azules profundos. Bajo el cielo de la noche parecían oscuros de deseo, mirándola de manera tan intensa que él le hacía sentir como que él era capaz de mirar hasta dentro de su alma.

“Pero soy una bailarina poco agraciada,” murmuró ella débilmente.

“Vaya. ¿Se le ha olvidado que hemos compartido un vals?” Él le guiñó un ojo, una sonrisa pícaro desplegándose en sus labios. “Sé que tiene bastante habilidad, chica.”

Thane empezó a tocar su violín, la canción para nada como el ruidoso baile celta que había tocado para Duncan. El instrumento se convirtió de repente en un violín etéreo, emitiendo de manera experta un vals mozartiano digno de cualquier salón de baile londinense. Las notas etéreas sonaron alrededor de ellos como si intentasen fundir sus almas. El Capitán MacGalloway demostró que una puntería experta no era su única virtud. Sí, ella había bailado con él y se había dado cuenta de su habilidad pero en ese momento había pensado que era un ligón sin escrúpulos. Esta noche el hombre demostró una gracia indiscutible mientras mantenía un mando incuestionable, e Isabella no tuvo ninguna dificultad en seguirle. Ella tampoco tuvo ninguna dificultad en perderse en las profundidades de sus ojos azules que ahora le arrebatában la atención.

Ella debería estar preocupándose por lo cerca que la agarraba solo centímetros de su cuerpo, o si parecía estar arrebatada, o si debería poner fin a ese baile, porque por lo menos una docena de marineros estaban mirando. Pero ella se sentía incapaz de retirarse, ni aunque alguien le ofreciera un cofre lleno de plata española. Los pies de Isabella se movían sin esfuerzo mientras su corazón volaba, su atención totalmente cautivada por el escocés.

Si tan solo pudiera tomar este momento y congelarlo, capturarlo en una botella que pudiera visitar una y otra vez. Incluso si pudiera apresar este momento, ¿cómo podría replicar los sentimientos que vibraban en su sangre?

El Capitán MacGalloway la guio en una serie de vueltas, la última acabando con la pieza. Se inclinó, mientras ella hacía una reverencia, la brisa, llevándose los últimos vestigios de la nota

vinal al mar, al lugar donde se guardaba la historia.

“Vaya,” dijo Duncan en un graznido, los ojos grandes, la boca abierta.

Los demás también parecían algo aturridos mientras aplaudían. La cara de Isabella se caldeó y ella se mordió el labio inferior, rezando porque nadie en la cubierta de arriba se diera cuenta de lo mucho que se había sentido cautivada por el líder de su buque.

“No sabía que podía bailar así,” dijo el grumete.

El capitán revolvió el cabello de Duncan, luego miró a Thane. “Quizás el chaval está listo para otras cosas, aparte de chirimías y bailes celtas. Después de todo, seguramente se encontrará en un salón de baile algún día.”

“Sí, señor.”

Isabella tomó el codo del Capitán MacGalloway y, mientras él se la llevaba por delante de Thane, ella le dio un golpecito al viejo maestro en el hombro. “Gracias por la música de Mozart. Su maestría es verdaderamente inspiradora.”

Las voces de los hombres también se difuminaron en la brisa mientras Gibb la guiaba escaleras arriba hacia la proa del barco. Isabella pensó en cuando empezaron el viaje, después de que ella se recuperó del mareo, había dado un paseo por la cubierta y le había encontrado allí. “No fue hace tanto tiempo en que estuvimos en este mismo lugar y usted me enseñó lo increíblemente liberador que es mirar el abismo del mar con el viento en la cara, los brazos bien abiertos. Era como si estuviera de pie en la cima del mundo.”

“Este siempre ha sido mi lugar favorito para consolarme, venir aquí de noche y escuchar el sonido del mar y aclararme la cabeza.”

Isabella miró por encima de su hombro. Pensó que ahora no podrían ser vistos por los hombres abajo, pero miró para asegurarse. Y una vez que lo confirmó, se agarró las manos con firmeza ante el vientre para calmar sus nervios y alzó el mentón hasta volver a mirarle a los ojos. Lo que ella quería era terriblemente tabú. Lo que quería era indecible. Sin embargo, sabía, muy dentro de su ser, que tenía los arrestos para preguntar.

No hay botellas en las cuales atrapar los recuerdos.

Ella se relamió los labios.

Él le retiró un mechón de pelo errante de la cara y se lo metió tras una oreja. “Parece como si tuviera algo que decir, lass.”

Un estremecimiento de nerviosismo la sacudió. “Sí.”

“¿Le gustaría volar de nuevo?”

“No... quiero decir, me gustaría, pero hay otra cosa que he querido pedirle, y dado que estamos aquí... a solas... me preguntaba si...”

Él se inclinó hacia ella, sus ojos buscando en los de ella. “¿Sí?”

“Me estaba preguntando si no le importaría demasiado besarme otra vez,” dijo ella como si fuese una transacción de negocios. “Después de todo, la última vez me pilló por sorpresa y no estaba prepara...”

Colocando las manos en sus mejillas, Lord Gibb MacGalloway ahogó la última palabra de ella con sus labios. Durante un brevísimo instante, ella se puso rígida, conmocionada por la repentina respuesta de él. Pero mientras suspiraba, su cuerpo se relajó y sus dedos cobraron vida propia, deslizándose hacia delante a la cintura del capitán. Y con su suspiro, un profundo gemido sonó desde las profundidades de la garganta de él, mandándole un reguero de chispas de energía por la piel de ella.

Los labios llenos de él, moldeándose con los de ella, Isabella abrió la boca para él. La lengua de él barrió dentro de ella y siguió bailando donde el vals de ellos les había dejado en un

remolino de emociones desbocadas. El gran escocés demostró ser mágico, barriendo en profundidad, permitiéndole a ella saborearle, los restos de dulces y tonos de ron, conjuntamente con especias de canela y clavo.

Cuando ella suspiró de nuevo, él desplazó la mano en torno a ella, arrimándola contra su cuerpo. Profundizó en el beso mientras llevaba los dedos hacia arriba y los trenzó en el cabello de ella con suavidad, de manera experta, delicioso. Dios la guarde, pero ella no quería que este beso terminara nunca. Se sentía demasiado bien y demasiado correcta para hacer algo perverso.

Ella gimoteó cuando él separó los labios de ella, no estaba lista para parar. Pero entonces él llevó sus labios al cuello de ella, mordisqueando su piel con mordisquitos calmantes, trazando besos por la piel sensible de ella bajo su mandíbula. De nuevo, él pasó la lengua por la longitud de su cuello, descansando cuando encontraba un nuevo lugar de pura sensibilidad en la curva del cuello de ella hasta su hombro.

Enarcando la espalda, Isabella presionó su cuerpo contra él, suscitando un nuevo surgimiento de intenso deseo. “¡Gibb!”, exclamó ella, aferrándose a él como si le fuera la vida en ello.

Él soltó una carcajada, no era una risa, sino un profundo murmullo, expresando el mismo deseo en ella. “¿Has querido tutearme, Isabella?”

“Sí, Capitán,” contestó ella, totalmente sin aliento.

Él la besó de nuevo. “Entonces, que sea así cuando estamos a solas. Adoro mencionar tu nombre, Isabella, Issy, Bella. Es tan femenino, tan increíblemente irresistible.”

Incapaz de encontrar las palabras para una respuesta adecuada, ella tomó la mejilla de él en el cuenco de la mano, se puso de puntillas, y saboreó un nuevo beso succulento.

Cuando sus labios se abrieron y él tocó su frente contra la de ella, no había nada más tentador que permanecer entre sus brazos el resto de la noche, pero ella ya había tomado demasiado y colgaba en un peligroso precipicio sin retorno. Usando toda la fortaleza que tenía en su ser, Isabella deslizó la palma de su mano contra el pecho de él y con suavidad le apartó de su cuerpo creando un hueco de unos centímetros entre ellos dos.

“Gracias,” dijo ella, sin mirarle a los ojos. “Nunca le olvidaré.”

Antes de que él pudiera responder, ella se fue corriendo hacia las escaleras y se fue a su camarote.

Capítulo Quince

Isabella no le pidió a Gibb otro beso. De hecho, no indicó que quisiera besarle de nuevo, ni siquiera, aunque él tenía una gran sospecha de que si tomara a la mujer entre los brazos, ella no rechazaría sus avances. No, la Srta. Harcourt no se habría negado cuando sus labios cedían a él.

Y, Dios mío, él sabía qué quería hacer mucho más que darle un beso. Desde esa inolvidable unión de labios hace unas noches, si se atrevía a besarla otra vez, dudaba que fuese capaz de parar. Y nunca se aprovecharía de ella. Isabella era pura y casta, y el mero hecho de besarle era la cosa más atrevida que había hecho en toda su vida.

Después de la noche increíblemente romántica en la cual habían bailado un vals y besado, era como si ella apagara la pasión que recorría su sangre y se decidía a enfrentarse a su destino.

Como habían planeado, el barco atracó en Norfolk, Virginia, donde Gibb despachó una carta al Sr. Schuyler para hacerle saber al minero que llegarían a Savannah en cinco días, dos días para que los hombres descargaran las barricas de whisky, un día para cargar el algodón de los algodonereros, y debido a que el viento aminoraba, otro par de días para navegar a Savanna. Mientras estaban en Norfolk, el Cocinero reabasteció sus suministros, mientras que Archie se llevó al ladrón Sr. Briggs a tierra entregándole a las autoridades portuarias.

Pero demasiado pronto, levaron anclas y apuntaron al *Prosperity* en dirección al sur.

A pesar de lo que sentía, Gibb siguió pasando mucho tiempo con Isabella, ayudándola con su trabajo de traducción. No, ella no le pidió otro beso, pero él ansió otro con todo su ser. Y fue con cada gramo de su fuerza que luchaba contra ese deseo. Se apoyó en su educación y sentido común, recordándose constantemente que él no tenía sitio en su vida para una esposa y esta mujer en concreto estaba prometida para otro hombre. Ella nunca sería suya, nunca podría serlo.

Era una tortura pura, sentarse al lado de ella cada noche, y resistir la tentación. Se sentó tan cerca de ella que solo tenía que capturar su mentón delicado con el dedo y girar su cara lo justo para rozar los labios de ella con los suyos. Era una agonía estar tan cerca y a la vez impotente para estrecharla entre sus brazos y subirla a su regazo. Y lo peor de todo era estar sentado a lado de una cama y no poder tumbar a Isabella en ella, retirar las horquillas de su pelo y mirar cómo esos mechones negros se repartían por la almohada. Nunca poder hacerle el amor era algo que se acosaba en sueños. Nunca decirle exactamente cuánto se había liado ella en su corazón, persiguiéndole durante cada momento en vela.

Mañana llegarían a Savannah, pero esta noche Gibb estaba sentado al lado de Isabella mirándola mientras ella ladeaba su diario hacia el quinqué.

“... Gané mi lucha en la arena ayer, lo cual es la razón por la que sigo vivo y capaz de tomar mi pluma una vez más. Mi contrincante era más feroz que ninguno al que me haya enfrentado antes. Su espada corta cortó mi armadura y me cortó en un costado. Aunque la herida es profunda, le dije a Dominum que estaré bien para poder luchar dentro de tres días. Porque si lo hago, al fin ganaré mi libertad. No puedo creer que esté navegando rumbo a casa y pronto sentiré tus brazos en torno a mi una vez más. Ninguna espada en toda Bretaña me podrá impedir ganar. Espérame, mi amor. Regreso a ti.”

A Gibb le encantaba escuchar a Isabella leer de su diario, y la entrada de esta noche acarrió un cambio inesperado. “Una lucha más y Marcus estará libre,” musitó él. “Es sorprendente que el hombre sobreviviera tanto. ¿Durante cuántos años fue gladiador en el *ludus*?”

Ella cerró su diario y lo dejó a un lado. “No estoy muy segura. Hay una tableta en la que dice que han pasado cinco años desde que vio a su hijo por última vez, pero ¿quién sabe cuánto tiempo vivió en West Sussex?”

“Si tuvo que luchar para ganar su libertad, apuesto que fueron años, quizás diez o más,” contestó Gibb, su mente alucinando ante el número de peleas que el hombre debió de enfrentar. Incluso si fuese una al mes, las probabilidades de que Marcus sobreviviera tenían que ser minúsculas.

“Si suponemos que eso sea correcto, Titus bien podría haber llegado a ser un hombre para cuando Marcus llegara a su hogar.”

“Es decir, *si* es que llegara a casa, en esta carta dice que le queda una pelea más.”

La columna de Isabella se enderezó y sus ojos se agrandaron. “Pero ha estado tan cerca. Tiene que haber ganado su libertad. Sufrió pensando en Flavia durante tanto tiempo, ellos se merecen un final feliz.”

Gibb dudaba que lo llegaran a saber. Había suficientes restos de las tabletas para varias cartas más, y Marcus nunca las fechaba. ¿Quién sabe con qué frecuencia escribía o de donde sacaba sus herramientas para escribir? “Por su bien, lass, espero que realmente lo llegaran a tener. La historia está plagada de una gran cantidad de finales desgraciados, especialmente para personas acusadas erróneamente y vendidos para servir a otros.”

“Daría lo que fuera por ir a Valencia, y a Platja de la Garrofera, y buscar pistas, quizás encontrar los restos de su granja.”

Gibb golpeó con el dedo la pluma de oca haciéndola vibrar en su contenedor. “Después de casi mil ochocientos años, supongo que encontrar cualquier rastro de Marcus y Flavia sería un milagro.”

“Encontrar las ruinas en West Sussex además de estas tabletas fue un milagro.”

“Cierto, pero bien podría viajar a Valencia sin encontrar nada.”

Tomando sus pinzas, Isabella dio un golpecito en uno de los fragmentos y suspiró. “Por lo menos puedo soñar.”

“Sí, y soñar es una cosa buena. Es lo que mantiene nuestros corazones llenos de esperanza.” Gibb miró hacia atrás a la puerta abierta. “No creo que tenga sentido empezar a trabajar en otra tableta esta noche. ¿Le apetece dar un paseo por la cubierta?”

“Eso me gustaría.”

Cuando salían, un golpe de viento golpeó la puerta contra la pared interna.

“Cielos,” dijo Isabella, llevándose las manos al cabello. “Tenía que haberme puesto un bonete.”

Gibb cerró la puerta con firmeza, luego tiró de una de las manos de ella de su cabeza y se la metió en el codo. “Me gusta más cuando lleva la cabeza descubierta.”

Juntos saludaron al timonel de noche camino al castillo de proa, que Gibb consideraba curiosamente el lugar de *ellos*, aunque siempre había sido el lugar de *él* para consolarse. “¿Teme lo que le avecina?”, preguntó él.

“No realmente.” Las velas cangrejeras resoplaron mucho en el mástil de bauprés y mientras las miraba, ella sacudió la cabeza. “No, eso no es cierto. Estoy aterrada.”

Las entrañas de Gibb se tensaron. No podía imaginarse estar en la posición de ella. Era casi tan aborrecible como la situación de Marcus, por lo menos la parte de ser traicionado y enviado a una tierra extranjera. “¿Te gustaría que desembarcara contigo?”

Isabella titubeó un momento, rozando su labio inferior con los dientes. “¿Lo harías?”

“Creo que es lo menos que podría hacer. Aunque las primeras impresiones no son siempre

precisas, puedo aprender un poco acerca del carácter de un hombre con mirarle a los ojos.”

“¿Y qué harás si crees que es un canalla de primera clase?”

Lo primero que se le ocurrió a Gibb casi le hizo reír. “Supongo que podría desafiarle a un tiro al arco.”

Ella le dio un palmetazo en el hombro mientras rio. “Eres terrible.”

“No terrible, sino que tengo cuidado con mis apuestas.” Gibb metió la mano en su bolsillo y sacó un bolsito de cuero. “Quería que tuvieras esto.”

“¿Qué es?”, preguntó ella, tomándolo de sus dedos.

“Algo para recordarte este viaje, además de enseñarte el camino a casa, sea donde sea que esté tu casa.”

Ella sacó la brújula de su bolsito y lo giró hasta que estuvo señalando al noreste, dirección de Inglaterra. “¿Es tuya?”

“Sí, pero tengo otro.” Gibb dio un golpecito en el cristal. “El regalo de una brújula simboliza la seguridad, la protección y la protección de Dios en el viaje.”

Trazando con el dedo la dirección de la aguja, Isabella suspiró. “Es perfecta.”

“Espero que sepas que siempre tendrás mi protección si es que alguna vez la necesitas.”

La luz de la luna resplandeció con el viento y se reflejaba en los ojos de ella cuando alzó la mirada y sonrió. “¿Si alguna vez regresas a Savannah?”

“Una carta tuya y regresaré con mis cañones ardiendo, señora.”

La chica guapa echó la cabeza atrás y rio, haciendo que una horquilla se cayera de su peinado. Un mechón se escapó ondeando con el viento. “¡Oh, cielos, mi pelo!”

“No,” dijo él, instándola a bajar la mano. “Quiero verlo suelto. ¿Puedo?”

La mirada de ella se fue hacia la popa. “¿Qué pensarán los hombres? Van a verme desarreglada cuando regrese a mi camarote y van a pensar lo peor.”

Él tiró de otra horquilla. “Yo te lo recojo de nuevo.”

“¿Tú?”

Él se encogió de hombros. “Supongo que puedo lidiar con unas cuantas horquillas un poco. Por lo menos puedo hacer que sea suficientemente presentable para que puedas regresar a tu camarote sin llamar la atención demasiado.”

“Muy bien.” Isabella suspiró y se giró mostrándole su moño. “Es muy espeso y difícil de peinar.”

Él retiró tres horquillas, viendo la cascada de pelo negro cobrar vida con el viento. “Es magnífico.” Gibb retiró las horquillas restantes y trenzó sus dedos por la larga melena sedosa de cabello negro. “Tu pelo es tan lindo que es una pena que lo tengas que llevar recogido.”

Ella se fue hacia la proa y abrió los brazos. “Con el cabello suelto, me siento tan salvaje como el mar.”

Isabella no tuvo necesidad de mirar por encima del hombro. Por la calidez que sentía en la espalda supo que Gibb se había puesto detrás de ella. Cuando, para emoción de ella, colocó sus manos en su cintura, un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

“Sube a las cuerdas,” le susurró él.

Isabella miró los aparejos, peligrosamente suspendidos por encima del agua. “No, no puedo.”

“Lo haremos juntos.”

“¿Y si nos caemos?”

“Nunca te dejaría caer, lass.” Estiró una mano por delante de ella y agarró uno de los cabos

tensados de las docenas que había. “Sígueme.”

Ella se secó el sudor de la palma de la mano frotándola en sus faldas antes de agarrar la cuerda, su puño justo delante de la de él. Subieron, agarrando las cuerdas con las manos y trepando con los pies.

“Aquí,” dijo él, deteniéndose. “¿Qué ves?”

Isabella había estado tan pendiente de mirar las manos y los pies de Gibb que no había mirado a nada, excepto los aparejos. Cuando su mirada se desplazó, una piedra pesada se cayó al instante en su vientre. “¡Ay!”, gritó ella mientras el brazo de él le rodeó la cintura.

“No te sueltes,” le gruñó en el oído. “Respira conmigo. Dentro, dos, tres, y fuera, dos, tres. Dentro, dos, tres, fuera, dos, tres.”

Mientras le hacía caso a sus órdenes susurradas, su tensión empezó a aflojarse.

“¿Qué sientes?”, preguntó él.

Ella se atrevió a mirar hacia abajo al abismo de mar negro, el fulgor de la espuma blanca rompiendo ante la proa del barco. Si fuese a caer ahora, se vería arrastrada bajo el casco del barco y sin duda moriría. “Siento como que estoy engañándole a la muerte,” confesó ella, aunque sabía que el brazo de Gibb estaba firme en torno a su cintura.

“Sí, lass. Aquí arriba, estás a tu propia merced. Un marinero experimenta este miedo cada vez que trepa en los aparejos. Cuando estamos en alta mar, se deben hacer las reparaciones, y no son para los pusilánimes. Aquí arriba dependes de tu propia fuerza y saber que tú eres el único que controla tu destino.”

Isabella miró el agua romper contra la proa y tragó saliva. “Creo que lo prefiero cuando mis pies están sobre la cubierta.”

“¿De verdad?”, preguntó él, sin parecer muy convencido. “¿Recuerdas cuando estuvimos aquí, no hace tanto tiempo y sentías como que volabas?”

“Sí.”

“Cierra los ojos solo un momento.”

Ella no estaba muy segura de querer hacer nada, excepto bajarse de allí lo antes posible.

“¿Están cerrados?”, le preguntó él.

Santo Dios, si no le hacía caso ahora, siempre se preguntaría qué es lo que él habría hecho. Asintiendo con la cabeza, hizo lo que él le pidió.

Los labios de Gibb le rozaban la oreja. “Imagínate que estás montando un caballo. Sabes montar a caballo, ¿no?”

“Sí. Al estilo amazona.”

“Le espoleas al trote.” Mientras ella se lo imaginaba, Gibb la agarró de la cintura con fuerza y realizó el movimiento de trotar con ella. “Eso es, estamos en un camino y el viento sopla libremente en tu cabello, alzándolo como la bandera en la cima del mástil principal.”

Isabella ni se le ocurrió pensar en su cabello, pero estaba ondeando, el viento soplando y golpeándole la cara con fuerza.

Los movimientos de Gibb cambiaron. “Y ahora estamos a la carrera, cada vez más aprisa. ¿Estás conmigo, lass?”

El corazón de Isabella repiqueteó. “¡Más aprisa!”

Él presionó su pecho contra la espalda de ella, haciéndola inclinarse hacia delante. “Las fosas nasales de nuestro caballo están muy abiertas y está tirando del bocado. El camino por delante es abierto y él quiere cabalgar. ¿Le vamos a dejar que lo haga?”

“¡Sí!” Ella se inclinó hacia delante un poco más. “¡Que galope!”

“Él ha salido disparado corriendo a la carrera con tanta prisa que sus cascos no pisan el

suelo, y ¡ahora estamos en una nube, navegando hacia el mar!”

“¡Somos una estrella fugaz!”

“¡Tú lo eres!”, gritó él, su brazo soltándose un poco de la cintura de ella. “Ahora abre los ojos y siente lo que es ser Titán al mando de los mares.”

Isabella abrió los ojos, y la visión del mar negro ante ella le hizo contener la respiración, haciendo que sus puños se aferraran a los cabos. “¡No me sueltes!”

“Te tengo,” gruñó él. “Pero más aún, tú te tienes a ti misma. Estás en control de *tú* destino y eres capaz de lo que sea, incluso volar a un abismo suspendida por delante de la proa de un buque.”

Con sus palabras, Isabella le entregó su confianza. Con los pies en equilibrio en las cuerdas, se apoyó en el pecho poderoso de Gibb y soltó las cuerdas. Su corazón casi se le revienta mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Mañana se alejaría de este hombre, un hombre que hizo que un patito feo se sintiera hermosa y le enseñó cómo mandar en las olas como si fuese la reina del universo. Aunque este hombre tenía el estimado cargo de capitán, había pasado hora tras hora al lado de Isabella, ayudándola a traducir sus tabletas sin precio. Sí, al principio ella le había considerado un libertino, pero ahora sabía mejor. Este escocés era apasionado y dádivo y considerado. Cuidaba de su tripulación y un niño que se había quedado huérfano por la guerra.

“¿Dónde estás ahora?”, le susurró Gibb, su aliento rozando la oreja de ella.

Loca, profundamente y apasionadamente enamorada de tí.

Pero Isabella no podía decir la verdad en voz alta. Gibb MacGalloway le había dicho que era un hombre del mar y nunca tomaría esposa. El padre de ella dependía de que ella cumpliera con su obligación, si no sus años más viejos podrían tenerle en la pobreza. Ella no tenía a dónde ir ni a quién acudir, excepto el Sr. Schuyler, que había pagado caro tener a una dama inglesa como novia.

“Estoy ante las costas de Georgia, no lejos de Savannah y mañana empiezo un nuevo capítulo de mi vida,” contestó ella, ya no aterrorizada pero ahora dispuesta a enfrentarse a sus circunstancias.

El hombre detrás de ella se puso rígido. No dijo nada durante un rato, aunque el aire se tensó como si estuviera tan estirado como los cabos del *Prosperity's* rigging. “Y si...”

“¡Chis!” Ella había tenido una revelación monumental y se quedaría con ella. “Acabo de experimentar el momento más emocionante de mi vida, y no puede haber ningún “y sí.”

Isabella giró la cabeza y le miró a los ojos. “Gracias, pero ahora estoy preparada para bajarme.”

Una vez que sus pies estaban seguros en la madera, Gibb la agarró de la mano y se la besó. “Sabes que estás prometida con un desconocido.”

“Prometida con el único hombre que me haya hecho una petición de matrimonio.” Aunque la boca de Gibb se retorció, ella le calló dándole toquitos con su dedo índice en los labios. No quería obligarle a realizar una petición de mano, ni quería que él se sintiera obligado a hacerlo. “Cuando llegue mañana, el Sr. Schuyler ya no será un extraño.”

Isabella se llevó su cabello a un lado y lo retorció en una sogá y le dio una vuelta, creando un moño. “¿Puedes devolverme mis horquillas, por favor?”

Gibb no intentó hacerse con ella, sencillamente le ofreció las horquillas y la dejó hacer. Cuando ella terminó, dio un paso hacia atrás y se dio un toquecito en el peinado. “¿Cómo me ves?”

“Arrebatadora.”

Estaba exagerando, claro. Isabella podría haberle corregido diciéndole “pasable,” excepto que él discutiría. En lugar de ello, ella se puso recta y erguida mientras los ojos de ellos se miraron en un momento mudo de puro deseo. Luego ella se dio la media vuelta marchándose aprisa a su camarote.

Alejarse del Capitán Gibb MacGalloway fue la cosa más difícil que había hecho en toda su vida.

Capítulo Dieciséis

Gibb mantuvo la expresión de su rostro tan dura y pétrea que le dolía la mandíbula de apretar los dientes. El *Prosperity* había llegado antes del amanecer y había atracado en el puerto de Savannah, dando tiempo a su tripulación a subir los baúles de la Srta. Harcourt de la bodega y descargarlos en la dársena antes de que apareciera el Sr. Schuyler.

Se había vestido con sus mejores galas, una falda escocesa con el tartán de los MacGalloway, su puñal, *sgian dubh*, y sporran de costumbre. Se vistió con una camisa de lino con una corbata impecable con un chaleco de seda blanco. Por encima, llevaba un abrigo de capitán de color azul marino, con librea dorada, sus botones de latón pulidos y pareciendo tan nuevos como el día en que lo recibió de su sastre. Aunque siempre llevaba un bicornio naval cuando estaba en cubierta, esta mañana se puso su sombrero especial para ceremonias.

Después de que saliera el sol, Gibb hizo que Duncan les llevara el desayuno a las damas, pero se mantuvo lejos de los camarotes de los oficiales. Dejó dicho a Archie que le buscara cuando llegara a la dársena el minero, luego se llevó a Mac abajo para una inspección sorpresa de la zona de los marineros, además de una inspección de la bodega.

“Este sitio no es adecuado para un cerdo,” dijo él mirando la ropa y basura tirada por encima de la cubierta de mesana donde las hamacas colgaban en filas ordenadas, una al lado de la otra. Maldita sea, había dejado que las cosas se salieran de madre. “¿Qué diablos han estado haciendo durante esta travesía?”

El enorme suboficial pareció encogerse diez centímetros. “Lo siento, señor. No estaba tan desordenado cuando llegamos a Norfolk.”

“¿Ah, sí?” Preguntó Gibb, haciendo una mueca con los labios y dándole un golpecito con la punta del pie a un cuenco de madera en el suelo. “Te di este cargo porque pensé que tenías las agallas de dirigir a esta tripulación, lo cual significa que la mesana está limpia y ordenada en todo momento, la única excepción siendo posiblemente cuando estemos en medio de un huracán.”

Gibb tomó una camisa del suelo, la hizo una bola y la lanzó hacia una hamaca, la prenda desenrollándose mientras volaba por el aire, aterrizando en el borde de la maldita cama, quedándose colgando. “Estoy muy decepcionado.”

“Lo siento, señor.”

“Haga que los hombres ordenen este desastre ahora mismo. Lo quiero impecable antes de que salgamos de Savannah o exigiré su cabeza.”

“Sí, señor. Lo tendremos perfecto.”

“Ni una mota de suciedad, me oye, ni siquiera en el suelo.” La cara de Gibb mostraba su disgusto. “La próxima vez que pase por aquí, llevaré un par de guantes blancos.”

Las cosas eran peores una vez que llegaron a la bodega, al menos Gibb sentía que era así. Las barricas estaban todas alineadas y guardadas como debía ser, pero el suelo estaba cubierto de excrementos de gallina, y encontró una escalera con un peldaño roto. Además, había un agujero en la reja que impedía que las gallinas del barco se escaparan y treparan por encima de los malditos barriles.

Gibb estaba a punto de empezar otra retahíla de imprecaciones sobre sus expectativas de limpieza cuando Archie asomó la cabeza por la trampilla. “Disculpe, Capitán, pero ha llegado un

carruaje negro digno de un duque.”

La garganta de Gibb se cerró. “Que vaya Duncan a buscar a la Srta. Harcourt y la Srta. Hume”

“Sí, Capitán.”

Gibb señaló a su suboficial. “Arregle el peldaño roto y el agujero, limpie los excrementos de las gallinas y no permita que se salgan de su jaula nunca más.”

Mac se echó la escalera rota por encima del hombro como si no pesara más que una pluma. “Ahora mismo, Capitán. Lo tendremos limpio dentro de una hora.”

Para cuando Gibb subió a la cubierta principal, la Srta. Harcourt y la Srta. Hume salían de la zona de los oficiales. Sin parpadear, él se acercó a las damas y se inclinó ante ellas. “Buenos días. Confío en que hayan podido terminar de desayunar. Hemos tenido un viento favorable y hemos llegado un poco más temprano.”

“Sí, gracias. Duncan nos trajo gachas y un poco de zumo de limón con miel que el Cocinero subió a bordo en Norfolk.”

“Excelente. Sabían que el Capitán Cook le daba a su tripulación limones para evitar el escorbuto?”

“No tenía ni idea. ¿Funcionó?”

“A tenor de las anotaciones en su diario, parece ser que sí.” Gibb le ofreció un brazo mientras los marineros terminaban de colocar la pasarela. “Creo que ha llegado ya el Sr. Schuyler.”

La cara de Isabella se puso blanca. “Oh.”

Gowan se acercó a la Srta. Hume, le tomó de la mano y se la besó. “¿Promete escribirme?”

“Sabe que no puedo leer, pero lo haré si la Srta. Harcourt está dispuesta a ayudarme.”

Isabella se detuvo un momento. “Todo lo que necesitas es pedírmelo.”

Gibb hizo una mueca. “Vengan, damas, este no es momento para perder el tiempo. Hay un minero en la dársena que ha esperado meses para ver a su novia.”

La dama le agarró con más fuerza del brazo mientras reía con cierto nerviosismo. “Y así llega la hora en la cual mi destino será revelado.”

Esas palabras eran como un cuchillo clavado en las tripas de Gibb. Sin embargo, se obligó a sonreír. “Por lo menos no tendrá que sufrir la indignidad de ser bajada a un bote en la silla de un contraamaestre.”

La Srta. Hume soltó una risita. “Sí que me gusta su habilidad de mirar el lado positivo de las cosas, Capitán.”

Dejándole guiarla por la pasarela, Isabella suspiró. “Disfruté con la silla del contraamaestre cuando embarcamos.”

Gibb recordó ese día. Aunque se había sentido algo avergonzado por su comportamiento en el parque, la cara sonriente de la dama cuando los hombres la subieron a la cubierta enfatizaba su sorprendente sentido de la aventura.

Para cuando llegaron a la dársena, un hombre bien vestido con un abrigo, sombrero de copa y guantes blancos, se bajó del carruaje. Era casi tan alto como Gibb, aunque no tan ancho de espaldas.

Gibb dio una palmadita en los dedos de Isabella antes de enderezar el brazo y tirar de las mangas de su abrigo. En dos zancadas se puso delante del hombre elegante inclinándose. “¿El Sr. Schuyler, supongo?”

La mirada del hombre primero se fue hacia las mujeres antes de dirigirse a Gibb con una inclinación. “Sí, señor.”

Gibb hizo las presentaciones mientras miraba al minero, procurando no mirarle a los ojos a Isabella. Con una sonrisa enorme, el Sr. Schuyler tomó las manos de Isabella de inmediato. “Bienvenida a América, querida. No puedo decirle lo feliz que soy de que haya llegado al fin.”

El hombre se quitó el sombrero con galantería y le dio un beso apropiado en el dorso de la mano.

Gibb asintió con la cabeza a los marineros que había bajado a tierra para cargar los baúles de Isabella y luego señaló a la carreta detrás del carruaje. “Por favor, tengan cuidado especial con el baúl negro, chicos.” Luego se volvió hacia el Sr. Schuyler. “¿Viajarán lejos hoy?”

“Mi buque de correos está siendo suministrado para la carrera por el río Savannah. Se tarda un poco más de dos días para llegar a mi propiedad de Lockhart.” El hombre le hizo un gesto al lacayo para que abriera la puerta del carruaje. “Querida, le diré ahora que la casa está en un revuelo con la anticipación de su llegada.”

Isabella vio la mirada de Gibb, su expresión cautelosa. “¿Es una casa grande?”

“¡Oh, sí, es grande!” Los ojos del Sr. Schuyler brillaron con orgullo. “Contraté a un arquitecto que ha replicado el Palacio del Gobernador de Williamsburg.”

“Cielos, parece realmente colosal,” dijo la Srta. Hume.

“Solo lo mejor para mi novia,” dijo el Sr. Schuyler, guiando a Isabella hacia el carruaje.

Antes de que el pie de ella pisara el primer escalón, Gibb se adelantó. “Me gustaría darle las gracias a usted y a la Srta. Hume por venir con nosotros en este viaje y desearles todo lo mejor con la traducción de sus tabletas. Espero que den lugar a una riqueza de descubrimientos.”

“Gracias, Capitán y que tenga un viaje seguro usted y su tripulación,” dijo ella mientras su futuro marido la ayudaba a subir.

Gibb dio un paso hacia atrás, los puños cerrados con tanta fuerza que las uñas que había recordado esta mañana le clavaban la carne. No quería que le cayera bien el minero, pero el hombre parecía verdaderamente excitado por poder conocer a Isabella al fin..

Después de que las dos damas se subieran al carruaje, el Sr. Schuyler volvió a inclinarse, le dio las gracias y se subió al carruaje.

Su corazón, tan estremecido como sus puños, Gibb se dio la media vuelta y se encaminó hacia la pasarela. Arriba se encontró con su contramaestre. “Bueno, eso es todo, supongo.”

“Sí.” Gibb miró las velas plegadas del *Prosperity*. “¿Por qué no estamos preparándonos para llevar anclas?”

“Oh, pensé que querrías darles a los hombres un poco de permiso. Reabastecer los suministros, además de permitir que los hombres de Gowan realicen unas reparaciones necesarias a las velas.”

“El Cocinero reabasteció en Norfolk.” Gibb se fue hacia su camarote. “Dile a Gowan que tiene este día solo para sus reparaciones. Mañana salimos al amanecer, después de que inspeccione la cubierta de mesana.”

Con la espalda recta y los ojos puestos en el hombre que había realizado una oferta de matrimonio sin haberla conocido siquiera, Isabella estaba sentada al lado de Maribel en el carruaje. Debajo del sombrero de copa del Sr. Schuyler tenía el pelo gris en torno a las sienes y ojos marrones que tenían profundas arrugas en los bordes.

“¿Qué tal el viaje?”, preguntó él antes de toser en un pañuelo con una mueca de dolor. “¿Encontraron un mal tiempo?”

“Solo hubo una tormenta severa, pero la tripulación navegó bien,” replicó Isabella.

“Menos mal,” dijo él, dándose un golpe en el pecho y luego sacando una petaca de dentro

de su abrigo y bebiendo un sorbo.

“¿No se encuentra bien?”, preguntó Isabella.

“Estoy perfectamente bien.” Hizo una mueca mientras empujaba el corcho dentro del frasco. “Tengo un dolor en el pecho que viene y va. El doctor me ha dado este tónico, pero tiene un sabor horrible.”

Maribel miró a Isabella. “Mi madre siempre dice que a peor sabor más potente es la cura.”

El Sr. Schuyler se volvió a meter la petaca en el bolsillo. “Y eso es precisamente la razón por la cual aguanto este... desagradable brebaje.”

“Pensé que nos quedaríamos en Savannah,” dijo Isabella. “Mi padre mencionó que tiene habitaciones aquí.”

“Ciertamente, poseo una pequeña casa de ciudad que uso para realizar negocios, pero pensé que se sentiría más tranquila si veía la casa primero.” Sonrió. “Además, tengo al vicario esperando, y permanecer en Savannah solo es demorar las cosas más.”

Isabella tragó. “¿El vicario está en su casa?”

“Cerca. El Reverendo Marshall supervisa las misas en tres pueblos, pero ha estado de acuerdo en quedarse en Lockhart hasta su llegada.”

“Qué amable por su parte.” Una gota de sudor se escapó del bonete de Isabella y bajó por su cuello. Por alguna razón, ella pensó que le darían tiempo para acomodarse antes de la boda, semanas, un mes o... un año habría sido ideal. “¿Ha previsto una boda rápida?”

“Teniendo en cuenta que llevo meses esperando su llegada, yo no la llamaría rápida. Pero sí, si usted lo aprueba, espero que podamos recitar nuestros votos en cuanto lleguemos a casa.”

“¿De inmediato?”, preguntó Maribel, la voz subiendo mientras la cabeza de Isabella daba vueltas.

El Sr. Schuyler se aclaró la garganta y se dio un golpe en el pecho. “Quizás debería tener un día para acomodarse, claro.”

Isabella solo logró asentir con la cabeza y mantener los labios cerrados. Su corazón estaba destrozado. Se acababa de despedir de un hombre que había abierto una caja de Pandora de emociones en su alma. Con cada giro de las ruedas del carruaje, se volvía cada vez menos probable que ella volviera a ver a Gibb de nuevo. Con cada paso que daba la pareja de caballos, ella caía en el abismo de lo desconocido. Sí, el Sr. Schuyler parecía ser un caballero. Estaba bien vestido, hablaba bien y parecía verdaderamente feliz por la llegada de ella, pero ella no conocía a este hombre. No había pasado un mes cruzando el Atlántico con él.

“Estoy segura de que los arreglos que ha hecho serán perfectamente aceptables,” se escuchó a sí misma decir, su cuerpo entumecido. Sí tan solo pudiera gritar. Si tan solo pudiera decirle que quería salir corriendo de vuelta al *Prosperity* y a los brazos del Capitán MacGalloway. Pero Gibb había estado tan inexpresivo esta mañana. Quizás estaba dispuesto a pasar página. Después de todo, él le había dicho que estaba casado con el mar. No quería una esposa. No quería a alguien como ella arruinándole la vida. ¿No era él el hombre que había insistido en que todos los marineros casados acababan sintiéndose miserables?

Ella miró por la ventana, dándose cuenta de que viajaban por la ribera del río. “Ha mencionado que tomaremos un barco de correos?”

“Sí. Mi barco nos espera en el espigón del ferry río arriba.”

Isabella se agarró las manos con fuerza. “¿Habría sitio abordo para mis baúles?”

“Desde luego. Verá que no hacemos muchas cosas pequeñas en Georgia, y mi *Silver Star* es tan grande como un ferry. Podremos subir la carreta y el carruaje directamente abordo desde la dársena. Espero que ustedes dos no tengan inconveniente en compartir camarote bajo cubierta.”

Con alivio, Isabella movió la cabeza asintiendo. Aunque el Sr. Schuyler era un caballero sureño, seguía siendo un desconocido, y compartir espacio con su criada le aportaba un mínimo de consuelo.

“Es el *Silver Star* un vapor de mercancías?”, preguntó Maribel.

El Sr. Schuyler se sentó un poco más recto. “Es interesante que haya preguntado eso, señorita. He estado trabajando con un caballero en Augusta para financiar el primer vapor en el Savannah. Han realizado avances impresionantes, pero ha habido algunas explosiones. No hace falta decir que, hasta que puedan darme un barco que no se hunda o, peor aún, causar una lesión mortal, yo sigo usando un barco de vela.”

Isabella le dio un codazo a su doncella. “Hemos tenido bastante experiencia abordo buques de vela últimamente, ¿verdad?”

“Desde luego,” estuvo de acuerdo Maribel.

El Sr. Schuyler sonrió mientras Isabella estudiaba al hombre al cual iba a prometer amar, honrar y obedecer toda su vida, o la de él, teniendo en cuenta que era mucho mayor. Aunque su rostro parecía profundamente marcado por los años, parecía estar en forma. Su faz era atractiva, las uñas inmaculadamente limpias.

¿Pero sería un buen marido?

El tiempo dirá.

Capítulo Diecisiete

Arent Schuyler demostró ser sincero en todo lo que le había contado a Isabella durante el viaje por el río Savannah. De todas formas, la trepidación de ella aumentó mientras el barco se abría paso en las zonas silvestres americanas. Cuanto más se alejaban de la ciudad de Savannah, más salvaje se volvía el paisaje, los bosques más densos, las distancias entre granjas y viviendas cada vez más grandes. Y, parecía que cada domicilio que pasaban era más tosca que la precedente, hasta el que vio a una mujer cocinando en un fuego de leña con tres niños acurrucados bajo las tejas destartalladas de un galpón.

Se sintió bastante aliviada cuando atracaron en Augusta y cargaron el barco con suministros, evidentemente el lugar donde su futuro marido obtenía la mayor parte de sus suministros. Aunque solo se pararon unas cuantas horas, el Sr. Schuyler se había llevado a Isabella y Maribel en un breve recorrido a pie de la ciudad. Augusta era casi tan ajetreada como lo había sido Savannah, con casas elegantes y una gran cantidad de negocios. Pero fueron llevadas de vuelta aprisa al *Silver Star* para reanudar su viaje. Desgraciadamente, a tan solo una milla fuera de Augusta, lo silvestre era aún más denso que antes.

Justo cuando Isabella estaba convencida de que su prometido las llevaba a ella y Maribel a un galpón con suelo de tierra, los tripulantes amarraron las velas y tomaron los remos, dirigiendo al barco a la orilla, donde se amuralló ante una enorme propiedad. La boca de ella se quedó abierta de asombro indisimulado. La mansión ante ellas no era para nada como las casas con tejado de brezo y galpones que habían visto al pasar antes.

La casa de ladrillo rojo enorme estaba construida encima de un montículo y a una buena distancia del río para impedir que se anegara, había dicho el Sr. Schuyler. Jardines cuidados con caminos bordeados por setos y arriates de flores coloridas llevaban a una entrada, haciendo que la casa se pareciese mucho a una casa solariega inglesa digna de un noble.

Después de que el ama de llaves se llevara a Maribel bajo el ala, el Sr. Schuyler personalmente acompañó a Isabella en un recorrido de la casa. Las paredes circulares de la entrada estaban adornadas con armas muy al estilo de las grandes casas que había visto ella en Inglaterra, aunque estas armas provenían de la Guerra de Independencia americana, luchada contra sus propios ciudadanos.

Desde el salón al salón de baile no faltaba espacio. Incluso las cocinas eran grandes, incluyendo una despensa con estantes hasta el techo y una habitación de caldeo. La verdad es que ella nunca había visto una. Claro que muchas casas solariegas inglesas tenían habitaciones frías donde almacenar los productos perecederos, pero la habitación de caldeo estaba completa con un horno de hierro colado, que el Sr. Schuyler explicó era más eficaz para caldear habitaciones grandes. Y se refirió al comedor amplio como habitación para cenar.

Qué provincial, la verdad.

Los dormitorios estaban todos en el segundo piso, incluyendo una habitación totalmente equipada y nunca usada. Durante un momento, Isabella se quedó parada, conmocionada mirando la cuna, su corazón hundiéndose, su pecho tenso. En ese momento, se sintió golpeada por la dura realidad de que Gibb MacGalloway se había ido y ella nunca le volvería a ver. Las lágrimas le quemaban los ojos y se limpió la cara para ocultar su desesperación.

Menos mal que el Sr. Schuyler no pareció darse cuenta mientras seguía adelante,

animadamente, enseñándole habitación tras habitación, explicándole muchos detalles, desde el tipo de madera usada para las puertas y molduras, a los colores, las cortinas y por qué había elegido cada cosa.

Isabella caminó pesadamente detrás de él en todo el resto del recorrido, aunque todo era borroso para ella. Vagamente, recordaba las habitaciones de la servidumbre o los establos con docenas de caballos de diversas razas y tamaños, todos traídos a la propiedad por su prometido para cumplir con necesidades específicas.

Por el camino, el Sr. Schuyler le presentó a un sinfín de criados. Había tantos nombres que Isabella no podía recordar ninguno, excepto uno, el Sr. Booker, que gestionaba la mina, que ella descubrió que estaba en la propiedad. Todo estaba en la propiedad, parecía ser, después de todo, su futuro marido poseía más de sesenta mil acres, una propiedad de un tamaño insospechado en West Sussex.

El Sr. Booker vestía en mangas de camisa y calzones de cuero, y llevaba gafas. El Sr. Schuyler hablaba con el hombre con mucho respeto y luego le dijo a ella que ese hombre había estudiado derecho en la Universidad de Georgia.

La mayoría de los trabajadores vivían en el barracón que el Sr. Schuyler les proporcionaba o en la ciudad de Lockhart, que tenía una pequeña población de setecientos treinta y un habitantes.

Era todo sobrecogedor, mucho más agradable de lo que ella se había imaginado, y el hombre que había pagado a su padre por su mano parecía afable y algo atractivo, dada su edad avanzada.

Pero no era el Capitán Gibb MacGalloway.

No era el hombre que había besado a Isabella tras un árbol en un parque sin siquiera saber su nombre. No era el marinero que le había insistido en que nunca se casaría.

Isabella no recordó mucho del resto de ese día o la mañana siguiente cuando Maribel entró para ayudarla a vestirse. De hecho, Isabella se quedó inmóvil mientras su doncella le ahuecaba las faldas, le abrochaba y tensaba. Era como si su cuerpo estuviera entumecido, su mente sobrevolando las olas del Atlántico mientras colgaba de manera precaria en la proa de un buque.

Desde su desembarco en Savannah, todo había pasado demasiado deprisa. En la pequeña capilla en la propiedad, el tiempo avanzaba sin ella, como si estuviera fuera de su cuerpo, observando la ceremonia, de pie, al lado de un extraño al que se escuchaba a sí misma prometer amor, honor y obediencia.

De repente, el vicario les pronunció marido y mujer. El Sr. Schuyler, su marido la besó brevemente en los labios y la guio por el pasillo al sol del exterior, donde se agarró el pecho y se dobló con el alarido de dolor más horrible que ella hubiera escuchado jamás.

Isabella le rodeó los hombros con los brazos. “Cielo santo, ¿está enfermo?”

Con un gruñido, su marido se derrumbó, llevándosela a ella al suelo con él.

“¡Sr. Schuyler!” De rodillas, tomó la cara de él entre sus manos. “¡Arent!”

Cuando él no respondió, ella se giró en el suelo, buscando en las caras de aturridas de las docenas de criados y empleados presentes. “¡Socorro!”

El Sr. Booker se abrió paso entre la gente. “¡Doctor!”, gritó.

Isabella miró frenéticamente entre la gente buscando alguien que pudiera ser un médico. Un hombre joven se arrodilló al lado de ella, colocando dos dedos en el cuello de su marido. “Su pulso es débil. Deprisa, tenemos que llevarla a la cama.”

Por lo menos una docena de hombres cargaron con el cuerpo inconsciente del Sr. Schuyler a hombros y empezaron a irse en dirección a la casa. Mientras les seguía, las manos de Isabella temblaban, especialmente la mano que ahora estaba adornada por un brillante anillo de bodas.

Se le indicó que esperara en el pasillo mientras el médico asistía a Arent en su dormitorio, una habitación que ella todavía no había visto. Maribel le trajo una silla e Isabella se quedó sentada allí hora tras hora mientras el médico mandaba buscar su maletín. No hubo banquete de boda. No habría noche de bodas. Y mientras pasaba el tiempo, Isabella empezó a preguntarse si la boda había tenido lugar realmente o no.

Era de noche cuando el médico salió, su mirada sombría y grave. Se dirigió a ella con ojos hundidos, sin parpadear. “Siento traerle noticias trágicas, pero su marido ha sufrido un fallo coronario. Me temo que no he podido reanimarle.”

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla y entró por el borde de su boca aportándole un sabor salado. Con los ojos enrojecidos, ella miró por la puerta abierta al cuerpo sin vida del Sr. Schuyler, un hombre que apenas conoció.

Había sido bondadoso, y ella creyó que él la habría tratado bien.

Rompiendo a llorar, Isabella se inclinó hacia delante, hundiendo la cara en las palmas de las manos. “Dios mío, ¿qué hago ahora?”

No hubo respuesta a su pregunta, el pasillo llenándose del sonido de los sollozos que le estremecían el cuerpo. Isabella solo había venido a América para ayudar a su padre. Y, de camino, se había enamorado del único hombre que le había dado un beso apasionado. Pero ella le había dado la espalda por obligación, no porque él hubiera dicho que nunca se casaría, sino porque estaba obligada a cumplir un acuerdo al que su padre había llegado con el caballero que acababa de dejarla viuda.

A estas alturas, el *Prosperity* había partido rumbo a Inglaterra, y ella estaba aquí en una tierra extranjera donde no conocía absolutamente a nadie.

“Sra. Schuyler. Estoy seguro de que esto ha sido una conmoción terrible.” El médico le colocó una mano en el hombro. “Permítame darle algo para ayudarla a dormir.”

El sueño llegó sin sueños, como si alguien hubiera colocado a Isabella en una tumba sellada. Ella no quería despertar, no quería hacer nada, excepto sucumbir a la oscuridad que la rodeaba.

“¿Señorita?” La voz de Maribel atravesó la neblina. “¿Está despierta?”

Isabella se rodó a un costado. “Vete.”

“Pero es por la tarde.” La criada abrió las cortinas a los rayos de luz despiadados. “Estoy tan preocupada por usted.”

Isabella se tapó la vista con un brazo. ¿Había escuchado bien a Maribel? Seguro que sí, porque las ventanas daban al oeste y el sol había pasado claramente a ese lado de la casa. “¿Has dicho por la tarde?” Cielos, su boca estaba pegajosa y seca. “¿Qué hora es?”

“Son las dos de la tarde.”

Nunca en su vida había dormido tarde, e Isabella no podía creer que pudiera ser las dos hasta que alzó la cabeza lo suficiente como para ver el reloj en la repisa. “Uff,” murmuró ella, dejándose caer en la almohada. “El tónico del médico ha debido ser muy potente desde luego.”

“Vine varias veces para ofrecerle mis condolencias. Lo siento mucho, muchísimo por usted. Debe estar muy apenada.” Maribel se desplazó a un lado de la cama y le sostuvo la bata de Isabella. “¿Cómo se encuentra ahora?”

“Apenas lo puedo saber.” La cabeza de Isabella daba vueltas mientras descolgaba las piernas por el borde de la cama y lentamente se puso en pie. “Toda esta farsa desde el momento en que mi padre me dijo que estaba prometida con el Sr. Schuyler ha sido una verdadera pesadilla.”

“Imaginar que se convierte en viuda nada más intercambiar los votos.”

Isabel se puso la bata. Cielo santo, era viuda.

La Sra. Schuyler, la viuda.

“Déjeme ayudarla a la mesa. Le he traído un poco de té y un cuenco de gachas con miel y pasas.” Maribel la tomó del codo. “¿No es demasiado tarde en el día para gachas, verdad?”

Isabella se sentó y estiró una mano para alcanzar la tetera. No tenía ganas de comer nada, aunque un poco de té le debería aclarar la boca. “Gachas está bien.”

“Excelente.” Maribel se sentó en la silla enfrente de ella. Como criada, no se tomaba libertades muy a menudo, pero a Isabella no le importó, en realidad, nunca le importaba que lo hiciera. Había estado con la criada tanto tiempo que consideraba a la mujer más como una amiga que una criada. “¿Supongo que no sería una sorpresa si le digo que el vicario y el Sr. Booker la han estado esperando?”

Sorbiendo su té, Isabella cerró los ojos y dejó que el líquido la caldeara. “¿Me están esperando?”

“Sí, debe estar de acuerdo con los arreglos, sabe.”

Ella se frotó las sienes para calmar el martilleo en su cabeza. “Supongo que debo hacerlo.”

Por segunda vez, Isabella se dispuso a vestirse y prepararse para la jornada mientras su mente parecía estar totalmente obnubilada.

“¿No me he imaginado que haya pensado mucho en qué hará?”, preguntó Maribel mientras le remetía dentro los lazos del vestido.

“¿Cómo es posible que lo hiciera?” Isabella agarró a su doncella de las manos. Aunque ahora era una viuda, no tenía ni idea de quién podría ser el heredero del Sr. Schuyler, y el temor de lo que podría pasarle a ella le hizo sentir una nueva inquietud. “Pase lo que pase, siempre tendrás un empleo conmigo.” Aunque no tenía fundamento para realizar semejante promesa, se sentía obligada a tranquilizar a su criada. Después de todo, Maribel había elegido desembarcarse en Savannah, dándole la espalda al Sr. Erskine.

Asintiendo con la cabeza, la criada hizo un gesto con la boca como si tuviera algo más que decir pero sin encontrar las palabras.

No tenía sentido demorar lo inevitable e Isabella soltó las manos de Maribel, sus dedos temblando mientras se alisaba las faldas. “¿Dónde has dicho que están esperando el Sr. Booker y el vicario?”

“En la biblioteca.”

Isabella se dirigió a la puerta, pero se detuvo de repente y se giró. “¿Dónde, exactamente, se encuentra la biblioteca en esta mansión?”

“Planta baja, al lado de la entrada.”

“Por supuesto.” Señaló el suelo. “Abajo por la enorme escalinata... ¿qué está...?”

Maribel resopló amistosamente. “Doble a la izquierda, luego siga recto hasta que la vea.”

“Correcto.” Isabella se inclinó ante ella brevemente. “Gracias. No creo que hubiera podido sobrevivir esta prueba sin tenerte aquí.”

Claro, el Sr. Booker y el vicario tenían que hablar con ella acerca de los arreglos funerarios, y los siguientes días los ocupó con la triste tarea de hacer el papel de la esposa apenada del fallecido. Después de que el director de pompas fúnebres preparase el cuerpo del Sr. Schuyler, el cadáver fue colocado encima de una mesa en el salón, donde Isabella se quedó sentada con las cortinas echadas, vistiendo un viejo vestido de brocado de luto que una vez había llevado en un funeral en West Sussex. Pasaron tantas personas para presentar sus respetos, la mayoría vistiendo

ropas de trabajo, una gran cantidad de las cuales eran hombres, claro, ya que esta era la ubicación de la mina.

Como planearon con el vicario, el funeral se llevó a cabo el tercer día. Había asistido tantas personas que la mayoría no cabían en la capilla y se quedaron en pie fuera. En la tumba, hasta el último de ellos le besó en la mano y le dieron el pésame antes de irse.

Era tarde ese día cuando la única persona que quedaba era el Sr. Booker. “¿Le apetece dar una vuelta, señora?”, preguntó él, ofreciéndole un codo.

Ella le colocó los dedos en el brazo de buena gana. “Me gustaría, verdaderamente, gracias.”

“¿Le enseñó Arent la mina?”

“No, me temo que no llegamos a ir hasta allí.”

El Sr. Booker empezó a ir en esa dirección. “Claro que a los hombres se les dió día libre ese día, pero quizás le gustaría ver lo que ha heredado.”

Ella tosió con una risa irónica. “¿Heredado? Creo que no le he escuchado bien, señor.”

“Al contrario. Me ha escuchado muy bien. Poco después de la Guerra de Independencia, el estado de Georgia adoptó una constitución en la cual la práctica del mayorazgo fue abolida. La ley indica claramente que cualquier persona que muere sin testamento tendrá sus bienes divididos de manera igualitaria entre sus hijos y la viuda tendrá la porción de un hijo o su dote según su deseo.”

“Pero yo no tuve dote.”

“Y no tiene hijos, lo cual quiere decir que usted hereda la totalidad de los bienes.”

“¿La totalidad? ¿No hizo el Sr. Schuyler un testamento?”

El Sr. Booker suspiró, su rostro serio. “Sí que tenía uno, pero cuando recibió contestación del padre de usted acordando las condiciones del matrimonio, insistió en agregar una cláusula indicando que todo lo anterior era nulo y no vinculante cuando hiciera sus votos.”

“¿Lo hizo sin conocerme primero?”

“Creo que estaba enamorado de usted antes de que saliera de Gran Bretaña. Al menos, estaba enamorado de la *idea* de usted.”

Con un gruñido, ella cerró los ojos y se recriminó por no haber considerado al hombre siquiera y perder el corazón completamente, dándoselo al Capitán MacGalloway. Ni siquiera había considerado en darle una oportunidad a su marido. “¿Era un buen hombre, no?”

“Un patrón generoso pero exigente.”

“¿Durante cuánto tiempo trabajó para él?”

“Dos docenas de años más o menos.”

“¿Le pagó de manera justa durante ese tiempo?”

“Muy justamente.”

“¿Y he de suponer que la mina produce bien?”

“Muy bien. De hecho, hace poco hemos encontrado una nueva veta de mena de oro que espero nos mantenga ocupados durante bastante tiempo.”

Parándose, Isabella se llevó las manos al bonete. “¿Ha dicho oro?”

Una sonrisa amarga apareció en los labios del abogado mientras asentía con la cabeza.

“Pero pensé que esta era una mina de plata.”

“Empezó siendo así, pero la verdad es que la plata a menudo se encuentra con el oro, solo es que no lo hemos publicitado por razones de seguridad. Arnt no solo era un hombre bueno, era un hombre muy astuto. Aunque la mina tiene una milicia de élite para mantener a raya a los ladrones, siempre trató bien a sus mineros y a su vez, no encontrará un grupo de trabajadores más fiel. “Cielos.” Ella siguió adelante mientras los pensamientos rebotaban en su cabeza como

si estuvieran atados a resortes. “¿He de asumir que con esta nueva veta de mena usted anticipa que la riqueza de la propiedad crecerá de manera exponencial?”

“Muy definitivamente, señora.”

Isabella miró hacia la casa, dándose cuenta de que era realmente palaciega, especialmente cuando se comparaba con cualquier cosa que ella hubiera visto hasta la fecha. “Dígame, antes de que mi marido añadiera la cláusula que ponía todos sus bienes en mis manos, ¿a quién había nombrado en su testamento?”

El Sr. Booker se enderezó un poco y se alisó las manos en las solapas. “A mí.”

Capítulo Dieciocho

Después de realizar la entrega del cargamento de algodón a la fábrica MacGalloway, Gibb acudió a Londres llamado por su madre. En realidad, los ocho hijos fueron llamados. Su presencia era requerida no solo para el comienzo de la Temporada, sino para la celebración del cuarenta y cinco cumpleaños de Mamá. Claro que su madre era inglesa y con ocho hijos, Su Excelencia era una de las mecenas más estimadas de la alta sociedad.

Gibb se sentó enfrente de su hermano mayor, Martin, en la biblioteca ducal de la casa familiar en Mayfair.

“Aquí está.” El duque llamó a una criada para que entrara. “Coloca la bandeja del té en la mesa baja, por favor.”

“Sí, Su Excelencia.”

Gibb se encogió. ¿Té?”

Ante la pregunta, la expresión de Martin era una de incredulidad elitista: labios tensos, la nariz levemente alzada, ojos azules muy abiertos. Era una expresión heredada de su padre, afectando un aire ensayado que implicaba: *Si creo que las tonterías que acaban de salir de tu boca son un sinsentido y no voy a aguantar una palabra más de ello*. Sin embargo, el duque contestó, “Es un poco temprano todavía. No me digas que tus años en el mar te han convertido en un borrachín.”

Aunque fuera un duque, Martin era primero y antes que nada, hermano de Gibb y Gibb no iba a tolerar la reprimenda, nunca lo había hecho ni lo haría. “¿Te ha ablandado el matrimonio, tonto?”

La cara de la criada se puso escarlata, sus labios formaron una línea fina. Estaba obviamente intentando no soltar una risa mientras servía leche en ambas tazas de té.

Martin, sin embargo, no se dio por aludido. “Si acaso, el matrimonio me ha hecho más listo, cara de oveja.” A pesar de su rango, el hermano mayor de Gibb nunca fallaba cuando se trataba de devolver un insulto.

Todavía sin sonreír, el duque alcanzó su taza y platillo. Alzó el meñique mientras bebía, causando que su hermano menor resoplara burlón. “Cuéntame, ¿salió todo como se planeó con la Srta. Harcourt?”

Las entrañas de Gibb se revolvieron. Esto debía ser la vez quinientos cuarenta y tres en que lo hacían porque sus entrañas no habían dejado de castigarle desde el día en que el *Prosperity* salió de Savannah. Una y otra vez se había recriminado por dejarla ir, pero no había tenido una opción, ¿verdad? Sus órdenes fueron las de llevar a la mujer a Savannah, no enamorarse de ella. Además, él no estaba para nada enamorado. Se había repetido a sí mismo cada hora desde los últimos dos meses. “Sí, mandé aviso desde Norfolk y el Sr. Schuyler nos recibió en el puerto. Pareció ser un tipo afable.”

Martin dejó escapar un suspiro. “Me alegro de ello. Durante la breve visita de la chica en Newhailes, se hizo entrañable con la familia. Todos hemos estado esperando que se casara con un tipo decente.”

Debido al tamaño del agujero que tenía en el pecho, Gibb no sintió ningún alivio. “¿Por qué sir Kingston vendió su mano a un completo desconocido?”

“No dijo mucho acerca de ello, aparte de que su hija empezaba a tener ya una edad y

necesitaba casarse mientras todavía pudiera.”

“Dios mío, si solo tiene veinticinco años.”

“Lo suficiente, supongo.” Martin empujó la taza y el platillo hacia Gibb. “Venga, Pruébalo. Nunca te he visto despreciar una galleta de la Cocinera, tampoco.”

Gibb bajó la vista a la bandeja, mirando las galletas por primera vez. Ciertamente, nunca había podido resistirlas. Tomó una y se la metió en la boca de una vez, solo para ver la cara de Martin. Cuando recibió otra expresión de incredulidad elitista, tomó su taza de té y se la acabó de un solo trago procurando no extender el meñique.

Devolvió la taza al platillo con un sonoro ruido y eructó para mayor énfasis. “¿Por qué ha decidido nuestra madre hacer de su cuarenta y cinco cumpleaños un evento portentoso?”

Con un gruñido, el duque desvió la mirada de Gibb. “Desea divertirse un poco. Especialmente después de que Papá falleció de hidropesía, ella siente que no le queda mucho tiempo.”

“¿Nuestra madre?” Gibb tomó otra galleta. “Ella vivirá para siempre.”

“Yo también pensé lo mismo, pero ¿por qué no dejarla planear un gran evento? Después de todo, la mujer ha estado dos años de luto. Es hora de que se fije en... otras cosas.”

Gibb no estaba seguro de que le gustara que su madre hiciera otra cosa aparte de hacer de madre y duquesa, coquetear para nada. No, absolutamente nada de coqueteo. “¿Crees que se volverá a casar?”

“¿Con Grace y Modesty todavía sin ser presentadas en sociedad? Dudo que tenga tiempo para un cortejo.” Martin tomó una galleta y la mordió. Maldita sea, hace tan solo tres años, se la habría zampado de una vez. “Y su edad seguirá siendo un misterio. No lo tenemos que decir ni a un alma.”

“¿De verdad?”, preguntó Gibb. “Es una duquesa. La mitad de los miembros de alta sociedad ya saben su edad.”

“Ni una palabra.” Martin se metió la mitad de la galleta en la boca.

“Y espera que te mantengas alejado de las mesas de cartas y los bailes. Toda la noche, sabes.”

“Maldita sea, ¿solo yo o este edicto de bailes es para Philip, Andrew y Frederick también?”

“Todos nosotros.”

“¿Y qué de Grace y Modesty? ¿No son demasiado jóvenes para asistir a un baile?”

“Es una fiesta de cumpleaños. Mamá quiere que todos celebremos con ella, y eso haremos. Y espera tener una tarjeta de baile completa.” Martin terminó su té. “Pero basta ya de eso. Cuéntame, ¿cómo va el *Prosperity*?”

“Muy bien.” Gibb se reclinó en su asiento, aliviado de ver que la conversación se alejaba de asuntos familiares. “He programado unos trabajos de reparación necesarios mientras esté en Londres.”

“Bien, estaba esperando que te quedaras un tiempo aquí.” Martín agarró los reposabrazos de terciopelo de su silla. “¿Tienes alguna intención de sentar cabeza?”

Una imagen de Isabella en la cubierta, con su pelo ondeando como una vela en el viento, le vino a la cabeza.

“Ninguna.”

“No veo por qué sientes tanta aversión a esa idea. Sé de muchos capitanes marinos que se casan y tienen familias. Todos parecen poder acomodarse a ello.”

Con los labios adoptando una línea, la barbilla baja, los ojos como los de un águila, Gibb se aseguró de que su expresión le hiciera ver a su hermano que no estaba para tonterías. “No estoy

interesado en el matrimonio.”

“Bueno, entonces, ¿qué te interesa? Philip me dice que no hay necesidad de que vayas a América de nuevo hasta la primavera.”

Gibb se echó atrás en su asiento un poco. “La última vez que hablamos, añadir a la flota, llevar tela de algodón a todos los puertos de Europa.”

“Correcto. ¿Tienes un buque en mente? ¿Una tripulación?”

“Es el concepto más que las cosas concretas. El viaje a América es largo y es mejor realizar la travesía con un buque con un casco grande.”

“Pensé que el *Prosperity* era el más grande de su clase.”

“Lo es. Me parece bien guardarlo para los viajes transatlánticos.” Gibb tiró con las uñas de un poco de hilo suelto en la tapicería azul de damasco de su silla. “Aunque estoy pensando en cúters para los envíos europeos, además de adquirir uno como el *HMS Temeraire* que pueda navegar a donde sea, ese barco es una bestia colosal.”

“Oh, me gusta tu manera de pensar, hermano.” Sonriendo, Martin tamborileó con los dedos. “Mientras estés aquí, creo que deberías buscar un lugar para vivir.”

La verdad era que la idea de comprarse una casa era algo que se le había pasado por la mente a Gibb, durante un cuarto de hora y luego había vuelto a la cordura. “Una casita suena tentador, pero no. Me basta con alquilar habitaciones cuando sea necesario.”

“¿Oh, sí? ¿Ahora quién es el tonto? Tarde o temprano vas a necesitar un domicilio permanente, un lugar donde guardar todos los tesoros que estás coleccionando en puertos extranjeros. Sé que piensas que tu corazón está metido en algún cofre en el fondo del Atlántico, pero hazme caso, un día una linda mujer se apoderará de tu corazón.”

Gibb se movió en su asiento. No había posibilidad de que mencionara todas las horas que pasó al lado de la Srta. Harcourt ayudándola a recomponer sus tabletas. O sus besos... *nunca* reconocería los besos. “Ah, prefiero llevar a mi tripulación a un viaje al Caribe en busca de plata española.”

“Ahora hablas como un pirata.”

“Y tú como Papá.” Gibb miró su reloj de bolsillo, dándose cuenta de que ya eran las tres de la tarde. “¿Te parece que es lo suficientemente tarde para una copita de algo?”

Martin se puso en pie y se fue hacia el aparador. “Me estás retorciendo el brazo. Quizás deberíamos brindar por tu próxima aventura.”

El salón de baile de la casa londinense de la familia no era para nada tan magnífico como la antigua gran sala que usaban cuando organizaban un gran evento en el Castillo de Stack en la punta noreste de la tierra firme de Escocia, pero era parecido. La madre de Gibb se había superado a sí misma, desde una docena de arañas de cristal nuevas en los techos hasta el suelo de madera pulido hasta tener el brillo de un lago de las Tierras Altas de Escocia en un día sin viento.

Donde mirase, Gibb veía un arreglo exquisito de flores exóticas, cada una más magnífica que la precedente. El que tenía a su lado estaba lleno de flores de todas las tonalidades de rosa imaginables. ¿Quién iba a saber que las flores de color rosa pudieran ser de tantas tonalidades?

“Mamá ha debido vaciar todos los invernaderos del sur de Inglaterra,” dijo Philip, colocándose al lado de Gibb y pasándole un vaso de algo que era tan rosado como las flores cosmos rosadas del arreglo que acababa de admirar.

Gibb tomó la bebida. “¿Has probado esto?”, preguntó, su mirada yendo a la coronilla de la cabeza de su hermano, para asegurarse de no haber confundido a su hermano Philip con su gemelo, Andrew. Aunque el mechón de pelo característico de Philip estaba repeinado con una

aplicación de aceite capilar, seguía apuntando hacia arriba un poco en el lugar donde su coronilla empezaba a curvarse hacia abajo.

Philip alzó su vaso y frunció las cejas. “Sí, es quizás demasiado amargo, aunque tiene azúcar. Supongo que esta bebida como jarabe es tan dulce como el glaseado de un pastel.”

“Puaj,” dijo Gibb para sus adentros. “Y, apuesto que no hay ni una gota de alcohol en ello.”

“Con Grace y Modesty presentes, supongo que tienes razón.”

Gibb tomó un sorbo más grande y casi se atraganta. El dulzor era casi sobrecogedor, seguido por una acidez que se le metió bajo la mandíbula. “Maldita sea, esto es suficiente como para hacer que un guerrero bizquease.”

“Sí, o mandarle los huevos a la garganta.”

Los dos intentaron suprimir la risa, lo cual les hizo resoplar. Cuando Gibb crecía, siempre intentaba superar a Martin y a menudo Philip y Andrew se unían a él en franca camaradería. Philip era el más cabezón de los dos gemelos, parecido a Gibb. A menudo Gibb y Philip veían las cosas de manera igual, en cosas en las que todos los demás estaban en desacuerdo.

La duquesa viuda pasó por el lado de ellos dos bailando, la mano encima del hombro del Conde de Sussex. Gibb alzó el vaso ante ellos. “Está bien ver que Mamá se divierte.”

“Y ni uno de sus hijos ha tenido que firmar su tarjeta de baile.” Philip guiñó un ojo. “Tengo entendido que tenemos que darle las gracias a Julia por su intervención.”

“Me gusta la mujer de Martin,” dijo Gibb de acuerdo con su hermano, viendo a la duquesa en persona bailando con el Marqués de Northampton.

Philip le miró con la frente levemente fruncida. “Pensé que no aprobabas ese matrimonio.”

“Quizás no al principio, después de todo, me la presentaron cuando ella se hacía pasar por Jules Smallwood, administrador de nuestro estimado hermano. Me quedé algo confuso cuando descubrí que era realmente una mujer. Sin embargo, ahora que la he llegado a conocer, me he dado cuenta de que aparte de ser la pareja perfecta de Martin, es realmente una persona emprendedora.”

Philip hizo un gesto con la cabeza hacia la duquesa cuando ella pasó por su lado. “He de estar de acuerdo. Después de todo, es probable que no haya otra mujer en toda Gran Bretaña capaz de colocarse como administrador de un duque, sin que su engaño se descubriera desde el primer día.”

Luego una belleza pasó bailando, saludándoles con una sonrisa brillante. “Cielo santo, ¿es esa Grace?”, preguntó Gibb mirando a su hermana, el mentón casi cayendo en su pecho.

“Dios nos salve a todos,” Philip murmuró. “Es demasiado joven todavía.”

“Es demasiado bonita, si me preguntan a mí.”

“Sí, eso también. Martin tendrá que tener sus pistolas de batirse en duelo preparado cuando la chica llegue a la mayoría de edad.”

Gibb alzó su vaso y se dio cuenta de que durante su conversación había logrado beberse el contenido a pesar de su sabor empalagoso.

Philip llamó a un lacayo con una bandeja de plata llena de demasiadas bebidas rosada y cambió los vasos de ellos por una pareja nueva. “¿Eres lo bastante hombre para tolerar un segundo vaso de esto?”

Sin probar un sorbo, Gibb hizo una mueca al pensar en el regusto amargo. “¿Y si nos vamos la biblioteca y añadimos un poco de whisky a esto?”

Su hermano movió las cejas de color caoba. “¿Y cómo es que no se me ocurrió eso?”

“Ay, no tengo ni idea. ¿Te ha estado invitando Marty a tomar té, o es que estás mal de la cabeza nada más?”

“Lo único que me pone mal de la cabeza es este ponche.”

Gibb ladeó la cabeza hacia la puerta que estaba detrás de ellos. “Seguro que no se dará cuenta nadie de que nos hemos ido.”

“¿Bromeas? Tenemos orden estricta de Martin de estar presentes en todo momento, supongo que tiene espías puestos en cada refugio de la casa.”

Gibb tiró de la manga de la chaqueta de su hermano. “Entonces hemos de amotinarnos.”

“Permíteme enseñarte el camino.”

Los dos cómplices no habían dado más de dos pasos en el pasillo cuando Modesty, la más joven de los hermanos MacGalloway, les bloqueó el paso. “¡Phiiliip!”, exclamó ella, rodeando con los brazos al más mayor de los gemelos. “¡Estoy teniendo una calamidad y necesito tu ayuda de manera inmensa!”

Con un gemido, Gibb entornó los ojos mirando al techo mientras su hermano más pequeño le colocó una mano en el hombro de la chica. “Oh, estás tan bonita, ¿cómo es que te pueda preocupar algo en esta noche, niña?”

Modesty hizo un mohín, haciendo que sus pecas destacaran más si cabe. La chica no se parecía en nada a Grace. Modesty tenía el pelo pelirrojo y más pecas que Philip y Andrew juntos. “La Srta. Annabel me ha desatado los lazos. Es una arpía, te digo.”

Philip le dio un toquecito en la nariz a la niña. “Estoy de acuerdo con eso, pero, ¿no tienes doncella para arreglarlo?”

“No.” Modesty movió los hombros hacia delante y hacia atrás, haciendo que sus tirabuzones rojos se balancearan. “Mi institutriz me ayudó a vestirme, pero ella está arriba en el cuarto de los niños.”

“¿Y tus hermanas?”, preguntó Philip.

“Las dos están bailando.”

Gibb tomó el vaso de ponche de la mano de Philip. “Yo me ocupo de esto mientras tú atas los lazos de nuestra hermana pequeña.”

No esperó una contestación y se fue deprisa escaleras arriba y entró en la biblioteca. Pero el decantador de cristal tallado había sido retirado del aparador. Maldita sea Martin y Mamá o Julia. Una de las dos mujeres le había dicho a Martin que escondiera el licor a buen seguro.

Después de colocar los vasos en la bandeja de plata vacía, Gibb se aproximó al escritorio y abrió el cajón de abajo. Maldición y maldición de nuevo, estaba vacío también.

Cielo santo, Marty, lo siguiente es que te harán santo, tonto.

Se tocó el labio con la punta del dedo, un libro encuadernado en cuero llamándole la atención mientras en su mente surgió un recuerdo, de su infancia. Se fue directamente hacia el libro y lo retiró de la estantería. Hace años, cuando era un niño pequeño, había estado jugando al escondite tras las cortinas de la biblioteca. Mientras estaba escondido, su padre entró, retiró ese mismo libro, lo abrió y sacó una llave. Con la llave, su padre, apartó una de las cortinas a un lado y después de unos ruidos, salió de nuevo con una tabaquera.

“Aquí está,” dijo Gibb encontrando la llave escondida en un sobre adherido a la tapa posterior del volumen. “Veamos si el botín de Papá incluye algo más que tabaco.”

Gibb apartó la cortina y encontró una cerradura pequeña a la altura de su cintura, tan escondida que se podía confundir fácilmente con una mella en la pared. Alisó la mano por encima del revestimiento de madera, sus dedos percibiendo un leve hueco. Quien fuera que instaló este escondrijo lo había hecho con trabajo superior. “¿Qué has ocultado aquí dentro, querido padre?”

Miró por encima del hombro mientras le recorría un escalofrío en la piel. ¿Sabía Martin del

escondite de Papá? Gibb dudó mucho que Mamá lo supiera. Después de meter la llave y abrir la puerta secreta, encontró una caja de madera de Rapé Imperial. Más atrás, pudo ver un destello de una botella de vidrio.

“¿Qué tenemos aquí?”, se preguntó, sacándola y examinando la etiqueta. “Whisky MacGalloway, embotellado en 1745. “Mi agradecimiento, Papá. Sabía que esconderías solo lo mejor.”

Gibb se dio prisa en llenar los vasos con dos dedos de whisky en cada uno, luego dejó todo tal y como se lo había encontrado. Un día puede que le contara a Martin lo del escondrijo, pero no iba a ser hoy.

Cuando salió de la biblioteca escuchó el grito de una voz histérica, una voz madura de mujer que no era la de Modesty ni la de alguna mujer que Gibb conociese.

“¡Esto es un escándalo de proporciones magnas!”, chilló la voz.

¿Qué diablos?

Aprisa, Gibb fue corriendo por el pasillo hasta las escaleras, la bebida de ponche derramándose por encima de los dedos. Cuando llegó al relleno, no podía creer lo que veían sus ojos.

“Es culpa mía,” dijo una joven mujer apartándose de los brazos de Philip. ¡Cielo santo, de sus malditos brazos! “Tropecé con mi dobladillo,” dijo ella horrorizada. “Soy tan torpe.”

“¿Tropezó?”

“¿Tropezaste?” La mujer más mayor se burló, abriendo su abanico y abanicándose vigorosamente la cara para enfriársela. “No lo creo ni por un instante. Has estado fuera de la sala de baile un rato larguísimo. Cuando me puse a buscarte, te encontré en brazos de este hombre. No me intentes decir que Lord Philip MacGalloway no te ha comprometido. Esto es *escandaloso*, digo, y para mañana toda la alta sociedad sabrá que te has arruinado.”

“¿Perdón?” Gibb bajó los escalones restantes y se pudo entre la mujer y su hermano. “¿Por qué necesita nadie saber lo que ha pasado aquí?” Miró de un lado del pasillo al otro, dando gracias por no ver a nadie más que el hermano gemelo de Philip, Andrew, que estaba bloqueando la puerta al salón de baile, seguramente después de escuchar el intercambio.

“Yo lo sé,” insistió la mujer. “Y todo el mundo con un par de orejas lo sabe. Exijo una petición de matrimonio para mi hija de inmediato, o no tendré más remedio que informar al padre de mi hija de esta indecencia.”

La chica agarró el brazo de su madre. “Por favor, Mamá, no ha sido culpa del Lord.”

La mirada de anguila de la mujer no se desplazó de la cara de Philip. “¡Tonterías!”

Gibb había escuchado suficiente. Agarrando los dos vasos perfectamente nivelados, sopesó verter el contenido de los dos encima de la mujer, excepto que era una pena malgastar un vintage de 1745. “Disculpe, señora, pero creo que...”

Philip agarró el hombro de Gibb con firmeza, le llevó a un lado y se aclaró la garganta. “Srta. Radcliffe, sería un estimado honor si usted considerara mi oferta de matrimonio más sentida.”

“¿Qué?” dijo Gibb, ganándose un codazo en las costillas del gemelo mayor, haciendo que el ponche le salpicara los dedos y por desgracia no por encima de la Sra. Radcliffe.

La mujer sonrió con un aire arrogante y triunfal. “Contéstale de inmediato, Eugenia.”

La mirada de la joven se desplazó lentamente hacia arriba, encontrándose con la mirada fría de Philip. La verdad es que era una chica bastante bonita, con el pelo rubio y ojos azules, una cara de ángel acompañada por una mujer que solo era comparable con la Virgen María. “Si es realmente lo que desea, milord, entonces acepto.”

Philip tomó la mano de ella y le aplicó un beso con menos emoción de la de una carpa boqueando en la orilla. “Gracias, señorita. Iré a visitarla mañana por la mañana.”

Viendo la farsa que se desarrollaba ante él, Gibb se quedó estupefacto. No fue hasta que la mujer y su hija se despidieron regresando a la sala de baile, cuando le entregó a Philip el vaso de ponche. “¿Qué diablos ha pasado? Te dejé atándole los lazos a Modesty y cuando vuelvo, estabas siendo engañado para que realizaras una petición de matrimonio.”

Philip se bebió el contenido del vaso entero, eructó y le empujó el vaso vacío contra la tripa de Gibb. “Necesito una esposa, y Dios sabe que estoy demasiado ocupado para buscarla. Además, la Srta. Radcliffe es bonita. Supongo que ella valdrá.”

“Podría ser Afrodita encarnada, pero su madre es una arpía con corazón de dragón. Prefiero arriesgarme en batirme en duelo en lugar de casarme en esa familia.”

“Quizás, pero mi futura suegra tendrá que venir a Escocia cuando quiera ver a su hija. Si es cargante cuando visite, las dos nunca me podrán encontrar.

“Cielos, hombre. El matrimonio no es tan sencillo. No estás pensando con claridad.”

Philip le dio un empujón en el hombro al capitán. “¿Qué sabes tú? Pasas más tiempo en el mar que en tierra firme. Déjalo. Me he decidido.”

Gibb se llevó el vaso a los labios. “Al menos espero que estés planeando un noviazgo largo.”

Philip tomó el brebaje de Gibb y también se lo acabó. “Créeme, puede que sea el noviazgo más largo de la historia de Escocia.”

Capítulo Diecinueve

A pesar de lo mucho que deseaba regresar a Inglaterra, Isabella no se marchó de Georgia de inmediato. A pesar de lo que le decía su corazón, una y otra vez, ella había pensado sobre sus últimas semanas abordo el *Prosperity* y no tenía ni idea de si Gibb MacGalloway pudiera desear retomar las cosas donde ellos las dejaron. No era como que el capitán le hubiera dado ninguna indicación de que algún día podría albergar la idea del matrimonio. De hecho, él había sido claro acerca de estar casado con el mar y muy enfático sobre nunca tomar esposa.

Las palabras de él, “*He conocido a muchos marineros casados, y ni uno de ellos era feliz,*” se repetían en sus pensamientos una y otra vez.

Aunque una vez que Isabella se permitía tener una opinión acerca de algo, no estaba dispuesta a dejar que las cosas se quedaran en eso. Su voluntad tenía una manera de hacerla, hacer cosas con las que no estaba necesariamente de acuerdo. Bueno, había estado de acuerdo porque era *su voluntad*. Solo es que la sociedad siempre tenía ideas diferentes, y ella a menudo se sentía tirada en una dirección mientras anhelaba ir en la otra.

Sin embargo, desde que el Capitán MacGalloway la había acompañado fuera del barco, entregado a las manos del Sr. Schuyler y zarpado de Savannah y América, a ella no se le ocurría una excusa para salir huyendo nada más concluir el entierro de Arent, por lo menos no después de que el Sr. Booker le hubiera explicado los detalles sobre su herencia.

Los detalles habían sido todos increíblemente sobrecogedores, desde la mansión en Lockhart, a la mina y la casa en la ciudad que Arent tenía en Savannah. Luego estaban sus numerosas cuentas bancarias, incluido dinero que tenía en Inglaterra, Francia e Italia, todo sumando una fortuna deslumbrante. El hombre podía haberse casado con una princesa si hubiera querido, pero según el Sr. Booker, Arent Schuyler no tenía intención de marcharse de Georgia. No fue hasta que su médico le dijo que su corazón fallaba, que se dio cuenta de que era mejor casarse ya. Aunque no buscaba una princesa, tampoco quería una mujer colonial. Su sueño siempre había sido casarse con una inglesa bella.

En resumen, había una gran cantidad de cosas que enderezar, y ella se sentía obligada a hacerlo. Isabella había permanecido en Lockhart mientras el Sr. Booker le daba una visión detallada sobre el funcionamiento interno de toda la propiedad, desde la criada inferior de las cocinas hasta el supervisor de la mina y finalmente le explicó su propia compensación.

Dos meses y tres días después de su boda, Isabella preparó un plan. Había llamado a la puerta del despacho del Sr. Booker y le presentó los detalles acerca de cómo quería que se gestionara la propiedad. Debido a que el abogado había sido directo y sincero con ella cuando podría haberle mentido falsificado documentos y quedarse con todo, ella se dio cuenta de que Arent no pudo haber elegido a un sucesor más adecuado para gestionar sus asuntos.

Después de que se completaran todos los acuerdos legales, ella se marchó a Londres, habiendo nombrado al Sr. Booker como presidente y dueño parcial de la mina Schuyler. Ella había planeado darle un interés vinculante, pero él, una vez más, había demostrado ser honesto en contra de su propia fortuna. Su consejo fue que Isabella retuviera una participación mayoritaria de la mina, así haciéndola más rica de lo que hubiera podido soñar siquiera.

Claro que no pasó mucho tiempo antes de que ella se diera cuenta que vivir en una zona remota del noreste de Georgia no era la vida que ella deseaba. Y aunque le había dicho a Maribel

que deseaba regresar a casa, Isabella esperó que si regresaba a Inglaterra, y especialmente a Londres cuando la temporada estuviera en su apogeo, podría quizás encontrarse con Gibb MacGalloway, o por lo menos alguien de su familia.

Isabella decidió no ir a West Sussex primero para ver a su padre. La casa de Papá ya no era su *hogar*, y la verdad era que no estaba especialmente deseosa de ver a su padre o hacerle saber que estaba de vuelta en el país. Su paradero ya no era asunto de su padre, al igual que su fortuna claramente no era de su incumbencia.

Un día pronto le escribiré. Todavía no.

Hoy, Isabella estaba sentada en el salón de la suite de habitaciones que había alquilado en la casa huéspedes de Lady Blanche en el centro de Mayfair. La dama solo atendía a mujeres adineradas, y tenía reglas muy estrictas, prohibiendo la presencia de hombres en las dependencias. Esto le venía ideal a Isabella, por lo menos de momento. Ella dudaba mucho que se vendría a vivir definitivamente a Londres, y le parecía un poco excesivo alquilar una casa completa en la ciudad y contratar a un gran número de criados cuando estaba buscando un capitán marino.

Maribel apareció con un juego de té. “¿Le sirvo, señorita?”

Isabella señaló el asiento enfrente del suyo. “Por favor. ¿Tomas algo conmigo?”

“Oh, no podría hacerlo.”

“¿Por qué? Nunca tomas algo conmigo, y después de todo lo que hemos soportado juntas, creo que es hora de que lo hicieras.”

“No, Srta. Isabella. Yo soy una criada. No debo acostumbrarme a ser tratada como una igual con señoras de calidad.”

“Tonterías.” Isabella señaló la silla con el dedo índice. “Insisto en que tomes té conmigo.”

“Bueno, quizás esta única vez.” Maribel se sentó y empujó el periódico hacia ella. “Pensé que querría leer el periódico de inmediato.”

“Gracias.” Isabella estiró la mano para tomar el periódico, dándose cuenta del titular mientras lo agarraba: *El hermano del Duque de Dunscaby prometido.*

Su cara se puso caliente, las manos le temblaban, y su estómago se encogió hasta formar una bola pequeña mientras se obligaba a leer el renglón siguiente: *La pareja de la Temporada ha sido anunciada, subvirtiendo lo que podría haber sido un escándalo lamentable. El editor de la Gaceta ha recibido un relato de primera mano de que, mientras asistía a la celebración de la onomástica de la Duquesa Viuda de Dunscaby, la Srta. Eugenia Radcliffe fue descubierta en brazos de Lord Gibb MacGalloway...*

Sin poder apenas respirar, Isabella dobló el periódico y lo dejó a un lado. No quería leer ni una palabra más.

Maribel terminó de verter el té y alzó la mirada, tetera en mano. “Cielos, ¿se encuentra mal? De repente, se la ve muy pálida.”

“Estoy bastante bien,” dijo Isabella, tomando su taza y bebiendo sorbitos, mientras que por dentro se sentía más caliente que la bebida humeante. No podía contarle a Maribel lo del artículo del periódico, y menos mal que la doncella no sabía leer. “Sin embargo...”

“¿Hmm?”, preguntó Maribel, colocando la tetera en la bandeja.

“De repente me he dado cuenta de que no tengo ni idea de lo que hago en Londres.”

“Pensé que estábamos aquí porque es la Temporada. Y como es usted una heredera, este es el mejor lugar donde encontrar un esposo.”

Bueno, sí, esa era la historia que Isabella le había dado a casi todo el mundo, incluida su criada. Pero solo había una pareja que le interesaba a ella y parecía ser que el caballero en

cuestión no había perdido el tiempo en pasar página.

“¿A quién estoy engañando?” Isabella se sirvió un poco más de leche en su té. “He fracasado miserablemente en encontrar marido cuando yo debuté, y ahora soy demasiado vieja y madura para que nadie me encuentre atractiva.”

“Estoy en desacuerdo. Es usted hermosa y cualquiera que no lo pueda ver está ciego. Incluso el Sr. Erskine comentó acerca de lo hermosa que es.”

Isabella tomó su taza y platillo, sin creer ni una palabra. “Ah, ¿dijo eso?”

“Sí, claramente. Y no se olvide del Capitán MacGalloway. Es un hombre tan apuesto, y pasó hora tras hora ayudándola con sus tabletas. Sé que no es apropiado que yo lo diga, pero creo que estaba bastante encariñado con usted. Bastante.”

Si el color se había drenado de su cara antes, Isabella se imaginó que ahora se había vuelto completamente pálida. Los rumores habían sido siempre evitar a los marineros, y ahora sabía por qué. Los tipejos tenían corazones errantes. ¿Por qué era que todos los hombres de su vida la habían abandonado? Y, ¿por qué, santo Dios, pensaba que le hacía falta un hombre para empezar?

“Creo que es hora de desplegar nuestras alas. Y para poder hacer eso, claramente no se necesita un marido,” dijo Isabella, desviando el tema porque no quería oír ni una palabra más acerca del *Prosperity* o de cualquier miembro de la tripulación de ese vil capitán. Además, ella tenía otra idea, una que debió de haber hecho hace años. “Maribel, ya que eres tan reacia a unirte conmigo para tomar el té, ahora mismo te promociono a dama de compañía.”

“¿Madam?”

“Has estado actuando como mi acompañante desde hace años, ¿cierto?”

Maribel frunció las cejas. “Sí, supongo que sí, aunque aparte de acompañarla a América y volver, solo he trabajado como doncella.”

“Bueno, las cosas cambian, y has demostrado no solo ser una doncella ejemplar, sino que eres una acompañante fiel.”

Un poco aturdida, Maribel se echó atrás en su asiento. “Gracias.”

“Dicho eso, en cuanto termines tu té, por favor empieza a empacar nuestras cosas. He decidido que hemos estado en Londres bastante ya.”

“Pero no ha sido más que unas semanas. ¿Y, no me había dicho que había hecho una lista de viejas amistades que ver mientras estuviéramos en la Ciudad?”

“Supongo que pueden seguir siendo viejas amistades un poco más.” Isabella se puso en pie. “He de pagar las cuentas con Lady Blanche de inmediato.”

Capítulo Veinte

Platja de la Garrofera era una playa muy larga y estrecha con el mar a un lado y a no más de media milla tierra adentro, un lago de agua dulce con una orilla de tierras pantanosas. Duncan corría por delante del capitán y tomó un palo de madera arrastrado por el mar ideal como bastón. “Supongo que a las serpientes les gusta este lugar.”

Gibb se ahogó un estremecimiento. Ninguna de las criaturas de Dios le helaban la sangre tanto como el pensamiento de un áspid resbaladiza. Sus instintos de niño habían sido evitar las serpientes, y la convicción de ello habían crecido con él hasta la edad adulta. “Por lo menos esas pequeñas criaturas son esquivas. Dudo que veamos a una.”

Duncan metió el palo en un poco de follaje y lo alzó, mirando por debajo. “Me gustaría encontrar una.”

Gibb dio un paso cauteloso a un lado, bizqueando mientras miraba la caverna oscura. “¿Sí? ¿Qué harías con una serpiente si te la encontraras?”

El niño metió la mano, sacó una rana y la examinó. “Quizás jugaría con él.”

“No recomiendo jugar con serpientes. Los áspides son venenosos, especialmente en climas más cálidos.” Gibb miró al pequeño con los ojos llenos de trepidación. “Te irá mucho mejor con las ranas.”

Desplazándose al borde del lago, Duncan se inclinó ante el agua y soltó a la rana.

“Ven. El suelo es demasiado fangoso aquí. Es más probable que encontremos ruinas romanas donde esté seco.”

“No creo que construiría una casa aquí.”

“¿No? ¿Y un templo?”

“¿Qué clase de templo?”

“Bueno, los romanos tenían muchos dioses. Uno en particular que se mencionaba en las tabletas de la Srta. Harcourt era Marte. Tenía la impresión de que había un templo en la playa o cerca de ella.”

“¿Pensaban que Marte era un dios?”

“No, el planeta, supongo. Marte era el dios de la guerra y el guardián de la agricultura.”

“¿Sí? Supongo que esas dos obligaciones son un poco opuestas.”

“¿Por qué?”

“Porque la guerra destruye a las cosas y la agricultura, bueno, no construye cosas como casas, pero sí que cultiva cosas para que la gente pueda comer.”

Gibb le pasó un brazo en torno a los hombros del chico dándole un apretón. “Estoy impresionado con tu razonamiento.”

Duncan arrastró los pies en la arena. “No estoy tan seguro de eso.”

“Porque...”

“Bueno, he estado leyendo el libro que me diste, *Robinson Crusoe*, y no puedo entender por qué Viernes se convirtió en su esclavo. ¿No es mala la esclavitud?”

“Lo es, y por eso los MacGalloway compran algodón de los cultivadores irlandeses. Ellos no creen en el uso de esclavos.” Gibb frotó los nudillos en el pelo marrón y espeso del niño. “No olvides de que el libro se escribió antes de que el Rey Jorge tomara medidas para abolir la esclavitud.”

Duncan le dio una patada a una piedra. “Muy bien, pero si yo fuera Viernes, yo le diría a Crusoe que soy mi propio hombre.”

“No esperaría menos. Eres un muchachito muy emprendedor, y si sigues con tus lecciones y tus tareas en el barco, no habrá nada que no puedas lograr.”

Gibb miró a su alrededor por el terreno. Era demasiado llano, y no había nada que pudiera parecer ser de una civilización pretérita, nada como un muro o unos escalones o una pila de escombros. La arena estaba llena de hierbas y salpicada por maderas traídas del mar y unas cuantas rocas. Quizás él e Isabella se habían precipitado en señalar a esta playa como la que estaba cerca de la casa de Marcus y Flavia. Después de todo, habían pasado casi mil setecientos años desde que se escribieron las tabletas.

Duncan se puso a pinchar en cada montículo que encontró con su bastón recién hallado. “¿Sabes lo que no puedo entender?”

A Gibb se le ocurría cientos de incógnitas, por qué la luna controlaba las mareas, por qué la tierra era redonda, por qué las mujeres llevaban faja... “no tengo ni idea,” contestó.

“¿Por qué dejaste que la Srta. Harcourt se casara con ese americano? Me gustaba ella, y sé que a ti también te gustaba. Incluso vi cómo la besaste cuando estabais cerca del bauprés.”

Desviando la mirada aprisa, Gibb se pasó una mano por la cara. Había tenido tantísimo cuidado de asegurarse que nadie le veía cuando robó besos. Pero si había alguien con la astucia necesaria para espíarle, era este mocoso. “Ah... seguramente no debí hacer eso. Fue un momento de debilidad.”

“No sé, Capitán. Era bien bonita. Simpática además.”

“Estoy de acuerdo con todas esas cosas, pero su mano estaba prometida en matrimonio.”

“Sí, pero no parece justo, ¿verdad? Estaba prometida con un viejo, un hombre que ella nunca había conocido.”

“Muchas cosas en esta vida no son justas, pero hemos de aceptarlas de todas formas.”

“Bueno, pues yo pienso que deberías haberle dicho al hombre en el pantalán que querías cortejar a la dama y que él necesitaba buscarse a una mujer de su propia edad con la que casarse.”

Encajando la mandíbula, Gibb miró hacia el sur sin contestar. ¿Qué diablos hacía en España en esta maldita playa? Había pasado un tiempo con una mujer agradable, recomponiendo unas antiguas tabletas y eso era todo. Debería haberse llevado el *Prosperity* hasta Escocia y buscado una casita al lado del mar para convertirla en su casa, un lugar donde él y Duncan pudieran quedarse cuando no estaban en alta mar, como había sugerido Martin. No, Gibb no quería una casa solariega ni un castillo, solo un lugar pequeño propio.

Archie y Gowan se acercaron, las caras sombrías.

“Creo que no hay nada que se pueda encontrar a veinte millas o más,” dijo el contramaestre, apuntando por encima del hombro con el pulgar.

Gibb se peinó el cabello con los dedos. “Ay, venir aquí ha sido una idea descabellada.”

“Yo quiero encontrar un tesoro de verdad,” dijo Duncan.

“Estás soñando si crees que vamos a encontrar un tesoro aquí,” dijo Gowan. “Los españoles no habrían dejado un buque naufragado cargado con plata en su propia playa.”

Mirando a su contramaestre, Gibb preguntó, “¿seguimos buscando o nos vamos a casa?”

“Creo que deberíamos llevar anclas y encaminarnos a Escocia, estoy deseoso por probar una buena cerveza escocesa y una mujer de buen ver.”

Les llevó dos semanas navegar hasta Valencia, y una vez que Isabella llegó, le llevó otras

dos semanas encontrar un guía y trabajadores, comprar mulas, caballos y todos los suministros necesarios para una excavación correcta. Ahora, por primera vez en toda su vida, seguía sus sueños. Por primera vez en su vida, tenía las riendas de su destino. De hecho, la única persona que sabía dónde estaba era Maribel, sea una locura o no, Isabella estaba entusiasmada por finalmente haber tomado su futuro en sus manos, seguir su corazón.

Mientras la caravana se encaminaba hacia el sur y lejos de la ciudad de Valencia, el viento hizo que el ala de paja de su bonete voltearse hacia atrás. Ella se llevó una mano a la visera. “Vaya, sí que hay una buena brisa aquí.”

Cabalgando al lado de Isabella, el guía, Luis, le sonrió con una sonrisa donde había un hueco en su dentadura. “Siempre hace viento aquí, señora.”

“No me molesta,” contestó ella, aflojando las manos en sus riendas, permitiendo a su caballo caminar libremente. Nada podía contrarrestar la excitación de embarcarse en su primera expedición. Las cosas pueden que no resultaran exactamente como ella había soñado, pero si alguien le hubiera dado opciones, Isabella no podía haber elegido un camino mejor. Era rica más allá de sus sueños y capaz de financiar su propia expedición.

En algún momento, después de que se hubieran detenido para almorzar, pasaron un lago de agua dulce y siguieron hacia Platja de la Devesa, una playa al sur de Platja de la Garrofera. No fue hasta que Isabella hubiera recompuesto la última tableta durante el viaje de vuelta de América en la cual Marcus había hablado de su hogar y mencionado que la villa había sido construida en una colina que daba a las arenas de Platja de la Devesa. Y, ahora, sabía exactamente por qué. Platja de la Garrofera solo era una playa estrecha entre la laguna y el Mediterráneo. Era pantanoso y arenoso, y la tierra era demasiado inestable para soportar los cimientos de una casa.

El sol se había empezado a poner en el horizonte al oeste cuando Luis frenó su caballo en una playa ancha. El guía hizo un gesto grandioso abarcando el espacio. “Esto es Platja de la Devesa, señora. ¿Está usted segura de que es aquí donde quiere que nos detengamos?”

“Allí arriba.” Isabella azuzó a su caballo, haciendo que subiera por las dunas hasta que rebasaron una cima con hierba donde unos árboles robustos hacían sombra. Ella se giró en su silla llamando al guía. “Haga que los hombres acampen aquí.”

“¿Este es el lugar?”, preguntó Maribel, con voz dudosa.

“Por lo menos es un lugar prometedor donde empezar.” Isabella pasó la rodilla por encima del pomo doble de su silla amazona y se bajó sin ayuda. “Venga, estiremos las piernas y echemos un vistazo.”

Caminando con brío, Isabella encabezó al grupo cruzando el terreno abrupto, mirando hacia las colinas. Adentrándose en el terreno, la hierba era más verde, con muchos más árboles y arbustos que cerca de la orilla.

Maribel alzó sus faldas para que no se arrastraran en la arena. “Voy a tener que vaciar mis botas de arena todos los días.”

Mirando por encima del hombro, Isabella sonrió. “Me alegrará vaciar mis botas de arena porque sé que estamos gozando de la aventura de nuestras vidas.”

“Es agradable verla tan contenta, pero...”

“¿Hmm?”

“¿Qué piensa de Luis y sus hombres? Apenas les conocemos.”

Cuando su barco llegó a Valencia, Luis había estado en la dársena, al igual que varios otros traductores, pero Luis había sido el único que mostró interés en acompañarla en una expedición. Su inglés era bueno y sabía exactamente dónde encontrar todo lo que necesitaban, y aunque sus

tarifas eran bastante altas, Isabella había pagado sin duda. “Creo que es entrañable y que está dispuesto a ayudarnos.”

“Supongo que tiene razón.”

“¿Por qué lo preguntas?”

“No es tanto Luis como los dos hombres que montaban detrás de nosotras. Cada vez que miraba atrás para verles, sentía que si estuviera a solas en un callejón oscuro, ellos podrían aprovecharse.

“Reconozco que la pareja tiene ojos bastante desconfiados, pero Luis me aseguró que los siete hombres son trabajadores y fiables.”

Isabella estiró un brazo atrás pasando el brazo por el codo de Maribel. “Sin embargo, esa es la razón precisa de que vayamos a compartir tienda de campaña. Estaremos mucho más seguras así. Además, yo dormiré con una pistola bajo el jergón.”

Capítulo Veintiuno

Isabella se despertó con el ruido del oleaje y las gaviotas, que normalmente habría disfrutado. Sin embargo, hoy el ruido hizo que le doliera la cabeza y le revolviera el estómago. Estirándose, rodó a su costado, encontrando a Maribel en su jergón en el otro lado de la tienda, todavía profundamente dormida. La luz del día asomaba por la lona, con rayos de luz que hacían que le doliera la cabeza aún más.

¿Qué hora era? Isabella nunca se despertaba tarde, ni Maribel tampoco, que siempre estaba levantada al amanecer.

“Es hora de despertarse,” dijo, dándole un golpecito en el hombro a su acompañante.

Maribel gimió echándose un brazo por encima de la cabeza. “Me siento como si hubiera bebido una frasca de ginebra.”

Isabella se sentía igual. Se fue a gatas hasta el cuenco y se salpicó agua en la cara. “Me permití un vaso de vino y eso es todo.”

La doncella se puso en pie. “Yo también. ¿Qué le echaron al vino?”

“Nuestra fatiga debe ser a causa del cambio de ritmo. Montamos mucho ayer. Estoy segura de que nos encontraremos mejor después de que hayamos comido algo.”

Las dos mujeres habían dormido vestidas y les llevó poco tiempo apretarse los lazos y ponerse las botas.

Maribel salió de la tienda primero, su brusca inspiración haciendo que Isabella se parara. La criada salió afuera de prisa. “¿Qué...?”

Cuando Isabella la siguió, la visión ante ella le robó el aire de los pulmones. “Todo ha desaparecido.”

“*Todos* han desaparecido.”

La comida, los caballos, las mulas, las herramientas nuevas que había comprado.

Dios mío, se había sentido tan mal cuando despertó que no había prestado mucha atención a sus pertenencias en la tienda, pero ahora que lo pensó, las cosas parecían estar fuera de sus sitios. Isabella se fue corriendo adentro, se tapó la boca con las manos y gritó. No solo había desaparecido Luis con su banda de ladrones con las herramientas y los animales que ella y Maribel necesitaban para el viaje de regreso a Valencia, sino que los desalmados habían robado su cofre de dinero.

“¡Oh, Dios mío, ayúdanos!”, dijo Maribel, dando un paso hacia ella. “No tenemos comida, ni caballos, ni dinero.”

Agarrando su cofre e intentando obligarse a respirar, Isabella dio una vuelta entera. Sin ver lo que estaba buscando, retiró sus mantas y sábanas, lanzándolos al jergón de Maribel. “¡Se llevaron mi diario, los canallas!”

“¿De verdad?” Maribel comprobó bajo su jergón también. “¿Para qué les puede servir un diario escrito en inglés?”

“No tengo ni idea, no es que a nadie le interesaría leerlo, especialmente una panda de ladrones. Obviamente, a Luis y esos truhanes no les importa un comino Marcus o la antigüedad en general.”

Maribel levantó una manta mirando por debajo. “Quizás creyeron que era valioso cuando te vieron leerlo anoche cuando estábamos sentadas al lado del fuego.”

Isabella se dio un manotazo en la frente. “Sí, eso además de que lo consulté varias veces. Apuesto que estarán buscando un tesoro cuando nos hayamos ido.”

Después de doblar la manta, Maribel tomó una sábana y se dispuso a doblarla. “Y, ahora sabemos por qué hemos dormido tan tarde y nos sentimos tan mal. Esos canallas nos envenenaron.”

De la manera en que le daba vueltas la cabeza, Isabella no tenía duda de que su acompañante tenía razón. “Menos mal que el veneno no ha sido mortal.”

“Sabía que este viaje era una mala idea desde el comienzo. Con todos mis respetos, nos habría ido mejor quedarnos en América, o mejor aún, quedarnos en el *Prosperity* y regresar a Inglaterra antes de que se convirtiera en heredera.”

Aunque había escuchado todas las palabras de Maribel, Isabella se quedó entumecida. Toda su vida había hecho lo que los demás esperaban de ella. Por una vez, se había arriesgado y perseguido sus sueños. Se había fiado de un desconocido, un hombre que parecía bastante respetable, pero que resultó ser un canalla, y ahora no solo estaba tirada, sino que había metido a Maribel en este lío también.

Poniéndose de cuclillas, se llevó la cabeza a las manos. “¿Cuánta agua nos queda?”

Maribel alzó dos botas de vino hechas de piel de cabra. “Solo esto, y uno está medio lleno.”

“Bueno, eso nos debe mantener vivas hasta que podamos llegar a Valencia.”

“¿A pie?”

“¿Tienes una idea mejor?”

“Pero no tenemos nada que comer.”

Isabella vio la correa de su maletín bajo su jergón, lo sacó y miró dentro. “Por lo menos tenemos unas pocas monedas y la pistola que compré en Londres.”

“Si tan solo hubiéramos estado alertadas cuando nos robaron, podría haberles disparado a los endemoniados.”

“Si tan solo”, contestó ella, cerrando el bolso y poniéndose en pie. “Entonces no debemos demorarnos.” Cuanto más permanezcamos aquí, más tiempo tendremos que quedarnos sin comer.”

Archie asomó la cabeza en el camarote de Gibb. “Venga a tierra, Capitán y tome un pequeño trago mientras el Cocinero reabastece los víveres.”

Aunque había tenido intención de salir para Escocia de inmediato, las galletas de abordo no solo estaban llenas de gorgojos, se había derramado una barrica de vinagre encima y las había dejado totalmente inservibles. Como los suministros del *Prosperity* estaban casi sin harina y su agua fresca se estaba poniendo verde, no tuvieron más opción que la de fondear en Valencia. Claro que el Cocinero había pedido que se subieran a bordo algunos suministros de alimento adicionales, como hacía siempre cuando atracaban en alguna ciudad portuaria. Y Gibb rara vez discutía con él. Le gustaba la carne, fruta y verdura fresca como a cualquier otro.

Gibb alzó la mirada desde su escritorio, pluma en mano. “Prefiero quedarme aquí.”

“Bueno, como guste. Pero no tiene mucho tiempo para cambiar de parecer. Los hombres están bajando la barca ahora. Piénselo, Capitán. No puede visitar una ciudad en España sin tomar una copita de orujo.”

“¿Orujo, si bebes demasiado de eso, no podrás encontrar el horizonte durante días.”

Archie se golpeó el pecho con el puño. “Sabe que puedo beber como el mejor de los hombres.”

Gibb colocó su pluma en el portaplumas. “Sí, y puedes pelear con los mejores también.”

“¿Entonces, viene?”

“Quizás, aunque solo sea para hacer que no te metas en líos. Lo último que necesito es verme obligado a permanecer aquí un día más rogándole al magistrado que te suelte de una cárcel española.”

“Ay, no me han llevado a la cárcel desde hace más de tres años ya.”

“Lo cual es la razón exacta de por qué voy contigo. Prefiero que sigas con tu buena racha.”

Una gran sonrisa apareció en los labios de Archie mientras movía las cejas. Sí, el hombre sabía que sí mencionaba el orujo, el Capitán Gibb elegiría ir. Porque cuando se trataba de un licor dulce y potente, el intendente era probable que acabara ebrio.

Mac y Gowan se reunieron con ellos en la cubierta, y todos usaron la silla del contraestre para bajar la barca. En media hora, los tripulantes habían atado la barca al pantalán. Gibb miró la hora en su reloj de bolsillo y se volvió hacia el cocinero. “¿Una hora?”

El Cocinero resopló con su nariz grande. “¿Señor? ¿Habla español?”

Gibb puede que supiera algo de latín, pero su español se limitaba a unas pocas palabras. “Dos horas. Y, si no habéis regresado para entonces, zarparemos sin vosotros.”

“Supongo que todos van a morir de hambre en el viaje de vuelta a casa.”

Gibb miró al Cocinero. “Dos horas es tiempo de sobra.”

“Pero apenas tiempo para disfrutar de una botella de orujo,” agregó Archie, el tonto.

“No vamos a beber una botella entera de veneno dulzón.”

“¿Es veneno de verdad, señor?”, preguntó Mac, el chaval.

Gibb le dio una palmada en el hombro al primer oficial. “Sí, por lo menos en las cantidades en que lo consume el Sr. MacLean.”

Con una risita, Archie fue por delante, señalando una taberna. “Nunca falla, siempre hay un lugar para abreviar al final de cada pantalán.”

Gibb se relamió los labios. La verdad es que él disfrutaba de una copa tanto como cualquier marinero, pero su paladar era más refinado. El whisky era su primera elección, luego coñac, y la cerveza siempre le gustaba a cualquier hora del día o la noche, especialmente cuando el agua abordo era dudoso.

Por la calle ajetreada, los vendedores tenían sus mesas puestas, vendiendo de todo, desde pan a fruta y camisas y herramientas. Gibb tomó una manzana, lanzándole una moneda al vendedor. “El Cocinero debe encontrar todo lo que necesita aquí mismo.”

Archie empezó a cruzar la calle. “Entonces, será mejor que nos apresuremos...”

“Un momento, muchachos.” Gibb se paró, algo conocido llamándole la atención. “Venid conmigo.”

“¿Qué ha encontrado?”, preguntó el intendente. “¿Whisky, quizás?”

Sin contestar, Gibb se acercó a un hombre que sostenía una pala. “Te vendo esta pala a buen precio,” dijo el hombre alzando una pala.

“No. Eso.” Gibb señaló un volumen gastado encima de la mesa. “Quiero ver el libro...”

El vendedor cambió la pala de mano y alzó el diario. “¿Esto?”

Las rodillas de Gibb cedieron. Dios le salve, solo había visto un diario encuadernado en cuero con el nombre de Issy grabado, y pertenecía a Isabella Harcourt. Pero su nombre ahora era más probable que fuese Isabella Schuyler, y la mujer estaba en América. ¿Cómo demonios había aparecido el maldito libro en España? Se lo arrebató de las manos del hombre. “¿Dónde ha encontrado esto?”

Soltando una retahíla de palabras incomprensibles en español, el hombre agarró la pala ante su pecho, sus ojos muy abiertos y mirando de un lado a otro.

Gibb se metió el diario bajo el brazo mientras deslizaba los dedos por el pomo de su daga.

“Podemos con ellos, Capitán,” gruñó Archie al oído de Gibb..

Al oírle decir “ellos”, Gibb se dio cuenta de que casi una docena de luchadores se habían posicionado detrás del bastardo, haciendo que él y sus oficiales estuvieran muy superados en número.

“Gowan, ¿qué tal es tu español?”, preguntó. Gibb se sentía más que feliz de meterse en una pelea con el gañán, pero no habían bajado a tierra para pelear, y quién sabe cuántos valencianos más se unirían en una pelea con un puñado de escoceses.

“Hablo mejor el francés,” contestó el contraмаestre.

Aunque le hervía la sangre, Gibb pensó que sería mejor intentar ser amables. “Pregúntale a este hombre si sabe dónde está la mujer.”

Gowan se desplazó hasta quedar al lado del codo de Gibb. “¿Cree que ese es el diario de la Srta. Harcourt?”

Para cerciorarse, Gibb miró dentro del diario, y en la primera página encontró las notas de ella sobre la excavación en la propiedad de su padre en West Sussex. “Es suyo...”

“Cielo santo,” murmuró Mac.

Gowan dio un paso al frente y se puso a hablar en una conversación que iba demasiado deprisa para que la pudiera seguir Gibb. Sea como fuere, la conversación duró demasiado, y de la manera en que el hombre se encogía de hombros, a nadie le hizo falta hablar español para darse cuenta de que se estaba haciendo el tonto.

“La tripulación de la barca ha llegado detrás de nosotros,” murmuró Archie.

Gibb echó un vistazo por encima del hombro, aliviado al ver que habían llegado seis de sus mejores hombres luchadores. Los pronósticos estaban mejorando. Se interpuso entre Gowan y el la mesa del vendedor y miró al hombre directamente a los ojos. “¿Dónde. Está. Ella?”

“Me ha dicho que se encontró el diario,” dijo el contraмаestre.

Gibb no le creyó. “¿Dónde?”

“¿Dónde?” Preguntó Gowan

El hombre empezó a hablar rápido en español.

Gowan volvió los labios hacia la oreja del capitán y le dijo. “Está intentando decir que se encontró el libro, pero si me preguntan a mí, el bastardo está a punto de cagarse los pantalones.”

“Platja de la Garrofera?” Preguntó Gibb.

Los ojos del hombre se abrieron mucho antes de que diera unos pasos hacia atrás.

Cielo santo, si había alguna clase de tejemanejes, Gibb destrozaría el puerto entero para descubrir lo que fuera.

Gibb volteó la mesa y agarró al hombre del cuello al la par que se escuchaba al menos una docena de espadas siendo sacadas de sus vainas. “¿Está. Ella. Aquí?”

La punta de un sable le apuntaba un ojo. Miró al bastardo amenazándole, luego empujó al hombre que sostenía la pala hacia el atacante. Con rapidez, Gibb se desplazó hacia atrás y alzó las manos con el diario de Isabella y miró directamente a los ojos del gañán. “Me quedo con esto y si me entero de algo irregular, sé dónde buscarte.”

Archie y los hombres se pusieron a su lado mientras el canalla retrocedía en un grupo de amigos suyos. Lentamente, Gibb instó a sus hombres que se alejaran de la mesa volteada. “Está en la playa. Lo siento en los huesos.”

“¿Con la Srta. Hatch?” preguntó Gowan con tono esperanzador.

Un estremecimiento recorrió la piel de Gibb. ¿Estaba herida... o peor? “Espero que no esté sola.”

En cuanto se alejaron lo suficiente del alboroto, Gibb reunió a sus hombres. “Lo siento, Archie, pero no va a haber orujo. Busca al Cocinero y que vuelva al barco lo antes posible. Llevad al *Prosperity* hasta Platja de la Garrofera y anclad allí. Nos reuniremos con vosotros allí. Se volvió hacia su contramaestre y primer oficial.

Capítulo Veintidós

A la sombra de un enebro, Maribel agarró el brazo de Isabella. “Mire, ¿son jinetes allí delante?”

Mientras le metía el tapón de corcho a su bota de agua, Isabella bizqueó, sin ver nada más que una playa interminable, las arenas siendo aventadas en nubes hacia el mar. Arriba, una bandada de gaviotas chillaban en el cielo, su canción burlona, como si dijeran, “Tonta, tonta, fíjate en la tonta.” Además, este lugar no era habitable, algo demostrado por el hecho de que no habían visto ni un viajero en las horas desde que se habían puesto en camino, y ahora parecía que su acompañante estaba a punto de volverse loca. “Creo que tienes tanta hambre que estás viendo visiones.”

“Quizás tenga razón, pero estaría bien ser rescatada por un galante señor a lomos de un caballo blanco. Ya tengo docenas de ampollas en los pies debido a estas botas nuevas que me compró. Me habría ido mejor llevar las botas viejas.”

Isabella tiró de la manga de su acompañante. “Me alegraría ser rescatada por cualquiera mientras no sea un depravado salaz. Y mis pies también tienen ampollas y me duelen.” Ella gimió. “Fui una tonta en creer que eran necesarias botas nuevas para la expedición.”

Cojeando, Maribel avanzó a su lado. “Me gustaría que se pudieran comprar ya gastadas.”

“Quizás deberíamos inventar una gama de botas gastadas para damas.” Ya estoy viendo el cartel: *Botas para la intelectual, atolondrada, sin sentido y soñadora.*”

Maribel resopló. “Eso podría tener gracia si es que logramos llegar a casa algún día.”

“Lo haremos. Fíate de mí, mi único remordimiento, aparte de fiarme de ese canalla de Luis, es que hayas tenido que sufrir tanto a causa de mi inexperiencia.”

“Me estremezco al pensar en lo que podría haber pasado, de no estar yo aquí.”

“Bueno, te doy las gracias por ser mi acompañante. Has cumplido con tu deber más allá de lo exigible.”

Siguieron hacia el norte, sin decir nada durante un rato, mientras soportaban el dolor de sus ampollas y la agonía de caminar en la arena ardiente con sus tripas rugiendo.

“¿Compraré una casa cuando regresemos a Inglaterra?”, preguntó Maribel al cabo de un rato.

“Creo que eso es lo más sensato. Necesito un sitio propio que no esté a cientos de millas en lo salvaje en América.”

“Estoy de acuerdo. ¿Cree que podría asentarse en West Sussex?”

Isabella se mordió el labio inferior. Sí que tenía amistades en West Sussex, pero todavía no se había reconciliado con la manera en que su padre la había vendido en matrimonio. Incluso aunque hubiera necesitado dinero, había sido bastante clandestino en todo ello, sin decirle lo que estaba haciendo hasta llegar al acuerdo con el Sr. Schuyler.

¿Dónde quiero fijar mi hogar?

La mayoría de sus amigas de la infancia estaban casadas ya y se habían mudado. Ella conocía unas pocas mujeres en Londres que habían sido patitos feos con ella durante su Temporada, intercambiaban cartas de vez en cuando. Pero sinceramente, esas mujeres no eran exactamente amigas cercanas. Además, Isabella no quería vivir en Londres. Las pocas semanas pasadas allí le habían recordado lo mucho que detestaba el esnobismo de la alta sociedad.

Además de hijos de duques que engañaban y mentían con riqueza suficiente como para comprar sus propios buques.

Pero mientras seguían hacia el norte, Isabella volvió a pensar eso último. Ahora era tan rica que podía comprar su propio buque si así lo deseaba. “Quizás compre un castillo en Escocia,” dijo ella de repente, sin saber de dónde había venido esa idea.

Maribel tropezó con un palo y rápidamente recuperó el equilibrio. “¿Un viejo castillo lleno de corrientes?”

Isabella resopló. Claro que la criada tenía que decir algo lógico. “¿Quizás un castillo pequeño?”

“Si es eso lo que quiere, claro que la seguiré. Sin embargo, sería una falta por mi parte no recordarle que mis padres trabajaron en el Castillo de Durham, y en el invierno las habitaciones siempre estaban frías. Creo que es la razón por la cual tantas fortalezas viejas se han abandonado.”

Isabella no sentía predilección por inviernos helados o chimeneas que mandaban todo el calor hacia arriba. “¿Quizás una casita sería mejor para nosotras? Una casita con una gran biblioteca.”

“¿Una biblioteca en una casita?”, preguntó Maribel, sin mostrar ni pizca de imaginación.

“Una mansión entonces.”

“Newhailes sería agradable. ¿Vio la biblioteca del duque cuando estuvimos allí?”

Por supuesto que Isabella la había visto. Ella y su padre se habían reunido con el Duque de Dunscahy en su monumental biblioteca, no mucho antes de embarcarse en el *Prosperity*, y no mucho después de que Gibb MacGalloway la hubiera engañado para que le besara. “El demonio.”

“¿Perdón?”

¿Había dicho Isabella un juramento en voz alta? “Nunca...” Agarró el brazo de Maribel. “¡Oh, cielos, sí que viste jinetes!”

“¡Allí!” La criada dio palmadas y luego se encogió. “¿Y si no son personas amistosas?”

“¿Pero y si lo son?”

“Digo que después de nuestro último encuentro con los españoles, no me siento con mucha suerte.”

Isabella miró hacia atrás de donde habían venido. El último árbol que habían visto era el que les había dado sombra. Ahora estaban rodeadas por arena, unos arbustos bajos y agua sin un lugar donde poder esconderse.

Maribel señaló la mochila en el hombro de Isabella. “La pistola.”

“Oh, tienes razón,” dijo ella de acuerdo, bajando su bolsa de cuero a la arena y sacando la pistola llave de chispa con el frasco de pólvora.

“Habrán llegado para cuando logre cargarla.”

Isabella miró las cosas que tenía en las manos, dándose cuenta de que nunca había cargado una pistola en toda su vida, aunque había visto cómo lo hacía su padre. “¿Eres hábil con las pistolas de llave de chispa?”

Maribel soltó una carcajada. “¿Yo? Yo fui criada para servir, sepa usted.”

“Bien.” Isabella amartilló el arma. “Por lo menos no van a saber si la pistola está cargada o no. Ahora, ponte detrás de mí.”

“Maravilloso. Su español es tan bueno como el mío, lo cual es cero.” Maribel alzó las manos y no se movió del sitio. “Ya estoy viendo los titulares: *Dos mujeres británicas perdidas arrestadas después de intentar robar caballos en España.*”

“Pero no estamos robando caballos.”

“¿Está segura de que los jinetes que vienen hacia aquí no van a malinterpretar nuestras intenciones cuando les apunte esa arma?”

“¡Pero fuiste tú la que lo sugirió en primer lugar!” Soltando un resoplido de exasperación, Isabella se colocó la pistola detrás de su espalda. “Quizás deberíamos pedir ayuda primero, aunque sí que hubiera deseado estudiar español en vez de latín. Me habría venido muy útil ahora.”

“¡Oh, Dios santísimo!” La criada dio un alarido, llevándose las manos a la boca.

“¿Qué pasa ahora?”

“¡Es Gowan, el Sr. Lyall y el Capitán MacGalloway!”

Isabella parpadeó. Ahora que los jinetes se habían acercado lo suficiente como para ver sus caras, estaba claro que no eran españoles y muy claramente que eran el capitán y dos de sus oficiales. El estómago de ella se encogió y dio un vuelco mientras en ese momento varias mariposas eligieron ese momento para volar.

No he de olvidar que el hombre me dejó en América, y cuando regresó a casa, le pidió mano a una mujer. ¡No puedo y no me permitiré sentir sentimientos por Gibb MacGalloway nunca más!

Pero Isabella se quedó allí parada, estupefacta mientras los hombres venían hacia ellas. Cerró la mano entorno la empuñadura de la pistola, incapaz de ignorar el alivio que le inundaba. “¿Qué diablos hacen en España?”

Mientras frenaba su caballo, Gibb todavía no podía creer lo que estaba viendo. Allí mismo en una playa desierta, Isabella estaba en pie como una reina, mechones de pelo negro ondeando en el viento. Tenía una pistola a un costado. Curiosamente, la expresión de su cara no era de sorpresa sino de miedo... ¿o era desafiante?

Gibb se bajó de su caballo y miró a la mujer mientras que todo lo demás en la playa se borró. “Está aquí,” murmuró él, no exactamente un largo saludo que articulase el alivio que actualmente inundaba su pecho, pero era un comienzo.

Mientras él se aproximaba, ella dio un paso hacia atrás. “Lo que no entiendo es por qué está usted aquí,” dijo ella de manera cortante. Una respuesta bastante curiosa de una chica que estaba obviamente perdida y necesitando ser rescatada.

Gibb sacó el diario de su jubón. “Nos detuvimos en Valencia en busca de provisiones y yo vi este librito en la mesa de un vendedor.”

“¡Mi diario!” Ella se metió la pistola en la bolsa y tomó el libro. “Pensé que se había perdido para siempre.”

“Cuando me acerqué lo suficiente como para ver su nombre, me temí que usted estaba perdida para siempre. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Cómo acabó ese hombre por tener su libro? ¿Pasó algo adverso en América? ¿Por qué está aquí?”

Ella tragó, agarrando el libro contra su pecho mientras una tempestad se arremolinaba tras esos ojos negros insondables.

“Un momento.” Él alzó las manos rindiéndose. Quizás había sido demasiado directo con su serie de preguntas. “Tomemos una cosa por vez, ¿de acuerdo?”

Isabella asintió con la cabeza. “Yo... yo quería hacer más investigaciones acerca de Marcus y Flavia.”

“Entiendo.” Gibb no entendía nada aparte del hecho de que ella estaba de pie delante de él y mirándole como si él estuviera algo loco. “¿Y el Sr. Schuyler ha estado de acuerdo en mandarla a

España para una expedición...?” Lo cual había fallado obviamente y ella se había quedado con poco más que una mochila al hombro y una bota de agua al otro hombro. “¿Esos canallas se aprovecharon... ah... le pusieron una mano encima?”

“No me han hecho daño, aunque se llevaron todo incluido un cofre lleno de dinero.”

De manera que el minero de plata la había enviado, el bastardo. ¿Cómo podía un hombre darle a su nueva esposa un cofre lleno de dinero y dejarla navegar hasta España? “Y las dejaron abandonadas aquí?” Gibb preguntó, sin poder calmar el tono de exasperación en su voz.

“Sí, y un poco enfermas. Maribel y yo creemos que los hombres que contratamos debieron echarnos algo en el vino para hacer que durmiéramos de manera profunda.”

“Dios mío, podían haberlas matado. ¿En qué pensaba su marido permitiéndola navegar hasta España sola?”

Isabella miró hacia Maribel, que estaba en pie agarrando la mano de Gowan, sin prestarle atención a ellos dos. “Ha resultado que el Sr. Shuyler me dejó viuda poco después de intercambiar nuestros votos.”

¿Maldición, el hombre había muerto? El primer impulso de Gibb era abrazarla, pero algo le decía que ella no querría eso. En lugar de ello, miró hacia Mac, que estaba en pie de manera obediente, agarrando las riendas de los caballos. “Deberíamos regresar a Valencia a darles una lección a esos canallas.”

“Supongo que hace mucho que se fueron ya,” dijo el primer oficial.

“Sí,” dijo Gowan de acuerdo. “Además, ya estamos en guerra con los franceses. Podríamos perder favores con los españoles si les atacamos.”

“¿Dónde está el *Prosperity*?”, preguntó Maribel con un tono alto y lleno de encanto.

Gibb miró hacia el mar Mediterráneo azul. “El Sr. MacLean lo está trayendo desde Valencia, deberíamos ver que fondea pronto.”

“¿Aquí?” Preguntó Isabella.

“Sí. ¿Esta es la playa de Marcus, no?”

“Esta es Platja de la Garrofera, pero cuando nos separamos usted y yo, traduje otro texto que me hizo creer que él y Flavia vivían más al sur, no lejos de Platja de la Devesa.”

“Eso suena más posible. Después de mirar la zona unos días sin encontrar nada, pensé que Platja de la Garrofera no podía ser el lugar correcto, a menos que Marcus se ganara la vida cazando pájaros en la laguna.

Isabella rio, una risita nerviosa llena de aprehensión. Había tantas preguntas qué hacer; sin embargo, a tenor de la corriente de tensión entre ellos dos, no podía preguntar nada.

“¿Por qué...”? La chica empezó a decir, pero se paró de manera abrupta y se mordió el labio inferior. Por lo visto, Isabella también estaba teniendo dificultades.

Gibb enarcó las cejas. “¿Hay algo que desee preguntarme?”

“¿Por qué está *usted* aquí?” Él abrió la boca para contestar, pero ella siguió, “En España. ¿No estaba trayendo whisky a Valencia de todos los sitios del mundo?”

“No.” Él quería tomar la mano de ella. Quería ponerse de rodillas y pedirle perdón, aunque no estaba muy seguro de qué tenía que perdonarle. Pero con todo, él no podía negarle la verdad a ella. “Yo también sentía curiosidad acerca de Marcus y Flavia...” *Y estar en esta playa me hacía sentirme más cerca de usted.* “Pensé que podría ser entretenido para los hombres hacer un poco de investigación por si encontrábamos algún rastro de ellos.”

Capítulo Veintitrés

Cuando el *Prosperity* entró navegando y echó anclas en la orilla donde ellos estaban de pie, a Isabella no se le había ocurrido una buena razón por la cual no subir a bordo. Claro que todas las razones obvias para embarcar eran innegables, ella y Maribel habían sido robadas y abandonadas en una playa desierta en una tierra extranjera. Le dolían los pies, tenía hambre y sed y todavía tenía un desagradable dolor machacándole la cabeza. Encima de todo, el sol se estaba empezando a poner y con ello el viento de noviembre traía frío.

Una vez que fueron subidas con la ya conocida silla del contramaestre, ella recibió el mismo camarote, pero aparte de eso nada era igual que antes. Ella y Maribel habían dejado sus ropas atrás en la tienda de campaña, aparte de una camisola limpia y unas pocas cosas necesarias que había metido en su mochila.

Como de costumbre, Gibb había sido hospitalario y cortés, aunque todavía era increíble que estuviera en primer lugar. Era incomprensible para Isabella que estuviera dispuesto a pasar el tiempo en España tan pronto después de anunciar su compromiso de matrimonio.

También, como de costumbre, el Cocinero había preparado una comida deliciosa, pero esta vez, ya que la doncella había sido promocionada a ser acompañante, Maribel había estado de acuerdo en unirse a la mesa del capitán para la cena.

“¿De manera que cree que Marcus y Flavia vivían cerca de Platja de la Devesa?” preguntó Gibb.

“Sí.” Isabella se terminó su último sorbo de vino. “Recompuse una tableta que mencionaba Plaja de la Devesa. Nuestro campamento está allí o estaba. Me imagino que el viento se llevó nuestra tienda. Es decir, si no fue saqueada antes.”

“Entonces deberíamos buscarla mañana. ¿Lograron realizar alguna excavación?”

Isabella se paró un momento. ¿El capitán estaba pensando en ir a tierra mañana en lugar de navegar a casa a su prometida? “No, no estuve suficiente tiempo para inspeccionar los terrenos, menos aún empezar a cavar.”

Gibb apartó su silla de la mesa. “Tengo el mapa abierto en mi escritorio. ¿Por qué no me muestra donde acampó?”

Gowan, Archie y Mac se pusieron en pie con Isabella.

“¿Les importaría si me llevo a la Srta. Hatch a dar una vuelta en cubierta?”, preguntó Gowan.

Gibb les despidió con la mano. “Váyanse, pues.”

Isabella no se sorprendió porque los otros dos hombres también se marcharon. En lugar de acercarse al capitán, ella eligió quedarse en pie en el lado opuesto de su escritorio. “Inicialmente, había planeado establecer una excavación y quedarme un tiempo. ¿Es consciente de que el clima aquí es moderado?”

“Lo es,” dijo él, deslizando su dedo desde Valencia por la larga expansión de costa.

Decidiendo que ahora era el momento en el cual presionarle sobre su compromiso de matrimonio, ella se aclaró la garganta. “No soy una persona indiscreta, pero me imagino que tiene muchos deseos de regresar a casa.”

“No especialmente,” dijo él, como quien hablara del tiempo. “No estoy planeando un nuevo viaje a América hasta la primavera, aunque puede que empiece a transportar whisky y algodón al

continente.”

“¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí?”, preguntó ella.

“Inicialmente, un mes o así, quizás sorprender a mi familia con una visita al Castillo de Stack en Navidad.”

Cielo Santo, había juzgado mal a este hombre de manera considerable. “¿Cómo puede hacerle eso a su pobre prometida?”

El capitán se enderezó, su mirada sorprendida. “¿Perdón?”

“Venía en los titulares de la Gaceta: ‘Hermano del Duque de Dunscahy Prometido.’”

“¿Prometido?” Gibb echó la cabeza atrás y rio desde sus tripas. “Oh, vaya lío que fue eso; sin embargo, no fui el que fue obligado a realizar una petición de mano.”

Isabella apuntó un dedo en el mapa. “Pero el periódico informó que usted había librado a una pobre mujer del escándalo porque le encontraron a solas con ella en la casa de Londres del duque.”

“Estuve allí para la celebración del cumpleaños de mi madre, y tiene razón en una cosa. Había un artículo en la Gaceta el día siguiente. Sin embargo, se equivocaron y Marty se aseguró de que los idiotas publicasen una disculpa al día siguiente.”

El hecho de que el duque hubiera obligado al periódico a emitir una retracción no le dio ninguna tranquilidad a ella. “Discúlpeme pero, ¿qué le pasó a la pobre mujer escandalizada?”

“Mi hermano Philip fue el que se ofreció a casarse con ella.”

Ella parpadeó dos veces. “¿Entonces, por qué no usted?”

Esas cejas rubias espesas se desplazaron lateralmente cuando él abrió más los ojos. “Hay varias razones, la primera siendo que fue Philip quien agarró a la Srta. Radcliffe cuando ella se tropezó cayendo en sus brazos.”

“Oh,” contestó ella, algo extrañada. “¿Y las otras razones?”

“La situación en ese momento me pareció muy sospechosa, y estaba convencido de que era una trampa matrimonial. Sí, la Srta. Radcliffe actuó como si no tenía intención de entrar en un pasillo sin acompañante, tropezar y caer en brazos de Philip de manera accidental. Pero la madre de la chica era demasiado rápida, señalando con el dedo y acusando a mi hermano de comprometer a su hija.”

Sacudiendo la cabeza, Isabella se agarró las manos contra el pecho. “Cielo santo.”

“De manera que Philip hizo lo correcto.” Gibb descansó la cadera contra el escritorio. “No puedo decir que yo hubiera actuado con tanta prisa si hubiera sido yo.”

“Qué horrible para él.”

“Eso es lo que yo pensé, hasta que Philip reconoció que fue un alivio.”

“¿De verdad? ¿Conocía a la Srta. Radcliffe? ¿Era ella una amiga de la familia?”

Gibb se encogió de hombros. “Él la conocía de nombre.”

Aunque esta noticia lo cambiaba todo de manera considerable, Isabella no estaba satisfecha con dejarlo estar, todavía no. “Mencionó que no habría actuado tan aprisa. ¿Qué habría hecho si la mujer hubiera caído entre sus brazos?”

El capitán descansó la mano en la empuñadura de su daga. “¿Aparte de dejarla caer?”

“Usted no la habría dejado caer. Sé que no haría eso.”

Los labios del escocés se movieron levemente hacia arriba con una sonrisa. “Quizás no, pero habría discutido. La madre que causó tanto revuelo era la acompañante de la joven. Supongo que fue testigo de todo el incidente.”

“Qué horrible para su hermano.”

“No creo que a Philip le importe mucho. Dijo que necesitaba casarse un día y no tenía

tiempo ni ganas de buscar una esposa.”

“¿Dijo eso?”

“Sí, pensó que la Srta. Radcliffe era bonita y le solucionaba la papeleta.”

La historia se volvía cada vez más rara. Isabella sentía un poco de lástima por la Srta. Radcliffe, después de todo, tenía que ser un poco torpe y luego tener una madre que se comportaba como un dragón tenía que ser insoportable. “¿No impidió a Lord Philip de cometer un grave error?”

“Diantres, sí. Pero una vez que el más mayor de los gemelos se empecina en algo, es difícil hacerle cambiar. Aunque dijo que tenía intención de disfrutar de un compromiso de boda muy largo.” Gibb toqueteó el mapa. “De manera que ahora que hemos aclarado eso, ¿le importaría señalar dónde ha montado su campamento?”

Isabella volvió a prestar atención al escritorio y desplazó su dedo índice por la línea costera del mapa. “Aquí.”

“Es cerca, entonces.”

“Sí, con suerte, nuestras ropas siguen allí. Pero...”

“¿Hmm?”

Ella le miró con una sonrisa de esperanza, incluso atreviéndose a pestañear. “Mientras estamos aquí, sería una locura no hacer, aunque sea una poca investigación.”

“Estoy de acuerdo.”

“No pensé que estaría de acuerdo con tanta facilidad. ¿No estaba en Valencia comprando suministros para el viaje de regreso?”

“Sí.” Gibb señaló la playa donde se habían encontrado el uno y la otra. “Después de descubrir que Platja de la Garrofera no era más que un páramo desierto, no parecía haber una razón por la que quedarse. Además, Archie y los hombres estaban convencidos de no tener ni una posibilidad de encontrar un tesoro.”

“Dudo que haya un cofre de tesoro en ninguna parte.”

“Lo sé, pero a los hombres les gusta soñar.”

“Ah... ¿Cuánto tiempo tiene intención de permanecer... aquí... ah... conmigo?”

“Bueno, supongo que debemos decidir eso después de echar un vistazo a Platja de la Devesa mañana. Pero hay una cosa segura...”

“¿Qué es?”

“El *Prosperity* no regresa a casa sin usted.” Se puso los puños en las caderas. “No debió haber venido aquí sola. Casi perdí la cabeza cuando vi su diario en manos de aquel hombre, y estoy seguro de que no voy a permitirle quedarse aquí.”

“¿Permitirme?”, preguntó ella, ignorando el revuelo en su estómago, que estaba a punto de realizar piruetas porque él acababa de decirle que casi había perdido la cabeza y se había aprestado a rescatarla. Pero ella no estaba por la labor de dejar que el capitán se hiciera cargo de repente de su independencia. “Puede que le esté agradecida por haberme socorrido, y puede que esté en deuda con usted.” Sin embargo, ya no soy una doncella sumisa que dependa de las decisiones de los hombres a mi alrededor. Soy una viuda y soy libre para hacer lo que desee.”

“¿Ah, sí?” Gibb dio un paso hacia ella, sus ojos azul oscuro oscureciéndose más. “Si es tan capaz de protegerse de canallas como el que vi en el mercado, entonces, ¿dígame cómo es que la encontré con hambre y abofeteada por el viento en la playa como una náufrega?”

Gibb se quedó clavado en el suelo, mientras que la Sra. Schuyler salió enojada de su camarote.

Por los clavos de Cristo, su genio había llegado al punto de ebullición y no podía hacer nada más que golpear la mesa con el puño. “¡Diablos!”

¿Qué demonios pensaba ella? ¿La mujer había perdido la cabeza por completo? Se había quedado casada durante un solo día y de repente había desarrollado una sensación errónea de independencia. Puede que fuese una viuda, pero seguía siendo una mujer. Isabella tuvo suerte de no ser violada cuando de manera tan temeraria había contratado a un guía para llevarla a una playa desierta.

Y una vez que Gibb la encontró, ella había actuado como si ellos dos nunca hubieran compartido un abrazo o un beso apasionado. Aunque ahora tenía una buena idea de por qué había sido tan arisca. La mujer había pensado que era lo suficientemente loco como para pedirle mano a la Srta. Radcliffe. Bueno, incluso aunque los periódicos habían cometido un error en su informe, Isabella le conocía mejor. Y, Philip no necesitaba haber pedido mano tampoco. Si la madre de la joven se hubiera callado, no habría habido ningún escándalo. Dios sabe que Philip no era el primer caballero adinerado en ser engañado por una madre cazafortunas.

Sin embargo, Isabella no parecía estar muy contenta de que Gibb no fue el que le pidió mano a la Srta. Radcliffe. ¿Qué había esperado que hiciese, luchar con Philip para el derecho de casarse con la joven?

Gibb daba zancadas en su camarote fulminando el pestillo de su puerta con la mirada. Ella había sido la que se marchó con cajas destempladas, no él. No había una posibilidad de que se tragara su orgullo y llamar en la puerta de ella. Si quería intimidad, entonces él se la daría.

Maldita sea, no había esperado verla aquí. Ella sabía que él no era de los que reparten peticiones de mano, había confesado eso más de una vez cuando iban hacia América.

¿Por qué se sentía como el canalla en todo esto? Sí, había temido lo peor cuando encontró el diario de ella. ¿Quién no querría encontrar una mujer... una amiga, necesitada de socorro? Pero se suponía que ella no debía estar aquí.

La verdad sea dicha, lo más probable es que ella encontrara un poco raro enterarse de que él también se había dedicado a investigotear. Pero la historia de Marcus y Flavia le había interesado, por lo menos eso es lo que se había repetido a sí mismo y a los hombres.

Él se puso de cara a la puerta y se cruzó de brazos, intentando no reconocer que estaba enamorado, pero la verdad pelada se entrometía en sus pensamientos. Cuando estuvo en la playa buscando pistas sobre Marcus, se había sentido cerca de Isabella. Había soñado con encontrar algo que demostrara que Marcus había vivido cerca de la playa, y cuando lo hiciera, había tenido la intención de escribirle a la Sra. Schuyler y contarle toda su aventura.

Pero ahora ella estaba aquí.

Y eso le tenía aterrorizado.

Capítulo Veinticuatro

A la mañana siguiente, Isabella pareció haber disfrutado de un descanso razonable esa noche, aunque seguía vistiendo el mismo vestido de viaje. Su cabello estaba recogido en un moño ordenado, al menos eso es lo que Gibb se imaginaba. No se veía mucho de su cabello bajo su bonete. Él, por otro lado, había pasado un sinfín de horas dando vueltas en su cama, preguntándose cómo es que había acabado por encontrarse en el punto de ira de la mujer después de casi incitar una guerra a causa de ella.

Ella miró hacia la orilla de manera expectante mientras los hombres remaban la barca. La Srta. Hatch había elegido quedarse atrás, ya que Gowan permanecía abordo como oficial vigía. “Mirad allí”, dijo Isabella señalando. “Puedo ver la lona de nuestra tienda ondeando en el viento.”

Gibb cerró los puños, enfurecido por el peligro que ella había corrido por su temeridad, y el poco remordimiento que parecía albergar por ello. Él nunca podría haber vivido sabiendo que le hubiera pasado algo a ella.

Cuando llegaron a la playa, él se encaminó con ella hacia el lugar del campamento, mientras los hombres les seguían desde detrás con unas pocas herramientas para una excavación. La tienda estaba casi deshecha, sus estacas casi arrancadas de sus lugares, eso o que no habían sido clavadas correctamente en primer lugar. Daba igual. La tienda daba tanta pena como le había dado Isabella cuando la encontró.

Juntos escalaron la duna de arena y cruzaron hacia el lugar de acampada.

“Cielo santo.” Isabella se llevó ambas manos a la boca. “Me siento tonta.”

A pesar de lo mucho que estaba de acuerdo con esas palabras, Gibb no quería más que rodearla con sus brazos y besarla. Pero la chica de ojos de cervatillo que le había besado en la cubierta del *Prosperity* había desaparecido. Las circunstancias la habían cambiado, y él sentía que ella seguiría sin aceptar sus afectos. Además, estaban a plena luz del día y acompañados por media docena de marineros.

Dada la situación, Gibb hizo lo único adecuado que se le ocurrió. Colocó una mano sobre el brazo de ella y la mantuvo firme, rezando porque impartiese un mínimo de la ternura que sentía en su corazón. “Estaba siguiendo sus sueños. La mayoría de los hombres nunca habrían tenido la fortaleza o la determinación de embarcarse en un viaje tan peligroso como este. Y sabe que la mayoría de las mujeres se quedan sentadas al lado de sus hogares contentas con sus bordados, muy pocas podrían ni imaginarse viajar a una playa remota de España.”

Una sonrisa triste se dibujó en los labios de ella. Pero mientras su mirada oscura subía hacia la cara de él gradualmente, una chispa se encendió en la profundidad de su corazón. Respirando hondo, él también sonrió le dio una palmadita en el brazo. “Echaré un vistazo dentro.”

“Dudo que encuentre nada.”

A pesar de todo, separó la tela de la entrada y asomó la cabeza dentro de la tienda. “Puede que sí crea en milagros,” dijo él con una sonrisa abriendo la lona para descubrir su baúl. “Parece que tendrá un cambio de ropa mientras realizamos nuestro examen del lugar.”

“Gracias a Dios.”

Gibb se volvió hacia los tripulantes y tomó la pala de uno de ellos. “Chicos, llevad las cosas de la Sra. Schuyler abordo y volved allí. La señora y yo tenemos que explorar un poco.”

“¿Y qué pasa con la tienda, Capitán?”, preguntó Duncan.

“Volved a colocar las estacas. La dejaremos de momento.” Desplegando las palmas de las manos, Gibb miró a Isabella. “Entonces, ¿es aquí donde deberíamos empezar a buscar?”

“Creo que sí. Aparte de Platja de la Devesa, Marcus mencionó cabras y gallinas y una casa en lo alto de un montículo.”

“Con suerte ha encontrado el lugar. Hay unas sesenta millas entre Valencia y el promontorio en Xàbia. Le llevaría a mil hombres años excavar toda esa tierra.”

“Entonces no nos demoremos.”

Gibb le ofreció un codo. “¿Por dónde, señora?”

Ella señaló una loma. “Quizás deberíamos empezar allí,” dijo ella colocando los dedos en su brazo, su mero roce, haciendo que el corazón de él se acelerase.

Él respiró hondo, obligando a que su corazón se apaciguara, aunque no lo lograba. “Parece que usted ha soportado su ración de calamidades en estos últimos meses.”

“He de reconocer, no me esperaba nada de ello, empezando con mi padre entrando en mi habitación para decirme que había estado de acuerdo con la petición de mano del Sr. Schuyler.”

“El minero parecía un buen hombre, agradable además, lo cual es la razón por la cual decidí dejarle en sus manos. Espero que mi impresión de él no fuera errónea.”

“No. Creo que fue bondadoso, muy bondadoso a decir verdad.”

“¿Oh?”, preguntó Gibb, desplazando la mano de ella a la suya mientras los dos subían por el suelo pedregoso de la loma.

“¿Sabía que el estado de Georgia abolió la primogenitura en mil setecientos setenta y siete?”

“¿De verdad? No lo sabía.”

“Sí. Y, además, antes de mi llegada, el Sr. Schuyler tomó medidas por asegurarse que yo viviría una vida de lujo después de su fallecimiento, aunque el pobre hombre no tenía idea de que no viviría lo suficiente como para...”

“¿Hmm?”, preguntó Gibb pero, al ver el rubor de ella, no le pidió explicaciones. Ella ya había dicho que el hombre se había derrumbado nada más salir de la iglesia. No hubo oportunidad para que el minero pudiera consumir el matrimonio.

“Entonces, una vez que recibió su herencia, ¿decidió organizar una expedición?”

“Sí.” Después de llegar a la cima de la colina, se detuvieron en un saliente. Isabella soltó la mano de él alejándose unos pasos, barriendo con la mirada el mar. “La vista desde aquí es sorprendente.”

Gibb descansó la pala al lado de la roca, y luego también miró la escena. Desde este punto, la playa se extendía hacia el norte y el sur hasta donde alcanzaba la vista. Y más allá estaban las aguas azules profundas del mar Mediterráneo, con el *Prosperity* esperando. En la gran expansión, el buque parecía tan pequeño.

“Le debo una disculpa,” Isabella susurró a su lado.

La atención de Gibb volvió a la cara preciosa de ella, enmarcada por rizos ondeando en el viento bajo la visera de su bonete. Mientras miraba a los ojos de Isabella, no importa nada aparte de esta mujer aquí, en este momento. “¿Oh?”, preguntó él, deseando saber más, su corazón repiqueteando en él con la brizna de esperanza de que ella podía aún albergar una pizca de cariño por él.

“El artículo en el periódico tiñó mi impresión de usted, y una vez que me enteré de la verdad, me llevó un tiempo aclarar mis sentimientos.”

Él colocó una mano en la piedra al lado de la oreja de ella mientras le remetía un rizo negro

en el sombrero de ella. “Si le sirve de algo, en ningún momento dejé de pensar en usted, por mucho que lo intentara.”

“¿Lo cual es la razón por la que ha venido aquí?”

“Sí.” La mirada de Gibb se desplazó a los labios de ella, y ella le premió relamiendo esa boca sensual, aportando un brillo húmedo a sus labios. “No me pregunte por qué. Quizás pensaba que si me quedaba aquí me haría sentirme de alguna manera más cerca de usted.”

Ella colocó la palma de la mano en el corazón alocado de él. “Dejarle en Savannah fue la cosa más difícil que haya hecho, pero es consciente de que no me quedaba otra elección.”

Él bajó el mentón y desplazó la cabeza a un lado, acercándose tanto a ella que el aliento de ella le rozaba la barbilla. “Lo sé.”

Con el siguiente latido del corazón de Gibb, ella se alzó cerrando la distancia entre ellos dos, sellando sus labios contra los de él, con timidez al principio. Pero la palabra *timidez* parecía perderse del vocabulario de Gibb. Él quería saborearla. Deseaba devorarla. Metió el dedo bajo el mentón de ella y alzó la cara de ella lo justo, sellando sus labios encima de los de ella, exigiendo que ella le correspondiera el fervor.

Solo le llevó un breve suspiro antes de que el deseo le consumiera, y, mientras los besos crecían en intensidad, ella deslizó las manos en torno a la cintura de él y se agarró a él. Pechos bien formados se moldearon perfectamente en el pecho de él mientras seguía con su pillaje, desafiándola a igualarle gesto por gesto.

Y ella lo hizo.

Los cuerpos de ellos dos se fundieron, el cuerpo de él más duro de lo que había estado en toda su vida.

Cuando finalmente separó sus labios de los de ella y su vista se encontró con el de los párpados caídos de ella, Gibb supo que esta mujer se había apoderado de su corazón, además de su alma. Solo era que él no tenía ni idea de qué hacer con ello. ¿Darle la espalda a su regla firme de permanecer soltero y pedirle mano?”

¿He perdido mi maldita cabeza?

Pero la respuesta se perdió en el mar mientras la mirada de Gibb descansó en la piedra bajo la palma de su mano. “Isabella, creo que es realmente brillante.”

Ella soltó una risita. “Aunque a nadie le disgusta que le digan que es brillante, es un piropo algo infrecuente después de dar un beso tan apasionado.”

“Déjeme decirlo de otra manera: Sus besos hicieron que mis rodillas se derritiesen en miel líquida y su brillantez rebasa la de todos los estudiosos que haya conocido.” Agarró un puñado de hiedras y las apartó. “Esta piedra no ha sido colocada aquí por Dios. Es hecha por el hombre.”

Con una brusca inspiración, Isabella se dio la vuelta y trazó el dedo por una grieta en la piedra blanca. “Esto es mármol.”

Gibb sacó su puñal cortando hiedras y matojos.

Isabella le ayudó a retirar los residuos. “Es la cima de un pilar.”

Con la pala, Gibb retiró un poco de tierra alrededor de la columna. “Supongo que la mayor parte está enterrada.”

“Las ruinas que encontramos en las tierras de Papá también lo estaban. La excavación tardó más de un año.”

“Una vez que ponga a la tripulación a trabajar en ello, seguro que iremos bastante aprisa.” Él excavó unos cincuenta centímetros y dio con algo duro que hizo que la pala reverberase.

“¿Qué ha sido eso?”, preguntó Isabella, inclinándose ante el agujero.

“Una piedra.” Lo tocó con la punta de su bota. “Una piedra grande.”

“Un momento. Déjeme verla.”

Gibb cavó haciendo el agujero fuese más ancho, luego ayudó a la dama bajarse. Isabella sacó un pañuelo y apartó la tierra húmeda. “Esto también es mármol, debe ser parte del pilar.” Ella se enderezó y dio palmadas. “¡Oh cielos, hemos dado con algo!”

Gibb la levantó entre sus brazos, dando un giro en círculo. “¡Sabía que usted es brillante!”

Capítulo Veinticinco

Después de una deliciosa cena de carne de cordero y un paseo por la cubierta con Gibb, Isabella se retiró a su camarote. Él la había besado en el umbral de la puerta, sus labios mágicos se apoderaron de su boca, y ella hizo todo lo posible por igualar el fervor de él, sin querer que el beso terminara, deseando permanecer en sus brazos para siempre. Este día había sido uno de los mejores de su vida, y le resultó muy difícil desearle buenas noches en su puerta, pero como siempre, ella actuó como una mujer inglesa correcta y lo había hecho.

Más temprano hoy, le había hecho tener nervios de acero para acumular el valor para disculparse de haber juzgado mal al capitán. Ella había pasado horas contemplando lo que él podría hacer o decir o cómo la podría juzgar a ella. Después de soportar años de ser criticada por su padre, en combinación con las frecuentes ausencias de él debido a su puesto en el ejército, ella carecía de las habilidades que una joven necesitaba para hacerse querer por un hombre. Había sido mucho más fácil ser encantadora cuando estaba comprometida en matrimonio y haciendo un viaje por mar para conocer a su prometido.

Por lo menos no parecía haber estado tan preocupada de cómo y cuando decir las cosas en aquel momento. Aunque se habían besado y formado una especie de romance, los dos sabían que no podía durar. Los dos sabían que no podían perder sus corazones, a pesar de que ella había perdido el suyo de todas formas.

Pero hoy ella había hecho acopio de valor para disculparse, y él le premió con un beso que había superado todos los besos que habían compartido hasta ese momento. Cuando sus labios se fusionaron, fue como si él hubiera abierto una ventana en su alma. ¡Y al siguiente momento, se dieron cuenta de que la roca contra la que ella estaba apoyada era realmente una antigua columna romana! Para su sorpresa, una vez que llegaron los hombres, cavaron lo suficiente para que ella estuviera relativamente segura de que la piedra de mármol que Gibb había golpeado con su pala era la cabeza de la estatua de Marte que Marcus mencionaba en una de sus tabletas.

Puede que fuese tarde, pero lo último que Isabella era capaz de hacer era dormir. Habían encontrado a Marte. Además, ella lo había hecho con el Capitán Gibb MacGalloway, el único hombre que había capturado su corazón. Y juntos encontraron la estatua mientras se besaban.

Si Isabella fuese una romántica perdida, se habría desmayado en el sitio, solo pudiendo ser reanimada con sales.

Y se mentiría a sí misma si dijera que su reacción de rodillas debilitadas no fue causada por el capitán. El hecho de que él estuviera allí en España, que las rescatara a ella y a Maribel en la playa y que había estado de acuerdo en quedarse... que reconociera que estar parado en la playa en España de alguna manera le hacía sentirse más cerca de ella.

Las gotas de lluvia salpicaban la ventana pequeña.

Quería estar más cerca de mi. Eso tiene que significar algo, quizás no amor, pero sí un profundo cariño.

Apartando las ropas de cama a un lado, Isabella se levantó y miró por la ventana. Riachuelos de agua bajaban, y más allá, el mar era oscuro como la tinta. Cuando habían estado navegando, ella a menudo había visto la espuma blanca de la estela del barco por la noche, pero el *Prosperity* estaba atracado. Los sonidos eran más fuertes cuando el barco estaba anclado. Cuando navegaba, el sonido de las velas, el quejido intermitente del casco, incluso el

desplazamiento del barco en el agua, eran sonidos que hacían casi imposible escuchar los golpes de las gotitas de lluvia contra el cristal.

Algo rozó el suelo en el camarote de al lado, como si el capitán desplazara su silla de su escritorio. ¿Estaba escribiendo en el cuaderno de bitácora del barco? Sonaron dos pisadas.

Isabella miró hacia la puerta y se rozó el labio inferior con los dientes.

A menudo me dijo que no duerme bien.

Se puso su batín, pasó de puntillas por el suelo y descansó la mano en el pestillo. ¿Se atrevería a acudir a él? Dios sabe que ella quería. Dios sabe que había soñado con él a menudo. Incluso había soñado con Gibb MacGalloway cuando debía estar llorando la muerte de Arent. Claro que sentía pena por el hombre, pero no como una viuda desconsolada. ¿Cómo podía sentir pena de manera sostenida por alguien que apenas conoció?

Inspirando con profundidad, colocó la mano en el pestillo de la puerta de su camarote, sus dedos resbalando a causa del sudor. Le deseaba, pero no sabía bien qué hacer.

¿Y si me rechaza? ¿Y si me percibe como una mujer fácil?

Ella tragó, sabiendo que se sentiría destrozada si él hacía eso. Nunca podría volver a mirarle a la cara.

Debería volver a la cama.

En lugar de hacer eso, Isabella tiró hacia abajo del pestillo, el clic resultante sonando con tanto ruido que despertaría a los muertos. Se quedó parada con la puerta abierta un momento, mirando al pasillo, apenas respirando.

¿Me he vuelto completamente loca?

Sus advertencias interiores no le sirvieron de nada mientras giraba hacia la izquierda y dio los tres pasos hasta la puerta del capitán. Alzó el puño para golpear la puerta, pero al fin se apoderó de ella una trepidación y colocó las palmas de las manos en la madera con suavidad.

Estoy siendo increíblemente audaz e irresponsable. Me daré la media vuelta ahora mismo.

Excepto que la puerta se abrió.

E Isabella no se había movido.

Gibb se quedó parado tan quieto como la estatua de Marte, cerniéndose por encima de ella como un rey de las Highlands mientras la luz amberina de una linterna refulgía a su alrededor. Sus ojos eran casi tan negros como los de ella, su cabello revuelto, sin su jubón y con las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos. “Bella,” susurró, sin moverse aún.

“Yo...”

Mientras su mente daba vueltas con una docena de excusas de por qué podía llamar a la puerta de un capitán vestida de camisón, los labios de él se sellaron por encima de los de ella. Labios suaves, masculinos, hambrientos, se apoderaron de la boca de ella, y en un maremágnum de emoción, la hizo pasar sin separar los labios de ella. La puerta se cerró mientras él la abrazaba con fuerza contra su cuerpo, deslizando las manos por la espalda de ella de arriba a abajo. Isabella se aferró a él, sus dedos temblorosos moviéndose de manera frenética y para nada tan expertos como parecían ser los de Gibb.

Él dejó la boca de ella, buscando por su mandíbula hasta sus deliciosos mordisquitos se detuvieron ante su oreja. “No puedo parar. Te deseo.”

“Entonces tómame,” le contestó ella sin aliento, enarcando la espalda, tiritando con cada beso.

“He querido escuchar esas palabras desde el día en que pisaste el *Prosperity*.” Pero en lugar de tomarla contra la puerta, le agarró de los hombros y dio un paso atrás. “¿Es esto verdaderamente lo que quieres, mujer? ¿Compartir cama con un capitán de barco?”

Ella intentó inclinarse hacia delante y ocultar la cara en el hombro de él, pero él la mantuvo firme en el sitio. Ella sabía lo que él quería decir, y no le importó. Ella le deseaba y al carajo con las consecuencias. Había sido una privilegiada toda la vida, nunca le habían permitido tomar sus propias decisiones o seguir su corazón. “Yo también he soñado estar en tu cama desde que subí a este barco. Deseo acostarme contigo como hombre y mujer.”

Tomando la mano de Isabella, Gibb se la llevó más adentro en el camarote. Esos ojos azules profundos la miraban. La comisura de su boca se movió mientras desabrochaba su broche al hombro y lo lanzó encima de la mesa detrás. La miró mientras aflojaba su cinturón, titubeando un momento antes de dejarlo caer, mandando su falda escocesa al suelo. Ella se tocó el borde de la boca con la lengua mientras su mirada bajó por su camisa y a sus muslos musculosos que tenían rizos de vello rubio.

No hizo falta palabras cuando él le hizo un gesto con la cabeza. De manera instintiva, ella desabrochó su cinto dejando caer su batín. “Ahora tú,” dijo ella de manera atrevida, sus muslos temblando del deseo de verle por completo.

Con una sonrisa mordaz, Gibb se quitó la camisa por encima de la cabeza, lo dejó a un lado y se quedó parado con las manos relajadas como si la invitase a inspeccionarle. Incapaz de desviar la mirada, Isabella miró su cuerpo desnudo, deteniéndose en sus ingles, los ojos agrandándose, mientras un intenso anhelo muy dentro de ella exigía ser tocada, ser tomada.

De nuevo él movió la cabeza, esta vez señalando su camión.

Ella agarró la falda de lino. “¿Fuera?”

“Sí.”

Isabella le miró mientras lentamente subía el dobladillo hasta sus tobillos y luego hasta las rodillas. Cuando llegó a sus muslos, ella juraría que el miembro de él se movió. Y ya no pudo más. En un movimiento, se levantó el camión por encima de la cabeza y lo lanzó al suelo.

Y entonces estaba en brazos de él, su boca explorando la de ella, sus cuerpos juntándose. Él la cargó a la cama y se subió a su lado. “Eres tan linda para mí, Issy, Bella mi Belle. ¿Qué mote puedo usar para nombrarte?”

“Siempre me ha gustado Bella,” le susurró ella al oído mientras le acercaba más a su cuerpo. “Yo... ah... espero que no te importe navegar estas aguas ignotas.”

Gibb podría haberse corrido con esas palabras. No tenía que preguntarle para saber que todavía era virgen. Cielos, las cosas podrían ser un poco más fáciles si no lo fuera. Pero si no entendía más que una cosa acerca de su atracción por esta mujer, sabía que tenía que tenerla, pero no de la manera corriente, un follar rápido y acabar. Quería que esta noche durase para siempre. Quería que Isabella se guardara esta noche en su corazón y que soñara con ella durante años.

“Eres la mujer más bonita que haya tenido el honor de ver,” dijo él, con toda sinceridad. El porqué había pensado que esta mujer era corriente era algo que nunca entendería. Quizás era su bonete feo que llevaba cuando se vieron por primera vez; quizás sus ojos habían estado nublados con la rigidez del marino. Isabella era una belleza icónica, una mujer a ser venerada y adorada.

“Me robas el aliento de los pulmones,” agregó él, tomando un pecho bien formado en la mano y tocando su punta tierna con el pulgar. Incluso sus pechos estaban perfectamente formados, no muy pequeñas y tampoco muy grandes. Traspuesto, se deslizó hacia abajo lentamente hasta que capturó el pezón de ella con un beso lento y succulento.

Isabella tragó aire, enarcándose contra él, deslizando los dedos en su cabello.

“Así, chica, cierra los ojos y déjate llevar.”

Con ambas manos, enmarcó los pechos de ella, deleitándose con las curvas lujosas,

besando, probando y mordisqueando mientras la adoraba.

Ella sintió la piel erizarse, siguiendo los labios de él mientras la amasaba y besaba hacia abajo hasta el nido de rizos entre sus muslos. Trazó la raja húmeda con el dedo mientras veía cómo abría los labios, su respiración volviéndose jadeante. Y cuando los ojos de medianoche de Isabella se volvieron aún más oscuros, supo que ella estaba lista para él.

“Tranquila, lass,” dijo él ronroneando. “Esto no es una carrera con las velas desplegadas, sino una maratón por los océanos del globo.”

Él vio su mirada confiada y le guiñó un ojo, justo antes de abrir el sexo de ella y acariciar la entrada, deslizando un dedo hacia dentro, solo la punta al principio, gradualmente aumentando su profundidad mientras ella se movía y suspiraba al ritmo del tacto de él.

Con un gemido, ella le agarró de los hombros, como si intentara hacer que él fuese más adentro, sus paredes abriéndose para él mientras él encontraba una hondonada de humedad. Isabella suspiró y gimió, los sonidos que ella hacía, volviéndole casi loco. Mantuvo la mano quieta mientras se inclinaba para besar su vientre, rozando con los labios hacia abajo hasta que llegó a su triángulo negro.

Ella se enarcó como si fuese a pararle, pero él colocó una mano sosegada en el abdomen de ella. “Permíteme saborearte, *mo leannan*.”

Los muslos de ella temblaron. “¿Con la boca?”

Él sonrió. “El sabor a ti, tu olor, es un puro néctar de los dioses. Túmbate y siente.”

Después de que ella se dejara caer en las almohadas, él se acomodó entre las piernas de ella, abriéndolas con los hombros y separándola con la lengua. Ella temblaba bajo él, su carne ardiente. Él pasó la lengua por encima de ella, luego le sopló aire fresco, hizo lo mismo repetidas veces.

Ante el suspiro de ella, él la lamió completamente, explorando la carne salada, femenina, con lametazos largos y golpecitos suaves con la lengua, centrándose en el pequeño botón que la podría llevar a las estrellas.

Los dedos de Isabella encontraron el cabello de él. “Creo que ha llegado el momento. ¡He de tenerte!”

“Lo harás, querida, pero todavía no. Yo estoy al mando de este barco, y digo que todavía no estás lista, lass.” Gibb la penetró con dos dedos, y al encontrar resistencia, siguió avanzando con los hombros entre sus muslos y empujó con la lengua el calor del núcleo de ella.

Las caderas de ella se desplazaron, su cuerpo se sacudió y casi le arranca el cabello de cuajo. “¡Por favor!”

Pero Gibb se negaba a rendirse. Se desplazó hacia el pequeño botón y lo chupó hasta que ella temblaba y jadeaba, pidiéndole más.

Deslizó un dedo dentro, y mientras ella se retorció, logró meter otro dedo y casi tres.

Con su jadeo fuerte, el borde del mundo pareció haberse detenido en un precipicio al vacío. Ella se enarcó por encima del colchón, tragó aire y se descompuso en torno al dedo de él.

Ante la visión del éxtasis escrito en la cara de ella, Gibb se sintió invadido por una satisfacción primaria indescriptible. Le prolongó el clímax, ampliando su propia satisfacción a base de seguir lamiendo y amándola hasta que se apaciguó el último de los estremecimientos de ella.

Ella jugueteó con el cabello de él. “No tengo palabras.”

“El lenguaje inglés es deficitario cuando se trata de hacer el amor.” La lamió de nuevo. “Pero supongo que estás lista para navegar en aguas más procelosas, chica.”

Puede que Isabella estuviera muy en desventaja con el capitán, pero aprendía rápido. Gran

parte de la noche era una niebla de pasión, pero algunas cosas permanecerían con ella el resto de sus días: el olor especiado de Gibb mezclado con la lluvia, el sabor salado de su piel. Ella había hundido los dedos en su cabello, sorprendida por su tacto sedoso.

Pero más que nada, ella atesoraría en su corazón el instante mismo en que se unieron. Aunque él era un hombre grande, el cuerpo de ella se había adaptado con su paciencia. En ningún momento le insistió ni se apresuró. La tocaba con una reverencia suave, su voz baja mientras murmuraba lo bien que se sentía ella, y lo mucho que él la había deseado. Y cuando ella se estremeció y separó sus piernas cada vez más, mientras él se hundía cada vez más en ella.

Una vez que la llenó al completo, ella se retorció bajo él. Aun así, Gibb no se precipitó, estirando el éxtasis de ella, besándola, alabándola, amándola. Fue la noche más mágica de toda su vida.

Capítulo Veintiséis

Gibb se quedó mirando cómo dormía Isabella mientras trenzaba el cabello de ella en sus dedos. Ella estaba acostada de lado de cara a él, la boca levemente abierta, sus pestañas negras rozando sus mejillas cremosas. Él todavía no podía creer que estaba allí. Una pizca de trepidación teñía sus pensamientos, pero rápidamente la apartó. Ella le había pedido que él le hiciera el amor, la primera y única mujer de buena cuna que con la que se había acostado. Claro que ahora tenía que casarse con Isabella... *con tiempo*. Actualmente, estaba agradecido de estar atracado ante la costa de una playa remota en una tierra extraña. Habría tiempo de sobra para pensar en el futuro de los dos regresando a Escocia.

Pero ahora esta noche mágica había terminado. Gibb siempre se levantaba cuando el cielo cambiaba de color negro a azul cobalto, trayendo la promesa de un nuevo amanecer. Este era su momento favorito del día, las horas tempranas de cuando la noche se convertía en día. La hora siempre empezaba con un raro silencio, pero para cuando las terminaban de caer en el reloj de arena, los pájaros piaban y el barco se llenaba del sonido de las botas de los marineros golpeando las maderas.

Sin intención de cruzarse con ningún marinero, él la besó en la sien. “Será mejor que te lleve a tu propia cama, lass.”

Ella se movió un poco, pero no despertó. Con cuidado, Gibb la tomó en brazos y cargó con Isabella a su camarote, metiéndola bajo las sábanas y dándole un último beso antes de salir. Rara vez dormía más de unas pocas horas seguidas, a menudo despertándose a causa de los terrores de la noche que habían empezado cuando él servía en la marina. Parecía ser un mal común de hombres que habían luchado en las guerras, un mal del que desgraciadamente no había escapado. Pero dormiría más tarde. Ahora apenas podía sentir sus pies mientras caminaba en su camarote, preparándose para la jornada como si estuviera en una nube.

Cuando salía el sol, Duncan le trajo su desayuno con puntualidad. “Buenos días, Capitán.”

Gibb se sentó a la mesa y olfateó el olor de cerdo en salazón, huevos fritos y galletas de barco calientes. “Es un buen día, chico.”

“¿Vamos a ir a tierra para la excavación?”

“Desde luego que sí, en cuanto estén listas las damas.” Gibb tomó la cucharita del salero y echó sal a su comida. “¿Vendrás con nosotros o te ha asignado lecciones Thane?”

“Iré a tierra, señor. Thane cree que la excavación es una buena lección sobre la antigüedad romana, y estoy de acuerdo. Prefiero excavar en la tierra y descubrir reliquias antiguas en vez de quedarme a la sombra de la cubierta de mesana leyendo acerca de ello.”

Gibb alcanzó su cuchillo y tenedor. “Estoy de acuerdo. Será mejor que te ocupes con tus tareas entonces. Las damas van a requerir un buen desayuno antes de estar listas para desembarcar.”

“Ahora mismo, señor.” Duncan se fue hacia la puerta con la bandeja en la mano, pero se detuvo a medio camino. “¿Capitán?”

“¿Sí?”

“Me alegro de que encontráramos a la Srta. Harcourt... quiero decir, Sra. Schuyler.”

“Yo también.”

“Aunque es curioso, la manera en que las mujeres deben cambiar sus nombres.”

“¿Qué quieres decir?”

“Bueno, me parece que es difícil dejarlo claro. Y no puedo imaginarme vivir toda la vida con un nombre y luego tener que cambiarlo de repente.”

Gibb alzó su tazón de cerveza e hizo todo lo posible por no reír. “Entonces, alégrate de haber nacido hombre, chico.”

Después de romper su ayuno, dio una vuelta por la cubierta como hacía siempre, reuniéndose con sus oficiales y asegurándose de que la vigilancia estaba bien gestionada durante las horas de excavación. Cuando regresó a su camarote, se detuvo al lado de la puerta de Isabella.

La voz de Maribel resonaba a través de la madera. “Parece estar de buen humor, señora.”

“¿Por qué no iba a estarlo?” Hubo una breve pausa antes de que Isabella siguiera hablando. “Hemos encontrado la estatua de Marte, cielo santo. Es un hallazgo que la mayoría de los anticuarios buscan toda la vida.”

El sonido de faldas sonó por el pasillo, y Gibb colocó la mano en el pestillo de su camarote, fingiendo estar saliendo. “Ah, señoras, tienen una puntualidad impecable,” dijo él cuando la puerta de ellas se abrió.

“Buenos días, Capitán,” dijo Maribel pasando por su lado.

Isabella se detuvo ante él, su cara volviéndose roja. “Es una gran mañana, señor.”

Él le guiñó un ojo disimuladamente. “¿Srta. Hatch, bajará con nosotros?”

“Creo que permaneceré abordo. Después de la catástrofe en la playa antes de que llegara usted, creo que he visto de España todo lo que quiero.”

Isabella le tomó del codo a él, sonriéndole y todavía roja como una manzana. “Parece ser que hay un oficial en concreto que también se ha ofrecido voluntario para supervisar a los vigías.”

Gibb rio. Todo el mundo abordo sabía que Gowan se había enamorado de Maribel y la pareja era inseparable. Lo cual era lo mejor para él. Hacía que el escrutinio de la tripulación se desviara de él, aunque sinceramente no le importaba lo que los hombres pudieran pensar de él. Sin embargo, le llamaría la atención a cualquier hombre que dijera nada malo de Isabella.

Mientras los hombres remaban la barca hasta la orilla, Gibb permanecía sentado en el banco al lado de Isabella con su muslo rozando el de ella, deseando poder estirar un brazo y tomar la mano de ella. En lugar de eso, se arrimó más a ella y desplazó la pierna, de manera que la rodilla de él tocaba el muslo de ella. Claro que cuando ella empujó la pierna, él se tragó una sonrisa.

Hasta que los dos pusieron a los hombres a trabajar y se alejaron con la excusa de reconocer el terreno, él no la tuvo a solas. Una vez que subieron la colina y estaban fuera de la vista de los demás, él la rodeó con los brazos y la besó. “He querido hacer eso desde el momento en que saliste de tu camarote.”

Ella le devolvió el beso con fervor. “Y yo he estado esperando que lo hicieras.”

“Me estaba preguntando...”

“¿Hmm?”

“¿Te arrepientes de algo?”

“Nada.” Ella empezó a besarle, pero se echó atrás con un pequeño suspiro. “¿Y tú? ¿Te arrepientes de haber... ah... hecho lo que has querido conmigo?”

Él sonrió y meneó las cejas. “Ay, ¿es así como lo llamas ahora?”

“Bueno, supongo que yo lo empecé, ¿no es así?”

“Viniste a mi puerta.”

“Pero no había llamado todavía.” Ella alzó la mirada para verle, la luz del sol, atrapando

esos ojos increíbles y haciéndolos brillar con una tonalidad de azul medianoche que nunca había visto antes. “Entonces, los sientes?”

“¿Siento el qué?”, preguntó Gibb.

Ella le dio un golpe en el hombro. “Albergar remordimientos, bobo.”

“Ni uno. La vida es demasiado corta para albergar remordimientos.” Él le ofreció un codo.

“¿A dónde vamos, milady? Dónde crees que Marcus y Flavia podían tener su granja?”

Ella señaló un lugar a lo lejos. “Si yo fuese agricultor, elegiría la tierra alta, donde hay mucho pasto y una vista clara del mar.”

“Entonces, ¿vamos?”

“Por supuesto,” dijo ella, colocando de nuevo los dedos en el brazo de él.

Caminaron aproximadamente una milla cuando Isabella se detuvo y desplegó los brazos. “Fíjate en este sitio magnífico. Y ni un alma viviendo aquí.”

“Pero, ¿crees que este es el lugar?”

“Sí. Lo siento en los huesos.” Ella caminó, dándole la vuelta con la punta del pie a varias rocas. “Pero creo que debería haber un ladrillo o una piedra con un poco de mortero adherido, algo que revelase que podría haber ruinas ocultas bajo la tierra.”

Gibb pateó unas cuantas rocas, sin ver nada más que roca. “¿Estás segura de que Marcus no escribió acerca de su casa?”

“Bueno, no la ubicación exacta.”

Él la tomó entre sus brazos, apartando los mechones de pelo que se le habían caído del moño. “Prefiero hacer mis excavaciones de un modo más personal.”

Ella rio mientras se separaba de él con suavidad. “¿Qué pensarán los hombres si nos ven?”

“No me importa lo que puedan pensar.”

Dando un giro en círculo, ella alzó las manos por encima de su cabeza, como si fuese una chica de las Highlands despreocupada. “¿Quieres saber un secreto?”

“¿Cuál?”

“A mí tampoco me importa un comino lo que piense cualquiera de nosotros, no realmente.”

Después de descansar su pala, él agarró la mano de ella guiándola en un minué. “Debería importarte.”

“¿Por qué? ¿Por qué estaré arruinada y toda la sociedad me tratará como una proscrita?” Ella dijo en tono burlón mientras ejecutaba tres giros perfectos. “Yo era una proscrita antes de haberte conocido siquiera.”

“Solo una proscrita por deseo propio. Eso es un poco diferente.”

Los dos dieron unos pasos de baile hacia delante. “¿Entonces, hemos de seguir fingiendo que nuestra relación es puramente platónica?”

Él soltó su mano y se inclinó ante ella. “¿Por qué no? Al menos no veo la razón por la cual subir al palo mayor y gritarlo a los cuatro vientos.”

“Muy bien, nada de trepar por el palo mayor. Pero no voy a negar mis sentimientos por tí.”

Gibb tragó. “De acuerdo. Negarlo sería hacer el ridículo.” Él tomó su pala y movió otra roca. “¿Dónde empiezo a cavar, señora? Ya que me he traído una pala, no tiene sentido no usarla.”

“Muy bien.” Ella señaló una arboleda a unos cincuenta pasos en dirección norte. “¿Por qué no empezar allí?”

Gibb tomó la mano de ella y se fue hacia ese lugar corriendo. Isabella rió agarrándose el sombrero. “¿Tienes prisa?”, preguntó ella.

Sí. Tenemos que encontrar un tesoro.”

Estaba a punto de ir más aprisa, pero algo le pinchó detrás de la pierna. Con el siguiente paso, sintió un dolor ardiente en la pierna. “¡Ah!” gritó él, dejando caer la pala tropezando hacia delante.

“¿Qué sucede?”, preguntó Isabella parándose en seco. “Dios no...”

Gibb se inclinó hacia delante, colocando las manos en las rodillas, parpadeando para aclarar su visión. “No te preocupes. Dame un momento y estaré bien.”

“No creo, capitán. ¡Te ha mordido una serpiente!”

El cuerpo entero del capitán valiente se estremeció. “Ay, nunca he podido soportar las serpientes.”

Isabella hizo lo que pudo para ayudar a Gibb que cojeaba de vuelta donde estaban los hombres, pero el escocés testarudo se negó a apoyarse en ella. En lugar de eso, usó la pala como bastón. Y, aunque cerraba los labios con firmeza sin decir una palabra de queja, no había duda de que sentía dolor. Para cuando llegaron a la estatua de Marte, el sudor goteaba de su cara y se había vuelto tan pálido como la arena bajo los pies de ellos.

Parecía tardar una eternidad para que los hombres le acompañaran hasta la barca, el capitán gritando órdenes todo el rato como si necesitara demostrar que seguía al mando. Mientras remaban la pequeña barca, el viento soplaba contra ellos, creando puntas blancas en el mar y haciendo laborioso remar hasta el casco del *Prosperity*.

Mientras Duncan y Mac sostenían la silla del contramaestre, Gibb rechinó los dientes cuando la polea empezó a subirle. “No suelten los cabos,” gritó el niño, la preocupación dibujada en su rostro.

Isabella le dio un apretón en los hombros al grumete. “El capitán es tan fuerte como cualquier hombre que yo conozca. Saldrá bien de esto, te lo digo yo.”

Duncan se apoyó contra ella. “¿Usted cree? Mi padre no tuvo tanta suerte.”

Ella agarró los hombros del chaval y se inclinó de manera que sus ojos estaban al nivel de los de él. “Te juro este día que no permitiré que el Capitán MacGalloway sucumba a una mordida de serpiente.”

Duncan se llevó una mano a la cara, intentando no llorar. “¿Me lo promete?”

“Te lo prometo,” dijo ella, rezándole a Dios que tuviera razón. “Pero voy a necesitar tu ayuda.”

“¿De verdad?”, preguntó con voz esperanzada.

“En cuanto pises la cubierta, vete en busca del Cocinero. Él puede que tenga alguna clase de remedio contra las mordeduras de serpiente. Luego quiero que vayas en busca de Maribel y le dice que necesito mi cesto de medicinas. Una vez que hayas hecho todo eso, voy a necesitar que me traigas un poco de agua tibia al camarote del capitán, y un poco de whisky. ¿Puedes buscar esas dos cosas para mí?”

“Sí, señora. Los busco corriendo.”

Luego subieron a Isabella. A ella casi se le revienta el bazo cuando llegó a cubierta para encontrarse a Gibb agarrando la barandilla, doblado de dolor, mientras hablaba con los marineros que se habían quedado en el buque. Enojada, ella se abrió paso entre el grupo. “¡Vuestro capitán ha sido mordido por una serpiente y necesita atención urgente!”

Gibb miró hacia ella, los ojos rojos y caídos. “No hay que preocuparse. Un par de copitas de whisky y estaré bailando una jota.”

Decidiendo que esa contestación no merecía ser reconocida, señaló al Sr. MacLean y al Sr. Lyall. “Acompañenle a su camarote... Por favor.” Ante las miradas boquiabiertas de ellos, ella

agregó, “creo que tiene una petaca allí, puede tomarse un trago allí.”

Archie tomó el brazo de Gibb, pero él se zafó con una mueca que no era ni la mitad de eficaz que de costumbre. “Puedo ir yo solo. Estaré inspeccionando la vigía dentro de una hora, os lo advierto.”

Duncan subió a bordo e Isabella le sacudió un dedo. “Tú tienes tus instrucciones.”

“Sí señora. Iré a buscar al Cocinero primero, creo.”

Ella movió la cabeza ante el niño mientras se apresuraba a seguir al capitán. Isabella no sabía gran cosa acerca de mordidas de serpientes venenosas. Había víboras en Inglaterra y eran mordidas, venenosas, dolorosas, pero no eran mortales. ¿Y en España? ¿Qué debería esperar de una víbora en el continente?

Espero que estemos demasiado al norte para una mordedura de cobra. Ella pensó, el áspid no había agrandado el cuello como los dibujos egipcios que había visto en libros de historia.

Maribel se encontró con ellos mientras iban hacia la popa. “Cielos, habéis vuelto mucho más pronto de lo que yo esperaba.”

Tirando de ella, Isabella bajó la voz y le explicó el incidente rápidamente. “Voy a necesitar mi cesto de los medicamentos. Duncan tiene instrucciones de buscarte y que me lo traigas. El pobre niño está terriblemente preocupado. Te estaría muy agradecida si le consuelas.”

“Iré a buscar su cesto de inmediato. Luego Gowan y yo hablaremos con Duncan. Le diré al chico que el capitán está en buenas manos con usted como su sanadora.”

“Dios te oiga, y recemos porque la mordida no sea terriblemente venenosa.” Isabella se santiguó y luego le dio unas palmaditas en el hombro de Maribel. “Gracias, querida.”

Una vez que estuvo en el camarote, en lugar de sentarse, Gibb se fue hacia las ventanas mirando el mar. “Creo que se está levantando una tormenta.”

El Sr. MacLeod se puso a su lado, agarrándose las manos tras la espalda y balanceándose en los talones como si fuese un domingo por la mañana y su capitán intrépido no estaba a punto de sucumbir al veneno que se difuminaba en su sangre y cayera boca abajo. “De acuerdo.”

Ya que nadie más parecía hacerse cargo de la situación, Isabella marchó hacia ellos, se colocó las manos en las caderas y dio golpecitos con la punta del pie. “Disculpen, ¿pero soy la única persona que entiende lo sería que puede ser una mordedura de serpiente? A tenor de su frente sudorosa, Capitán, me queda claro que la víbora obviamente era venenosa. Necesita tumbarse.”+

Él la miró de arriba a abajo, como si de repente le hubieran salido cuernos de la cabeza. “Es de día. No me acuesto cuando el sol sigue en lo alto.”

Ella dio un paso hacia él, echando los hombros hacia atrás. “Y lo más probable es que nunca ha sufrido una lesión así. Por lo que he podido leer sobre el tema de mordeduras de serpiente, sin duda se pondrá peor mientras el veneno se propaga”

Gibb se estremeció. “¡Odio esos bichos reptantes!”

Alguien llamó a la puerta. “Sus medicinas, Sra. Schuyler,” dijo Maribel entrando.

Isabella se apresuró a tomar el cesto lleno de hierbas curativas y vendajes justo cuando el Cocinero llegaba con un cubo cubierto con una tapadera y una caja de madera que llevaba bajo el brazo que parecía estar salpicado de sangre. “El chico ha dicho que el capitán está mal.”

“No voy a dejar que una pequeña serpiente pueda conmigo. Es solo un arañazo,” se quejó Gibb sirviéndose una copita de whisky.

Isabella descansó su cesto encima de la mesa y sacó una silla. “¿Por lo menos podría sentarse?”

“Creo que deberías hacerle caso a la señora,” dijo el Sr. MacLean de acuerdo con ella.

“¿Debemos levar anclas y encaminarnos hacia casa?”

Gibb tropezó al cruzar el suelo y logró caer sentado en su silla mientras la mitad del whisky salpicó fuera del vaso. “¡No! ¡No! ¡No! No vamos a ninguna parte. Hay una estatua de Marte que tenemos que desenterrar, y ¿quién sabe qué otras antigüedades pueden estar enterradas allí?”

“¿De verdad, cree que encontraremos algo más?”, preguntó el Sr. Lyall.

“¡Fuera!”, gritó Isabella, señalando la puerta con el dedo. “Todo el mundo menos el Cocinero tienen que salir de aquí ahora mismo.”

Cuando al fin ella y el Cocinero estaban a solas con el capitán, él sorbía su bebida y la miraba a ella con la frente fruncida. “No voy a tumbarme.”

El Cocinero dejó sus cosas y se limpió las manos carnosas en su mandil. “¿Dónde le duele, señor?”

“No siento dolor para nada.”

“Y yo soy el espectro de Barbanegra.” El cocinero se subió las mangas. “Está más blanco que la ropa de mesa y está sudando como un jugador de shinty bajo el sol ardiente. Dígame dónde está la maldita mordedura o llamaré a los hombres para que le retengan mientras la encuentre yo mismo.”

Isabella sonrió poniéndose más erguida.

“Dios mío.” Gibb puso los ojos en blanco. “Pantorrilla derecha, justo por encima del tobillo.” Cuando Isabella se arrodilló para retirarle la bota, el capitán alzó una mano para impedirlo. “Lo puedo hacer yo mismo.”

“Por supuesto.”

“¿Qué aspecto tenía la serpiente?”, preguntó el Cocinero.

“Solo lo vi un momento, pero era marrón con manchitas,” contestó ella, encogiéndose cuando Gibb se bajó el calcetín. La herida estaba hinchada, era un círculo rojo con dos agujeros con moratones alrededor. “¿Sabe qué clase de serpiente podía ser?”

El Cocinero se dobló para examinar la herida. “Una serpiente venenosa, quizás una especie de víbora.”

Isabella se fue hacia su cesto y empezó a mirar entre sus viales de hierbas y esencias. “Vamos a necesitar hacer un emplasto para absorber el veneno.”

El Cocinero retiró la tapa de su cubo y sacó dos sanguijuelas. “Este par debe ser capaz de hacerlo.”

“¡Nada de malditas sanguijuelas!”, se quejó el capitán, secándose la frente con la manga de la camisa. “Maldición, hace calor aquí dentro.”

El Cocinero no le prestó atención y colocó las dos sanguijuelas a cada lado de la herida, haciendo que el paciente hiciera una mueca. “Son fiables, Capitán. Lo mejor que conozco para las mordeduras de serpiente.”

Aunque Isabella nunca había usado sanguijuelas, había leído sobre su uso por parte de médicos en la historia y a tenor de su tamaño, ella imaginó que extraerían el veneno sin duda. Ella empezó a preparar un emplasto con un pequeño mortero. “Tengo unas violetas y suero para la fiebre,” dijo ella.

La cara de Gibb se puso verde. “No voy a sucumbir a una fiebre.”

“¿Siente náuseas?”, preguntó ella, acercándose a la zona de lavado y cogiendo el cuenco.

“Estoy preparado para luchar contra un ejército de...”

Menos mal que no le hizo caso, llegando al lado de Gibb con el cuenco justo a tiempo para que él se lo quitara de las manos y echase lo que le quedaba del desayuno.

“Bendita seas mujer, no tiene que quedarse aquí y soportar esta miseria,” recriminó el

hombre entre arcadas.

El Cocinero le dio un codazo a ella. “Sería mejor que le demos belladona.”

“¿Perdón?”, susurró ella.

Con su mano, que tenía solo dos dedos, el cocinero alzó un frasquito. “Este es un tónico mágico, pasado de padres a hijos en mi familia durante siglos. Vino de un clérigo que trabajó bajo el Obispo de San Andrés. El capitán estará durmiendo como un bebé en menos de una hora.”

“Dejad de hablar como si no pudiera escucharos. Os lo digo ya, voy a estar haciendo la ronda dentro de una hora. Yo...”

El Cocinero le retiró el cuenco de las manos del capitán y le metió una cucharada de jarabe de belladona en la boca.

“¡Pff!” Gibb escupió. “¿Qué diablos es ese horrible brebaje?”

“Un poco de lechuga, vinagre, raíz de nueza negra y bilis.” El Cocinero se tapó la boca con la mano inclinándose hacia Isabella. “No le cuente nada sobre el opio, el beleño y la cicuta.”

“¿Qué?”, susurró ella. “¡Le matará!”

El Cocinero metió el cuenco en el pasillo y cerró la puerta. “Esto solo tiene pequeñas cantidades. Confíe en mí. Yo mismo preparo el mejunje.”

Isabella prestó atención a su mortero, mezclando vigorosamente. “Dios mío en el cielo,” murmuró ella. “Por favor no dejes que le pase nada malo a nuestro capitán.”

“Amén,” contestó el Cocinero. “¿Qué hay en su emplasto, joven?”

Ella removió el emplasto. “Miel, vinagre y hoja de Santamaría.”

“Debería agregarle un poco de pólvora y una yema de huevo. Eso sacará el veneno sin duda.”

“Me temo que en la *Revista de Señoras de Remedios Caseros* no se menciona la pólvora.”

“Eso es porque quien escribiera ese libro seguramente pasó sus días en un salón y nunca pisó un campo de batalla.”

“Pero la pólvora suena tan... tan... tan...”

“El Cocinero sabe de qué habla,” dijo Gibb balbuciendo, su cabeza caída.

“En cuanto caigan esas sanguijuelas, me aseguro que esté en su cama antes de que me vaya.” El Cocinero echó un poco de polvo negro en el emplasto de ella y luego rebuscó en su caja manchada de sangre, sacó un huevo y un cuenco, y se puso a separar la clara de la yema y le añadió un poco de whisky.

Isabella suspiró. Quizás tenía que hacerle caso al Cocinero. Después de todo había atendido a soldados heridos y, por lo que ella pudo suponer, habían logrado curarse. Cuando se comparaba con sus artes sanadoras de libro, no tenía mucho con qué discutir. Por lo menos esta vez toleraría la pólvora y el huevo, pero si Gibb mostrara indicios de una infección, no volvería a dejar que el Cocinero entrara en el camarote del capitán nunca más.

Capítulo Veintisiete

La pócima del Cocinero era potente como había temido Isabella. Gibb dormía como un muerto sin despertar. Aunque era muy probable que necesitara dormir, él le había contado a ella que rara vez dormía más allá de unas pocas horas cada noche.

Mientras estuvo malo, ella permaneció a su lado, especialmente ahora que no tenía un grupo de hombres dispuestos a hacer de médico.

El Cocinero había estado dispuesto a acompañar al capitán durante la noche, al igual que el Sr. MacLean y Duncan. Pero ella permaneció inmóvil en ese tema, insistiendo en que había sido mordido mientras ellos habían estado buscando la casa de Marcus, y, por lo tanto, ella había sido la responsable. Su excusa podía ser un poco débil, pero no podía encarar a esos hombres y decirles que estaba locamente enamorada del capitán y se quedaría destrozada si fuese a perecer... y la única persona en que confiaba para cuidarle era ella misma.

Mientras avanzaba la noche, la piel de él se acaloró e Isabella mantenía un ritual de aplicarle paños fríos. A cada tanto comprobaba la herida del capitán. La rojez y la hinchazón habían aumentado, haciendo que una pantorrilla fuese casi el doble de grande que la otra. Con cuidado retiró la venda y limpió la herida con una solución de vinagre y agua, como venía en la *Revista de Señoras de Remedios Caseros*. Eligió aplicar el emplasto de miel sin la pólvora esta vez, y no tenía un huevo ni, aunque quisiera usar uno, cosa que no quería hacer.

Quizás los remedios del Cocinero eran fiables, pero Isabella no sabía eso con certeza, y cuando se llevó a Duncan a un lado para preguntarle lo que había visto en el buque, el chico le confió que algunas cosas funcionaban y otras no parecían ser eficaces.

Ella se mantuvo ocupada la mayor parte del tiempo, pero a partir de las tres de la tarde, sus fuerzas empezaron a fallarle. Arrimó una silla y se sentó al lado de la cama, acariciando el cabello de Gibb con los dedos. “Sé que tenías razón. Estarás bailando en nada de tiempo. Quizás no de aquí a mañana, pero apuesto que un hombre como tú estará levantado y sano mucho antes que cualquier otro en tus mismas circunstancias.”

Claro que el capitán no le contestó. Estaba tumbado en la cama boca arriba, los brazos plegados encima de las mantas, con un aspecto tranquilo.

“Sabes...” se atrevió a decir, ya que claramente él no podía oírla. “Lo he pensado un poco y no te mentí cuando te dije que no me arrepiento de nada.”

“Claro que, preferiría haberme enamorado de un hombre que quisiera casarse conmigo, pero aceptaré lo que pueda.” Ella rozó su labio con los dientes. Sin duda alguna, sería conveniente que Gibb quisiera casarse con ella. Pero no podía negar que antes de que conociera al capitán, y antes de que su padre hiciera los arreglos para su matrimonio, ella había abrazado la soltería.

Ahora que se había acostado con Gibb, estaba en grave peligro de concebir un hijo. De todas formas las palabras “grave peligro” no la asustaban. La calidez se difuminó por su piel.

“Supongo que si concibiera un hijo tuyo, podría regresar a Georgia. La propiedad allí es muy remota, un buen lugar para que una mujer ocultara su estado mientras está confinada.” Ella se inclinó hacia delante y le besó en la frente. “No tienes que preocuparte, no te haré cargar con ninguna responsabilidad. Además, he esperado mucho tiempo para enamorarme, y ahora soy lo suficientemente rica como para ocuparme de mis asuntos como mejor me parezca.”

En su imaginación se veía con un bebé en los brazos. Una semana antes, ni habría soñado

con algo así. Pero, mientras lo sopesaba, se dio cuenta que podía llegar a ser madre con sus propias condiciones, siempre y cuando mantuviera al pequeño en secreto. Y ella era muy consciente de que había docenas, si no cientos de secretos parecidos en Inglaterra.

Gibb no podía abrir los ojos a causa de la acumulación de lana que parecía estar metida en su cabeza. Movi6 las piernas y gruñ6 mientras un dolor caliente y abrasador surgía desde su tobillo hasta los huevos.

Demonios, ¿me han disparado?

Flexion6 los dedos de los pies y volvi6 a sentir una ráfaga de dolor. Y entonces record6 la mordedura de serpiente.

Un paño fue retirado de su frente, aportando un poco de aire fresco, seguido por un paño más frío.

“¿Estás despierto?”, le susurr6 una mujer. Una mano suave toc6 su mejilla. “Parece que tu fiebre ha bajado.”

“¿Isabella?”, pregunt6 6l, abriendo los ojos un poco y bizqueando ante el martilleo dentro de su cabeza.

“Estoy aqu6. ¿C6mo te encuentras?”

“Como si me hubieran dado una paliza con uno de los remedios del Cocinero.”

“Creo que su p6cima deber6 ser ilegalizada. He tenido que buscar tu pulso varias veces anoche.” Ella enjuag6 el paño en el cuenco y lo retorci6. “Me imagino que la herida te dolerá durante un tiempo. Está muy hinchada.”

Ella seguramente ten6 raz6n, pero 6l nunca lo reconocer6.

“¿Tienes sed?”

6l asinti6 con la cabeza que se le despejaba un poco. “Un poco.” 6l mir6 c6mo las faldas de ella se mov6an mientras se acercaba a la mesa y le serv6 de un aguamanil. “¿Qu6 hora es?”

“Son casi las diez y media.”

Gibb se apoy6 en los codos, el movimiento, causándole un machaqueo implacable en la cabeza. “Cielo santo, ¿por qu6 no me despertaste?”

“Me temo que hacer eso habr6 sido imposible. Estabas bajo el efecto de la p6cima del Cocinero, ¿recuerdas?” Ella le pas6 la taza. “Bebe.”

“¿Qu6 es?”

“Agua.”

“¿No es cerveza?”

“No, todav6a no.”

Gibb se quej6 en voz baja, pero se bebi6 el agua como si hubiera estado perdido en el desierto durante d6as. “Ten6a m6s sed de lo que pensaba.” Le devolvi6 la taza. “¿Qu6 me recomiendas para el dolor de cabeza?”

“Te he hecho un t6, corteza de sauce para la cabeza y hojas de Santamar6a para la hinchaz6n de tu pierna.”

“Muy bien,” dijo 6l, descolgando las piernas por el borde de la cama, pero tuvo que hacer equilibrios con las palmas de las manos en el colch6n. Estar6a bien. Solo necesitaba un momento para despejar la cabeza. “Sube el t6 a la cubierta, por favor.”

Isabella se gir6 con un taz6n en la mano. “¿Exactamente qu6 crees que est6s haciendo?”

“Asumir el mando de mi buque, claro.”

“El Sr. MacLean ya ha realizado tus inspecciones. Tambi6n se ha llevado a los hombres a tierra para trabajar en la excavaci6n.” Ella descans6 el taz6n en la mesa y le apunt6 con el dedo

en el hombro. “Tú has de permanecer en la cama y recuperarte de casi sucumbir a una mordida de serpiente.”

“Ay, casi he sucumbido a la pócima del Cocinero, eso es todo.”

La verdad sea dicha, era bueno saber que Archie se había puesto al mando. Después de todo, el contraamaestre era el segundo abordo. Y aunque Gibb normalmente se pondría su falda escocesa y dirigirse al timón por muy mal que se entrara, dejó que Isabella le empujara hacia abajo en la cama, pero no antes de capturar ese dedo insistente y darle un beso en el dorso de la mano. “Muy bien. Con una curandera tan bonita como tú en mi cama, supongo que un día de asueto es permisible.”

La sonrisa de ella desapareció mientras intentaba retirar la mano. “No estoy en tu cama, señor.”

Él tiró de ella a su regazo. “Bueno, eso es una calamidad que hay que remediar.”

“¡Gibb!”, exclamó ella, pero él la hizo callar con un beso, que ella aceptó con un precioso suspiro. “¿Y tu pierna? Está terriblemente hinchada.”

“Entonces sería mejor que nos quedemos en la cama, ¿no?”

Ella le empujó con un dedo en el pecho. “Tú eres el que debe permanecer en la cama.”

Él tomó el dedo ofensivo y lo besó. “No voy a hacer caso de ni una palabra más hasta que estés de acuerdo en quedarte en esta cama conmigo.”

Ella estiró la mano para agarrar el tazón. “¿Prometes ser un buen paciente si estoy de acuerdo contigo?”

Él tomó el té y se lo bebió. “Estoy a tus órdenes.”

“Y, te sientes verdaderamente bien para...” Ella miró el colchón brevemente. “Ya sabes.”

“No hay nada en toda la cristiandad con mayores poderes curativos que hacer el amor.” Él hundió la cara en el cuello de ella. “¿Lo ves? Ya estoy diez veces mejor que cuando abrió los ojos.”

“Bueno, entonces echaré la llave de la puerta.”

Después de girar la llave, Isabella se acercó lentamente al hombre sentado en la cama, vestido con tan solo una camisa, sus piernas y pies desnudos. Ella no estaba completamente segura de que debía acostarse con Gibb, pero si hacía eso le daría a él el descanso que necesitaba, entonces ella no tendría reparos. “Tienes que prometer que no te excederás.”

Un lado de su boca subió, como si nunca se hubiera excedido en toda su vida, y él le hizo un gesto con la mano. “Tienes mi palabra de honor.”

“¿Y no intentarás caminar si te duele demasiado?”

Él dio palmaditas en el colchón. “Claro que no voy a caminar, mujer.”

Cuando ella se acercó entre las piernas de él, pasó las manos por encima de sus hombros. Creo que en la *Revista de Señoras de Remedios Caseros* no viene nada sobre los poderes curativos del afecto.”

Gibb deslizó las manos en torno a la cintura de ella, agarrándola por las nalgas, tirando de ella contra su miembro erecto. “Entonces debe haber estado escrita por una vieja.”

Con las manos la inmovilizó impidiendo que ella se diera la media vuelta. “Quizás.” Derritiéndose entre sus brazos, ella cerró los ojos y le saboreó. Y cuando él capturó la boca de ella, la mujer se deshizo entre sus manos, apenas capaz de soportar su propio peso.

Él presionó una mano en la base de la espalda de ella mientras desataba los lazos de su vestido de día y bajando el vestido de sus hombros. “Quiero verte desnuda.”

Isabella se estremeció mientras le sacaba la camisa por encima de la cabeza. Sus ingles

temblaban mientras que las prendas de ropa que le quedaban cayeron al suelo. Cuando solo le quedaban las medias y las ligas, él sonrió, lentamente poniéndose de rodillas. “Esta es mi parte favorita.”

Ella pasó los dedos por el cabello espeso y rubio de él. “Pero deberías estar en la cama, señor.”

“En un momento, cuando tú estés allí conmigo.” Él rozó los rizos de su pubis con el pulgar. “Pero primero he de probar el olor más intoxicante del mundo.” Tiró del lazo de una liga. “Y puedo respirar tu fragancia mientras desvelo las piernas más perfectas y bonitas que haya visto en toda mi vida.”

Isabella tiró de los hombros de él, pero él capturó sus dedos y los besó. “Una liga más, *mo leannan*.”

Mientras retiraba la segunda media de ella, respiró hondo, luego tomó las manos de ella, se puso lentamente en pie y miró anhelante el cuerpo desnudo de ella. “¿Tienes tu diario?”

“Sí. Está encima de tu escritorio.”

“Léeme el pasaje que descubriste. El pasaje sensual que no querías leerme en voz alta.” Isabella se inclinó para recuperar su camisola, pero él la agarró del brazo. “Deseo saborear tu belleza. Suelta sus horquillas y búscalo, ¿por favor?”

Isabella se soltó el pelo y luego lentamente cruzó la habitación. Nunca en toda su vida había cruzado una habitación completamente desnuda, su melena rozando sus nalgas. Era tan erótico saber que la mirada de él estaba puesta en ella, saber que ella poseía el poder de encender la pasión de él.

Tomó el diario y buscó ese pasaje.

“Tráelo aquí, mujer,” dijo él deslizándose en la cama. “Te quiero aquí a mi lado.”

Aunque la persona tímida en ella deseaba cruzar la habitación a toda prisa, meterse bajo las mantas y subírselas hasta el mentón, no lo hizo. Con la cabeza alta, se fue hacia él, balanceando las caderas y empujándose el cabello tras los hombros. Y su atrevimiento no pasó desapercibido. El deseo fluía en ella, estando tan consciente de que él miraba cada movimiento que hacía ella, sus ojos oscuros, los labios entreabiertos, acogiéndola cuando ella se deslizó en la cama a su lado.

Isabella se aclaró la garganta y leyó en voz alta. “*Mi mano es mi único consuelo, pero mientras me acaricio en las horas oscuras de la noche y libero mi simiente, solo quedo con un vacío en mi corazón. Nada puede reemplazarte o el amor que siento por tí. Te quiero cuando paseas por los jardines. Te quiero cuando estás en los campos. Te adoro cuando estás en mi cama con las piernas rodeando mi espalda mientras te embisto. Allí es donde quiero estar, dentro de tí y solo tú para siempre.*”

Mientras cerraba el diario, no miró a Gibb a los ojos, aunque el calor de su mirada ardiente le ponía la piel ardiendo.

“Dentro de tí... Allí es donde quiero estar,” susurró él, su voz profunda y llena de deseo, encendiendo un fuego voraz muy dentro de ella. Incapaz de resistir tocarle, Isabella dejó el libro a un lado y deslizó la mano en la maraña de rizos rubios en el pecho de él, recorriendo con los dedos el rastro de vello que iba desde su ombligo hasta los rizos tensos por encima de su verga hinchada.

Pero no lo tocó, todavía no. Inclinandose hacia atrás, ella colocó un dedo en el centro de su pecho y le dijo. “Deseo apoderarme de ti.”

Él gruñó, un gemido bajo y salvaje, indicándole a ella lo mucho que le gustaba su idea.

Ella desplazó el dedo hasta el ombligo de él, luego le besó allí, recorriendo con la lengua su

ombligo.

De nuevo, él dejó escapar un gemido salvaje, un sonido que reverberó en el cuerpo de ella como si él la hubiera tocado entre las piernas. “Me desataré si sigues provocándome de esa manera.”

Estirando el momento, ella lentamente desplazó la lengua más abajo y rio. “No creo que el Capitán Gibb MacGalloway pierda el control completamente nunca,” dijo ella sin aliento.

Cuando rodeó con los dedos la verga de él, sus ojos se quedaron en blanco y flexionó las rodillas. “Dios mío.”

Ella apenas podía inhalar mientras pasaba la mano por la verga aterciopelada. “¿Puedo besarla como me hiciste a mí?”

Los muslos de Gibb se estremecieron mientras la miraba a los ojos. “¿Lo harías?”

Isabella sonrió mientras le daba lametazos y miraba la expresión de euforia en su rostro.

“Sabes que no tienes por qué tomarme en tu boca,” susurró él, frotando una mano por la espalda de ella.

“Pero quiero hacerlo.” Isabella le acarició como se imaginó que Marcus había hecho consigo mismo. “Es tan suave y hermosa.”

Tomarle en mi boca. Oh, sí, ella tenía que saborearle totalmente. Tentativamente, deslizó los labios por encima.

“Mm,” gimió Gibb, sus caderas en movimiento, el movimiento de él como un fuelle en las llamas en el vientre de ella, mientras le tomaba con más profundidad. “Sí, mujer, eso da casi tanto gusto como estar dentro de ti.”

Envalentonada por sus palabras, Isabella rodeó la verga de él con la lengua una y otra vez, chupándole como él había hecho con ella. La respiración de él se convirtió en un jadeo, sus gemidos más frecuentes, mientras que se estremecía al ritmo de los lametazos de la lengua de ella, y cada sonido que él emitía hacía que el deseo en ella se acrecentara.

Gibb la instó a levantarse. “Ya no puedo esperar más. He de estar dentro de tí.”

“Pero harás un sobreesfuerzo.”

“Nunca.”

Isabella se mordió el labio. “¿Es posible que yo esté encima?”, preguntó ella.

“Sí. Tú arriba, desde detrás, desde abajo, contra la pared. Te quiero en la postura que quieras. Soy tuyo para que me ordenes.”

A Isabella le encantó la idea de él. Se había hecho cargo de su vida, pero aquí en la cama, nunca había soñado que podría mandar en un hombre, y no cualquier hombre. El temerario capitán del *Prosperity* se deslizó por el colchón, permaneciendo postrado ante ella. “Aunque la pared me parece deliciosamente escandaloso, dada tu pierna, estoy bastante segura de que esa postura es actualmente imposible. En mi opinión, harás mucho menos esfuerzo si hacemos el amor conmigo arriba.” Ella se deslizó encima de él, basculando las caderas, frotando su humedad en la verga de él. “Enséñame,” logró decir mientras él deslizaba el pulgar por el sexo de ella, luego deslizando un dedo dentro de ella.

“Ay, chica, estás madura para mí.” Agarrándola por las caderas, Gibb se desplazó el miembro a la entrada de ella. “¿Estás segura de que quieres esto?”

Frenética en su deseo de él, ella respondió agarrándole de los hombros y descendiendo su cuerpo encima de él hasta que él la llenó. Mirándole a los ojos, ella osciló las caderas. “Lo estoy.”

Gibb embistió más profundamente, el éxtasis dibujado en su rostro mientras los dos cabalaron la ola de pasión. A medida que la necesidad de ella aumentaba, Isabella se dejó caer

hacia delante, basculando las caderas mientras él mandaba en el ritmo, agarrándola de las nalgas.

Oleadas de deseo desatado la hicieron estremecer mientras cada vez más rápido ella embestía con las caderas en un movimiento de frenesí.

“Me corro,” dijo él, embistiéndola, hundiéndose en ella con tanta profundidad que ella dio un grito a causa de la pasión más emocionante que hubiera sentido en toda su vida. Solo le hizo falta embestir una vez más con las caderas hasta que su mundo se hizo mil pedazos en oleadas de euforia.

Perspiring as if she had run a race, Isabella collapsed atop his chest.

Gibb recorrió con suavidad las nalgas de ella y su espalda con las manos. “Sabía que eras una fiera ese día en que te encontré leyendo en el banco del parque.”

Isabella soltó una risita, pero no dijo nada mientras hundía la cara en el cuello de él. Sí, ella había pensado que era un libertino en aquel momento. ¿Qué pensaba de él ahora? Un poco canalla, seguro, pero tantas cosas más. Un hombre de buen corazón que sería un buen padre si le daba una oportunidad al matrimonio.

Ella suspiró y le besó, aún convencida de que si concebía, se iría a Lockhart a parir a su bebé. No, ella no le haría cargar con la responsabilidad de un hijo.

Capítulo Veintiocho

Lograron pasar tres días gloriosos, abrazados. Por primera vez en su vida, a Gibb le pareció bien dejar a Archie al cargo de todo cada mañana, llevándose a la tripulación a tierra para la excavación de la estatua de Marte. Una vez que todos se hubieran ido, Isabella cerraba la puerta del camarote con llave y los dos pasaban cada momento explorándose el uno a la otra. A él le encantaba aprender qué la hacía a ella, estremecerse, ronronear y lo que la llevaba al borde del éxtasis.

Claro que todos los momentos no estaban llenos de pasión. Esta mañana, Isabella le cambió la venda en la pierna como hacía a diario. También era una novedad para Gibb quedarse quieto disfrutando de sus atenciones como hacía ahora, tumbado boca abajo, los brazos rodeando una almohada.

“Creo que la hinchazón ha bajado,” dijo ella aplicándole su emplasto.

“Me alegro.” Gibb miró hacia atrás viéndola colocarle una venda fresca en la herida. “Creo que ha llegado el momento de que demos una vuelta por cubierta.”

Las manos de ella se detuvieron un momento antes de que ella asintiera con la cabeza. “Muy bien. Iré en busca de mi pelliza.”

“¿Hace frío?”, preguntó él, mirando hacia las ventanas al cielo encapotado.

“Un poco, y hace mucho viento también. Al menos no estamos en Inglaterra. A menudo hay nieve el primer día de diciembre en West Sussex.”

“Sí, y en Escocia es peor. Especialmente en las montañas, en el pabellón de caza. Martin y yo nos quedamos allí un invierno entero a causa de la Nevada.”

“Oh, cielos. ¿Fue eso antes de que heredara su título?”

“Sí, cuando éramos mozos. Nos perdimos un trimestre de la Universidad.”

Después de que Isabella se marchara para buscar su pelliza, Gibb se vistió, luego dio unos pasos por la habitación para probar su pierna lesionada. El movimiento le hizo gruñir con el picor, pero no iba a dejar que la joven supiera cuánto le seguía doliendo.

La vio en el pasillo y le ofreció un brazo. “¿Te he dicho alguna vez lo guapa que estás vestida de violeta?”

Ella se dio palmaditas encima de su pelliza de lana y le sonrió. “¿Lo estoy?”

“Sí.”

“Gracias.”

Juntos caminaron hacia el timón, aunque no había nadie al frente, porque habían echado el ancla. Gibb sacó su catalejo. “Me gustaría ver el progreso de los hombres en la excavación.”

“Tengo entendido que han retirado una gran cantidad de kilos de tierra.”

Gibb encontró a los hombres mirando por el catalejo, aunque era imposible ver los detalles de la estatua desde la cubierta del barco. Le pasó a ella el catalejo. “Creo que deberíamos realizar una inspección mañana.”

“¿Quieres decir ir a tierra?”, preguntó ella mirando por el catalejo.

“Sí.”

“¿No es demasiado pronto?”

“Estoy caminando, ¿no? No me protejas.”

Isabella plegó el catalejo y se lo devolvió. “No se me ocurriría hacer eso, sin embargo, a mí

no me engañas. Me doy cuenta de que sientes dolor.”

“No es tan grave. Además, ya no corro peligro de morir a causa del veneno de la víbora. Cuanto antes vuelva a mis obligaciones, mejor.”

“Disculpe, Capitán,” dijo Gowan de la mano de Maribel. “¿Tendría un momento?”

Gibb guardó el catalejo en el armario detrás del timón. “¿Qué le sucede, Sr. Erskine?”

El contraamaestre miró con embelesamiento a la acompañante de Isabella. “Bueno, le he pedido a la Srta. Hatch que se case conmigo y me preguntaba si usted estaría dispuesto a presidir nuestros votos.”

Maribel estaba radiante de felicidad. “Una vez que se haya recuperado, claro.”

Gibb miró a Isabella, que se había puesto pálida. “Sería un honor,” dijo él, sintiéndose un verdadero canalla. Tenía que haberle pedido mano a la joven antes de que ellos dos salieran. Pero no podía deshacer lo que ya estaba hecho, de manera que desplazó un pie hacia delante y señaló su pierna herida. “Si estoy suficientemente bien para caminar por la cubierta, estoy lo suficientemente bien como para tener un libro de rezos en la mano. ¿Qué os parece mañana?”

Mientras los dos amantes se intercambiaron miradas, Isabella le dio un codazo a Gibb en el brazo. “¿No es necesario esperar?”

“No en mi barco, ni en Escocia.”

“Claro, qué boba soy, las historias de Gretna Green y todo eso.” Ella sonrió a Maribel, aunque sus ojos reflejaban tristeza. “Querida, mi vestido de seda color melocotón sería ideal para ti, y si te vas a casar mañana, tenemos que darnos prisa para asegurarnos de que todo esté perfecto.”

“Entonces todo claro,” dijo Gibb rascándose la cabeza. Quizás debían haber pasado un día más encerrados en su camarote. “Le haré una visita al Cocinero para encargarme algo adecuado para una celebración.”

Las dos mujeres se marcharon cuando Gowan se inclinó ante él. “Gracias, señor.”

Gibb volvió a darle su enhorabuena y se fue hacia la popa. Tenía que haberle pedido a la chica casarse con él antes de acostarse con ella, eso era lo honorable, pero no, lo había demorado sin ninguna razón lógica que se le pudiera ocurrir de momento. Vaya, ¿cómo salir de este lío?

Después de dejar de lado su propio corazón partido, Isabella adoptó una sonrisa feliz y se llevó a Maribel a su camarote para asegurarse de que todo fuese perfecto para la boda de su querida acompañante. Nunca había visto a la criada tan increíblemente feliz y se alegró de poder darle un precioso vestido y un ramillete de flores hechas de seda que fabricó usando unos cuantos adornos de sus bonetes. Isabella incluso le ofreció un empleo a Gowan como su mayordomo una vez que regresaran a Inglaterra, un puesto que él aceptó con agradecimiento.

Solo cuando los tortolitos se marcharon de su camarote se permitió a sí misma sentir melancolía. Se dejó caer encima de su cama y sollozó hasta que el sueño se llevó su decepción.

Al día siguiente, Isabella actuó de testigo durante la ceremonia de boda, pero durante todo el oficio se negó a mirar a Gibb. No era fácil fingir estar contenta y feliz mientras encaraba la cruda verdad que era que el hombre de sus sueños nunca había hablado de matrimonio con ella ni una sola vez. Sí, era consciente de que él tenía el deseo de permanecer soltero y su convicción descarada de que el matrimonio solo le traería miseria. Además, ella no podía negar tener planes de volver a Georgia si concebía un hijo debido a su testarudo aborrecimiento del sagrado matrimonio. Pero ver la felicidad en las caras de Gowan y Maribel mientras se miraban a los ojos jurándose amor eterno era más de lo que Isabella podía soportar.

Menos mal que la ceremonia no duró mucho, y en breve se abrió una barrica de whisky y empezó la música con el violín, tambor y cucharillas, recordándole a ella un tiempo más alegre, un tiempo antes de que ella llegase a Georgia; un tiempo en que casarse con Gibb MacGalloway ni siquiera era una posibilidad.

Ya que solo había dos mujeres abordo, tanto Maribel como Isabella estaban muy ocupadas bailando con prácticamente todos los marineros abordo, excepto con el que ella deseaba bailar. Isabella sintió los ojos de Gibb taladrándole hasta el corazón. De los pocos vistazos que había podido hacer, él no había desviado la mirada de ella, aunque no había sonreído tampoco.

Tampoco le había pedido un baile.

Después de que los tripulantes le desearon buenas noches a los novios y la cubierta se quedó en silencio, Isabella estaba de pie al lado del bauprés mirando al mar. Aunque habían encontrado la estatua de Marte, era hora de regresar a casa. Ella ya no quería permanecer aquí por más tiempo. No importa cuanto le gustaba compartir la cama de Gibb MacGalloway, ella se prohibió acercarse a su camarote nunca más.

Ella escuchó sus pisadas, un poco de cojera repiqueteando en los maderos detrás.

Isabella tenía que haberse dado cuenta de que él vendría aquí. Había esperado que lo hiciera, pero deseó que no, a la vez. La aventura amorosa de ellos dos había sido monumental, y no quería olvidarla, pero era hora de terminarla.

“Pensé que te encontraría aquí,” dijo él con atractivo acento escocés mientras se ponía al lado de ella.

“La boda fue preciosa.”

Gibb apoyó los codos en la barandilla. “Lo fue.”

“Tendrás que encontrar a un nuevo contraamaestre. Gowan ha dicho que está de acuerdo en ser mi mayordomo.”

“Me lo dijo.”

“¿Te ha molestado que le hiciera una oferta de empleo?”

“No, es bueno en su trabajo, que sepas, pero estará más feliz si puede dormir en brazos de su mujer cada noche.”

Esas palabras eran como un cuchillo clavado en el corazón de Isabella e hizo lo mejor que pudo para no sollozar, aunque una lágrima rodó por su cara.

Gibb la tomó de la mano, esas yemas, agarrándola con tanta firmeza que cuando ella intentó retirar la mano, él no la dejó.

“Tengo que hacerte una disculpa”

Ella se secó la maldita lágrima. “¿Oh?”

“Debí haberte pedido que te casaras conmigo antes de tener intimidad contigo y fue una locura mía no haberlo hecho.”

Ella sabía por qué no lo había hecho. Además, se había repetido una y otra vez todas sus razones por no hacerlo suficientes veces como para llevarla al borde de la locura.

Gibb se arrodilló y alzó la mirada para verla, su rostro tan apuesto que no sabía qué decirse. Pero ella había acabado con dejarse arrebatar por la belleza de él. Maldita sea, ¿por qué tenía que estar tan lagrimosa?”

“He de enmendar,” dijo él, llevándose las manos al corazón. “Tú eres la mujer más entrañable que haya conocido. Eres bonita y lista. Te preocupas tanto por las personas a tu alrededor, y no puedo verme viviendo sin ti. Cásate conmigo.”

El corazón de Isabella se comprimió hasta tener el tamaño de una nuez. Después de la manera tan galante en que Gowan le pidió mano a Maribel, ¿se sentía el capitán obligado a tener

lástima de ella? “¿C... como puedes decir eso cuando me has dicho que estás seguro de que te sentirías desgraciado si alguna vez tomaras una esposa?”

“Era un tonto, y no te conocía bien entonces. Además, era responsabilidad mía llevarte a América.”

Isabella parpadeó y se secó las lágrimas con la mano. Ni una vez durante todo su tiempo juntos había mencionado él la palabra amor.

No.

¡No! ¡no! ¡no! Su petición no sonaba sincera

“Lo siento, pero no puedo casarme contigo porque ya estás casado. Me contaste que tu único amor es el mar y yo no compartiré tu amor con nadie o nada.”

Gibb soltó la mano de ella y se puso en pie. “¿Por qué? ¿Es porque Gowan le pidió matrimonio a Maribel? ¿He llegado demasiado tarde?”

“No entiendes.”

Él estiró las manos hacia ella, pero ella se desplazó. “Ayúdame a entender.”

Isabella se retorció las manos y dio pasos, intentando ordenar sus pensamientos. Finalmente, miró a Gibb y separó los brazos. “Me abandonarás. Puede que no tengas intención de hacerlo, pero lo harás y no lo podría soportar.”

Gibb abrió la boca, pero ella le hizo callar alzando una mano. Por primera vez en toda su vida, Isabella tenía necesidad de expresar sus temores más profundos, sacarlos a la luz para ser pisoteados. “Mi padre me abandonó más de una vez. Siempre estaba lejos luchando en una guerra y nunca en casa cuando yo le necesitaba. Además, mi madre murió cuando yo nací y no estuvo para darme el amor que yo necesitaba. Me casé con el Sr. Schuyler y apenas habíamos salido de la iglesia cuando él cayó muerto. De manera que sí. ¡Deseo ser querida por una vez en mi vida!”

Una profunda arruga apareció entre las cejas del capitán, como a menudo pasaba cuando él contemplaba un dilema. “¿Crees que no te quiero?”

Isabella solo pudo sacudir la cabeza tristemente. “Claramente, no lo entiendes y dudo que lo entiendas nunca.”

Ella fue incapaz de quedarse allí un minuto más, y las lágrimas le inundaron los ojos mientras corría a su camarote y echó el cerrojo. ¿Cómo se atrevía Gibb MacGalloway a pedirle casarse con ella por sentir culpa? Su petición puede que fuese muchas palabras bonitas, pero ni una sola vez había dicho las palabras “te quiero”, hasta que no lo hiciera. Siempre amaría al mar más que a ella. Ahora que se había enamorado perdidamente de él, nunca podría compartirle.

Capítulo Veintinueve

Gibb intentó ahogarse con una jarra de whisky, pero incluso eso no le quitaba el dolor. ¿Isabella pensaba que él no entendía?”

Entendía demasiado bien.

Le había arrancado el corazón cuando la mujer reconoció temer la única a cosa que él nunca querría hacer, abandonarla. Tomar una esposa era algo que un hombre tenía que meditar sosegadamente. Sin embargo, una vez que dijera sus votos, era su obligación protegerla antes que nada.

Maldita sea, se suponía que yo no me tenía que enamorar.

Antes de que saliera el sol, él bajó la barca y remó hasta la orilla, tomó su pala y empezó a cavar como un loco.

¿Por qué diablos le dolía tanto? Soportaría mil mordidas de serpiente si eso le aliviara el dolor de corazón. Se enfrentaría a una fosa de serpientes solo por escuchar a Isabella decirle que le quería. Sentirla entre sus brazos, sostenerla ahora y para siempre.

Pero ella cree que la abandonaría.

¿Lo haría?

Había perdido a tantos hombres buenos en la guerra sin poder salvarles. Dio mío, ¿y si perdiera a Isabella? No podría vivir consigo mismo.

Gibb metió la pala en la tierra y dio con una roca, con golpes violentos, machacó la tierra de lado a lado, rechinando los dientes. Su vida siempre había sido el mar, y habría jurado que no tenía sitio en su corazón para nadie.

Excepto Duncan. Moriría por proteger a ese niño.

Cuando la pala rebotó contra la piedra, haciendo que sus brazos se sacudieran hasta los huesos, se detuvo, jadeando, apoyando la frente contra la pared del agujero. *Yo moriría por Isabella en un latir de corazón.*

Gibb se había pasado los días aislándose de la felicidad de una familia porque estaba aterrorizado por perder otra persona que él amaba.

Y él amaba a Isabella con cada fibra de su ser.

Con su siguiente parpadeo, un enorme peso cayó de sus hombros, como si hubiera descubierto de repente la razón de su atribulamiento permanente. La razón por la cual apenas dormía. Su razón por la cual seguir viviendo.

Le llevó toda su fuerza sacar la roca de la fosa, su aliento conteniéndose cuando vio otra cosa que había desenterrado, una cara de querubín con arena incrustada. Con los dedos, apartó un poco más de tierra, revelando la forma rechoncha del querubín. Parecía estar hecho de plomo.

“¿Por qué no nos esperó, Capitán?”, sonó la voz de Archie desde arriba, su cara asomándose desde arriba, el cabello empapado de agua.

Todavía aturdido, Gibb miró las caras de sus hombres mirando hacia abajo, todos empapados con agua.

“¿Habéis nadado hasta la playa?”

“Sí, porque se llevó usted la barca.”

“Perdonadme.” Gibb subió por la rampa que los hombres habían creado para un acceso fácil a la excavación. “Tenía muchas cosas en la cabeza.”

Duncan salió corriendo y se puso a arañar la tierra. “¡Mira lo que ha descubierto el capitán!”
“¿Qué ha encontrado?” preguntó Archie.

Gibb miró cómo el chico rozaba con los dedos el relieve. “No estoy seguro, pero el diseño es de la antigua Roma seguro.”

Una hora más tarde, el capitán y sus hombres habían desenterrado una caja de plomo del tamaño de un cofre de dinero medieval.

“Subidla al bote, muchachos.”

“¿No lo va a abrir?”, preguntó Archie.

“Creo que ese honor se lo deberíamos dar a la Sra. Schuyler.”

El libro en las manos de Isabella se le escurrió de los dedos cuando alguien aporreó su puerta con urgencia. “¡Bella!”, gritó Gibb, abriendo la puerta de golpe. “¡Hemos desenterrado una caja!”

“¿Una caja? ¿Es romana?”

“Sí, hecha de plomo. Está cubierto con querubines romanos enarbolando látigos y arcos, mientras van en cuadrigas tiradas por bueyes, leones y jabalíes.”

Dejando de lado el libro, Isabella se puso en pie deprisa ahuecándose las faldas.

Gibb la tomó de la mano tirando de ella. “Los hombres lo están subiendo a la cubierta.”

“Con cuidado, espero.”

“Sí, y tienen órdenes de no abrirla hasta que tú lo apruebes.”

Isabella agarró su diario y un lápiz de encima de la mesa, luego siguió aprisa al capitán por la puerta. “¡No nos demoremos!”

Mientras salían al sol, lo primero que ella vio fue una caja ornamentada de color gris oscuro, no más de cuatro palmos de ancho y tres palmos de alto. Estaba asegurada con sogas a cada lado y suspendida por encima de la cubierta por la polea del barco. “¿Pesa mucho?”, preguntó ella.

“Sí. Esa hermosura requirió que seis hombres la sacaran del hoyo a los pies de Marte.”

“¿Ya habéis llegado al pedestal de la estatua?”

Él tiró de ella llevándola al círculo de hombres mientras que el Sr. Lyall se hizo cargo de bajar el cofre. “Sí, hemos llegado.”

Duncan fue el primero en pasar los dedos por encima del diseño ornamentado. “¿Podemos abrirla ahora, Sra. Schuyler?”

“Me gustaría examinarla primero.”

Gibb apartó al chico. “Todos apartaros. Dejadle sitio a la dama para que pueda inspeccionar.”

Isabella abrió su diario a una página en blanco e hizo bosquejos mientras examinaba cada lado, deteniéndose para tomar nota de cada aspecto, desde el plomo moldeado a las juntas y los lugares donde el friso se había perdido. “Está en un buen estado sorprendente.”

“No puedo esperar a ver qué hay dentro,” dijo Duncan, ganándose una mirada seria del capitán.

Aunque ella quería dibujar la caja entera con detalle, cuando vio las caras expectantes de cada uno de ellos, cerró su diario. “Tiene que haber un hombre a cada lado trabajando para retirar la tapa. También, cuando lo dejéis en el suelo, hacedlo como si fuese la cosa más frágil que hayáis manipulado en toda vuestra vida.”

Aunque Duncan fue el primero en dar un paso hacia delante, Gibb apartó al chico y nombró a cuatro marineros fuertes para esa tarea.

Isabella contuvo el aliento mientras levantaron la tapa de la caja, que bien podría haber sido un pequeño ataúd.

“Vaya,” dijo Duncan, su voz llena de asombro mientras todos miraban dentro viendo una tableta completa rodeada por lo que parecía ser un tesoro de monedas romanas de plata.

Cuando el niño tomó una moneda entre los dedos, el capitán le apartó. “Sra. Schuyler, por favor indíquenos, como le gustaría proceder. Este es su hallazgo. Nosotros acataremos sus deseos.”

Isabella había estado con los tripulantes lo suficiente como para saber sus expectativas y no iba a decepcionarles, especialmente ya que ellos fueron los que habían hecho la tarea de desenterrar esta reliquia impagable. Miró las caras ansiosas y sonrió. “Claro que me gustaría tener la oportunidad de realizar un inventario del contenido de este cofre. Como saben, estas tabletas son de valor incalculable para mí, y esta está en un estado perfecto. Luego, como tripulantes trabajadores del *Prosperity*, dejaré en manos de vuestro capitán repartir de manera equitativa la plata entre todos vosotros.” Ante los suspiros de alivio de ellos, ella alzó la voz y siguió diciendo, “gracias a todos por vuestra labor tenaz. ¡Cada uno de ustedes se merece un premio!”

Cuando miró a Gibb, él no se limitaba a sonreír; había algo en su mirada que ella no había visto antes, algo que no podía decidir, pero que le hizo sentir tal deseo en el fondo de su alma que apenas podía respirar.

Los alaridos de júbilo de los tripulantes se borró de su conciencia mientras, totalmente inmóviles, estaban parados cada uno a un lado del cofre. Era como si Marcus y Flavia estaban allí trenzando sus destinos en una trenza enmarañada. Y, aunque Isabella intentó decirse que era una tontería, no pudo evitar sus sentimientos por este hombre.

Archie le tocó el brazo y ella dio un respingo. “Lo siento, señora, pero pensé que querría esto antes de que llevemos la caja su camarote.”

Ella tomó la tableta, reconociendo la letra de inmediato. “Gracias:”

“¿Aceptaría un poco de ayuda con la traducción?”, preguntó Gibb acercándose a su lado.

Sonriendo, ella inclinó la cabeza en dirección a los camarotes. “Quizás una última vez.”

Gibb e Isabella estaban sentados el uno al lado de la otra ante el pequeño escritorio, descifrando el contenido de la tableta de madera íntegra. Cuando terminaron, Isabella puso el dedo índice en la parte superior de la página de su diario y leyó en voz alta:

Flavia, esposa mía,

Mi corazón rebosa amor por ti. Después de nueve años en el infierno, nunca perdiste la esperanza de que yo volvería. Me diste la bienvenida a casa con los brazos abiertos, y mi corazón se desbordó de amor abundante cuando caí entre ellos. Juntos hemos envejecido, pero los años nos han hecho más fuertes y resolutivos. Gracias a tí, Titus ha crecido hasta llegar a ser un buen hombre, un hombre del que estoy orgulloso. Yo te amaré hasta el último aliento. Tú eres las estrellas y el sol. Tú eres mi razón por la que vivir.

Tu marido devoto,

Marcus

Gibb se maravilló de lo bien conservada que estaba la tableta. “No puedo creer que llegara a casa vivo, después de todos esos años como gladiador.”

“Es un milagro.” Isabella empujó el diario hacia él. “Lee la traducción del otro lado.”

Gibb se aclaró la garganta. “Muy bien.”

Mi dulce Marcus,

Nunca abandoné las esperanzas de que volverías porque yo sé que tú tenías más fuerza y honor que la de todos los hombres del imperio. Siempre fuiste mi amor. Te apoderaste de mi corazón cuando yo tenía solo doce veranos, y ahora lloro las lágrimas de una viuda desconsolada. Por todos los dioses, te echo tanto de menos. Dejo este obsequio a Marte con una oración por tu regreso a salvo en el submundo. Espérame querido. Yo estaré contigo pronto.

Mi amor y adoración,

Flavia

Isabella se secó una lágrima del ojo, su nariz encantadora algo roja. “Es un final feliz pero amargo.”

“Yo creo que es un final muy feliz, mujer. Marcus regresó a casa de su amor, una mujer cuyo recuerdo le ayudó a sobrevivir y superar pruebas insoportables.”

Mientras ella movía la cabeza afirmativamente, él hincó una rodilla en el suelo otra vez, rezando por poder decir las palabras. “Isabella mi amor, no quiero volver a separarme de tí. Sé que dije que estoy casado con el mar, pero debes saber que cuando el *Prosperity* salió de Savannah, yo sentía como que una parte de mí había muerto. Languidecí por tí, y quiero que sepas que te quiero más que el amor, mi buque o cualquier otra cosa de esta tierra. Estés donde estés, serás mi hogar, y lo diré de nuevo, nunca quiero separarme de tí.” La garganta de Gibb empezó a cerrarse, y le dio un beso en el dorso de la mano, tragando. “Te quiero. Siempre te he querido, y si quieres que abandone el mar, lo haré gustoso. Por favor, por favor, por favor, reconsidera mi oferta y dí que estás dispuesta a ser mi mujer.”

“¿Tú me quieres?” preguntó ella, su voz temblando.

Gibb se puso en pie, levantándola con él y rodeándola con sus brazos. “Te quiero, y si quieres que suba hasta el nido del cuervo y que lo grite a toda España, lo haré de inmediato.”

Ella posó sus dedos tibios en su mejilla, la mirada llena de asombro. “Eso no será necesario. ¿Pero estás seguro?”

“¿De qué quiero casarme contigo?”

Lentamente, ella asintió con la cabeza.

“Sí, más que nada.”

Una sonrisa radiante se dibujó en los labios de ella. “Entonces, mi respuesta es que sí.”

Capítulo Treinta

Durante todo el trayecto desde España hasta Firth of Forth, Isabella y Gibb pasaron las noches haciendo el amor de manera apasionada y dedicaron las tardes en planear su futuro. Según sus cálculos, cuando sumaron sus dos fortunas, no solo podían expandir la flota sin usar dinero del duque, sino que podían comprar una gran propiedad en Escocia. Decidieron que Isabella asumiría la responsabilidad de encontrar la casa perfecta cerca de la costa en Leith, mientras Gibb se dedicaría a añadir dos buques más a la flota, uno para transportar algodón y whisky al continente y otro que se llamaba *Captain's Lady* para su propio uso particular.

Gibb le había avisado a Isabella que en cuanto atracaran en Firth of Forth, no pasaría más que un día hasta que su hermano fuese notificado y se les pediría acudir a Newhailes.

No había exagerado. Juntos tomaron la barca hasta la playa en la parte trasera de la propiedad, donde fueron recibidos por la familia de Gibb que se había congregado en el parque, incluso James, el heredero del ducado de Dunscahy que tenía un año de edad.

Gibb no perdió el tiempo en explicar cómo había enviudado Isabella, la manera en que se habían encontrado en España y anunciado su compromiso de matrimonio. También había predicho que la noticia sería recibida con gran exuberancia y tenía razón, claro. La duquesa viuda estaba encantada de tener una boda que planear. Pero de manera muy inesperada, Martin, el duque, le escribió de inmediato al Príncipe Regente quien le otorgó un título de Caballero por su valor mientras estuvo al servicio de su rey y patria. El día de Nochebuena llegó la carta del Regente, con una disculpa por no haberle otorgado el título antes y solicitando su presencia en Londres lo antes posible, lo cual Gibb decidió que no sería antes de que ellos se casaran.

Las fiestas llegaron y pasaron como un vendaval. A pesar de las protestas de la duquesa viuda, pudieron mantener la ceremonia pequeña, invitando únicamente a la familia cercana y la tripulación del *Prosperity*, por supuesto. Isabella también decidió que era hora de reparar su relación con su padre, por lo menos bajo sus condiciones. Le escribió una carta larga explicando cómo había enviudado. Omitió los detalles acerca de su expedición a España y de manera conveniente, se le olvidó mencionar el tesoro que habían encontrado, además de la fortuna que había heredado. Se alegró cuando su padre viajó a Escocia para la boda y la entregó en la ceremonia que tuvo lugar en la Iglesia de St. Peter, cerca de Newhailes, pero Gibb insistió en que la recepción fuese en la sala de baile de la casa enorme que Isabella había encontrado que daba al Puerto de Leith.

Su nueva casa estaba a seis millas en carruaje desde la iglesia, y el duque suministró carruajes para llevar a todos los invitados. Sin embargo, los novios encabezaron la comitiva en un carruaje propio, felices de estar abrazados.

“¿Le enseñaste a Duncan su habitación?”, preguntó ella, besándole en el lóbulo de la oreja a su marido.

“Sí, pero él dijo que prefiere ser primer oficial abordo de uno de nuestros buques.”

“¿Nuestros buques? Me gusta cómo suena eso. ¿Le dijiste al chico que asumirá el puesto de primer oficial cuando nos vayamos en el *Captain's Lady* a Londres para tu nombramiento oficial como caballero?”

“Él vendrá, sin duda, y será primer oficial si quiere. Pero en cuanto a la vida de abordo, prefiero que preste atención a sus estudios.”

“Lo hará. Thane me dice que el niño va muy bien, y no deberá tener ningún problema en ser aceptado para la Universidad cuando llegue el momento.”

“Bien, bien. Si Duncan sigue en la brecha, será capitán muy pronto.”

“Solo sigue recordándole su potencial, eso hará que siga estudiando.” Ella le guiñó un ojo. “Además, me gustaría que nuestro tutelado esté cuando lleguen sus hermanos y hermanas.”

Gibb tomó las mejillas de ella entre sus palmas cálidas. “¿Estás...?”

“¿De buena esperanza?”, preguntó ella.

Mirándole a los ojos, su marido asintió con la cabeza excitado.

“No creo.” Ella le besó en la mano. “Por lo menos no todavía. ¿Estás decepcionado?”

“Nunca. Pero estoy contento de pensar en todas las horas que vamos a pasar juntos en la cama concibiendo a nuestros hijos.” Apoyó la frente con suavidad contra la de ella. “Hoy me has hecho ser el hombre más feliz de toda la cristiandad, y no creo que volveré a sentir una decepción.”

Él la besó. Sus labios impartían tantas emociones que Isabella sentía que no podía nombrarlas todas, de manera que se conformó con llamarlo amor.

Nunca en toda su existencia había soñado que podría amar a un hombre tanto como amaba a Gibb MacGalloway. “¿Has pensado en tu título? ¿Serás Lord Gibb o serás Sir Gibb o seguirás insistiendo en ser llamado Capitán MacGalloway?”

“Bueno, *Lady MacGalloway*, teniendo en cuenta que tenemos planes para docenas de viajes para descubrir reliquias antiguas, creo que *capitán* es lo más adecuado.”

“Yo también lo creo.”

Demasiado pronto, el carruaje se detuvo, y una vez que bajaron, Gibb alzó a Isabella entre los brazos.

Ella echó la cabeza hacia atrás, riendo con júbilo. “¿Qué haces?”

“Cargando con mi novia cruzando el umbral. Ahora, cierra los ojos. Tengo una sorpresa para tí.”

Ya que Gowan y Maribel habían asistido a la boda, les abrió un lacayo.

“¿Sigues teniendo los ojos cerrados?”, preguntó Gibb.

Cuando ella asintió con la cabeza, él cargó con ella cruzando el umbral de la gran entrada, sus suelos brillantes con azulejos de mármol blanco y negro.

“Los invitados llegarán pronto,” dijo Isabella. “Tenemos que crear una fila de bienvenida.”

“Esto no tardará más que un momento,” Los zapatos de Gibb sonaron con sus pisadas mientras cruzaba en diagonal el espacio y luego se detuvo. “Puedes abrirlos ahora.”

“Dios mío,” dijo ella conteniendo el aliento cuando su marido la dejó en el suelo. “¡La estatua de Marte! ¿Cómo has logrado traerla aquí?”

“Después de comprar el *Lady Bella*, Archie se lo llevó en su viaje inaugural hasta Platja de la Devesa, donde terminaron con la excavación.”

“¿De verdad?” Ella pasó los dedos por encima del mármol frío. “¿Encontraron algo más? ¿Más tabletas quizás?”

“No, todo lo que pudieron descubrir fue la estatua apoyada contra la columna, tal como la vemos aquí.”

“Sigo sin poder creer que algo tan hermoso como esto se perdiera en las arenas.”

“Supongo que ocurre, al igual que sucedió con la villa que se encontró en la propiedad de tu padre.”

El sonido de carruajes llegando le recordó a Isabella que ellos tenían una gran celebración que acoger. “Será mejor que ocupemos nuestros lugares, ¿viene Duncan en el primer carruaje?”

“Al igual que el duque y la duquesa, mi madre y tu padre. Todos se unirán a nuestra recepción.”

Isabella se empinó y besó los labios de su marido. “No quisiera que fuera de ninguna otra manera.”

“Y luego bailaremos.”

Ella le apretó la mano. “Bailo fatal.”

“Siempre he estado en desacuerdo contigo en eso.” La besó de nuevo mientras sonaron pisadas fuera. “En mis brazos siempre serás tan grácil como un cisne y tan bonita como un atardecer en el mar abierto. Te quiero ahora y para siempre.”

“Y yo a tí, Capitán.”

Nota de la Autora

¡Gracias por leer *La Heredera del Capitán*! Me lo pasé muy bien escribiendo los tres primeros libros sobre los MacGalloway y tengo planes de seguir con más relatos sobre esta divertida familia escocesa. Aunque los personajes y lugares son totalmente ficticios, sí que usé la propiedad de Newhailes en Musselburg, Escocia, como uno de los lugares favoritos del duque, y, por lo tanto, muchas escenas están ubicadas allí en toda la serie. Visité Newhailes con mi hija en 2019. La casa estaba cerrada en ese tiempo debido a renovaciones, pero pude lograr un recorrido con el National Trust de Escocia y les estaré eternamente agradecida por permitirme entrar dentro.

Otro lugar interesante es la ciudad de Lockhart, que encontré en un viejo mapa de minas de oro en Georgia. En ese tiempo había una mina cerca del pueblo que sí producía pequeños depósitos de oro y plata, aunque parece ser que se inundaba con agua con cierta frecuencia. Después de que se creara el pantano del Río Savannah en 1951, Lockhart y la mina fueron tragadas por el Lago Clarks Hill justo al norte de la ciudad de Augusta.

Sí que consulté varios mapas tanto contemporáneos como históricos de cuando Gibb e Isabella viajaron a España. Platja de la Garrofera y Platja de la Devesa existen en la actualidad; sin embargo, la estatua de Marte y el *ludus* romano en West Sussex son productos de mi imaginación. También he de decir que la idea de las tabletas romanas de madera fue una idea que obtuve de las excavaciones de Vindolanda (Norte de Inglaterra) que los soldados usaban para comunicarse entre fuertes a lo largo del Muro de Adriano.

La poderosa pócima, además del remedio de las mordeduras de serpiente del Cocinero de pólvora y yema de huevo, son cosas que me encontré a lo largo de mi investigación (incluyendo el emplasto más predecible de Isabella hecho de miel, vinagre y hoja de Santamaría). También en este relato, menciono a menudo las galletas de barco, que eran el alimento más corriente de los marineros en toda la época de los veleros y a menudo se conocían como “hard tack” en inglés. Encontré esta receta que comparto con los lectores:

4 partes de harina

1 parte de agua

Sal según el gusto

Hacer una masa y extender en una superficie enharinada de ½ pulgada de grosor. Cortar en cuadrados de ½ pulgadas por 3 pulgadas. Colocar cada cuadrado en una hoja para hornear y pinchar con un tenedor. Hornear a 250 grados F durante una hora hasta dorar.

Estas galletas son duras como las “crackers” americanas. Los marineros a menudo empapaban estas galletas en agua, café, guisos y más.

P.D. ¡No te olvides de los gorgojos!

Saludos cordiales,

Amy